

BESADAS POR EL FUEGO

MONTSE GODRID



Besadas por el fuego

Montse Godrid



Besadas por el fuego

Primera edición: julio, 2018.

© 2018 Montse Godrid. Reservados todos los derechos. Prohibida su reproducción, distribución o comunicación pública, total o parcial, por cualquier medio y en cualquier tipo de soporte, sin la preceptiva autorización por escrito de la autora.

© 2018 Maquetación y diseño de portada: Montse Godrid.

Los personajes y hechos incluidos en esta obra de ficción son inventados. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Se han tomado licencias históricas con motivo de la trama.

Los nombres comerciales y marcas presentes en esta publicación son propiedad de las empresas que disponen de los derechos sobre los mismos.

Versión en papel ISBN: 9781980568223.

Para contactar con la autora, envíe un correo a montse@godrid.com.

A Tito,
la sal de mi tierra,
la luz de mi mundo.

CAPÍTULO I

Hemeroscopio, actual provincia de Alicante, siglo VII a. C.

Pudo haber sido de otra manera: otros los que arribasen a este recóndito lugar, se sobrecogiesen al desenterrar el aciago descubrimiento y, atemorizados ante la inminente muerte, se encomendaran a sus deidades; sin embargo, ocurrió así. Había permanecido ahí desde siempre, oculto bajo varios metros de tierra, aguardándoles con paciencia infinita.

La leyenda que inició la aventura brotó de un bisbiseo que desembarcó en un puerto. El mito fue saltando de unos a otros como piojos plateados. Su brillo aumentaba cuantas más cabezas contagiaba, hasta que un adalid quiso establecer su veracidad. Se decía que Coleo, un navegante de la cercana isla de Samos, quien no pudo evitar ser arrastrado por el viento Apeliotes, llegó a unas lejanas tierras donde el oro y la plata abundaban como los peces en el mar. Se contaba que se repartían lámparas de bronce en los poblados, obtenidas al fundir cobre y estaño en colosales hornos de carbón, y conseguían así alejar a enemigos y bestias, al iluminar las oscuras noches con ellas. Se afirmaba que los yacimientos metalíferos, someros y numerosos, se extendían a lo largo del reino de Tartessos.

Un obstáculo se interponía entre ellos y los metales: aquel inexplorado territorio se encontraba más allá de las Columnas de Hércules, límite del mundo conocido. Esos hombres ambicionaban una vida mejor, así que, reunidos en asamblea, decidieron que merecía la pena intentarlo. Empezarían el viaje y, una vez allí, mercaderían con los habitantes del lugar. Si no eran devorados por una bestia marina o se precipitaban al vacío que existía más allá del confín de la Tierra, establecerían una relación comercial beneficiosa para todos.

De la ciudad griega de Focea, en las costas de Jonia, partieron los valientes que vivieron esa epopeya. Para alcanzar Tartessos, izaron las velas desde sus colonias más cercanas en Massalia. Zarparon en pentecónteros,

barcos de guerra impulsados por cincuenta remeros, y no en naves mercantes. Aunque sus intenciones no eran hostiles, tomaron dicha medida para defenderse de los peligros y enemigos con los que se podrían encontrar.

En el momento en que Cleon, el adalid focense, consideró que la primera expedición se encontraba preparada, ordenó realizar un sacrificio con el fin de conocer las señales de los dioses. Se degolló un gallo con el propósito de que fuese íntegramente consumido por el fuego, pero al cortarle la cabeza la sangre brotó negra y pestilente. Se determinó que el resultado del holocausto había sido infausto y se decidió posponer el viaje. Tiempo después recordaría aquella decisión, que trajo consigo un par de meses más de dicha junto a su amada esposa y la concepción del hijo al que nunca llegó a conocer; y dudó de si el designio divino se refirió al viaje o a él mismo.

Cleon no decayó en su empeño y aguardó un buen presagio. Este llegó en forma de bandada de aves que, como si de un sueño se tratara, entintaron el cielo al sobrevolarles, generando un sepulcral y sonrosado silencio. Aun así, consultaron al oráculo y, al obtener una respuesta favorable, partió la segunda expedición.

Las cartas de navegación que poseían se encontraban incompletas, por lo que Cleon ordenó a las naves alejarse de la costa, hasta casi perderla de vista, para evitar encallar en las islas no marcadas en los mapas.

Los dioses fueron amables y les obsequiaron con un agradable clima. Pero las intenciones divinas no siempre son lo que aparentan y, a lo largo de la travesía, ni un soplo de aire impulsó las velas para que los remeros pudieran descansar. El viento no quería que llegaran. Los exhaustos hombres dormían en el mismo sitio en el que luego remaban toda la jornada. Tras dos semanas agotadoras, para que los ánimos no decayeran, Cleon anunció que realizarían una escala, necesaria para aprovisionarse de alimentos frescos y agua dulce, durante la cual pudieron estirar las piernas y tumbarse en un prado verde durante horas.

Al finalizar la tercera semana de viaje, divisaron en lontananza las Columnas de Hércules. Una bruma densa de silencio y solemnidad anegó las naves. La tripulación sabía que las gestas que ocurrieran desde ese momento se glosarían en canciones épicas entonadas por los hombres mientras estos tuviesen voz. Al acercarse a la costa del sur de Iberia, fueron atacados desde tierra por los fenicios, un pueblo belicoso e inmemorialmente enemistado con los griegos. Cruzaron el estrecho paso marítimo bordeando la costa de

Mauritania. No contaron con que el otro pueblo colonizador les iba a dificultar tanto el comercio de los codiciados metales. A esos otros hombres, provenientes de Tiro, les infestaron también con el rumor metálico.

Las bodegas permanecían casi vacías, lo cual les facilitó las maniobras, mas desde ese momento entrevieron que sería difícil regresar por la misma ruta, plagada de fuertes corrientes y de enemigos, con un pesado cargamento de metales en los pañoles de las naves, por bien que estibasen la carga y gobernasen los barcos con pericia.

Otearon desde lejos la muralla de Gadir y, tras perderla de vista, una bandada de aves rosas les sobrevoló. Cleon creyó que se trataba de los mismos pájaros que contemplaron antes de su partida. Lo consideró una señal propicia. Dado que no tenía mapas con los que guiarse, decidió dejar al albur el lugar donde debían desembarcar. Se encontraban frente a la desembocadura de un río, así que lo remontaron.

La fortuna quiso que al atardecer divisaran una ciudad sobre un cerro. Desembarcaron y esperaron con paciencia a una distancia prudencial, hasta que una comitiva de bienvenida los acompañó al interior. Presentaron sus respetos a Argantonio, rey de Tartessos, obsequiándole con presentes traídos desde diferentes puntos del, para aquel monarca, desconocido y ancho mundo. Cuando ellos llegaron, los fenicios iniciaban la colonización del sur de Iberia y ya negociaban con los tartesios, a los que deslumbraron con su cultura, enseñándoles el alfabeto y nuevas artes de orfebrería y artesanía. En la primera conversación que mantuvo Cleon con el rey, encontró la manera de convencerle para que mercadeara con ellos. Le mostró un retazo de lo que la cultura griega podría aportar al pueblo tartesio: le enseñó su escritura, sus cartas e instrumentos de navegación, sus conocimientos de filosofía, matemáticas y astronomía. Hablaron durante toda la tarde y gran parte de la noche hasta que, de madrugada, ambos estrecharon las manos y sellaron así sus destinos.

Los griegos recién llegados, como mercaderes de tradición que eran, entablaron sin trabas amistad con los nativos. El clima y la comida no diferían en exceso de los propios, así que lo único que extrañaron durante la estancia en aquel bello paraje fue a sus familias. En ese territorio tan alejado, se producían unos vinos si cabe mejores a los suyos, y los nativos gustaban de compartírselos y reír con los extranjeros que les visitaban. Allá donde crece la vida, el temperamento de las personas es cálido como el sol que los templó.

Consiguieron dar comienzo a las tan ansiadas relaciones comerciales; no obstante, les resultó difícil transportar los metales hasta su hogar por la ocupación fenicia en la costa sur de la península donde se hallaba el reino de Tartessos. Les era imposible retornar por la misma vía sin que atacasen los cargados barcos, así que idearon una ruta alternativa con el fin de regresar con las bodegas llenas hasta Grecia.

Cleon decidió que debían establecerse en el oriente de Iberia. Así fue como crearon la vía Heraklia, para llevar por tierra las mercancías hasta el levante y, desde ese punto, transportarlas hasta el Mar Egeo. El viaje desde el reino de Tartessos hasta el este duró pocas jornadas. Una vez allí, se dirigieron al cabo marítimo más sobresaliente al norte de Cartago Nova, lugar hasta donde alcanzaban las colonias fenicias. Cleon supo que esa era la ubicación propicia al contemplar unas aves rosas que descansaban apacibles en la marisma salada que formaba el río Alebus en la desembocadura. Frente a ellos se encontraba la pequeña isla de Planesia, que a ellos les servía de guía. Los islotes que la circundaban evitaban a los intrusos, cuyos pecios plagaban el fondo marino. Como si la mismísima Gea hubiese yacido sobre esos valles, eran tierras fértiles como doncellas de sonrosadas mejillas y anchas caderas.

Fundaron en la costa oriental una colonia permanente que denominaron Illikitanos Limen. Construyeron las infraestructuras esenciales que necesitaban para realizar los envíos periódicos de metales. Para proveerse de los víveres necesarios, una expedición remontó el río Alebus y buscó un lugar idóneo donde cultivar la tierra. A poca distancia de la costa fundaron Hemeroscopio que, al igual que la ciudad de Atenas, distaba algunas millas del mar para evitar ataques marítimos. Esta villa se convirtió en el centro neurálgico del metal traído de Tartessos, desde donde se distribuía en barcos hasta Grecia.

Cleon mandó una misiva a su esposa, solicitándole que se reuniera con él en aquella apacible población donde ningún mal podría acaecer sobre ellos, o eso pensó. Pese a su avanzado estado de gestación, al ser una mujer joven, fuerte y enamorada, no dudó en acudir a la llamada de su esposo nada más recibir la buena nueva.

El comercio trajo más prosperidad a la zona, lo que facilitó que la población aumentase rápido. Pese a la fortuna de la que disfrutaban y a la benevolencia del clima que les bendecía, consideraron abandonar el poblado tras el nefasto hallazgo.

Resolvieron excavar pozos para cubrir la necesidad de agua de la

creciente población. Los dioses fueron magnánimos durante la construcción de los dos primeros. Mientras obraban el tercero sobre un montículo, la misma mañana en la que la esposa de Cleon desembarcaba en Illikitanos Limen, una repentina tormenta supuso un mal augurio que nadie percibió.

La lluvia arreciaba con fuerza y los relámpagos cortaban el cielo seguidos de estrepitosos sonidos metálicos. Los dos hombres que se encontraban en el fondo continuaban cavando y los del exterior se afanaban en retirar los cubos de lodo que extraían del pozo. El cielo se iluminó y les cegó. Un alarido retumbó desde el agujero con más fuerza que los truenos. Los que trabajaban en la superficie, alarmados, se asomaron al foso. Distinguieron con horror cómo uno de sus compañeros yacía inerte y cómo el otro, aterrorizado, trepaba desesperado por las paredes, perdiendo uñas y sangre en el ascenso. Le ayudaron a subir, sujetándole con fuerza de sus temblorosos y agarrotados brazos. Tuvieron cuidado de que no les arañase o les despeñase, por sus movimientos bruscos e incontrolados.

Quedó tumbado en el suelo, ovillado, musitando una letanía que no parecía tener sentido, al compás de un ritmo inaudible con el que se mecía. Ambos hombres emplearon toda su fuerza para conseguir separarle la cara de las rodillas. Su cabello había mudado de color: se volvió de un blanco níveo. La mitad del rostro se hallaba paralizado con un rictus que mostraba el horror vislumbrado. Y sus ojos, solo podrían describirse como los de quien vio el Mal.

Del mismo modo repentino como comenzó, finalizó la lluvia. Portaron entre ambos al superviviente a la Asamblea, donde relató con dificultad lo que había sucedido. Nadie que no hubiese observado sus pupilas habría dado crédito a sus palabras, pero el terror se reflejaba en ellas como la tempestad en el mar.

No tardaron en relacionar los hechos que habían ocurrido de forma simultánea en ese momento, aunque algunos no los descubrieron hasta días después. Las mujeres encintas del poblado, incluida la esposa de Cleon, parieron prematuramente bebés muertos envueltos en placenta negra y maloliente. Las simientes y los cultivos de los campos cercanos se pudrieron sin causa aparente, como si hubieran sido inundados con ponzoña. Y los animales que no se encontraban en jaulas, en corrales o atados; huyeron sin dejar rastro.

El pánico se adueñó de todos. Unos gritaban que debían huir, otros que

los dioses se habían ofendido. Varios grupos lloraban abrazados y algunos corrieron en diferentes direcciones hasta el límite de sus fuerzas.

Tras sumirse la población de Hemeroscopio en un caos, se alzó la voz de Cleon:

—¡Debemos realizar una hecatombe! —sentenció sin más argumentación.

Todos le observaron en silencio. Él aprovechó la tensa calma para pasear entre los rostros expectantes. Fue posando la mano derecha sobre el hombro de aquellos que todavía lloraban o temblaban.

Los hombres fueron aquietando las alteraciones de su ánimo y asintiendo en silencio mientras se enjugaban las lágrimas. No se les ocurría nada más efectivo que el sacrificio de cien reses para apaciguar la furia de los dioses.

Sin tiempo que perder, realizaron el ritual de limpieza, se colocaron las mejores vestimentas y formaron la procesión que conducía a los animales al altar. A la cabeza de la misma se encontraban Cleon, el sacerdote y los magistrados. Los asistentes se reunieron en las escaleras del templo, envueltos en un pesado silencio de temor, con la intención de acompañar con oraciones la solemne ofrenda religiosa.

En el ágora, frente a la entrada del templo, se encontraba el altar. Lo flanquearon dos jóvenes que portaban el agua lustral y una cesta con granos de cebada majada que cubrían el cuchillo ceremonial. Los presentes, con el corazón en un puño, contenían la respiración con cada movimiento del sacrificante.

El sacerdote pronunció las plegarias y se aproximó al primer toro. La doncella encargada del agua lustral le siguió y, a su señal, vertió sobre sus manos el simbólico líquido. Él asperjó con el agua la cabeza de la res, con el fin de purificarla, al mismo tiempo que le bajaba la testa para obtener su asentimiento. Tomó unos cuantos pelos de la testuz de la víctima sacrificial. Sacó el cuchillo de la cesta y depositó en su interior el mechón. Después arrojó el contenido al fuego que ardía sobre el altar.

Fue entonces cuando el encargado de matar a los toros tomó el hacha y abatió al animal con un tremendo golpe en la frente. El cabestro se hincó de rodillas y trató de mantener la vida. Tras unos instantes de vacilación, acabó exhalándola. Dispusieron al manso bocarriba a fin de que, al degollarle el sacerdote, la sangre se alzase hacia el cielo. Deseaban que así se calmase la ira de los dioses que la insolencia humana había desatado.

Las mujeres movían las lenguas dentro sus bocas mientras emitían

rítmicos gritos. El sacerdote tomó un cáliz, lo llenó de la sangre caliente que brotaba del animal y la vertió sobre el altar.

Se sacrificó, desangró y evisceró a las cien bestias. Un líquido denso y negruzco alcanzó un palmo de altura en la plaza. El cielo, rasgado por incesantes rayos que iluminaban los rostros arrasados por el miedo, adoptó el mismo color que el suelo.

El viento sopló huracanado. No llovió.

Ninguno de los allí presentes estaba seguro de si vería la luz del sol al día siguiente.

CAPÍTULO II

Alicante, viernes 3 de junio de 2016.

Su recuerdo seguía atormentándole. Se había adherido a su corazón como un chicle a una suela, como una rémora a un tiburón, como una sanguijuela a la piel. Él lo intentaba todo a fin de no pensar en ella, sin darse cuenta de que su esfuerzo la acercaba más a su memoria.

Como todas las mañanas al llegar al despacho, Marcus encendió el ordenador, salió al pasillo para servirse agua caliente del dispensador en su taza y se preparó un *chai*. No podía evitar acordarse de ella cada vez que tomaba ese té, pero se negaba a cambiar sus costumbres por una mujer que ya no formaba parte de su vida. «Higiene mental», se repetía para sí cuando algo le hacía recordarla, hecho que aún sucedía a diario. Ya fuera verano o invierno, ella siempre se calentaba las manos en el recipiente al tomar su infusión favorita. Esos pequeños detalles eran los que le resultaban imposibles de olvidar: las sonoras caladas al fumar, los gruesos calcetines de estar por casa arremolinados en sus finos tobillos, el tamborilear de sus dedos al impacientarse y, por supuesto, su mirada perdida mientras fumaba y calentaba sus perennes manos frías en la taza de té.

Al volver a sentarse, por poco no tiró la taza al depositarla sobre el escritorio cuando miró la página de inicio de *msn.com* en la pantalla. La noticia pasó de manera automática a la siguiente. Pinchó rápido para retroceder y poder leerla: «Importantes hallazgos en las nuevas excavaciones de la Alcudia», rezaba el titular. El artículo informaba de una serie de objetos de diferentes cronologías encontrados como resultado de un proyecto del Instituto de Arqueología y Patrimonio Histórico de la Universidad de Alicante. En la imagen se observaba a un investigador junto a una mesa blanca donde se exponían múltiples piezas. Marcus leyó la noticia de cabo a rabo sin percatarse de que tenía la boca abierta. Se descargó la fotografía con el fin de ampliarla y ver mejor los objetos, pero la resolución era baja y al agrandarla quedaba pixelada. En el texto se hacía una breve descripción de los objetos: una lucerna o lamparilla de aceite en la que se representaba una explícita

relación sexual entre una mujer y un herma, le causó gran interés dado que conocía que estos pilares con cabeza humana y falo a menudo representaban al dios Hermes, guía de las almas de los muertos en el averno; una pequeña Venus romana tallada en hueso; cerámicas extraídas del sector 4F de La Alcudia; sacas repletas de conchas de caracoles y ostras que, en el siglo V a. C., fueron bolsas de basura; detalles de estucos que se desprendieron de las paredes de algunas casas; monedas de diferentes épocas y una misteriosa tablilla de piedra compuesta por un texto grabado en griego clásico y un puño en alto relieve. Se explicaba que los arqueólogos no entendían la relación que guardaba esa última pieza con el lugar donde había sido descubierto. Tras una segunda lectura, buscó un número de teléfono en Google, descolgó y marcó.

—Fundación Universitaria de Investigación Arqueológica La Alcudia, dígame —le respondió una mujer, con voz aguda y nasal, al otro lado del aparato.

—Buenos días, me llamo...

—Buenos días —le interrumpió la voz femenina del otro lado de la línea.

—Soy Marcus Clever García, jefe de adquisiciones del MARQ. Quisiera hablar con Alejandro Ramos, el director.

—Marcos, entiendo lo que me pides —le tuteó la mujer desconocida —, pero va a ser que no porque Alejandro está muy ocupado... —bajó el tono de voz hasta hundirlo en un susurro—; se acaba de hacer un gran descubrimiento.

—Disculpe, me llamo Marcus, no Marcos. ¿Nos conocemos?

—No sé, conozco a mucha gente... ¿Vives por aquí?

Esa extraña mujer le estaba poniendo nervioso. Le irritaban las personas que se tomaban demasiadas confianzas. Dejó de frecuentar una cafetería cercana a su casa porque la camarera le llamaba *cariño*. Comenzó a desayunar en el despacho, privándose del placer que para él suponía leer el periódico en el bar, porque el encargado le interrumpía la lectura al iniciar conversaciones sobre temas intrascendentes. Desde hacía un par de años detestaba a la gente en general y aún más a los que violentaban su espacio de intimidad.

—¿Podría dejarle un mensaje para que me llame cuando pueda? Soy Marcus, del Museo Arqueológico Provincial de Alicante —solicitó, deseoso de terminar cuanto antes aquella conversación.

—Yo se lo dejo, Marcos, pero hoy va a estar chungo, ¿eh?

—Gracias, buenos días.

Colgó con excesiva fuerza el auricular y buscó en internet una información más amplia acerca de los objetos descubiertos.

—Chungo —repitió en voz alta, a la vez que alzaba la ceja derecha.

Este hallazgo representaba el hito más importante ocurrido en décadas en la provincia de Alicante relacionado con la arqueología. Su especialidad siempre había sido el arte íbero y albergaba la esperanza de que alguna de las piezas pudiera ser de esa época.

Marcus tenía un carácter templado, así que no era habitual en él perder los nervios. Esa sensación de abandono del control le hacía sentirse incómodo dentro de su piel. En pocas ocasiones aumentaban sus pulsaciones. Ana era la única que había demostrado poseer ese poder sobre él. No era capaz de concentrarse en la lectura. Trató de tranquilizarse para pensar con mayor claridad. Se puso en pie y recorrió con lentitud el despacho varias veces antes de continuar leyendo. Alcanzó la taza de té desde el otro lado de la mesa y lo sorbió a tragos pequeños, calentándose las manos en ella, hasta que se notó más calmado. Se situó de nuevo frente a la pantalla, ávido de información.

El objeto que más le intrigó de los que se mencionaban en el artículo fue la tabla de piedra que se encontró cerca de la antigua muralla de la ciudad de Elche. En ella había un texto grabado en griego antiguo y un símbolo en alto relieve, que parecía un puño de color rojo. Las imágenes tenían una calidad pésima y no se apreciaban los detalles con suficiente nitidez, lo que consiguió enojarle. «¿Es que no se puede colgar una fotografía buena en un periódico de provincias?», protestó para sus adentros. En el *Diario Información* explicaban que el material de la tablilla no era de la zona, al contrario que el de la Dama de Elche, que se esculpió en piedra extraída del yacimiento de El Perill, muy cercano al lugar donde se encontró.

Durante la hora siguiente a realizar la llamada no se movió de la silla. Temía que, si se ausentaba unos minutos, por breve que fuese el lapso de alejamiento del teléfono, este sonaría y ese horrible e inmutable mensaje de bienvenida del buzón de voz del museo ahuyentaría a cualquiera que tuviese la intención de dejarle un recado. Cuando ya no pudo aguantar más, se levantó para ir al aseo.

Tal y como le había predicho la peculiar mujer por teléfono, ese día no obtuvo respuesta del director de La Alcudia. Estuvo tentado de presentarse en

Elche y solicitar examinar las piezas encontradas. No obstante, temió que se interpretase más como una imposición que como un ruego, al no tener ninguna autoridad para realizar dicha solicitud, y que ese hecho pudiera socavar la buena relación existente entre ambas instituciones culturales. Marcus conocía de buena tinta que, en estos casos, cuando el ego de los que creen saber algo de arte corre peligro, es mejor andarse con pies de plomo para no herir susceptibilidades en las delicadas pieles de los expertos. Le preocupaba que se escamoteasen algunos fragmentos, pero poco podía hacer él para evitarlo. La crisis económica que pululaba desde hacía ya demasiado tiempo por Europa provocaba que la gente se encontrara desesperada y que se contratara con sueldos ridículos a personas con el cometido de custodiar tesoros.

Ese día había ido a trabajar en tranvía, como hacía de forma habitual, así que para ir a La Alcudia tenía que tomarlo de regreso a su casa y desde allí trasladarse en su propio coche hasta la ciudad vecina de Elche. No le apetecía invertir tanto tiempo en un trayecto que desembocaría en un besamanos y una genuflexión moral. «Contra la pereza, palos en la cabeza», recordó que le solía recriminar su exnovia los domingos en los que él vagueaba todo el día. «Higiene mental, higiene mental».

No se consideraba una persona indolente, lo que ocurría es que le fastidiaba perder el tiempo en horario laboral. Decidió que no iría, esperaría al lunes y volvería a llamar si no obtenía respuesta del director hasta entonces.

Al día siguiente, Marcus no tenía que ir a trabajar porque su jornada laboral se desarrollaba de lunes a viernes. Estaba acostumbrado a pasar los fines de semana en Madrid, de donde era originario, a no ser que alguien viniera a Alicante a visitarle o tuviera un buen plan para quedarse. Esos fines de semana en que visitaba la capital, se relacionaba tan solo con su familia. Poco antes de trasladarse a Alicante, rompió la relación que mantenía con su grupo de amigos. Estaba convencido de que ellos tuvieron que ver algo, intuir una sospecha, observar una reacción extraña; sin embargo, ninguno le advirtió de lo que estaba ocurriendo entre su novia y uno de sus amigos. Les consideraba unos traidores por no haberle advertido cuando aún pudo haber hecho algo para recuperarla. Llevaba poco más de dos años viviendo en esa ciudad y no tenía ningún amigo allí. No obstante, ni le importaba ni se esforzaba por conseguirlo. Con algunos compañeros de trabajo quedaba de

manera esporádica para tomar cervezas y ver fútbol. Durante esos encuentros, en raras ocasiones mantenían conversaciones que no estuviesen relacionadas con algún deporte. Se sentía cómodo con ellos.

Toda la semana había estado de mal humor y sin ganas de hacer nada, así que no viajó a Madrid ese viernes por la tarde. Al no tener nada mejor en lo que emplear su tiempo y el museo encontrarse abierto, esa soleada mañana de sábado decidió ir a trabajar y adelantar un par de informes atrasados.

Esperó a que se encendiera el ordenador antes de prepararse un té. «Tengo un mal presentimiento», pensó. Esa frase le deslizó por aquel odioso tobogán que conectaba su presente con su pasado y le trasladó a aquel fin de semana en que Ana y él disfrutaron de un maratón de las tres películas de *Star Wars*. Ella se consideraba una gran fan, aunque detestaba los episodios I, II y III. Cada vez que uno de los personajes pronunciaba esa frase, ella aplaudía emocionada como si acabara de presenciar un gran acontecimiento en directo por la televisión. Todavía recordaba el aroma dulzón a suavizante que desprendían sus *calcetines gorditos de estar por casa* al poner los pies sobre el regazo de él y recostarse en el sofá gris que tanto lamentó perder cuando abandonó el piso que compartían. El olor acre y narcótico del tabaco de Ana parecía flotar en el despacho en ese momento. La fragancia que desprendían sus piernas desnudas en el hueco de piel que se liberaba entre los calcetines y las camisetas enormes que usaba para dormir, serpenteaba por sus cavidades nasales hasta anidar en su cerebro, como si se tratase de un parásito. Sus piernas... «Higiene mental», repitió para sí como un mantra y exorcizó así el eco de su perfume.

—¡Copón bendito! Lo sabía —gruñó al mirar la pantalla.

Volvió a marcar el teléfono que el día anterior había dejado anotado junto al teclado.

—Fundación Universitaria de Investigación Arqueológica La Alcudia, dígame —respondió la misma voz irritante del día anterior, que se le clavaba en el cerebro como una aguja candente.

—Buenos días.

Esta vez realizó una ligera pausa y esperó la respuesta de su interlocutora.

—Buenos días —respondió ella complacida.

—Soy Marcus Clever, llamé ayer, no sé si me recuerda.

—¡Holi Marcos! Claro que me acuerdo de ti, decías que nos

conocíamos.

—No exactamente —aclaró mientras se pasaba los dedos por el pelo, atusándolo de forma mecánica—. Quería hablar con el director, si es posible.

—Pues verás, Marcos, hoy va a ser que tampoco. Ayer le di tu recado, puedes confiar en mi palabra —cuchicheó a continuación—: pero es que ha pasado una cosa muy *hardcore*.

—Creo que sé a lo que se refiere —intervino Marcus impacientándose—, acabo de leer en internet que han robado la tabla de piedra que se encontró hace poco en La Alcudia.

—Ya te digo —la mujer volvió a bajar la voz para continuar explicando—: ahora mismo está aquí la policía interrogando al jefe de seguridad. Están seguros de que ha sido él o uno de sus subalternos.

—¿Sería tan amable de entregarle de nuevo mi recado a Alejandro para que me llame cuando pueda?

—Claro, Marcos, yo se lo digo. Confía en mí.

—Gracias, buenos días.

Estaba acostumbrado a rastrear en la *Deep Web* ventas ilegales del patrimonio histórico-artístico, así que, despejó la mesa y se puso manos a la obra. No soportaba la idea de que una pieza arqueológica se encontrara en manos de un coleccionista privado en lugar de en un museo. Su sentido de la justicia le había llevado a obrar de forma quijotesca en varias ocasiones. No podía evitarlo. Le resultaba tan injusto que una persona con el suficiente dinero y la carencia necesaria de principios fuese capaz de privar a la humanidad del disfrute de una valiosa pieza, que, siempre que tenía ocasión, ayudaba en el rastreo de obras desaparecidas. En varias ocasiones llegó a realizar denuncias anónimas contra importantes coleccionistas de arte.

—Muy *hardcore* —repitió en voz alta, resopló y negó con la cabeza.

Sabía que su IP sería trazable; no obstante, como no tenía nada que esconder, no le importó utilizar el ordenador desde el despacho. Abrió el navegador *Tor* que ya tenía instalado en el portátil. Esperó con paciencia a que este se conectara a los diferentes servidores *proxis* para comenzar a navegar. Clicó en *marcadores* y revisó los tableros habituales de compra y venta de objetos históricos robados. Muchos de los enlaces ya habían desaparecido, así que no le resultó sencillo dar con lo que buscaba.

Continuó un par de horas indagando por las alternativas *punto onion*, hasta que encontró un anuncio desconcertante, sin las habituales palabras en

clave y, por si fuera poco, en español: «Venta piedra antigua tallada. Alicante». Pinchó en el hipervínculo, que le dirigió a una breve descripción del objeto y a una dirección de correo de *Hotmail* como forma de contacto. No daba crédito a la temeridad que suponía colgar una dirección de correo electrónico tradicional en ese lugar plagado de las peores personas que el panorama humano podía ofrecer.

—Menudo cateto —opinó.

Bastó una búsqueda en Google de esa dirección de correo para localizar su foto de perfil en Facebook y, al no haber marcado la opción de privacidad en los datos personales, también su número de teléfono. Prosiguió con la búsqueda y descubrió en una web de citas que el titular se trataba de un guardia de seguridad de Elche, aficionado a tantear parejas demasiado jóvenes para encuentros sexuales esporádicos.

—Cerdo —masculló.

Copió los datos y fotos en un documento *Word*. Acto seguido marcó el número de teléfono del vendedor, que había localizado en su perfil de Facebook. Tamborileó con los dedos en la mesa mientras esperaba la respuesta del interlocutor.

—¿¡Sí!?! —contestó una voz grave y malhumorada al otro lado de la línea.

—¿Arturo? —se limitó a preguntar Marcus.

—¿Eres tú el que llevas toda la mañana llamando?

—No, es la primera vez que te llamo.

—¿Quién eres?

—No me conoces, pregunto por el anuncio de la piedra antigua tallada.

Se produjo un silencio tras las palabras de Marcus. Resultaba obvio que el guarda se sentía desconcertado con esa inesperada llamada telefónica, pero también que su orgullo le impedía admitirlo y averiguar cómo había conseguido el número de su móvil personal.

—Ya está vendida —vociferó con una clara intención de colgar.

—Espera —le espetó Marcus—, necesito que me digas a quién se la has vendido.

—No te voy a decir una mierda, así que vete a tomar por...

—Yo que tú me andarías con más cuidado —le cortó—. No creo que a tu mujer le agradara recibir un *mail* anónimo con las fotos de las niñas con las que quedas a través de *Badoo*, ni a la policía saber que has robado la tablilla

de piedra recién descubierta en La Alcudia para luego venderla.

Otro silencio tenso se instaló entre ellos, que Marcus estaba decidido a no interrumpir como muestra de poder ante su interlocutor.

—¿Quién eres? —preguntó el guarda mascando las palabras con rabia contenida.

—Eso no importa, lo único que importa ahora es tu siguiente respuesta.

Tras una breve conversación telefónica, Marcus obtuvo el teléfono móvil y la dirección de correo electrónico de la compradora del objeto sustraído en el yacimiento arqueológico. No dudó de lo que le había contado el guarda ladrón. Se le notaba necio hasta por teléfono. No le veía capaz de idear una mentira tan elaborada de forma improvisada. Le confesó que, al rato de colgar el anuncio de la venta, una mujer le escribió un correo electrónico al que él contestó a los pocos minutos de recibirlo. El precio que acordaron era ridículamente bajo, incluso tratándose de un objeto *caliente*. Creyó posible que el ladrón no fuera consciente del valor real de la pieza que estaba vendiendo. «¿Lo sería la compradora?», se preguntó Marcus receloso de ese insólito dato. Como la mayoría de los majaderos, el guarda no desconfió y concertó un encuentro con la desconocida esa misma noche, junto a los tornos de la estación de Luceros del Tram. Le describió a la mujer como «una pelirroja “buenorra”, pero algo canija».

A Marcus tampoco le costó averiguar el nombre completo de la compradora. Tanto su dirección de correo electrónico como su móvil eran accesibles al público en su página de Facebook. Le resultó curioso que, con tantos datos privados como la mujer exponía en esa red social, tuviese capado el acceso a su fotografía de perfil.

—Mercedes Gómez Lujón —repitió.

Copió los datos de ella en otro documento de texto que guardó en el escritorio junto al anterior. Cerró el portátil y salió deprisa del despacho.

El perfil de Facebook de la compradora mencionaba que trabajaba en una tienda de telefonía en la plaza de los Luceros. Se dirigió a toda prisa hacia allí. Al salir del museo, se encaminó hacia el Hospital Perpetuo Socorro con la intención de ir a la estación subterránea situada tras el mismo y tomar allí el Tram hasta la última parada, que era en la plaza en la que la compradora de la tablilla decía tener su centro de trabajo. Pensó que era el medio más rápido para llegar al centro de la ciudad, un sábado a esas horas.

Un sol abrasador iluminaba con una intensidad inusitada las calles. La

luz refulgía con tanta potencia que le molestaba en los ojos, incluso con las gafas de sol puestas. Esa aguda luminosidad conseguía que la vida pareciera una fotografía sobreexposicionada, casi irreal u onírica. Las personas andaban por la ciudad como si esa luminiscencia fuera normal, en tanto que él, cegado y aturdido, avanzaba a la caza de cada sombra como un vampiro tratando de sobrevivir.

Tampoco había conseguido acostumbrarse al calor y a la humedad sofocantes de Alicante. Antes de llegar a la parada del tranvía, ya sudaba como un pollo. En el andén en penumbra, varios turistas de diferentes nacionalidades aguardaban el tren. Todos vestían ropa y calzado veraniego. La noche anterior, él había dejado preparados en el baño unos Dockers beige recién planchados y una camisa de lino gris que se arremangó antes de subir al vagón.

El convoy irrumpió sigiloso y él se apresuró para adelantarse al resto de los viajeros y lograr sentarse en su sitio preferido: el primer asiento del primer vagón, justo tras la cabina del conductor. Al iniciar la marcha notó olor a humo y miró en rededor. Alguien había fumado. «¿Cómo se puede ser tan desconsiderado? Fumar en un transporte público. Seguro que ha sido el maquinista en su descanso», maldijo para sus adentros.

Los pocos minutos que duró el trayecto subterráneo, mantuvo la mirada perdida a través de la ventanilla. Barajó la mejor manera de abordar a la tal Mercedes. Por experiencias anteriores, sabía que acudir a la policía podía desembocar en una condena para el ladrón, aunque también en la pérdida del objeto robado. Sin cuerpo no hay delito. Un ladronzuelo prefiere destruir una obra de arte a ir a la cárcel, según le había asesorado unos meses antes el negociador con el que mantuvo una breve, pero inspiradora relación profesional. La sinceridad y la sencillez en el discurso serían sus bazas. Podía localizar hasta el número del DNI de la compradora en internet si se lo proponía, así que siempre estaba a tiempo de denunciarla, sin embargo, su prioridad consistía en recuperar la tabla de piedra.

Hacía menos de un año que una pieza valiosa desapareció en el MARQ. Después de revisar las cámaras de seguridad sin éxito y de cursar la consiguiente denuncia en la Brigada de Patrimonio Histórico de la Policía Nacional, Marcus, enviado por el director del museo, viajó a la *City* de Londres y se entrevistó con el recuperador de obras de arte con mayor prestigio en ese momento. En la pequeña calle de Hatton Garden, se situaba la

sede de *The Art Loss Register*, cuyo propietario era Julian Radcliffe. Lo que más le asombró en el surrealista proceso de recuperación de la pieza fue la desconcertante personalidad del empresario. Le recordó a Yoda por la forma de intentar pasar desapercibido. Se comportaba de una forma humilde y gris, como el traje barato y arrugado que vestía; sin embargo, su experiencia vital era digna de la mejor novela negra. Según sus investigaciones, ese hombre había negociado secuestros y recuperado obras de arte de manos de mafiosos, narcotraficantes y grupos terroristas.

Julian, como insistió en que le llamara, le aseguró que poseían una base de datos de objetos robados cinco veces mayor que la manejada por INTERPOL. No desveló su método, ni explicó cómo recuperó la daga sustraída del MARQ. Antes de seis meses la tuvieron de vuelta en el museo. Las dos claves para recobrar un objeto robado, según le aclaró a Marcus, consistían en ser lo más sincero posible para que el poseedor ilícito de la pieza robada confiara en la palabra del negociador y en no asustarle haciéndole saber la repercusión que sus actos podía acarrearle, con el fin de que no terminara deshaciéndose del objeto.

—«El fin justifica los medios» —citó a Maquiavelo el señor Radcliffe como despedida tras estrecharle la mano a Marcus.

Marcus escudriñó a través del escaparate durante unos minutos el interior del establecimiento donde supuestamente trabajaba la compradora de la tabla robada. Dentro observó a tres personas uniformadas con camisetas de la marca de telefonía e identificadores plastificados colgados del cuello: una señora de mediana edad rubia, un muchacho moreno con pinta de estudiante de informática y una treintañera de pelo rojizo. Se fijó en la pelirroja y quedó petrificado al instante. Su cerebro era incapaz de procesar las imágenes que le enviaban los ojos, por lo que les ordenaba parpadear de manera insistente. Su corazón se detuvo un instante y perdió un latido que, cuando volvió a bombear, tuvo que recuperar con tres palpitations seguidas. Sintió un vértigo repentino y el suelo pareció moverse bajo sus pies. Apoyó la mano derecha en el cristal para no caer desplomado. Respiraba con dificultad, como si un objeto pesado le oprimiese el pecho. Nadie se acercó a ayudarlo, ni él supo si alguien se había dado cuenta de su situación. «No es ella, no es ella, higiene mental...». Se obligó a sí mismo a realizar inspiraciones lentas y profundas. Cerró los

ojos y se concentró en ralentizar la respiración, hasta que consiguió recobrar la calma.

Ana era rubia; no obstante, el parecido físico con esa mujer pelirroja resultaba asombroso. Lucían la misma nariz corta y respingona. Sus ojos eran idénticos tanto en la forma almendrada como en el color aceitunado. Incluso la manera de caminar era similar: pasos seguros y rápidos, moviendo los brazos al compás, de una forma marcial y femenina a la vez. Desde que le abandonó, se había cruzado con alguna mujer que se le asemejaba, aunque no tanto.

Cuando la chica terminó de atender a un cliente, Marcus titubeó. Inspiró hasta hinchar los pulmones a su máxima capacidad un par de veces y soltó el aire poco a poco como si tuviese una pajita en la boca. Terminó de templar los nervios y se decidió a entrar. Se fijó en el nombre que aparecía en su identificación. No había posibilidad de equivocación: era ella.

—Hola, Mercedes. —Adornó el saludo con una sonrisa de circunstancias, propia de un presentador de tele tienda.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle hoy? —su timbre de voz, al contrario que sus facciones y sus movimientos, sí difería del de Ana; aunque algo en él le llevaba a recordar una taza de té caliente.

—No soy policía, así que no te asustes. —Ella abrió mucho los ojos y se quedó inmóvil como un pájaro deslumbrado—. Sé que anoche compraste un objeto robado. Lo único que quiero es que me lo entregues.

—¿Quién eres?

—Me llamo Marcus Clever García y trabajo en el MARQ. Necesito que me des la tabla de piedra para devolverla a un museo, que es donde debe estar —respondió él con un tono aséptico.

—Vale —contestó ella y miró hacia los lados para comprobar que no llamaban la atención—. Aquí no podemos hablar. No te alteres, por favor.

—No estoy alterado, ni tengo la intención de hundirte la vida. Confío en que a partir de ahora hagas lo correcto. Tomaste una mala decisión, pero todavía tienes la posibilidad de enmendarla. Hablemos con tranquilidad. —Realizó un gesto de asentimiento que ella imitó—. Te espero en la cervecería de al lado, ¿puedes tomarte un descanso para un café?

—Sin problemas, ahora mismo salgo.

Marcus salió del establecimiento y se sentó en la terraza del local adyacente, por si a la chica se le ocurría la estúpida idea de intentar escapar.

A los pocos minutos salió ella buscándole con la mirada y se sentó

junto a él, que no supo discernir si se encontraba avergonzada o apesadumbrada.

—¿Dónde está la pieza robada? —inquirió él a bocajarro.

—No tenía que haberlo hecho, lo sé, bueno, la verdad es que no sé...

—Fijó la vista en sus pies y comenzó a llorar de una manera mansa, como si las lágrimas hubieran tomado el control de su cárcel y se diesen a la fuga.

—No pasa nada, mujer. Si me la das nadie se enterará de lo que hiciste.

Sintió un extraño placer al verla llorar. Una sensación que en ese momento no supo definir, como clavar un palillo de dientes en una encía inflamada y que así el dolor se transformase en otra sensación parecida, aunque diferente. Ana nunca lo hizo. Jamás la vio llorar. Por fin veía lágrimas caer de sus ojos o, por lo menos, de unos muy parecidos a los de aquella mujer que copaba su mente. Tenía ganas de consolarla y, al mismo tiempo, de golpearla. Deseaba abrazarla y a la vez gritarle. Él se entregó en cuerpo y alma a esa relación, y ella se lo pagó siéndole infiel y abandonándole por un amigo común. En ningún momento se disculpó ni demostró arrepentimiento. Por eso se sentía incapaz de perdonarla y, por ende, de olvidarla. Siempre supo en una parte recóndita de su psique que no debió haberse enamorado de esa fría mujer. Pero le halagaba tanto cuando le decía que le amaba, que ni tan siquiera se propuso evitarlo.

Tras la dolorosa ruptura, él se alejó de Madrid para intentar pasar página. Aún no lo había conseguido. Cuando su novia le dejó, Marcus trabajaba en el Museo Arqueológico Nacional en un puesto que le apasionaba. No soportaba la idea de volver a ver a Ana de forma casual en algún bar un miércoles cualquiera, besando a su amigo como si con cada beso no le estuviese clavando a él un puñal en el pecho. Fingir que no se habían visto. Escrutarla con miradas furtivas en busca de un resquicio de infelicidad.

Decidió poner tierra de por medio por el bien de su salud mental. Como si el destino se lo ofreciese en bandeja, en dos semanas consiguió un puesto de trabajo en el Museo Arqueológico Provincial de Alicante. Las adquisiciones, en principio, no formaban parte de las tareas relacionadas con la arqueología que más le cautivaban, pero supo adaptar el puesto a su forma de ser, mejorándolo y haciéndolo suyo. El director del museo le felicitó en varias ocasiones por la dedicación y su buen hacer, aunque dejó de hacerlo al comprobar la frialdad, e incluso incomodidad, con que Marcus recibía los

cumplidos.

—¿No vas a denunciarme? —rogó ella.

Alzó una mirada suplicante hacia él, a la vez que una lágrima enorme le rodaba por la mejilla izquierda.

—Me gustaría saber por qué lo has hecho —inquirió en un tono más amable.

Le intrigaba esa cuestión. Ella no le encajaba en el perfil de compradora de objetos de arte robados. Cualquiera podría ver que esa mujer no era una delincuente. Había algo que no cuadraba en esa coyuntura, un chirrido de fondo en su mente como el que sentía cuando un cuadro se encontraba torcido. Parecía una buena chica. Tampoco daba el perfil de coleccionista porque resultaba notorio que no le sobraba el dinero. Sentía curiosidad por conocer cómo había llegado a esa situación, qué concatenación de vicisitudes consiguieron empujarla hasta tomar esa mala decisión que la trasladó a aquel momento.

—Tengo... una amiga armenia que... me habló de las higas...

Su llanto, en principio sordo, había ido incrementándose en fuerza y volumen. Casi no se la entendía entre los sollozos y el hipo, que aumentaban de intensidad a cada segundo que pasaba. Al llorar de esa forma tan atropellada, en sus labios se marcó un mohín que a él le resultó gracioso, lo que le hizo enternecer y ablandar un poco el corazón.

—Tranquilízate —le ordenó con vehemencia—. ¿Tienes intención de darme la tabla?

Ella asintió y suspiró de forma entrecortada. Él se sentía muy avergonzado del espectáculo que estaban dando en la vía pública. En las mesas de alrededor habían dejado de hablar y les observaban sin disimulo. Marcus sintió que le acusaban con la mirada. Se sentía atenazado por las miradas cargadas de intención. Necesitaba acabar cuanto antes con esa situación tan bochornosa.

Ella no advirtió que se habían convertido en el centro de atención de la plaza.

—Vale, entonces nos vemos esta noche cuando salgas de trabajar —planificó él—. ¿Te parece bien?

—Sí —afirmó Mer tras un gemido.

Como ningún camarero se había acercado a ellos en el tiempo que estuvieron en la terraza, no habían pedido nada. Se levantaron y concretaron hora y lugar para reunirse por la noche. De forma automática, él le dio dos besos de despedida, con los que ella se sintió reconfortada, como la tisana que les preparaba su madre de niñas cuando su hermana gemela o ella se resfriaban. Regresó al trabajo con los ojos rojos e hinchados, aunque calmada y sonriente.

Marcus comió solo y en silencio en la cocina de su apartamento. Nada le quitaba el sueño, sin embargo, esa tarde fue incapaz de deleitarse con su habitual siesta de fin de semana. Mantuvo un duermevela durante unos breves minutos, en los que creyó soñar con una nutria que bailaba de una extraña manera y mantenía la cabeza cubierta por un velo. Después dar varias vueltas en el sofá, renunció a dormir durante esa sobremesa.

Se trasladó frente al ordenador, donde tampoco fue capaz de concentrarse en la lectura de la tesis doctoral de una amiga y, tras desistir de realizar cualquier actividad que necesitara de un mínimo de atención, se sentó en la terraza del salón con el único cometido de mirar el mar y así tratar de encontrar la paz que tanto necesitaba. Pasó la tarde pensando en esa chica pelirroja que acababa de conocer. Un regomeyo infundado recorría sus venas hasta precipitarse en su cerebro. La semejanza física entre esa mujer y su exnovia era evidente, pero no se trataba solo de eso, había algo más; algo inmaterial que les unía. Con la misma sensación pegajosa que le envolvía cuando sentía que había olvidado algo, él intuía una certeza que no podía discernir, una imagen envuelta en humo que no lograba vislumbrar.

Ni siquiera cuando le presentaron a Ana, en esa maldita fiesta de la facultad a la que ojalá no hubiera asistido nunca, se sintió tan atraído hacia ella. Si hubiera creído en esas sandeces, habría afirmado que se conocieron en una vida anterior. No encontraba una explicación racional a sus sentimientos y eso le sacaba de quicio.

No fue consciente hasta varios meses después, pero esa tarde empezó a olvidar a su exnovia. Aunque, si hubiese prestado más atención, puede que de algo sí se hubiera dado cuenta, porque tardó más de una hora en arreglarse para la cita.

Mercedes esperaba nerviosa en la calle San Juan Bosco, donde creía haber quedado con Marcus. El encuentro había sido planeado de forma tan precipitada y ella estaba tan alterada en ese momento, que dudaba de si se habría confundido de dirección. Daba golpecitos cada dos por tres a su bandolera de lona caqui, donde guardaba la tabla de piedra, para comprobar que el contenido seguía estando ahí.

Mientras aguardaba, fumó tres cigarrillos seguidos con caladas fuertes y ruidosas, encendiendo el siguiente con el último. Ella nunca aspiraba la primera calada. La exhalaba antes de pasarla a los pulmones, después de jugar con el amargo sabor en la boca. Miraba a la nada a los ojos, soplaba de modo sonoro y se dejaba envolver en una bruma pestilente. La segunda era la que se tragaba. Este hábito le confería un aire misterioso y rudo al fumar, sin ella percatarse de la impresión que causaba en los demás.

Ya pasaban quince minutos de la hora convenida. «¿Dijo San Juan Bosco o Poeta Quintana?», se preguntó inquieta. Ella solía confundir ambas calles por localizarse una a continuación de la otra. «¿Estará esperándome en la puerta de otro bar? De ser así, puede que acuda a la policía si no aparezco. También cabe la posibilidad de que él llegue acompañado de un agente de paisano. Quizá no solicitó que me detuviesen sin haber encontrado antes la tablilla, para poder imputarme el delito de comprar un objeto robado. ¿Debería esconder la tabla debajo de un coche hasta estar segura de que el tipo de esta mañana viene solo?», dudó.

Mercedes vagaba por este mundo como un espíritu errante, anhedónica, como si hubiera consumido una sobredosis de novocaína y nada importase. Se deslizaba de un día al siguiente preocupándose por las tareas básicas para sobrevivir. Había días en que llevar a cabo cada una de esas simples acciones le resultaba un esfuerzo descomunal; sin embargo, se empeñaba en continuar. Intuía que, detrás de aquella enorme nube gris que la envolvía, continuaba existiendo el sol. Se creía capaz de hallar la escondida puerta que le permitiría escapar de su yerma torre de soledad por la que vagabundeaba, al igual que por las calles de Alicante, en busca de una salida. Después de derramar demasiadas lágrimas en la vida, un día tomó la decisión de no volver a llorar y, hasta esa mañana, que no sabía explicar lo que le ocurrió, lo había

conseguido.

Ella era una persona que tenía más piel que las demás. Sentía con mayor intensidad que el resto, esa era la causa por la que necesitaba percibir menos sed que sus congéneres para anesthesiarse bebiendo. Como la mayoría de las personas que no atesoran un amor, Mer coleccionaba el ideal del mismo. El amor constituía una necesidad para ella, al mismo nivel que la venganza. Su motor se encontraba en su sexo y la impulsaba por el planeta, como las ondas magnéticas a las aves, a migrar sin rumbo y sin destino, sin objetivo y sin Dios. Creía volar libre, pero en realidad cargaba con un pesado lastre. Buscaba de forma inexorable el amor verdadero y canalla, una utopía que, para esa pequeña mujer, se trataba de un lugar en el alma.

Llegó a este mundo por esa puerta trasera de la pobreza y el infortunio, con una mano difícil de enmendar cuando las cartas están marcadas. Hubo años buenos, aunque, por lo general, no mejoró demasiado. Sin embargo, ella en el fondo se sentía afortunada de haberse colado en la vida como en una fiesta a la que no fue invitada. Y ese era el pensamiento que la ayudaba a persistir en su búsqueda pese a vivir con el alma mutilada.

Le vio aparecer cuando giró la esquina de General Marvá, solo, sin ninguna compañía. Suspiró aliviada y, tras una bocanada atronadora que más parecía exhalada por un oso que por una mujer de su débil constitución, tiró al suelo el pitillo a medio consumir.

—Perdona el retraso, Mercedes —se disculpó mirándola a los ojos.

La tomó del hombro izquierdo para acercarla hacia él y darle dos besos.

—No pasa nada, Marcos —contestó ella con un hilo de voz.

Sin previo aviso, una vergüenza atronadora estalló en el cerebro de Mercedes, desparramándose por sus venas. Se sintió incapaz de continuar manteniéndole la mirada. No sabría argüir qué hubo en ese gesto con el que solo le había tocado un hombro, pero lo hizo con una mezcla perfecta de suavidad y firmeza, de confianza y elegancia, mientras parecía mirarle el fondo de su alma. Se sintió abrumada por una intimidad que, en realidad, ella sabía que era ficticia. Hacía meses que no sentía el contacto humano y eso también influía en su percepción. La nube que cubría su cabeza se dispersó y se resquebrajó uno de los muros de la sórdida atalaya donde residía la mente

de Mer.

—No me llamo Marcos, mi nombre es Marcus —dijo él.

Entre sus palabras se vislumbraba el hastío de quien ha repetido un sinfín de veces la misma frase.

—Entiendo. Sé lo importante que es para cada uno el nombre propio, no te preocupes, no me volveré a equivocar... Es que esta mañana, con los nervios, no te entendí bien.

—Vale, no te preocupes —la perdonó él.

—Me puedes llamar Mer, si quieres, todo el mundo lo hace. ¿Vamos a esta cervecería? —preguntó ella y señaló el local con la barbilla.

—Es un sitio tranquilo... si no hay partido —explicó él a la vez que acompañaba el movimiento de su mano en la espalda de Mer, sugiriendo que pasara primero—. Al fondo mejor —la guio.

Recorrieron el bar forrado de madera. Dejaron la barra a la derecha y continuaron hasta llegar a una sala situada al final del local. Se sentaron uno junto al otro en un sofá blanco de polipiel con una mesita baja frente a ellos. Enfrente, en una gran pantalla, se proyectaban vídeos musicales, que distraían a ratos a Mer.

«Tu recuerdo» de Ricky Martin y La Mari de Chambao, sonaba en ese momento. A él le fastidió evocar de nuevo a Ana, pero también volvió a sentir ese dolor placentero inconfesable, como el de un exfumador que después de muchos meses vuelve a dar una calada. Las pocas horas que durante esa tarde no había pensado en su exnovia, constituía el período de tiempo más largo que había conseguido aguantar desde que le abandonase.

Al poco de tomar asiento, se acercó a ellos un camarero en el que Mer se fijó. Tenía ojos de gato, la cabeza rapada y una barba castaña recortada que le resaltaba el atractivo natural que poseía. Parecía más joven que ella, aunque no solía fijarse en esas minucias.

—Buenas tardes —saludó el camarero y esperó con las manos entrelazadas.

—Buenas tardes —respondió con indiferencia Marcus al camarero, girándose para preguntarle a su acompañante—: ¿Qué quieres tomar?

En sus modales se adivinaban una buena educación de colegio de pago y la habilidad social de alguien acostumbrado a tratar con diferentes tipos de personas. Con esa mezcla de despreocupación y cortesía que resulta un imán para aquellos necesitados de amor.

—Una caña.

—Dos, por favor —finalizó la conversación Marcus al informar de la comanda al camarero.

Marcus la miraba con una sonrisa en los labios. Daba la sensación de encontrarse muy relajado. Todo lo contrario que ella, a quien se le notaba que no sabía bien cómo comportarse. Jugaba nerviosa con un mechón de pelo y cambió tres veces de postura. Dudaba entre ponerse de lado para mirarle de frente o sentarse recta y girarse al hablar.

—Me alegra que hayas decidido hacer lo correcto.

Él entendía que todos necesitamos ser perdonados, así que dijo lo que suponía que ella deseaba escuchar. Le sonrió con amabilidad y continuó:

—Informaré a la policía que he recibido la pieza de forma anónima. No te va a acarrear problemas, pero lo que pague, dalo por perdido.

Arqueó las cejas y esperó a que Mer moviese ficha.

—¿Quieres ver la tablilla? —preguntó ella.

—Por favor.

Sacó la tabla de piedra de la bandolera y se la entregó a Marcus, que la depositó con suavidad sobre las rodillas. Con una delicadeza que a ella le dio la impresión de ser excesiva, la desenvolvió del trozo de arpillera y se quedó largo rato mirándola. Mientras él observaba con atención el objeto, Mer aprovechó para analizarle a él. Debía de rondar los cuarenta. Era rubio, alto, de facciones marcadas y bien parecido. «Tiene pinta de pijo madrileño», pensó.

Mer no podía afirmar que nunca había cometido ningún delito, pero el conjunto de todos ellos suponía una nadería en comparación al de comprar un objeto valioso robado. Al estar sumida en un bloqueo emocional que le impedía sentir y pensar con claridad, no se había parado a reflexionar sobre las consecuencias de sus actos, en el valor de esa pieza, ni en su origen o propietario.

Cuando Marcus le comunicó que no tendría problemas legales, se quitó una losa de encima. En su actual trabajo cobraba el salario mínimo, por lo que el dinero era importante para ella porque escaseaba. Los mil euros que había pagado por la pieza le suponían calderilla a cambio de haberse librado de una buena. No le importó perder ese dinero.

—¿Pericles de Mileto? —cuestionó él con el ceño fruncido, después de examinar la piedra durante un par de minutos.

—¿Eso es lo que pone? Lo busqué en internet, pero no encontré un traductor para estos símbolos.

La piedra gris rectangular de esquinas romas descansaba en el regazo de Marcus. Tenía una longitud aproximada de treinta y cinco centímetros, una anchura de unos veinticinco y un grosor de algo más de dos. Debía sostenerse de forma apaisada, en cuyo caso se observaban los ideogramas cincelados en la mitad superior. La otra mitad la ocupaba un puño tallado en un alto relieve inferior a un centímetro, con la palma hacia arriba, del que asomaba el dedo pulgar entre el índice y el corazón. La mano cerrada se intuía que originalmente fue burdeos, aunque el color se había degradado de manera uniforme y ahora se aproximaba al amaranto.

—Es griego antiguo —añadió el arqueólogo—. Cuando vi las fotos en el *Diario Información* no se apreciaban las letras con la suficiente claridad como para distinguir las. Pero este texto me genera más dudas de las que me aclara. ¿Qué relación puede existir entre este puño rojo, el tal Pericles de Mileto y Elche?

Ella desconocía que esa piedra tallada, que había adquirido de una forma impulsiva, hubiera aparecido en la prensa. Se sintió tentada de preguntar, pero cambió de opinión al contemplar el semblante serio de Marcus. Pensó que no estaba el horno para bollos y que más tarde podría buscar la noticia en internet. Se sintió absurda. «¿Por qué me dejé llevar de esa manera? No estoy bien». Salió de su reflexión para aportar la escasa información que poseía.

—Es una higa, un amuleto protector —apuntó Mer, mientras miraba la mesa, como si se dirigiera a ella—. Siempre me han interesado este tipo de objetos, por eso me decidí a comprarlo. —Soltó el mechón que enroscaba entre los dedos y se decidió a mirarle a la cara—. Yo desconocía el significado del texto. Como te comenté esta mañana, tengo una amiga armenia que es un poco mística, fue ella quien me introdujo en el mundo de los talismanes. ¿Quién fue Pericles de Mileto? —preguntó con la intención de cambiar de tema.

Mer se arrepintió de haber mencionado a su amiga, aunque estaba aliviada de no haber llegado a pronunciar su nombre.

—No existió ningún Pericles de Mileto, que yo conozca. Pericles nació en Atenas —sentenció él sin levantar la vista de la piedra, como esperando hallar la respuesta en una de las oquedades.

—Me suena del Siglo de Pericles. ¿Fue un político griego? —preguntó ella sin demasiado interés por el tema, pero deseosa de mantener cualquier conversación que apagase el silencio.

—Sí, el político más importante de la edad de oro de Grecia.

Levantó la vista y entendió por la mirada que ella le devolvía que no sabía de lo que le estaba hablando. Con una pizca de condescendencia en sus palabras, trató de ilustrarla:

—¿Has visto *300*?

—¿La peli? Sí, ¿sale Pericles en ella?

—No —aclaró él—, no aparece en esa película. Quería explicarte que su apodo fue el Olímpico. Imagínate cómo sería el físico de ese hombre para que espartanos, atenienses y persas le llamaran así. Por las crónicas que han llegado hasta nuestros días, su fortaleza física era legendaria.

El camarero trajo las cervezas y Mer pensó que ese hombre debía de parecerse a Pericles.

—Un cachas —bromeó ella.

—Sí, sin embargo, no fue solo un gran guerrero, también cultivó la mente como pocos otros hombres. Tucídides le denominó «el primer ciudadano de Atenas» por todo lo que hizo por su ciudad. Construyó la Acrópolis, que todavía preside Atenas desde su cima —hablaba mirando hacia abajo, ella le seguía mirando a la cara—. También se le consideró un gran orador, no solo por los extraordinarios discursos que pronunció, sino también porque afirmaban que poseía una voz grave y musical con la que encandilaba a todo el que le escuchaba. Es recordado también por su labor de patrocinio de las artes y las ciencias... — Al levantar la mirada, le pareció que ella estaba algo distraída, por lo que decidió no continuar con la clase magistral sobre Pericles—. *Un máquina* en todos los aspectos.

— ¿Y no tendría un hijo? —aventuró—. ¿Pericles junior? Puede que la tabla no se refiera al Pericles famoso, sino a su hijo o a su nieto.

Marcus necesitaba unos momentos en silencio para reflexionar. Tomó la copa de la mesita y bebió un gran sorbo. Las casualidades solían escamarle. Le resultaba extraño que esa mujer afirmara no conocer casi a Pericles y aun así especulara con que tuvo un hijo homónimo, amén de haber adquirido de forma ilegal un objeto en el que se encontraba su nombre. «¿No son demasiadas coincidencias?», se cuestionó.

—De hecho, sí: Pericles el Joven —respondió él tras la pausa.

—¿Y nació en Mileto? —preguntó ella emocionada. Después añadió una obviedad por su estado de ánimo agitado—. Porque si en la tabla pone Pericles de Mileto, lo que debemos hacer para desentrañar el misterio es encontrarle.

—No. Nació en Atenas y también fue general, como su padre. Pero... —reflexionó Marcus mientras giraba la mirada perdida a la izquierda—, su segunda mujer y madre de Pericles el Joven, Aspasia, sí nació en Mileto. El propio Pericles tuvo que cambiar la ley para que su hijo, que solo era ateniense por parte paterna, pudiera considerarse legítimo heredero y ciudadano de Atenas. —Volvió a mirarla, aunque no se concentró en ella. Parecía que su mirada la atravesase—. Aunque todos eran griegos, los atenienses eran la élite y, para pertenecer a ella, ambos progenitores debían serlo también.

—Entonces —consideró Mer—, esta tablilla la tuvo que mandar tallar su madre, ¿no te parece? Los hijos son de las madres, ya habrás oído decir. Aunque su hijo fuese ateniense, es lógico que, si los orígenes de ella se encontraban en otro lugar, quisiera que su retoño no perdiera sus raíces. ¿No crees?

Mer tomó la copa de la mesita y bebió a la vez que buscaba la aprobación de sus palabras en los ojos de él. Marcus le brindó una media sonrisa intrigada, que ella interpretó como una invitación a continuar, así que optó por reconocer que, pese a haberlo comprado, desconocía el origen de ese objeto:

—¿Dices que esta tabla se encontró en Elche?

Él la miró todavía más extrañado. Dudaba cada vez más de su sinceridad. Sin embargo, algo, acaso sus propias ganas de creer en ella, le hicieron confiar en que era franca respecto a la ignorancia de la procedencia de la piedra.

—Sí, bueno, en La Alcudia, que es un yacimiento arqueológico que se encuentra entre Santa Pola y Elche... ¿No lo has leído en los periódicos?

—Suelo leer en la prensa solo las noticias de sucesos y el horóscopo. No estoy muy al tanto de la actualidad de la arqueología —agregó con ironía—. ¿Qué motivo puede haber para que esta piedra tallada con un amuleto y el nombre de un general ateniense estuviese en el yacimiento de La Alcudia?

Mer se sentía tan importante hablando de igual a igual con Marcus de un tema tan notable, que comenzó a exaltarse. Deseaba conversar largo y

tendido con ese hombre que la miraba de una forma peculiar, como si guardase un secreto relativo a ella. Hacía demasiado tiempo que no mantenía una relación sentimental y deseaba que él aliviase su soledad, que la abrazase, que consiguiera volver a hacerla sentir. No encontraba nadie que la atrajese, ni en el trabajo, ni en su escaso círculo de amistades. El trato de Marcus hacia ella estaba en los arrabales de la intimidad, no solo por lo que expresaban sus ojos, también por sus gestos, su cercanía, su tono... «¿Nos habremos conocido en una vida anterior?», fantaseó.

A él le resultaba gracioso el nerviosismo de Mer. Su exnovia nunca demostraba inquietud y, por más que al principio de conocer a Ana le fascino esa cualidad suya, más tarde entendió que no fingía ser invulnerable; se comportaba así porque lo era. «Cold as ice», como la canción de Foreigner, fue el apodo cariñoso que le arrojaba él a la cara cada vez que consideraba que ella actuaba sin empatía ni consideración hacia sus semejantes.

—No tengo ni idea de qué hacía este objeto enterrado en La Alcudia —admitió Marcus—. En el *Diario Información* apareció un artículo donde explicaban que la piedra en la que está tallada no es de la provincia de Alicante. Vamos a reflexionar y a ver si somos capaces de alcanzar una teoría que sea plausible. Empecemos desde el principio: ¿Qué sabemos del yacimiento de La Alcudia?

—Allí descubrieron la Dama de Elche —respondió ella como si participase en un concurso.

—Correcto. —Le dio la impresión de que la respuesta había sonado paternalista, por lo que intentó cambiar el tono. Carraspeó para continuar explicando—: La Dama de Elche se talló entre el siglo V y el IV antes de Cristo. Tiene una clara influencia griega, quizá el escultor lo fuera. —Comprobó por la expresión de ella que desconocía aquellos datos, por lo que profundizó un poco más—. Está probado que se utilizó como urna cineraria: María Pilar Luxán demostró en 2011, mediante unas pruebas de espectrometría, que el hueco posterior del busto femenino contuvo cenizas de huesos humanos.

—Si era un recipiente para cenizas humanas —razonó Mer— tuvo que aparecer tumbada, descansando como lo haría un cuerpo en un sepulcro. ¿Fue así? —deseó que Marcus pudiera confundir una pregunta ingeniosa con un nivel cultural alto.

—No. Según los dibujos del descubridor, Manuel Campello, se

encontraba erguida, aunque un poco ladeada. Miraba hacia el Sureste —La mirada expectante de Mer le animó a continuar—. En el siglo V antes de Cristo, cuando la Dama de Elche fue enterrada, sus ojos se dirigirían a Illikitanos Limen, que fue un asentamiento de griegos colonos y hoy se ha convertido en el municipio de Santa Pola. —Se fijó en los labios de esa chica. Eran idénticos a los de Ana. Perdió un poco el hilo—. No sé si tendrá relación, no lo creo, pero por poner todos los datos sobre la mesa, te puedo contar que esos griegos, de la región de Focea, llegaron allí, según explica Heródoto, para comerciar con los tartesios por sus metales. Como el sur de la península estaba ocupado por los fenicios, que impedían a los barcos griegos cruzar el estrecho de Gibraltar, idearon una ruta por tierra para trasladar los metales hasta el este y, desde aquí, embarcarlos hasta el Mar Egeo.

—Curioso, es como si se encontrara alerta o vigilante, en lugar de reposando, que sería lo lógico. ¿Miraba hacia el mar? Como esperando a alguien que debía llegar por el Mediterráneo —elucubró Mer.

Él asintió y, sin tratar de ocultar su fascinación por las conclusiones a las que llegaba esa chica con tanta rapidez, mantuvo muy abiertos los ojos. Marcus había estudiado a fondo el yacimiento de La Alcudia y nunca había ideado teorías de ese tipo. «¿Alerta o vigilante? ¿Puede que los árboles me impidiesen ver el bosque?», se cuestionó. Aunque todavía no tenía catalogada a esa mujer por su tipo de personalidad, cosa que intentaba hacer nada más conocer a alguien, notó que se sentía bien al conversar con ella. Cómodo y relajado.

—Una urna funeraria tan elaborada tuvo que costar una pequeña fortuna en aquella época —continuó Mer—. Se usaría para guardar las cenizas de alguien rico y famoso. ¿Estaba enterrada en la tierra o se introdujo en un sarcófago para preservarla?

—Ni una cosa ni la otra, aunque sí es cierto que se encontraba muy protegida. Dispusieron un cubo de losas de cantería a su alrededor, excepto uno de los lados del cubo, en que la pared era la antigua muralla de la ciudad de Elche. Formaron una especie de hornacina alrededor de la Dama y, después de introducir la estatua en la cavidad, rellenaron el hueco con arena de playa. Esa es la razón por la que se conservaron los colores en la piedra tantos siglos.

—Más que protegida, a mí me da la sensación de que estaba escondida... a la espera de alguien que tenía que llegar por mar. Alerta y

resguardada, permaneció en ese lugar más de veinte siglos.

—Si tú lo dices —contestó él interesado, cosa que la animó a dejar seguir volando la imaginación.

—Según has dicho, Pericles se casó con Aspasia en segundas nupcias —recapituló Mer—. Tuvieron un hijo y vivieron felices en Atenas. Aunque ella había nacido en Mileto. —Se acarició la barbilla con el dedo índice de la mano izquierda—. ¿Qué fue de los restos de ella? ¿Se encuentra enterrada en Mileto o en Atenas?

—No se ha descubierto la tumba de Aspasia y ningún historiador ha encontrado indicios de dónde pudo estar su ubicación.

—Entonces —continuó ella que, espoleada su fantasía, preguntó emocionada—: ¿Puede que la Dama de Elche sea la urna que contuvo los restos de Aspasia de Mileto?

Marcus miró boquiabierto a Mer. Su primera intención fue responder que no, puesto que no tenían ninguna prueba científica. Esas hipótesis no se sustentaban sobre ninguna evidencia, sino que eran fruto de la imaginación. Pero como la conversación le divertía, sonrió y decidió dejarse llevar. A Ana le aburría la arqueología, nunca hablaban del trabajo de él, solo del de ella. Y los colegas con quienes había trabajado no solían aventurarse a teorizar tan a la ligera sobre los hallazgos arqueológicos. Así que esa charla interesante, aunque indefendible, constituía un pasatiempo para él.

—Vamos a suponer que sí, aunque solo sean congeturas —concedió Marcus—. Podría ser, puesto que no contradice ningún hecho constatado, al desconocerse dónde se encuentra ubicada la tumba de Aspasia de Mileto y no haberse descubierto quién fue la Dama de Elche.

—Yo he leído que la Dama de Elche fue una sacerdotisa o una mujer de alta alcurnia. —Algo agitada, Mer preguntó—: ¿Coinciden las fechas? ¿Se conoce la fecha aproximada de la muerte de Aspasia?

Después de haber formulado las preguntas, Mer pensó que nadie podía almacenar tantos datos en la memoria. Estuvo tentada de sacar el móvil de la bandolera para buscar las respuestas, así que le fascinó que él le respondiera con tanta facilidad.

—No se conoce la fecha de la defunción de Aspasia con exactitud. —Se fijó en un lunar en el cuello de ella—. Se estima que debió fallecer entre el 406 y el 400 antes de Cristo, porque cuando ejecutaron a su amigo Sócrates, en el año 399, se cree que ella ya había muerto.

—Así que por las fechas podría encajar.

—Podría —conjeturó él y, con la intención de echar más leña al fuego, añadió —: además, Aspasia fue también, como tú bien has dicho respecto de la Dama de Elche, sacerdotisa y dama de alta alcurnia. Pero ¿por qué iba a estar su sepultura en Elche?

A Marcus le gustaba la imaginación tan libre que poseía esa chica. ¿Sería su mente siempre tan atrevida? Había leído tanto sobre el yacimiento de La Alcudia, que ese nuevo enfoque le resultó muy refrescante.

—¿Aspasia era una sacerdotisa? —cuestionó ella, ignorando la pregunta de él.

—Ejercía de Primera Dama al ser la esposa de Pericles, que era el dirigente de Grecia, país que en aquella época era la mayor potencia mundial, por eso concurda lo de mujer de alta alcurnia. —Levantó ambas cejas y ella le sonrió—. Y he afirmado que era una sacerdotisa porque practicaba la sanación. Hoy en día la llamaríamos doctora —Mer le miraba embelesada y a él le complacía. Su atención inflaba aún más su ya hinchado ego, así que continuó—: Aspasia fue mujer extraordinaria: maestra de retórica, según escribió Platón en el *Menexeno*; la más importante logógrafa de su época; científica y médica. Sus dotes de profesora de retórica aparecen mencionadas por numerosos autores importantes del mundo antiguo: Platón, Jenofonte, Plutarco o Cicerón. Fue una *influencer* cultural y política.

Mer se rio. Marcus pensó que cuando se reía se parecía aún más a Ana.

—¿Logógrafa? —preguntó ella.

Mer era de ese tipo de personas a las que no les avergüenza preguntar y eso le agradaba mucho a Marcus. Su exnovia, en cambio, era muy marisabidilla.

—*Logos* significa ‘historia’ y *grafo* ‘escritura’. Se designa así a los historiadores antes de Heródoto, que se considera el padre de la Historia —explicó Marcus.

—¡Menuda tipa! Pericles se enamoraría de ella por su inteligencia.

—En absoluto —negó Marcus y aprovechó la distracción de las miradas para recorrer de forma fugaz, una vez más, el cuerpo de Mer—. Aspasia no era ni la guapa tonta, ni la lista fea: era inteligente y bellísima, según los cronistas. Además, esto te va a encantar —bajó un poco el tono de voz y colocó el brazo detrás de ella, apoyado en el respaldo bajo del sofá—,

el suyo fue un amor prohibido por su condición de hetaira y extranjera.

—¿Era prostituta? —cuestionó Mer con incredulidad.

—No exactamente. ¿Cómo te diría yo?... La única figura con la que se puede comparar a una hetaira es con la de una *geisha*, o con la de una primera actriz de cabaret en el París de la *Belle Époque*. —Mer se inclinó un poco hacia atrás y él retiró el brazo del respaldo—. Al igual que estas, las hetairas decidían si mantenían o no relaciones con hombres y si aceptaban o no regalos de ellos —Marcus tomó un trago antes de continuar.

»Las esposas atenienses no podían poseer propiedades, ni realizar negocios, cosa que las hetairas sí. Se comportaban como mujeres independientes, que pagaban impuestos y participaban en los simposios dando su opinión. Eran lo más parecido a lo que hoy denominaríamos una *mujer liberada* que existía en la sociedad ateniense. Aunque suena un poco antiguo.

—Sí —afirmó ella divertida con la expresión—, como si tuviéramos que liberarnos de algo.

Ambos se sonrieron de una manera especial. Marcus continuó:

—Mientras que las hijas y esposas de los ciudadanos atenienses permanecían recluidas y silenciadas toda la vida en la privacidad del gineceo, las hetairas alternaban en sociedad y eran mujeres autónomas.

—No tenía yo entendido que los antiguos griegos fueran tan carcas.

—No se puede juzgar con el mismo rasero moral una civilización de otra época —valoró él—. Las costumbres sexuales de los griegos antiguos se considerarían hoy como muy progresistas. Por ejemplo, la homosexualidad no solo estaba permitida, sino incluso celebrada. Y la prostitución no acarreaba el estigma que adquirió con posterioridad.

—Sí que sabes tú de Aspasia —observó cegada por los conocimientos de ese hombre que, sin ella notarlo, tenía cierto parecido físico a su padre de joven.

Él podía haberle explicado que hacía un par de semanas había leído un trabajo de fin de Máster en Estudios Feministas de la Universidad Complutense de Madrid, que le aportó la mayoría de esos datos; sin embargo, no lo hizo. El trabajo se titulaba *Las trementinaires: historia de una transgresión femenina*. Y versaba sobre unas mujeres del Pirineo Catalán que recogían y vendían hierbas medicinales. No obstante, también trataba de las mujeres sanadoras a lo largo de la Historia, mediante el uso ancestral de técnicas curativas. Hasta que lo leyó, no conocía lo importante que fue

Aspasia en la medicina.

Marcus se fijó en el pliegue que formaba la blusa azul de Mer en el escote. Intuía su cuerpo delgado y torneado, que le encantaría descubrir y acariciar. «¿En la intimidad también se moverá como Ana?», se cuestionó a la vez que recordaba el cimbrear de la cintura de su exnovia. Notaba que a cada momento le atraía más esa chica sencilla y guapa.

Mer se iba relajando a medida que escuchaba la voz de Marcus. Ya no sentía ansiedad ni miedo, ahora estaba encantada y muy interesada en la conversación. Marcus continuó hablando:

—Se dice que los textos de Aspasia de Mileto fueron los más importantes escritos femeninos de medicina hasta el siglo XI. Aetius de Amida, que era el médico del emperador bizantino Justiniano I en la Mesopotamia del siglo VI d. C., escribió la enciclopedia médica *Tetrabiblion*, sobre todo a partir de los conocimientos legados por Aspasia.

—Pues para haber sido una médica tan importante, ha tenido poco reconocimiento. Quizás porque fuera demasiado transgresora. ¿Era la *Lisístrata* de su época? —preguntó Mer, sonriendo.

A él le extrañó que ella supiese quién era *Lisístrata* y estaba seguro de que, si le preguntaba, no conocería la huelga sexual que planteó a las mujeres. Pero como no iba de listilla, no pretendió humillarla dejando al descubierto la diferencia de nivel entre sus conocimientos. Por lo que, sin asomo de soberbia, se decidió a añadir:

—De hecho, se ha propuesto como hipótesis que, entre los siglos V y IV a.C., en el tiempo que vivió Aspasia, hubo un movimiento de emancipación femenino en Atenas. Entre esos años se escribieron una serie de obras como *Lisístrata*, *Las Asambleístas* o *Medea*; en las que las mujeres reivindicaban el espacio público. No estoy afirmando que Aspasia fuera la artífice de esta pequeña revolución de las mujeres atenienses, pero sí que formó parte de ella de forma activa.

—Entonces, ¿fue una feminista?

—Por favor —le indicó Marcus con la media sonrisa del que se sabe ganador —, busca en Google desde tu teléfono la palabra *feminismo* en la RAE.

Ella, complacida, sonrió y sacó el móvil de la bandolera. Tecleó y leyó en voz alta:

—«Ideología que defiende que las mujeres deben tener los mismos derechos que los hombres».

Cuando Mer volvió a mirarle a los ojos, él alzó ambas cejas y le preguntó:

—¿Tú no?

Mercedes rio y pensó que era demasiado bueno para ser cierto: «Culto, guapo y feminista. ¿Será gay?». Habían terminado las cervezas y ella creyó que esa reunión se acercaba a su fin. Pero él no quería terminar esa conversación. Deseaba conocer más a esa chica y tener alguna oportunidad de que ocurriera algo entre ellos. Tuvo una idea y la verbalizó:

—Tengo un amigo psiquiatra que centró su tesis doctoral en la religión. Entiende de temas esotéricos porque es un apasionado en la materia. Le voy a consultar sobre la higa. Puede que sea capaz de aportar algún dato que nos ayude a relacionar este talismán, como tú dices, con Aspasia o con Pericles.

—¿Qué clase de tesis doctoral hizo?

—Se titulaba: *Influencia del misticismo en la platoplastia de la Vega Baja de 1870 a 1920*.

Mercedes creyó que se trataba de una broma y estuvo a punto de reír. Por fortuna, consiguió detenerse en una sonrisa al advertir que Marcus no lo hacía.

—Cabe la posibilidad de que le hayas visto alguna vez en la tele —aventuró él. Se palpó los bolsillos para localizar el móvil—. Colabora en programas curiosos, te va a caer bien.

A Mercedes le satisfizo que siguiera contando con ella en la investigación sobre los orígenes del misterioso objeto, que organizara ese pequeño plan de futuro para los dos y le fuese a presentar a un amigo suyo. Esa tarde había llegado a pensar que él le podría robar la tabla y luego denunciarla a la policía, que le iba a tender una trampa para que la detuvieran... Y un montón más de ideas catastróficas. Ahora que le conocía mejor, sabía que eso no iba a ocurrir. «¿Me ha tocado el brazo?», dudó. Contuvo la respiración y giró la cabeza en dirección hacia donde sus pieles habían mantenido un breve contacto.

Él había sacado el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros y, sin querer ni darse cuenta, rozó el brazo de Mer.

—¿Te parece bien si le envío un *WhatsApp* para ver si se puede reunir con nosotros? —preguntó Marcus de forma retórica—. Vi en su Facebook hace un par de días que está por Alicante visitando a la familia.

Empezó a teclear. Mer se fijó en que, a diferencia de ella, que tecleaba con los pulgares, Marcus pulsaba la pantalla con el índice, aunque con bastante

rapidez. Para no continuar mirándole de hito en hito, ella también cogió el móvil y fingió consultar los mensajes recibidos. Pasó a curiosearle de soslayo con miradas furtivas. El amigo le contestó de inmediato. Le observó mientras sonreía al leer la respuesta. Tenía unos rasgos perfectos. Era un guaperas y, aunque no era el tipo de hombre en el que solía fijar, Marcus la *ponía* mucho.

—Menuda suerte —anunció él—, está también por el centro y tiene ganas de verme. Le he dicho que necesito su ayuda y me ha respondido que, en mi caso particular, su asesoramiento implicaría un par de años de terapia. —Ambos rieron—. Es un tipo estupendo, somos amigos desde hace muchos años.

Marcus volvió a guardar el móvil en el bolsillo. No habían transcurrido ni tres segundos sin hablar y Mercedes ya se sentía agobiada por el peso del silencio. Nerviosa, volvió a jugar con un mechón de pelo. «¿De qué podemos charlar?». No quería decir algo insustancial y parecer tonta. «¿Mejor permanecer callada? ¿Creerá que soy una persona distante?».

Marcus, con naturalidad, inició una conversación:

—¿Vives cerca?

—En Carolinas Bajas, cerca de la plaza de toros, así que como está bastante céntrico y me gusta caminar, acabo yendo andando a todos lados. ¿Y tú?

—En el Cabo de las Huertas.

—No sabía que en los museos ganarais tanto.

Aunque Mer no tenía por costumbre arquear las cejas, en ese momento sí lo hizo.

—En un apartamento, no en un chalé. Aunque, como a ti, a mí también me gusta pasear y contemplar esos *casoplones* al borde del mar. ¿Eres alicantina?

—Sí, pero he estado bastante tiempo trabajando fuera. Tú eres de Madrid, ¿verdad?

—Imposible disimular el deje de Chamberí —contestó él, exagerando el acento castizo, cosa que hizo sonreír a Mer como una colegiala nerviosa—. ¿Llevas mucho tiempo de comercial de móviles?

—La verdad es que solo unos meses. No es el trabajo de mi vida, pero me da para vivir. Y tú eres arqueólogo, ¿verdad?

—Sí, como Indiana Jones. —Ambos volvieron a reír. Todavía con la sonrisa en la cara él le preguntó—: ¿Y cuál sería tu trabajo ideal?

—Alguno relacionado con el vino —respondió ella con solemnidad, como si hubiese tocado un tema de suma importancia—. ¿Cuánto llevas en Alicante?

—Hace unos dos años que acepté el puesto en el MARQ.

Marcus volvió a deslizarse por ese sifón que conectaba su presente con su pasado. Se visualizó a sí mismo el día en que decidió marcharse de Madrid, cuando le dejó su exnovia y la idea de un encuentro casual con ella le resultaba insoportable. Varias imágenes dolorosas de la ruptura pasaron de por su mente: La conversación que él no supo terminar sino dando un portazo. La tarde que volvió al piso y la ropa de Ana ya no estaba. La foto que encontró en su propia cámara réflex, en la que su novia y el traidor de su amigo se miraban de una forma especial que él no descubrió hasta después de la ruptura.

Mer notó la pausa que él hacía y el cambio en su energía, que pasó de dinámica a melancólica. Dudó en atreverse o no a preguntar. Casi no se conocían y no sentía que tuvieran la confianza suficiente como para abordar un tema íntimo. Marcus miró hacia la barra, la melancolía se esfumó de sus ojos y exclamó:

—¡Copón! Sí que era cierto que andaba cerca.

Dejó con cuidado la tablilla en el sillón de enfrente y se acercó a la barra para recibir a su amigo. Se abrazaron, se palmotearon la espalda y se dieron dos besos. El amigo inició un gesto jocoso con la intención de tocarle las partes íntimas a Marcus. Él le paró la mano y señaló con la cabeza a Mer, que también se había puesto en pie.

—Rupe, te presento a Mercedes.

El recién llegado la tomó por la cintura y le dio dos besos más lentos de lo que suele ser habitual, lo que la incomodó un poco.

—Me puedes llamar Mer. ¿Te llamas Ruperto?

—No, que va. —Tenía una voz grave como la de un locutor de radio y una sonrisa casi infantil que obraron que ella se sintiera cómoda a su lado de forma inmediata—. Me llamo Álvaro Ruiz Pérez, pero como éramos varios Álvaros en clase, en la EGB me empezaron a llamar el Rupe... y así me he quedado.

Esa historia tenía que haberla contado infinidad de veces, aunque, fuera de lo que cabría esperar, no sonaba manida, ni él parecía hastiado de repetirla. Rupe poseía la cualidad innata de la frescura, lo que generaba que las personas se sintieran relajadas en su presencia nada más conocerle.

—Toma asiento, tengo algo que quiero enseñarte —le solicitó Marcus.

Rupe supuso por el tono grave que empleó su amigo que el tema era serio, así que cambió el suyo jocoso por otro más calmado y asertivo. Se sentó

junto a la tabla de piedra. Sobre la mesa baja que les separaba, el camarero depositó tres cervezas Alhambra de botella verde que él había pedido en la barra al entrar.

—Le he explicado a Mercedes que eres psiquiatra y un ferviente estudioso de temas religiosos y misteriosos —le introdujo Marcus, aunque no le contó nada de ella—, por lo que creo que podrías ayudarnos con esto. ¿Podrías decirnos qué simboliza este puño? —solicitó Marcus y le posó sobre las piernas la tablilla.

—¿Cuál es la traducción de los ideogramas que se encuentran sobre el símbolo de marras? —preguntó Rupe sin dejar de estudiar la piedra.

—Desconocemos la relación que puede existir entre el texto y el símbolo —contestó Marcus—, pero sabemos que el texto está escrito en griego clásico y significa ‘Pericles de Mileto’.

—Creemos que se refiere a Pericles el Joven —informó Mer, ufana y sonriente—, hijo de Pericles, el Olímpico, y de su segunda mujer, Aspasia de Mileto. Y que la Dama de Elche pudo servir de urna cineraria para ella, por eso esta tabla apareció en el yacimiento de La Alcudia. Aunque todavía no hemos averiguado el motivo de que enterrasen a Aspasia de Mileto entre Santa Pola y Elche.

Rupe abrió mucho los ojos ante la inaudita revelación de la desconocida, levantó la mirada hasta alcanzar los ojos verdes de Mer, le sonrió y volvió a bajarla para seguir observando el misterioso objeto que descansaba sobre sus piernas.

—El símbolo de la mano cerrada con el dedo pulgar asomando entre el índice y el corazón tiene varios nombres en España —comenzó a explicar Rupe de forma aséptica—. Se lo conoce popularmente como higa. —Mer sonrió—. Se trata de un amuleto relacionado con la Diosa Madre Primigenia. En nuestra península, los primeros íberos que la habitaron la veneraban y llamaban Ana —pronunció la última palabra con pesar, al suponer que el nombre de su exnovia todavía afectaba a su amigo, por lo que se apresuró en continuar—: Ahora bien, la Diosa Madre es común a casi todas las culturas. Una de las primeras representaciones que se conocen es la Venus de Willendorf, que es del paleolítico. ¿No es así? —demandó a su amigo.

—Sí —confirmó Marcus—, su antigüedad está datada en unos 22000 años. Del neolítico también se han hallado esculturas representando a esta Diosa en diferentes lugares como Egipto, Grecia o Babilonia.

—Lo difícil es encontrar una cultura que no venerara a la Diosa Madre —continuó Rupe—. Hace 4000 años el vedismo adoraba a la diosa Áditi, madre de todos los dioses. En la mitología siberiana era Umai, en la celta Anann, en la vasca Amalur, en América del Sur Pachamama, Tiamat para los sumerios y, por supuesto, Afrodita para los griegos y Venus para los romanos.

—Me encanta este tema. Por otro lado, ¿sabes algo más del amuleto? —indagó ella, esperanzada en poder obtener alguna pista que les condujera hasta Aspasia de Mileto.

—También se conoce este amuleto de protección como manina, figa, puñera, puñeta... tiene muchos nombres, como todo lo antiguo.

Hizo una pausa que utilizó para observar mejor a Mer mientras le sonreía como un niño que observa un escaparate de una pastelería. Ella le devolvió la sonrisa un poco cohibida.

—¿Un amuleto para protegerse de qué? —inquirió Mer.

Se notaba que estaba buscando una respuesta que les ayudase a relacionar ese talismán con los ideogramas cincelados en la misma piedra.

—Contra el Mal en general, ya sabéis: la envidia, los celos, las enfermedades, el mal de ojo... Se cree que procede de Anatolia donde, con este gesto, se representaba lo femenino. Sin embargo, en el Antiguo Egipto ya se utilizaba para espantar serpientes. Tiene el mismo origen y la misma función que la mano de Fátima para los musulmanes o la mano de Myriam para los judíos. Como anécdota os diré que fue prohibida por la Iglesia Católica durante la Edad Media.

—Menuda cosa —interrumpió Marcus con un tono gracioso—, la Inquisición lo prohibió prácticamente todo en el medievo.

El cambio en la forma de hablar de su amigo provocó que Rupe interpretara que el tema no era tan serio como le pareció en un principio.

—Las higas están muy relacionadas con las Vírgenes Negras católicas —prosiguió Rupe—, cuyos santuarios, antes del cristianismo, eran centros paganos de culto a la Gran Diosa Madre por parte de íberos y celtas.

El psiquiatra intuía que no debía preguntar sobre ello, pero le intrigaba conocer cómo su amigo, que era un poco estirado, había conocido a esa chica tan poco encorsetada y por qué estaban investigando sobre una tabla de piedra antigua que no debía estar en un bar, sino a buen recaudo en un museo.

Mercedes aprovechó la pausa de Rupe para intervenir:

—Tengo una amiga que se llama Montse. La Virgen de Montserrat es una de

las Vírgenes Negras y apareció en una cueva. Le regalaré una higa por su cumpleaños, le va a gustar la historia. Dices que su origen es de Anatolia, ¿dónde está eso?

—La península de Anatolia en la actualidad pertenece a Turquía —contestó Rupe con amabilidad.

Mer se giró hacia Marcus y le preguntó, mirándole a esos líquidos ojos azules que lucía en su perfecta cara:

—¿Y dónde se encontraba Mileto?

—Es una ciudad portuaria situada en el oeste de la península de Anatolia... Eso no prueba nada —se apresuró a añadir Marcus con una sonrisa irónica en la cara. Le divertía cada vez más la forma de razonar de Mer.

—Voy al aseo —anunció ella jactanciosa. Se puso en pie y tomó la bandolera. Marcus se levantó para permitirle que saliera porque la zona de paso entre sus piernas y la mesita era muy estrecha. Rupe no tenía la costumbre de ponerse en pie cuando una mujer lo hacía en la mesa, no obstante, al creer que su amigo lo había hecho como gesto de caballerosidad, también se despegó del asiento y tendió una mano a Mer para ayudarla a salir.

Tras alejarse ella unos pasos en dirección a los servicios, Rupe empujó a Marcus y le obligó a sentarse en el sitio que ella ocupaba.

—Menudo culamen tiene la muchacha —musitó Rupe con la intención de tantear a Marcus—. No me digas que no te habías fijado... porque no te voy a creer.

—¿Tú no estabas con Pepe? —preguntó Marcus con desdén, incómodo con el tema de conversación.

—Tú lo has dicho... estaba.

A Rupe no le ofendió el poco tacto que tuvo su amigo al tratar un tema tan reciente y doloroso para él. Al ser una persona difícil de agraviar y, además, siendo consciente de que Marcus desconocía la ruptura dramática que acababa de atravesar, no le dio más importancia. Le avergonzaba tanto haberle sido infiel a su expareja, que él lo descubriese y que por ese motivo le abandonase; que prefería ocultar ese bochorno bajo un manto de superficialidad, antes que confesar una verdad tan dolorosa e irracional.

El *otro* no fue para Rupe más que un desliz de una noche, al que invitó a su cama un sábado que Pepe se encontraba fuera de Madrid. Nunca volvió a verle, ni a saber de él; sin embargo, debido al arrepentimiento fruto de un acto tan estúpido, le mantenía presente en su memoria.

—¿Le sigues dando a pelo y a pluma? —bromeó Marcus con intención de pinchar a su amigo.

—Por supuesto —respondió Rupe con naturalidad—. ¿Tanto te gusta esta chica que te has asustado y me has llamado para que me la *tire* yo? ¿O es que pretendes que nos montemos un trío? Porque la información que te he proporcionado la podías haber sacado de internet.

—No es eso. —Entre las palabras del arqueólogo se colaron unas notas de melancolía y de desesperación, que su amigo psiquiatra captó al vuelo—. Quería verte y esta me ha parecido la excusa perfecta.

—Yo también tenía ganas de verte —dijo Rupe con una sinceridad palpable—, pero no creo que las casualidades existan.

—¿Casualidades?... Calla que viene. Y vuelve a tu sitio que aquí estaba sentada ella.

En el aseo, Mer se miró al espejo y se lavó las manos. Necesitaba un momento a solas para recapacitar. Sus habilidades sociales se encontraban oxidadas por el desuso y con las emociones del último día los engranajes reanudaban el movimiento. Pensó en Rupe, que le había impresionado más si cabe que Marcus. No podía considerársele guapo, era más bien *fofisano*, sin embargo, sus bonitos ojos, su pelazo moreno, su sonrisa infantil, su voz grave y sus enormes manos, le hacían sentir sofocada. A Mer siempre le habían atraído los hombres con los ojos aceitunados. Sostenía que era más fácil enamorarse de un hombre con los ojos verdes, al igual que resulta más romántica una ciudad con puentes.

—Estás un poco salida, guapa —le dijo al espejo antes de abandonar el baño.

Cuando Mer se encontraba a dos pasos de distancia y, al estar ocupado su antiguo sitio, se dirigió hacia el otro sillón con la intención de acomodarse frente a ellos. Rupe se levantó para dejar que ella se volviera a sentar en el sitio que antes ocupaba.

—Es la segunda vez este mes que veo una higa —explicó Rupe a corta distancia, mientras se cruzaba con ella para cambiar los sitios—. ¿Conocéis la Torre Triangular del Castillo de La Mola en Novelda?

Ambos asintieron con la cabeza. Mer dudó, por el tono que utilizaba, si estaría bromeando o si hablaría en serio. Él continuó:

—Estoy colaborando con un programa de la tele en un especial sobre grafitis medievales. He aprovechado mi visita a Alicante para ver a la familia

y fui hace unos días al castillo de Novelda. En ese lugar hay muchos símbolos grabados en las paredes. Uno de ellos me pareció una higa, aunque no se apreciaba con claridad.

—Dado que mañana es domingo... ¿Os apetece si vamos los tres de excursión a Novelda? —propuso Marcus con una naturalidad simulada—. Conozco un sitio estupendo para comer gazpachos con conejo y caracoles.

—¿Los tres? —le preguntó Rupe a la vez que arqueaba la ceja izquierda.

Marcus sabía a lo que se refería, no obstante, prefirió fingir que entendía otra cosa.

—¿Puedes? —le preguntó Marcus a Mer—. Si tenías planes o no te apetece, no te sientas obligada a venir.

—Sí que puedo. Y, además, me apetece y hace mucho que no voy —aceptó encantada ella.

CAPÍTULO III

Atenas, siglo V a. C.

Con ese tipo de certezas que se sienten un par de veces en la vida, Aspasia se despertó una mañana sabiendo que debía abandonar el hogar familiar. Quería a sus progenitores, mas, con todo su pesar, tenía que dejarles para continuar con su formación en el lugar intelectualmente más inspirador que existía: Atenas.

Su padre, Axíaco, un distinguido médico que contrajo nupcias con una enigmática extranjera, le inculcó la importancia del amor, de la cultura y de la libertad. Quien ha sido soberano para elegir a su pareja y se ha elevado en el amor y en la dicha que este proporciona, conoce la importancia de esta elección en la vida. Él continuó la tradición familiar de sanadores y se consagró a su trabajo en cuerpo y alma. Hasta que conoció a su esposa, llevaba casi una vida monacal. Absorto siempre en la lectura y en los síntomas de los pacientes, no dedicaba ningún momento a socializar.

La madre de Aspasia llegó a Mileto huyendo del yugo de la esclavitud. Sabía bien lo que significaba no ser libre y, por tanto, vivir con miedo. Se mantuvo alerta, acechando una oportunidad de huir. Cuando esta llegó, no lo dudó. Se descoyuntó el dedo pulgar de la mano izquierda e, hiriéndose las muñecas para conseguir desprenderse de las ataduras, se escapó una noche del granero donde se hacinaba con otros esclavos. Corrió y anduvo durante semanas, guiándose por el sol y las estrellas, sin saber si le seguían los pasos o si la daban por muerta. Una tarde calurosa, desfalleció en el claro de un bosque por el que Axíaco pasó cuando recogía hierbas para sus pócimas. Aún antes de que ella abriese los ojos, al contemplar él su cara y su pelo rojo desparramado por el pasto, creyó ver a Afrodita tumbada frente a él. Ella despertó alterada al encontrar a un desconocido observándola, aunque él supo sosegarla con serenas palabras y mansos movimientos. Le ofreció agua y pan ácimo que guardaba en el zurrón. La convenció para que le acompañase a su casa, donde le curaría los pies en carne viva y las numerosas heridas sangrantes que jaspeaban su hermoso cuerpo. En poco tiempo, con sus cariñosos cuidados, ella sanó su mente, su cuerpo y su corazón. Se casaron

pocos meses después.

Desearon con fervor concebir un hijo, sin embargo, tardaron en engendrar más de lo esperado. Ella, en secreto, llegó a dudar de si su matriz no habría quedado inutilizada por el maltrato sufrido durante tantos años. Un día tan esperado como afortunado, alumbró a Aspasia. La llamaron así porque significaba 'la bella bienvenida'. Su nombre fue premonitorio, dado que su belleza inspiró a artistas, políticos y filósofos, aunque sus cualidades más sorprendentes no residían en su exterior.

El hecho de nacer en Mileto, una de las doce polis jonias, permitió que gozara de una buena educación. En aquella época, en Jonia, niños y niñas estudiaban en las escuelas en un plano de igualdad. A nadie le sorprendía que las mujeres jónicas participaran en política o asistieran a los círculos culturales; actividades que ella realizaba con asiduidad.

Las enseñanzas sobre los viejos usos de la medicina se las proporcionaron tanto su padre como su madre. Esta última, a pesar de no ser médico, tenía conocimientos acerca de las hierbas y las técnicas básicas de curación, como toda mujer no privilegiada de la época.

Era aún impúber, cuando observó por primera vez a una persona por dentro. Se encontraba una tarde de primavera con su madre en el ágora, iban a comprar pescado, cuando un hombre que arreglaba una fachada cayó desde una ventana cerca de ellas. Los vecinos montaron al herido en un carro, al que su madre y ella subieron también detrás, junto a él, para tratar de ayudar a contener la hemorragia. Una vez en casa, su padre le recompuso y entablilló los huesos de las piernas. No obstante, interpretó que sangraba por dentro, así que informó que debían abrirle para encontrar el origen desconocido del derrame. En tanto que él empapaba trozos de lino con la sangre de ese hombre y buscaba la herida, le fue explicando a Aspasia, con voz lenta para tranquilizarla, que animales y personas tenían en su interior los mismos órganos con las mismas funciones. Le señaló el hígado y le explicó que había reventado. Nada se podía hacer por ese pobre hombre.

Al contrario de lo que cabría esperar de una niña, a ella no le mareaba la sangre. Su ansia de sabiduría era mayor que la repulsión que de vez en cuando le sobrevenía. Aunque en ocasiones el hedor que desprendía el interior de los cuerpos era desagradable, nunca vomitó. Aprendió que ese olor a podrido se debía a una corrupción y que, si esta no se detenía, avanzaba por el organismo hasta colapsarlo.

Con el fin de aleccionar a su hija, una mañana su padre sacrificó a un cordero y lo abrió en canal. Le mostró las vísceras y su cometido dentro de un cuerpo sano. Ese día ella entendió la armonía de la mecánica de los órganos en los seres vivos, cómo cada parte realizaba su función, al igual que un instrumento en una orquesta. Esa experiencia le hizo reforzar su postura sobre las lecciones tantas veces leídas y, al final memorizadas, de Pitágoras.

A los padres les agradaba pasear por los bosques enclavados entre su ciudad y la cercana Éfeso. Veían correr a su preciosa hija de cabellos de fuego junto a ellos y el corazón se les llenaba de dicha. Desde pequeña, cuando sus progenitores observaban una planta con cualidades medicinales, le explicaban los usos que atesoraba para la sanación. Así, al alcanzar la adolescencia, ya era capaz de distinguirlos, sin ayuda alguna, tan bien como cualquier galeno.

Llegó un día en que su sed de conocimientos ya no se saciaba con las alternativas culturales que Mileto le brindaba. El peso de la responsabilidad la oprimía al ser consciente de que su padre esperaba que ella le sucediese en su labor de curación. Decidió consultar a su madre.

—Hija mía —le respondió ella a la pregunta sobre qué debía hacer—: los dos únicos propósitos que deben guiar tus pasos son la libertad y la felicidad. Evita que nadie te arrebatte tu libre albedrío y busca el camino que te lleve a la dicha. No puedes seguir los pasos de otros. Sigue los dictados de tu corazón para hallar tu propia senda.

Desde que Aspasia era una niña, su madre le enseñó a comportarse de forma valiente, así que fue consecuente con sus preceptos y no la intentó retener el día que su hija deseó marcharse por tan alto objetivo como era la erudición.

Al cumplir veinte años, Aspasia resolvió trasladarse a Atenas. Poseía ya una sólida base en filosofía, matemáticas, medicina e historia. Su mayor inspiración siempre fue Pitágoras, de quien aprendió que en el cosmos todo es número y armonía. Realizó grandes progresos al aplicar los principios matemáticos a su preparación en medicina, sobre todo en la farmacopea, en la que la exactitud y las proporciones tanto influyen.

Poco antes de partir, por una de esas casualidades del destino, compró por un alto precio a unos comerciantes del puerto unas antiguas tablillas escritas por sanadoras sumerias. Esas tablas contenían anotaciones sobre mezclas de hierbas y aceites curativos. *Elixir de amor y sapiencia*, rezaba el título de una de ellas. Le resultaron inquietantes algunas de las fórmulas

porque había visto a su padre utilizar las plantas que las componían al tratar de calmar el dolor a los pacientes.

Su padre insistió en acompañarla hasta que estuviera instalada en la capital, pero ella declinó la oferta. Había decidido comenzar sola una nueva vida. Él contrató el viaje por mar hasta Atenas con un capitán de buena fama que poseía un trirreme nuevo. El espacio en la embarcación era muy reducido y, de esta suerte, no pudo transportar mucho equipaje. Lo que más lamentaba dejar atrás eran sus manuales, así que no portó más ropa que la que vistió y cargó con tablillas y manuscritos.

Al desembarcar en el puerto de Atenas, quedó fascinada. Los muelles de Mileto eran importantes, aunque no tan grandes ni bulliciosos como estos. Atenienses, griegos de otras *polis*, bárbaros y orientales, se mezclaban entre un mar de comerciantes, artesanos, estibadores, marinos, rateros y mujeres con vestidos coloridos. La diversidad de acentos era tan variada como la de colores y aromas. Gentes de toda laya y condición se cruzaban como hebras en un telar.

El capitán de la nave pactó con el dueño de un carro de bueyes su traslado hasta la ciudad. Entre Atenas y su puerto existía una distancia de unos diez kilómetros. Este camino estaba flanqueado con gruesos muros destinados a defender de posibles ataques a los que lo transitaban. Tras cruzar la muralla se apeó del carro y tomó rumbo al ágora. Caminó por la vía de las Panateneas y observó embelesada cuanto la rodeaba. A la izquierda contempló la Pnyx, una gran ladera abierta donde los atenienses se reunían en Asamblea y tomaban las decisiones importantes. Más adelante la colina del Areópago, una gran roca sagrada de mármol gris azulado que, desde tiempos inmemoriales, era el lugar de reunión de los miembros del Consejo. Apreció la maravillosa arquitectura y la diversidad humana hasta alcanzar el corazón de la ciudad.

Se presentó como curandera en casa de varios médicos, acompañada con una carta de su padre que halagaba sus facultades para la sanación. Sin embargo, ninguno quiso acogerla como aprendiz, ni tan siquiera como partera. No esperaba ese revés, nadie le advirtió que al llegar a esa maravillosa ciudad sería tratada como una ciudadana de segunda clase por haber nacido mujer en tierras no tan lejanas.

Se sintió perdida y frustrada al derrumbarse su único plan. Se le pasó por la mente volver a la casa familiar, pero como todavía le quedaba dinero decidió probar fortuna hasta que se le acabara. Alquiló un aposento a las

afueras de Atenas y recapacitó durante varios días acerca de su porvenir. Recorrió las calles sin rumbo, hasta que acabaron siendo para ella tan familiares como sus manos.

Aspasia aprendió en los paseos y charlas con los ciudadanos, que había tres únicos estatus que una mujer podía ostentar en Atenas. Los atenienses tenían hetairas para el placer, concubinas para las necesidades diarias del cuerpo y esposas con el fin de que les proporcionasen hijos legítimos y fueran las guardianas fieles de los hogares. Por nacer en Mileto, la ley le impedía casarse con un ateniense, al igual que una ateniense no obtendría nunca la prerrogativa para ejercer de concubina.

Su destino parecía estar marcado, pero ella no era del tipo de personas que cuando la adversidad le golpeaba la aceptaba sin más. Tenía un alto sentido de la justicia y un carácter combativo, lo que la condujo a buscar nuevas formas de enfrentarse a esa difícil situación.

Una mañana en que paseaba sin rumbo y sin objetivo por esa hermosa ciudad, tropezó con una bella mujer que, cargada de suntuosas telas, al igual que su criada, emergía a la calle desde un pequeño portal. Ambas se disculparon y sonrieron. La extraña, sin ánimo de disimular, la estudió de arriba abajo y, al observar en ella la belleza que hace cantar a los corazones, le preguntó si tenía un amante que la mantuviera. Aspasia, con la sinceridad que luce quien no tiene la obligación de ocultar nada, le respondió que ella era sanadora y no necesitaba un amante que la mantuviese. La dama, con una media sonrisa, le respondió: «Y si no lo precisarais. ¿Y si gozaríais de la compañía masculina? Es agradable sentirse idolatrada». Aspasia no conocía varón, por lo que no supo qué contestar, pese a ser la retórica una de sus mayores bazas.

Esa noche, en el camastro en el que pasaba las noches, meditó sobre la conversación mantenida de forma fortuita con aquella engalanada mujer. Caviló acerca de las escasas opciones y posibilidades que le ofrecía Atenas. Lo que ganaría y lo que arriesgaría si aceptaba las reglas impuestas de ese injusto juego en el que ella no deseaba convertirse en peón, sino en reina.

Llegó a la conclusión de que debía aprovechar sus puntos fuertes y, sin falsa modestia, aceptó que poseía erudición, juventud y hermosura; así que decidió ejercer de hetaira. Si hubiera podido elegir tampoco habría tomado el camino de esposa ateniense, dado que eran educadas solo hasta los ocho años. Ella no concebía la opción de ser privada del conocimiento, que constituía su

gran pasión en la vida.

Se unió a un único amante durante meses, quien le dedicó todo tipo de atenciones y la lució como un trofeo por la ciudad. A ella no le molestó. Se sirvió de la oportunidad que se le brindaba al ser presentada en esa sociedad de, hasta ese momento, herméticas castas. Pronto logró un gran prestigio social gracias a su belleza, aunque sobre todo a su don de gentes y a su capacidad de encontrar los resortes que conseguían que los demás perdiesen la compostura en una discusión. Los atenienses gozaban con las disputas retóricas más que con el teatro o las batallas. Ella se convirtió en la mujer a la que todos invitaban a las fiestas para que amenizase la velada con su ingenio.

Continuó formándose y tomó clases de Antifonte de Ramunte. Llegó un día en que él le dijo que ya no podía enseñarle nada más, que era ella la que ahora debía compartir su sabiduría. Su maestro la animó a que fundara su propia escuela de filosofía y declamación, por el gran talento que ella poseía. De la noche a la mañana, su academia adquirió gran renombre en Atenas, donde no era frecuente que una mujer fuera maestra de un hombre. Muchos acudieron a recibir sus clases, entre otros, grandes filósofos como Eurípides o Sócrates.

En sus escritos, Sócrates y Platón defendieron que las mujeres debían educarse al mismo nivel que los hombres porque su naturaleza era igual a la del varón; ambos conocieron a Aspasia, no podían pensar lo contrario.

Incluso en los gineceos se susurraba sobre la hetaira profesora de filosofía. Las historias sobre ella corrían por Atenas como ríos de mercurio, extendiéndose con rapidez hasta la última de las callejuelas. Algunos de los hechos que se le atribuían incluso eran ciertos. Ella no prestaba oídos a los chismes y nunca se molestó en desmentir ningún rumor.

Varios trataron de convertirse en sus amantes. Le obsequiaron todo tipo de presentes valiosos como vestidos de tejidos vaporosos y joyas ostentosas; no obstante, los rechazó a todos de modo sistemático.

Tan brillante afirmaban que era la conversación de Aspasia y tan cegadora su belleza, que el mismísimo Pericles quiso conocerla.

Por entonces ella comprendía la vida. Su alma todavía no se encontraba conmocionada al no haber sido todavía baqueteada y vilipendiada.

Se enamoraron en el acto, sin importarles que esa relación no fuera vista con buenos ojos en la comedida sociedad ateniense. Ni pretendieron ni pudieron evitarlo.

CAPÍTULO IV

Provincia de Alicante, domingo 5 de junio de 2016.

Circulaba por la carretera de la Cantera, que serpenteaba bordeando el mar. Era uno de los recorridos favoritos de Marcus en esa ciudad. Inhalaba hasta lo más profundo de sus pulmones esa brisa templada y salada, a la que perseguían los reflejos turquesa del Mediterráneo en calma. Condujo hasta el barrio de Benalúa para recoger a su amigo en casa de los padres de este. Debía alojarse allí cada vez que visitaba la ciudad de Alicante, si no quería escuchar los interminables reproches con que su madre le castigaba por no dormir bajo su mismo techo. En secreto, Marcus envidiaba a su amigo por tener unos padres tan dedicados y cariñosos. Trataban a su hijo como si fuera la persona más importante del planeta. A él, en cambio, su madre nunca le prestó demasiada atención y su padre, siempre inmerso en sus estudios e investigaciones, parecía demasiado ocupado para atenderle de niño y para escucharle de adulto.

Se encontraba tranquilo, como siempre. Aunque una ansiedad oculta y latente, como el mar de fondo, subyacía en su alma. Este nuevo nerviosismo no le resultaba tan desasosegante como el que llevaba demasiado tiempo aguantando sobre los hombros, fruto del abandono de su exnovia. La perturbación que sentía cuando pensaba en el pelo rojo de Mercedes era agradable, similar a la de abrir una nueva novela o a descorchar una botella de vino largo tiempo reservada para una ocasión especial. Era la promesa incierta, la curiosidad insatisfecha, la imaginación sublimada: un nuevo amanecer.

Se habían citado con Mercedes en media hora en la parada de autobús de la plaza de toros. El trayecto desde la casa de los padres de Rupe no duraría más de diez minutos. A él le molestaba llegar tarde y no soportaba a la gente desconsiderada que lo tenía por costumbre. Su margen horario no contó con que los padres de Rupe le fueran a recibir con tanto interés y entusiasmo como inoportunidad. Le insistieron en que se tomase algo con ellos y les contase cómo le trataba la vida. Aunque comprendía la reacción, le

incomodaba retrasarse sin avisar y, para colmo, Rupe no hacía nada por cortarles. Marcus estaba demasiado bien educado como para insinuar que debían marcharse, así que aguantó con estoicidad hasta que pasaron las once. Entonces, mientras miraba la hora en su iWatch, soltó: «Nos está esperando una chica».

El padre dio por hecho que se trataba de la novia de Marcus. Esto molestó a su hijo, quien hizo lo posible por disimularlo. Desde que les reveló su opción sexual, ellos no habían vuelto a tratarle igual. Le seguían tratando con mucho amor, pero ya nunca le preguntaban por su situación sentimental. Obviaban sus relaciones sentimentales como si no formaran parte de su vida. Rupe trataba de mantenerles al tanto y, cuando se fue a vivir con Pepe, le llevó a Alicante para presentárselo a sus padres. Fue recibido en el domicilio familiar con fría educación.

La madre de Rupe le hizo preguntas incómodas al amigo de su hijo. El padre le llamó *truhan* y le guiñó un ojo. Marcus lo negó entre risitas, entre tanto, su amigo le observaba con atención e intentaba averiguar los sentimientos que albergaba por Mer.

Cuando al fin consiguieron salir del ático y montar en el Eos azul descapotable de Marcus, ya pasaba un cuarto de hora de las once.

—Llegamos tarde —le espetó Marcus.

—No te preocupes, cuando llegaste a casa de mis padres le mandé un *WhatsApp* a Mer y la avisé de que llegaríamos media hora tarde.

—¿Por qué no me lo dijiste? Te gusta soliviantarme.

—Un poco —admitió el psiquiatra.

Esa mañana, de manera inconsciente, Marcus había elegido ponerse unos vaqueros azules y una camisa blanca. No recordó que al principio de su relación con Ana, esta le había confesado que le volvían loca los hombres vestidos así.

—Parece que vas de acampada —le gruñó Marcus a su amigo, sin dejar de mirar al frente.

Rupe llevaba unas botas de montaña, unos pantalones caqui con bolsillos exteriores y una camiseta de The Rolling Stones.

—Voy cómodo. Yo no necesito engalanarme para ligar.

Esta vez sí sintió cómo Rupe agitaba el capote frente a él, como tantas otras veces había hecho desde que eran adolescentes. En esta ocasión evitó entrar al trapo.

—CÓmodo irás, aunque ligar, no ligarás —le advirtió Marcus y se giró para mirarle por encima de las gafas, con una sonrisa sarcástica en los labios.

Las gafas de sol de Marcus eran el modelo clásico de aviador de Ray-Ban, en tanto que las de Rupe no tenían marca y la patilla derecha se sujetaba con cinta aislante.

Mientras conducía, Marcus le daba vueltas a lo que le había dicho su amigo la noche anterior. Por más que no le gustaba admitirlo, valoraba y temía la opinión de Rupe por ser demasiadas veces acertada. Pero, en esta ocasión, no tenía razón. No estaba seguro de la razón que le había impulsado a llamarle. Desde luego no era ni para cederle a esa chica, ni para hacer un trío. Era un amigo al que apreciaba y lo consideró una buena ocasión para verse. No quería competir por ella, lo que necesitaba era un escudero. Se sentía inseguro al retomar el antiguo arte de la seducción y buscaba un asidero emocional al que aferrarse. Estuvo tentado de expresarle este sentimiento, sin embargo, se sintió vulnerable y prefirió no hacerlo.

Mercedes les esperaba de pie, exhalando estentóreas bocanadas de humo, al principio de la parada del autobús. Vestía un pantalón con bolsillos exteriores, botas de montaña y una camisa de lino blanca desabrochada hasta intuir su escote. El sol calentaba con fuerza ya a esa hora. Después de que Rupe se apeara, Marcus pulsó el botón para que se cerrase la capota. Rupe y Mercedes charlaron en la acera hasta que el Marcus terminó de ajustar el coche y se acercó a ellos.

—Hola, Mercedes —murmuró Marcus al darle dos besos—. Disculpa la espera.

—No pasa nada, Rupe me ha avisado. Además, yo también hubiera llegado tarde —mintió. Se encontraba preparada largo rato antes de salir de su casa.

Mer disfrutaba durmiendo, así que, siempre que tenía ocasión, no perdonaba ocho horas seguidas por las noches, ni una hora de siesta. Sin embargo, esa noche el sueño la eludió y ella montó guardia durante la infructuosa espera. Había vivido demasiados acontecimientos excitantes en el último día, que volvieron a su mente mientras veía pasar las horas en blanco. El viernes por la tarde su amiga armenia le mandó un extraño *WhatsApp*. En él le explicaba que había encontrado en internet un objeto curioso a la venta en Alicante. No le contó cómo se enteró ella, solo le insistió en la singularidad y

la magia que poseía esa pieza. Llevaba varios meses trabajando en Bruselas, por lo que no podría comprarlo desde allí. «Si estuviera en Alicante, me haría con él sin dudarlo», resonaban en su cabeza las palabras de su amiga. Le facilitó la dirección de correo electrónico del vendedor y le instó para que quedase con él. Mer le escribió, en el fondo para no decepcionar a su amiga, y, aunque no tenía mucho dinero, el precio que pedía sí lo podía pagar con los ahorros que tenía guardados en el cajón de la ropa interior. A ella en un principio no le interesó, pero las enigmáticas palabras de su amiga la obligaron a actuar como lo hizo. «Te va a cambiar la vida», le aseguró. Era lo que ella necesitaba en ese momento: que, de forma mágica, su camino diese un giro de ciento ochenta grados.

Se citaron esa misma noche cuando ella saliera de trabajar. El tipo que le vendió la tablilla le resultó asqueroso, pero desde la primera vez que la tuvo en las manos quedó maravillada. Sintió que ese objeto emitía una melodía inaudible, una luz invisible y una fragancia inodora que solo ella era capaz de captar. A la mañana siguiente, casi sufrió un ataque de ansiedad cuando Marcus se presentó en su trabajo. Por la noche, además, conoció a Rupe. «Menudo personaje», pensó con una sonrisilla en los labios. Se pasó la noche dando vueltas en la cama y levantándose para ir a fumar a la cocina. Pensaba de forma intermitente en esos dos hombres. Cada uno le gustaba por motivos muy diferentes, aunque los dos lo suficiente como para pedir la libertad condicional de su torre yerma.

Fue propietaria de esa piedra unas pocas horas, pero, en ese breve lapso de tiempo, cambió por completo su vida. En ocasiones, las situaciones se precipitan cuando ha llegado el momento oportuno. Por más que responsabilicemos a un objeto o a una persona del cambio, este ocurre porque ya ha llegado su hora. La única noche que ese maravilloso objeto durmió en su casa lo contempló largo tiempo antes de acostarse y, como por ensalmo, decidió que debía soltar el dolor amordazado que oprimía su corazón. Deshacerse de esa soledad enquistada antes de que la metástasis de esta se propagase por su alma. Deseaba deshabitar esa torre de piedra gris que constituía su psique, plagada de celdas y recovecos. En lo alto de la misma, una habitación, que custodiaba la niña Mer, permanecía de manera permanente cerrada bajo siete llaves. Ya había sufrido suficiente penitencia por la muerte de su hermana gemela. Siempre se sentiría responsable por haberla abandonado a su suerte. En el fondo, ella sabía que no era así, que no la

abandonó; su hermana siguió viviendo con sus padres y haciendo planes con su novio. Sin embargo, Mer huyó hacia adelante al embarcarse en su nueva vida. Era consciente de que al dejar a su hermana atrás, sin hacer nada por protegerla, cualquier desgracia podía acontecerle. Como así sucedió.

Decidió desertar de esa atalaya y, es más, trataría de derribarla hasta los cimientos. Deseaba volver a la vida, a la de verdad, a la que te hace vibrar, bailar y carcajear. Ella creía en un universo determinista, por lo que infirió que la aparición de esa tablilla se encontraba unida a la de esos dos atractivos hombres.

Rupe accionó el mecanismo del asiento del copiloto para que se abatiera y dejó pasar a Mer detrás, que se sentó en medio del asiento trasero con las piernas abiertas. Marcus fue el único que se abrochó el cinturón antes de arrancar el vehículo.

—Cinturones, por favor —les sugirió.

Ambos obedecieron sin rechistar. El copiloto encendió la radio y bajó el volumen para que no fuera necesario elevar la voz al conversar. Sonaba «Sympathy for the Devil», de The Rolling Stones.

—Qué luz tan mágica, ¿verdad? —opinó Mer, que no llevaba gafas de sol y observaba por la ventanilla la ciudad con curiosidad renovada por el reciente cambio en su filosofía de vida—. Me flipa la luminosidad de Alicante.

Ella había nacido en esa ciudad y conocía todos los tonos con los que el sol la engalanaba en cada estación y momento del día. Pero ese en concreto, lo percibía diferente. Una claridad más dorada e intensa que nunca se desparramaba a borbotones por los edificios y chorreaba hasta las aceras.

—¿Has visto otras luces? ¿Te gusta viajar? —le preguntó Rupe.

Se sentó de lado, en una postura que a Marcus se le antojó femenina, para así poder mirar a la cara a Mer al hablar.

—La verdad es que sí. Me encanta rodar, ¿y a ti? Quiero decir... ¿a vosotros? —se apresuró a rectificar.

—Claro —afirmó Marcus sonriéndole por el retrovisor interior.

—Yo aborrezco hacer y deshacer maletas —expuso Rupe y se puso las gafas de sol en la cabeza—. Por lo demás, sí. Me gusta ver mundo. Sobre todo me alucina conocer gente. Puede que sea por mi profesión, ya sabéis: *deformación profesional*, pero desde mi punto de vista, la naturaleza humana

es lo más fascinante que he encontrado hasta ahora en este absurdo planeta. Marcus condujo por la avenida de Jijona y cruzó entre las Mil Viviendas y Virgen del Remedio para tomar la autovía en Villafranca en sentido sur. Parecía contento. Golpeteaba con los pulgares en el volante al ritmo de la canción que les envolvía, mientras desfilaban raudas ante sus ojos las líneas de la carretera.

—¿Conoces el Caribe? —le preguntó Rupe a Mer en tono jocoso, imitando la forma de hablar de Marcus—. Pienso que te complacería su claridad.

—Sí, he estado allí. Y sí que me gusta —contestó ella ignorando la mofa hacia Marcus—. Lo conozco casi todo. Me pasé siete años viajando en transatlánticos.

—No pareces millonaria —dijo Rupe mirándola de arriba abajo.

—Aún no lo soy —bromeó ella—. Al terminar COU estaba deseosa por viajar, pero como no tenía dinero, aunque sí un buen nivel de inglés, me enrolé como camarera en un barco trasatlántico de ocio. Y así continué hasta los veinticinco.

—¿Dónde estuviste? —preguntó Marcus a la par que Rupe «¿por qué lo dejaste?».

Mer sonrió y prefirió contestar a la pregunta de Marcus, quien pensó que ella le hacía más caso que a su amigo al contestarle primero a él.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios del conductor.

Rupe supuso que ella esquivaba su pregunta y se anotó mentalmente que a los veinticinco años hubo un punto de inflexión en la vida de Mer.

—Estuve viajando por todo el mundo. He visitado seis de los siete continentes, en la Antártida no he estado. Para poder visitar todos los países donde arribábamos, lo que hacía era cambiar turnos con los compañeros que no deseaban desembarcar. Así el día antes de atracar en un puerto yo trabajaba turno doble, pero al siguiente tenía todo el día libre para hacer turismo. Fue una experiencia maravillosa hasta que tuve que regresar a casa...

Se le quebró la voz e hizo una pausa en la que Rupe decidió echarle un cable preguntándole por su ocupación actual.

Ella había recordado a su hermana gemela. Sintió de nuevo los añicos de su corazón esparciéndose por el espacio. Cómo todas las moléculas del Universo se agitaban y, después, volvían a su sitio, a la normalidad, o eso parecía. Sin embargo, nada volvió a ser igual. La realidad anterior a la muerte de su hermana y la que le sucedió eran como ellas mismas: a primera vista

podían parecer gemelas idénticas, aunque, al profundizar en su esencia, no tenían nada que ver la una con la otra.

Al haber adquirido el hábito de no contárselo a nadie, a ellos tampoco les quiso explicar los sucesos que la empujaron a volver a Alicante. Pese a su firme decisión de desterrarse de su torre gris, no estaba todavía preparada para comunicarse, ni el ambiente era el propicio. Como si lo estuviese volviendo a vivir en ese momento, visualizó en su mente la imagen del telegrama entre sus manos temblorosas, en el diminuto camarote compartido, la mañana en que le comunicaron que había fallecido su hermana. Mer sabía que ese trozo de papel traía malas noticias porque unas horas antes un escalofrío había recorrido su cuerpo y algo dentro de ella había dejado de moverse. Nunca llegó a averiguar las circunstancias concretas de su muerte. Al día siguiente de enterrarla, le solicitó a su madre el informe de la autopsia. Su madre le dio largas. Resultaba obvio que no quería que lo leyera. Ella supuso que obró así para protegerla y que no sufriera más al darle vueltas a un tema que no tenía solución. Pero la incertidumbre que dejó en su corazón era como un agujero negro que absorbía la materia y los sentimientos que se encontraban a su alrededor.

Su hermana vivía con sus padres cuando falleció. Su padre era alcohólico y, desde que Mer tuvo uso de razón, las maltrataba a ellas y a su madre. Mer se sintió en la obligación moral de volver a la casa familiar para cuidar de su madre después de faltar su hermana. Consideraba a su madre una pobre mujer, abnegada y triste; un ser débil que se dejaba infravalorar por su marido. Hubo un tiempo en que la despreció por dejarse pegar e insultar. Al verla hundida tras la muerte de una de sus hijas, esos sentimientos se transformaron en piedad.

A los pocos meses de volver, su madre enfermó de cáncer de estómago y también falleció. Ella abandonó la casa familiar y no volvió a tener contacto con su padre.

—¿Y a qué te dedicas ahora? —le preguntó Rupe.

—Vende móviles —se adelantó Marcus.

—Sí —confirmó ella—, pero no solo hago eso, también escribo.

Por los altavoces del vehículo, Jimmy Page comenzaba a tañer en la guitarra de dos mástiles los primeros acordes de «Stairway to heaven».

—¿No me digas? A mí también me gusta escribir. Espero publicar el año que viene mi primer libro. ¿Has conseguido publicar tú algo? —se interesó Rupe,

quien recordó, aunque prefirió no verbalizar, la cita de Edgar Allan Poe: «Escribes muy bien. El interior de tu mente debe ser un lugar terrible».

—Todavía no, aunque tengo muchas esperanzas depositadas en la novela que estoy terminando.

—¿Qué género literario? —preguntó Marcus mientras miraba su reflejo en el espejo retrovisor.

—Novela erótica.

—¡Copón bendito! —exclamó Marcus.

Los chicos se miraron y sonrieron. Rupe continuó hablando:

—Yo soy un gran fan de ese género, me gusta más que el porno. ¿Nos resumirías el argumento?

—Claro, así me das tu opinión de literato —solicitó ella con sorna—. Se titula: *Lo que el ojo no vio* y en este libro cada capítulo es una escena de una película famosa donde la protagonista se queda embarazada, pero claro, no se ha podido ver cómo ocurrió, así que yo lo explico en mi libro. —Rupe observó mentalmente que no parecía cohibirse al tratar un tema sexual. Ella hablaba con naturalidad—. En el primer capítulo describo la escena de *Lo que el viento se llevó* entre Rhett Butler y Escarlata O'Hara, cuando concibieron a su hija. Me resultó fácil porque ambos encarnan dos estereotipos clásicos: el canalla y la fierecilla domada. Con el carácter que se gastaba ella y el mundo que había recorrido él... bueno, esa parte se escribió sola. —Ambos hombres sonreían interesados en lo que contaba Mer.

»En otro capítulo me centro en la noche en que Anakin Skywalker y Padmé Amidala concibieron a Luke y a Leia. Imagínale a él, que más tarde se transformó en Darth Vader, en la intimidad de un dormitorio... Ahí juego con *el lado oscuro* —explicó y acompañó sus palabras del gesto de las comillas con los dedos. Los tres estallaron en carcajadas—. En otro explico la primera noche que pasaron juntos Rachel y Deckard de *Blade Runner*, que, aunque no podían concebir porque eran *replicantes*, como me gusta mucho esa peli, también la he incluido en la novela. En la película se suprimió la escena en la que ellos intiman, pero como hay fragmentos en YouTube de las tomas que se filmaron, las he tomado como base para este capítulo. Bueno, tampoco quiero adelantaros demasiada información. Ya la leeréis cuando la publique.

—¡Me encanta! —alabó Rupe entre risas—. Sin duda la leeré. ¿Te basas en tus propias experiencias a la hora de escribir?

—No —negó ella—. Lamentablemente debo recurrir a mi imaginación.

Marcus cogió la salida hacia Madrid y tomó la A-31. Mer decidió cambiar de tema:

—Os voy a contar una anécdota que me ocurrió la última vez que estuve en el cerro de la Mola: Había regresado a Alicante hacía poco y quedé para comer con una amiga noveldense. Hice tiempo hasta que ella saliese de trabajar. Visité el castillo y el Santuario de María Magdalena, y me volvió a fascinar ese extraño lugar. Ya sabéis: la desconcertante torre con estructura triangular en lo alto del pico, el impresionante templo con formas tan orgánicas y el majestuoso paisaje que se divisa desde ese punto. El conjunto confiere a ese lugar un aura majestuosa y misteriosa. —Ambos asintieron, ella continuó:

»Cuando me reuní con mi amiga, le pregunté por el origen del Santuario y por qué la torre tiene esa singular forma. Buscaba la explicación de una oriunda de la zona porque no he visto en ningún otro lugar del mundo una construcción medieval tan sorprendente. Pues bien, me contestó: «¡Ah! La putita del castillo». Me ofendió que hablara así de María Magdalena. Le pregunté si no había leído *El Código Da Vinci* y le aclaré que no era cierto que fuera prostituta. A lo que me respondió que sí, que lo sabía, pero que en Novelda se la conoce así. Me sentí ofendida, como si fuera a mí a la que estuviesen llamando putita.

—Sí que resulta ofensivo. ¿Sigues siendo amiga de esa chica? —preguntó Rupe.

—Bueno, en Facebook, pero hace mucho que no nos vemos en persona. La vida, ya sabéis.

—Suele pasar —concedió el psiquiatra—. Este y yo casi hemos pasado a ser amigos solo por Facebook. La vida, ya sabes.

Rupe y Mer rieron. A Marcus le molestó el comentario porque sintió que su amigo le culpaba por perder el contacto entre ellos.

—¿Qué sabes de la Torre Triangular del Castillo de la Mola, Mercedes? —preguntó Marcus. Mantenía la vista en la carretera y el semblante serio.

—Casi nada, Marcus. Como voy con dos expertos no me he molestado en documentarme.

—Nosotros te instruiremos, Mer —bromeó Rupe—. ¿Qué sabes tú Marcus? Ilumínanos.

—Pues —empezó a explicar Marcus, ignorando la actitud de Rupe—, aunque es muy curioso lo que sabemos de la construcción de esta torre, también conocida como Torre de la Luna, todavía es más interesante lo que se

desconoce. Un gran misterio rodea a esta atalaya. Se supone que el constructor fue Arnau de Vilanova...

—¿En serio? —le cortó Rupe—. ¿Te refieres al matasanos más importante del medievo? Lo estudiamos en la facultad. ¿Por qué iba un médico a construir una torre? ¿Estás seguro de ese dato? —y, sin darle tiempo a su amigo a contestar, añadió—: No constituía una práctica habitual en la Edad Media que un galeno se dedicase a la arquitectura.

—Como he dicho —continuó Marcus—, se cree que fue Arnau de Vilanova, pero no se sabe a ciencia cierta quién la construyó. Que yo sepa, no se ha hallado ningún registro de este dato. —Comenzaba a sonar «Highway to Hell», de AC/DC—. Hay un documento que podría justificar este hecho, en el que Jaime II declara alcaide a perpetuidad del Castillo de la Mola a Arnau de Vilanova por los servicios prestados en la construcción del mismo.

—¡Qué interesante! ¿No te lo parece, Mer? —apuntó y le guiñó un ojo a la chica, quien no pudo evitar sonreír.

—¿Por qué un médico diseñó esa torre? —preguntó Mer a Marcus, que ahora sí la miró por el retrovisor.

—No se sabe. Fue un hombre con muchas inquietudes. Además de médico era teólogo, alquimista, poeta y embajador. —Ambos miraban a Marcus cada vez más inmersos en la historia—. La torre se construyó entre finales del siglo XIII y principios del XIV. En ese momento, por el Tratado de Elche, doña Blanca de Anjou, esposa de Jaime II de Aragón, poseía el señorío de la zona. Se supone que fue ella quien le mandó construirla. Hacía medio siglo que el castillo había sido reconquistado por Jaime I, abuelo del entonces rey, con ayuda de los templarios. Arnau de Vilanova tenía gran amistad con los reyes...

—Por muy amigos que fueran —interrumpió Mer—. ¿Por qué le encargarían la construcción? ¿Había levantado más torres antes?

—No se ha documentado la construcción de ninguna otra edificación por parte de Arnau de Vilanova —continuó explicando Marcus—. Los reyes de la Corona de Aragón, al contrario de lo que se piensa, no era una familia acaudalada. Esa es la causa de que los archivos sean tan extensos y completos, lo que nos beneficia a los que estudiamos la Historia. Cuando uno tiene las habas contadas no se le puede despistar ni una. En los archivos seguro que encontraremos reseñas y explicaciones de la construcción de la Torre Triangular en el Castillo de la Mola. Es imposible que con el enorme dispendio que supone edificar un castillo, no quedara reflejado en los libros

contables.

—¿Cómo es que los reyes de la Corona de Aragón no eran ricos — cuestionó incrédula Mer—, con todas las tierras que conquistaron?

—En realidad —aclaró Marcus—, la riqueza la poseían en aquel momento los nobles y los templarios, quienes ayudaron en la Reconquista al prestar sus ejércitos a cambio de títulos y tierras. Esta torre es única en Europa. Cuando se construyó no existía nada parecido en el mundo conocido. —Marcus comprobó que le prestaban atención antes de continuar.

»La torre se diseñó con la planta de un triángulo equilátero de quince metros de lado y diecisiete metros de altura. Lo más inaudito de esta construcción es que no cumple con su función. —Efectuó un silencio dramático—. Se trata de una torre de defensa que no posee ninguna: no luce almenas en la cumbre, ni troneras en las aberturas, ni matacanes sobre las puertas, ni buhardas en las alturas. Además, se derribó parte de la muralla para colocarla de una forma precisa, y, en esa posición, dos de los lados están orientados al interior de la fortificación, así que vale de bien poco, excepto si te atacasen desde el interior del castillo.

—Me he perdido —admitió Mer, sin rastro de vergüenza en sus palabras.

—Los elementos que ha enumerado Marcus —explicó Rupe con su habitual amabilidad—, están diseñados con el objetivo de defender el castillo a la vez que se ataca desde la torre. Por ejemplo, las almenas se colocaban en la parte superior de las torres para poder disparar y a la vez protegerse del asalto durante las batallas. Si se construye una torre sin almenas, los tiradores quedan al descubierto y pueden ser abatidos con facilidad por el enemigo.

—Entiendo, pero ahora lo comprendo menos —dijo Mer y se encogió de hombros—. Un torreón sin defensas y situados dos de los tres lados hacia el interior... Vale que no fuera arquitecto, pero no parecen errores de diseño. —Entrecerró los ojos—. Me da la impresión de que es algo más que una torre del homenaje. Creo que ese hombre diseñó esa construcción con un fin que desconocemos. ¿Has dicho que era también teólogo? ¿Podría tener relación?

—No lo sé —respondió Marcus. En la pausa que realizó, pensó que esa chica poseía una notoria capacidad de pensamiento divergente—. Escribió *Tractatus de tempore adventu Antichristi*, un tratado sobre la llegada del Anticristo, que presentó en la Universidad de París a finales del siglo XIII. La Inquisición no le quemó en la hoguera porque era diplomático y médico

personal del papa y de varios reyes, que si no, hubiera sido pasto de las llamas. El viaje a la Sorbona por lo menos le sirvió para trabar amistad con caballeros templarios.

—En aquella época —apuntó Rupe—, los templarios eran los que cortaban el bacalao en la Facultad de Teología de la Sorbona.

—Correcto —aprobó Marcus—. Años más tarde, cuando se les persiguió, juzgó y exterminó; Arnau de Vilanova los defendió en el proceso que tuvo lugar en Valencia. Según dejó escrito, realizó de modo altruista la defensa de los caballeros templarios por el aprecio que les unía. —Calló un momento. Dudó entre contar o no la parte menos racional de este médico, para no socavar su credibilidad. Tras el paréntesis, se decidió a continuar:

»Un dato curioso de este personaje histórico es que en varias ocasiones dejó escritas referencias a una experiencia mística que aseguraba que le había cambiado la vida.

En ese momento, de forma aparentemente azarosa, empezaba ZZ Top a cantar «Bad to the bone». Al igual que a las anteriores canciones que habían sonado en la radio, a esta tampoco le prestaron atención, ni se percataron de que, como si se tratase de un camino, les conducían en una clara dirección. Ninguno de los ocupantes el vehículo creía en la existencia de una entidad maléfica con consciencia, por lo que no entrevieron el fondo de ese cúmulo de casualidades melódicas según se dirigían al Cerro de la Mola.

—¿Qué experiencia fue esa? —se interesó Mer.

—Se desconoce. Falleció, mayor para la época, con setenta y tres años, en 1311, sin desvelar este hecho —concluyó Marcus.

—Nos enfrentamos a otro misterio —ironizó Rupe—. ¿Llamamos a Iker Jiménez?

Los tres volvieron a reír.

—Tú conoces a Iker en persona. ¿No es así? —le preguntó Marcus.

—Sabes que sí, he colaborado con *Cuarto Milenio* en alguna ocasión.

—Una pátina de pareidolia... —trató de imitar Mer al *representante del misterio*.

Los tres continuaron riendo. Marcus tomó la salida de la autovía hacia Novelda.

—¿Conoces el camino al Cerro de La Mola? —cuestionó Rupe, a la vez que sacaba el móvil del bolsillo con intención de conectar el GPS.

—Deja el navegador, no es necesario. Sé llegar. Me sorprende que tú no.

—Estuve aquí hace poco, pero no es fácil ir si no conoces el camino. No hay indicaciones que te ayuden.

Después de cruzar el río Vinalopó, giró a la derecha para tomar la comarcal 832, que les llevaría directos al castillo después de recorrer unos tres kilómetros de curvas y ascenso.

Cuando accedieron al gran aparcamiento, Marcus, en lugar de estacionar allí el coche, continuó subiendo por lo que parecía ser un camino reservado para emergencias. Apagó la música y dejó el vehículo aparcado en una pequeña explanada entre el castillo y el Santuario de María Magdalena.

—¿Se puede dejar aquí el coche? —cuestionó Rupe.

—Yo sí.

Marcus sacó de la guantera un cartel plastificado identificativo, que colocó en el salpicadero.

—Mira que te gusta hacerte el importante —le reprochó Rupe sonriendo. Movi6 la cabeza de lado a lado y baj6 del coche.

Una vez en el exterior, Rupe accion6 el mecanismo del asiento del copiloto para dejar salir a la bella pelirroja, quien le observaba con una sonrisa p6cara, que no pas6 desapercibida para 6l.

Nada m6s apearse del veh6culo, Mer sinti6 la presencia de la Torre Triangular como la de un gigante malvado cerni6ndose sobre ella. Parec6a emanar una energ6a densa que la atenazaba. Como si estuviese siendo observada por una persona con malas intenciones. Se gir6 y encamin6 sus pasos hacia el santuario de Mar6a Magdalena, que se le antoj6 un espacio rebosante de una luz c6lida, como una madre que abriese los brazos para acogerla entre ellos. Mer dej6 la torre a su espalda y contempl6 boquiabierta la fachada de la parte trasera del santuario, de piedra r6stica alternada con hiladas de ladrillo. Las torres le recordaban a los castillos que ella hac6a de ni6a en la playa al dejar que la arena mojada se escurriera de su pu6o formando mont6nitas al caer. En el Cerro de La Mola el sol calentaba, pero no tanto como en Alicante. Levant6 la vista hacia el cielo azul y permiti6 que el aire limpio entrara en sus pulmones, en su coraz6n y en su alma. Estaba un poco excitada. Hac6a demasiado tiempo que no se sent6a as6. Desde que volvi6 a vivir en Alicante, por las circunstancias adversas que le tocaron vivir, la vida no le hab6a vuelto a sonre6r. Pero ahora parec6a que su suerte estaba cambiando.

—Es una preciosidad —opin6. Al girarse hacia ellos repar6 en algo que no

había visto hasta ese momento y, apuntándolo con el dedo, añadió—: ¿Y esta cruz de piedra que hay entre el castillo y el santuario?

—Marca la ubicación de la antigua capilla en honor de María Magdalena —explicó Rupe—. Se quemó hace mucho tiempo. En la actualidad este lugar sigue estando consagrado, por eso se mantiene vallado. Ahora que lo pienso, es muy extraño que no se haya desacralizado, porque aquí ya no hay un templo y no es un camposanto. —Se acercó para observar más de cerca la cruz—. Señaló un edificio situado unos metros más arriba en el cerro y continuó—: Ese edificio era antes un monasterio. Ahora lo han convertido en un restaurante. El turismo, ya sabes. —Miró a Mer—. Si te apetece luego nos tomamos algo allí.

Marcus se situó al lado de Mercedes y le puso el brazo sobre los hombros. La giró, dejando a su espalda a Rupe, y se dirigió de nuevo hacia el santuario. Acompañó sus pasos con una lección:

—Los materiales que se utilizaron para revestir el exterior del santuario son todos de la zona: guijarros del Vinalopó, azulejos policromados provenientes de talleres valencianos y ladrillos rojizos de Aspe.

—¿Cuándo se construyó? —preguntó ella.

Mer se zafó con suavidad del brazo de Marcus y se acercó al templo paseando. Marcus la siguió, en tanto que Rupe se dirigió a la puerta del castillo para averiguar el horario de visitas.

—Lo mandó construir una rica empresaria de la zona: Antònia Navarro —respondió Marcus—. La primera piedra la colocó una nieta de Antònia, como madrina en representación de su abuela, en 1918.

—Se parece a la Sagrada Familia —opinó Mer.

—Eso es porque el arquitecto era discípulo del gran maestro Gaudí —explicó Rupe, que se había colocado también a su lado—. Lamento informaros de que el castillo está cerrado los domingos. Tendremos que volver otro día, pero podemos visitar el santuario, si os apetece.

—Cachis —exclamó Mer y chasqueó los dedos. Aunque en realidad no le importaba volver otro día en tan buena compañía. Se sentía pletórica, pese a que no sabía explicar el motivo concreto de tanta felicidad—. ¿Decías? —Miró de nuevo a Marcus.

—Son los arcos apuntados coronados por una cruz, los que nos evocan reminiscencias gaudianas —aclaró Marcus.

Mer continuó caminando y observando los innumerables detalles del exterior

del santuario hasta que llegó a la puerta de entrada. Cuando se volvió, sus acompañantes se habían quedado rezagados y Marcus sujetaba por el brazo a Rupe a la vez que le increpaba: «¿Qué pretendes?». No escuchó la respuesta de Rupe, aunque, por su gesto de encogerse de hombros, dedujo que decía no saber de qué le estaba hablando. Mer fingió no haberles oído y continuó admirando los tímpanos de la fachada, incapaz de borrar la sonrisa impresa en su cara. En un tríptico de azulejos se representaban pasajes evangélicos relacionados con la vida de María Magdalena.

Cuando Marcus llegó a la altura de Mer, como si no hubiese habido una interrupción, continuó explicando:

—Antònia Navarro fue una mujer muy querida en la zona. Al contrario que su padre, que era despótico y avaro, ella se comportaba de una forma dadivosa. En La Romana todavía se conserva una calle con su nombre.

—¿Y eso? —preguntó Mer, se giró hacia Marcus y clavó la mirada en la de él. Marcus no fue capaz de sostenerle la mirada. Tragó saliva y respondió mirando hacia el portón de entrada:

—Porque, a principios del siglo XX, Antònia urbanizó lo que se conocía entonces como el caserío de La Romana. El ayuntamiento de Novelda la honró poniendo su nombre a una de las primeras calles.

Rupe se acercó y se situó junto a ellos, formando un triángulo.

—¿Cuándo se terminó de construir el templo? —preguntó Mer a Marcus sin dejar de mirarle a los ojos, en un tono que él entendió como una señal inequívoca de que tenía posibilidades de un acercamiento íntimo.

Marcus desvió la vista al suelo y luego a la fachada principal. Al final, la miró y contestó:

—La obra concluyó en 1946. Fue la misma nieta de Antònia la que actuó como madrina en la inauguración. Se demoró tanto en la finalización porque se tuvo que detener la ejecución de la misma durante la Guerra Civil.

—Claro —dijeron Mer y Rupe al unísono.

—¡Bis bis! —exclamó Mer.

—¿Y ahora se supone que no puedo hablar hasta que no digas mi nombre? —ironizó Rupe.

—No debías hacerlo. Sir Walter Bisbis se estará revolviendo en su tumba —respondió sarcástica Mer.

Mer y Rupe rieron. Ella se fijó en que él se reía con toda la cara e incluso con los hombros y la barriga. Le gustó mucho esa característica suya.

Marcus, que había buscado en el *smartphone* una información más amplia, continuó la explicación leyendo en la pantalla:

—Durante la Guerra Civil, no solo hubo que detener la construcción del santuario. También fue profanado el templo y sufrió grandes daños. La figura pétrea de santa María Magdalena, que se guardaba en la ermita del Castillo de La Mola, cito según pone aquí: «Fue arrojada por la ladera del promontorio en donde estaba el ermitorio por milicianos republicanos, pudiendo recogerse diversos fragmentos de la estatua, aunque no se pudo recuperar la cabeza. La nueva imagen fue tallada en 1940».

—¿Se perdió? Qué lástima. ¿De qué siglo era la figura de piedra extraviada? —indagó Mer.

—Se supone que la dejaron los templarios aquí en el siglo XIII cuando reconquistaron el castillo con Jaime I—explicó Rupe.

—No se conoce con exactitud su origen —sentenció Marcus.

—¿Entramos? —preguntó de forma retórica Mer, encaminándose hacia la puerta.

CAPÍTULO V

París, principios del siglo XX.

Vivir el mes de julio de 1900 en París supuso para Antònia una experiencia sin parangón. No solo por coincidir dos eventos tan singulares como la Feria Mundial y los Juegos de la II Olimpiada, también por los cambios drásticos que se estaban produciendo en la sociedad y por su epifanía personal. Ella se sorprendía y disfrutaba a partes iguales con cada visita que realizaba a esa ciudad eternamente voluble, pero, sin lugar a duda, aquel viaje fue el que mayor impacto le produjo.

Pese a ser una mujer acostumbrada a viajar por el mundo, se había habituado a las rutinas de la pequeña localidad donde residía y acusó fuertemente las novedades que esa urbe mostraba. En Novelda, al igual que en el resto de pueblos españoles, los parroquianos se congregaban a la salida de misa y comentaban los temas de interés. Por primera vez en Europa, en París la gente ya no se reunía solo en las iglesias, sino también en plazas y cafés. Al pasear por cualquier bulevar, se podía observar grupos de personas debatiendo temas de actualidad como las nuevas tecnologías, los recientes sindicatos de trabajadores o la última exposición de tal o cual pintor.

La ciudad, engalanada de edificios singulares y de acontecimientos, se exhibía como una bella mujer sin pudor. Descubría su belleza y sus encantos a conocidos y extraños. Lo más florido de la sociedad mundial se había dado cita en aquel excitante lugar, con el fin de mostrar y observar avances tecnológicos, asistir y participar en competiciones deportivas y, sobre todo, mirar y dejarse ver.

Decidió alojarse en el hotel Ritz que, pese a que hacía solo un par de años que había abierto las puertas, gozaba ya de gran prestigio. Era el único hotel en Europa que en todas las habitaciones disponía de teléfono, electricidad y cuarto de baño. Se consideraba de una comodidad y lujos excepcionales. Ella se deleitó con la decoración del establecimiento, aunque no fuese el estilo que andaba buscando para su empresa, pues, según anunció a su familia, la razón de viajar a París residía en adquirir el mobiliario necesario para la vivienda

que estaba construyendo, por más que, en realidad, no consistía en su motivación principal.

A Antònia le divertía viajar y relacionarse. Al contrario de la opinión que mantenían otras damas de su entorno, a ella le resultaba enriquecedor y estimulante. Consideraba males menores el cansancio que dicha actividad podía acarrear o las incomodidades que el transporte producía en su cuerpo. Mantenía por costumbre pasar todos los años unas semanas en el balneario de Fortuna y le agradaban en especial las ciudades de Barcelona y Viena, que visitaba siempre que tenía ocasión.

La gran pasión de su vida eran las artes. Su corazón se dividía entre las pictóricas y las literarias. El motor artístico que habitaba en ella la movía aún más a viajar, con el fin de asistir a alguna exposición o a la presentación de un nuevo libro. Tanto ella como sus hijas estudiaron literatura y demostraron su talento al participar en distintos juegos florales. Ganaron algunos de ellos, hecho poco común para las mujeres en su época, lo cual llenaba de orgullo a Antònia, quien consideraba que hombres y mujeres debían tener el mismo acceso a la cultura. En los huecos en que las gestiones de los negocios familiares se lo permitían, también gustaban de pintar al óleo.

Cumplidos los cincuenta y cuatro años, consideraba que se encontraba en el mejor momento de su vida: más lúcida y segura de sí misma que nunca. Pese a que las pérdidas de algunos seres queridos habían ido mermando su jovialidad, no desgastaron ni un ápice su inquebrantable fe.

En su décimo segundo día de estancia en el hotel, bajó como siempre a las ocho a desayunar al comedor, suntuoso y exuberante en todos los sentidos, donde las mesas aguardaban impolutas con manteles blancos y cubiertos deslumbrantes. El jefe de sala la acompañó, sin preguntarle, como venía haciendo desde la última semana, hasta su mesa habitual.

La cocina parisina le entusiasmaba y, al contrario de lo que su puntualidad y disciplina harían esperar de ella, cada día pedía un plato diferente. En el tiempo que durase su estancia, pretendía deleitarse con todas las exquisiteces que la carta ofrecía. Esa mañana ordenó *escargots à la bourguignonne*.

—*Oui, madame* —contestó el camarero, inclinó levemente la cabeza y le retiró la carta.

—Curioso desayuno, ¿española? —le preguntó una sonriente señora que ocupaba la mesa de su derecha.

—Sí, de Novelda. Aunque padezco del estómago no puedo evitar comer en exceso cuando visito París... Además, los caracoles son típicos en mi tierra y siento un poco de melancolía —respondió Antònia, agradada por la sorpresa de hablar en castellano.

Aun cuando dominaba el francés, llevaba demasiados días sin hablar ninguna de sus dos lenguas maternas. Encontrar a alguien con quien mantener una pequeña charla le resultó refrescante.

—Novelda en la provincia de Alicante, lo conozco.

—¿Cómo es posible? —interpeló Antònia asombrada, dado que a la mayoría de sus compatriotas les resultaría difícil situar Novelda en un mapa.

—Me gusta viajar. Deduzco que a usted también. ¿Ha venido por la Feria o por el *Concours internationaux d'exercices physiques et de sport*? —se interesó la señora de la mesa contigua.

—La finalidad principal de mi viaje es la de adquirir muebles para mi nuevo hogar. Mas no he dejado de visitar ni la Feria, ni la Olimpiada. Ayer, sin ir más lejos, disfruté de la final femenina de tenis.

—Qué casualidad, yo también —indicó la mujer y dejó el bollito que estaba untando con mantequilla sobre el plato de porcelana con ribete de oro, con el fin de prestar más atención por la conversación—. No quería perderme la oportunidad de asistir a las primeras Olimpiadas donde competimos las mujeres. Además, conozco a Chattie hace años y me llenó de dicha que se haya convertido en la campeona olímpica de tenis.

—Yo creí que iba a ganar la francesa, Hélène Prévost, pero la británica jugó mejor —opinó Antònia—. ¿Conoce usted a Charlotte Cooper?

—Formamos parte de un mismo club y tenemos muchas cosas en común. Ambas somos solteras, por ejemplo. ¿Usted también?

La dama tomó la taza de té con leche y, a la vez que levantaba el dedo meñique, la acercó a sus labios con delicadeza. Bebió un pequeño sorbo.

—No, soy viuda —le informó Antònia. Bajó la mirada y el estado de ánimo, en un gesto que denotaba una añoranza presente.

—Le acompaño en el sentimiento. No he debido preguntar —se disculpó la mujer de la mesa vecina. Dio por finalizada la conversación y se volvió hacia su plato.

—No, no se preocupe —la dispensó Antònia—. Ya hace veintiséis años, pero entienda usted que siga queriendo y echando en falta a mi marido. Me consuela pensar que si Dios nuestro Señor, en su infinita sabiduría, se lo llevó de mi

lado, sería por alguna razón.

El camarero se aproximó para servir a Antònia, cuando la mujer de la mesa contigua le paró con un gesto de su mano.

—Disculpe mi osadía. ¿Desea usted que compartamos mesa mientras desayunamos? —le preguntó la desconocida.

Antònia se mantuvo callada un par de segundos. Barajó la posibilidad de mantener una agradable conversación y lamentó haber encargado un plato tan difícil de comer. Tanto tardó en responder Antònia, que la mujer, temiendo presionar a una extraña en la realización de un acto que no se encontraba con ánimo de llevar a cabo, añadió:

—Si no le apetece compañía, no se sienta en la obligación de acceder a mi proposición.

—Sí, sí, claro que me apetece —aceptó con agrado Antònia.

El camarero llamó a otro con la mano, quien fue a retirar la silla a Antònia y a acomodarle un nuevo servicio en la mesa adyacente.

—Me llamo Clémence Royer —se presentó la mujer y extendió la mano derecha en dirección a Antònia.

—Antònia Navarro i Mira —contestó.

Estrechó con suavidad la mano de su interlocutora. Desde su posición en la mesa contigua, Antònia había estimado que rondarían la misma edad. Ahora que la veía más de cerca, calculó que esa señora tendría, por lo menos, quince años más que ella.

—¿Es la primera vez que visita París? —se interesó Clémence.

—No, aunque hacía años que no venía. La he encontrado muy cambiada.

—Sí —admitió la francesa—. Se han construido varios edificios espectaculares con motivo de la Exposición Universal: el Petit y el Grand Palais, la estación de Orsay y el puente de Alejandro III.

—Sí, los he visitado todos en los once días que llevo alojada en este maravilloso hotel. Me han cautivado —comentó Antònia en tanto que intentaba disimular su particular pelea con un caracol.

—¿Le gusta la arquitectura? Me ha comentado que está proyectando un nuevo hogar. ¿De qué estilo ha decidido construirlo?

—Art Nouveau, pero lamentablemente todavía no está terminado. Está próxima a finalizar la construcción.

—¡Oh! Alabo su buen gusto. ¿Le resultó complicado encontrar un arquitecto para su proyecto? No es una tarea que resulte fácil —opinó Clémence.

—Por fortuna, en la zona donde resido trabaja don Pedro Cerdán Martínez, ¿le conoce usted?

A Antònia se le escapó de las pinzas de plata que sujetaba con la mano izquierda, uno de los moluscos que conformaban su desayuno. El caracol rodó hasta quedar escondido bajo la mesa que antes ocupó ella. Como le pareció que nadie se había dado cuenta del percance, no dijo nada al respecto.

—No, creo que no —respondió Clémence, después de tragar el minúsculo bocado que llevaba un rato masticando.

—En las provincias de Alicante y Murcia es célebre. No es el primer edificio modernista que diseña. —Antònia desistió de terminar el exquisito plato y se centró en el pan con mantequilla—. Mi casa está ubicada en la calle Mayor. Si pasa usted por Novelda no olvide visitarme.

—Le agradezco la invitación, la tendré en consideración —afirmó Clémence. Después tomó la servilleta que descansaba en su regazo y dio con ella pequeños toques en las comisuras de su boca.

—Pedro, mi arquitecto, estudió en Barcelona, por eso le gusta en gran medida el Modernismo. Me está realizando la casa más bonita que se pueda imaginar.

—Efectuó una pausa para comprobar si el tema resultaba de interés a su interlocutora. Al cerciorarse de que Clémence la miraba expectante, no se hizo de rogar.

»Estamos eligiendo los más preciosos materiales y pensando juntos hasta en el último detalle.

—Dios está en los detalles. —Clémence acompañó su opinión con una media sonrisa—. ¿De qué tipo son? Por favor, cuénteme —la animó a que continuara con la descripción.

—Todos los elementos de hierro, como las barandillas, las estufas o las cancelas; van a mostrar diseños inspirados en la naturaleza que, a mi parecer, generan armonía en el espacio en que se ubican. —Clémence asintió—. Estamos proyectando pinturas murales que representen a diferentes mujeres audaces, con el fin de decorar las estancias de la vivienda. Por ejemplo, en el comedor desearía que se representara el triunfo de Deméter, diosa griega de la agricultura, dado que mi familia comenzó en el negocio agrario. En los marcos de las puertas se tallarán adornos florales y en el extremo final del pasamanos de la escalera de servicio me gustaría que colocasen un busto de Minerva.

—Diosa de la sabiduría, las artes y la guerra; encantadora elección. Lamento que mi estado de salud esté empeorando y por ello no puedo asegurarle si

podré ir a visitarla. Ahora bien, sepa que con lo que está contando, estoy segura de que quedaría fascinada si así lo hiciera. ¿Va a vivir sola en esa gran casa?

—No, con mi madre y mis dos hijas. —Antònia se percató de que se había equivocado y se apresuró a rectificar—: Bueno, la mayor ya se ha casado, pero vive en la misma calle.

—Dos hijas, qué bendición. Pese a la desgracia de la pérdida de su esposo, Nuestro Señor la ha bendecido con dos niñas.

—En realidad tuve también a mi Antonio... Pero cuando el pobre solo tenía doce años... —Permaneció callada unos segundos en los que Clémence mantuvo un respetuoso silencio. Después suspiró profundamente y murmuró:

»La tuberculosis, ¿sabe usted?

—Una enfermedad terrible. Soy científica, la conozco.

—¿Es usted médico? —preguntó Antònia.

—No, soy escritora de libros científicos y filosóficos. Yo considero que son la misma materia porque no acepto que exista separación entre la ciencia y la filosofía. Aunque también he escrito alguna novela. Acabo de publicar *La constitución del mundo*.

—¿Sería tan amable de explicarme el argumento? —solicitó Antònia.

—No sé si será de su interés, trata de la dinámica ontológica de los átomos.

—Creo no conocer nada de ese tema —admitió la noveldense.

—Entonces no la aburriré con los detalles.

Ambas rieron. Habían terminado de desayunar. Resultaba notorio que se encontraban cómodas y que no deseaban finalizar ese inesperado encuentro, por lo que Clémence le hizo otra proposición a Antònia:

—¿Le apetecería dar un paseo?

—Pensaba visitar la noria que han construido en la avenida de Suffren. ¿Le gustaría acompañarme? —la invitó Antònia.

—Cerca de la Torre Eiffel, sí, la he visto. ¡Cómo no verla! Tiene cien metros de diámetro, pero ¿va a tener usted el valor de subir?

—Como dijo Julio César: «Cuando lleguemos a ese río, cruzaremos ese puente».

Ambas sonrieron complacidas de mantener una conversación tan agradable. Se calzaron unos guantes cortos y, de camino a la salida, recuperaron del paragüero las sombrillas que habían depositado al entrar. No las abrieron hasta no rebasar la puerta que conducía al exterior del hotel.

Antònia vestía de riguroso luto, con blusa y falda de recia popelina, y una sombrilla a juego sin encajes ni transparencias, que más daba la impresión de paraguas que de quitasol. Clémence, pese a su edad, para evitar los rigores del verano parisino, lucía un vestido de fina batista en color marfil y accesorios de color blanco, con encajes y adornos plateados. Este color claro, junto con su buena disposición de ánimo, polvos de arroz extendidos por cara y escote, y un poco de colorete aplicado con elegante discreción en las mejillas, conseguía restarle años hasta casi resultar imposible determinar su edad.

En el interior del Ritz se escuchaba música de cámara. Luces tenues acompañaban los pasos, atenuados por mullidas alfombras, de huéspedes y botones que paseaban con bandejitas de plata. Un estrepitoso bullicio y un radiante sol las recibieron al emerger a la Plaza Vendôme. Allí fuera, los comerciantes descargaban pesadas cajas de los carros y hablaban a voces entre ellos, mientras el astro rey vertía con alegría su magia sobre esa algarabía.

—¿Le parece bien si cruzamos el Sena por el puente de Alejandro III? — sugirió Clémence—. Así tendremos la oportunidad de volver a contemplar el Petit Palais y el Grand Palais.

—Sí, me parece una gran idea.

La primera de las puertas de la Exposición Universal con la que se encontraron se ubicaba en la Plaza de la Concordia. Había treinta y cinco puertas más distribuidas por el perímetro que la contenía.

Ambas fueron paseando y charlando por la orilla del Sena. Observaban de reojo a las diversas personas con las que se cruzaban. La *Belle Époque* había conseguido que en la ciudad de París se mezclaran gentes muy diversas y, a esas horas de la mañana, se encontraban los que se encaminaban a su trabajo con los que volvían a casa después de una noche de excesos. Carniceros y poetas, cabareteras y aristócratas, criadas de buenas casas y rufianes; se entrelazaban por las mismas calles como un tapiz tejido por hilos de todos los colores que, en un principio, darían la impresión de no poder mezclarse, aunque, con una visión de conjunto, formaban un armonioso paisaje humano. Para su sorpresa, se toparon incluso con una mujer que lucía carmín en los labios, acicalada como una cupletista, por no decir otra cosa.

Los sombreros eran lo que más llamaba la atención a Antònia al pasear por París, debido a su propio recato a la hora de colocarlos sobre la cabeza. De todo tipo de materiales, formas y colores; las mujeres lucían esos

impresionantes adornos sobre sus ondulados recogidos. Pamelas enormes con plumas exóticas, sombreritos de paja de colores con pájaros disecados ensartados al ala, incluso observó unos con forma de tricornio ante los que no pudo evitar sonreír, por su gran parecido al que usaba la Guardia Civil en su país.

Dejaron la Exposición Universal a su izquierda y continuaron hacia el oeste. Tenía una superficie de 120 hectáreas y abarcaba la Explanada de los Inválidos, los Campos Elíseos, el Trocadero y el parque del Campo de Marte.

—¿Ha subido usted al tren metropolitano? —le preguntó Clémence, mientras levantaba levemente su falda de corola para evitar un charco.

—No, padezco de una ligera claustrofobia —respondió algo azorada Antònia—. No me veo capaz de introducirme en un ferrocarril que circula por debajo de la superficie terrestre.

—Se acostumbra una, es un método de transporte novedoso y útil, sobre todo porque, debido al bajo coste de los billetes, pueden usarlo las clases más humildes.

—En estos tiempos que corren, nos hemos acostumbrado a las novedades científicas. Esperemos que traigan prosperidad para todos y no más desigualdades.

Antònia, con ese sentimiento de inferioridad que arrastran los nacidos en provincias frente a los de capital, creyó oportuno demostrar que era una mujer al tanto de lo que ocurría en el mundo y se decidió a aportar algún dato interesante:

—¿Sabía usted que el año pasado Marconi consiguió realizar una comunicación entre Francia e Inglaterra mediante una telegrafía sin cables?

—Sin cables —repitió Clémence—. Es el inicio de una nueva era de las comunicaciones.

—Y del entretenimiento —añadió Antònia—. La semana pasada asistí a una exhibición pública del cinematógrafo de los hermanos Lumière. ¿Ha visto usted alguna proyección de imágenes en movimiento?

—Sí, es sorprendente el efecto tan realista que consigue transmitir. Al principio me asusté un poco.

—Yo también —admitió la noveldense entre risitas.

Ese comentario banal consiguió que Antònia se encontrara algo más cómoda con esa inteligente dama, al comprobar que reaccionaba de forma semejante a ella ante los ingenios modernos que a nadie dejaban indiferente. Llegaron a la

noria, que permanecía cerrada todavía.

—Tendremos que hacer tiempo. ¿Ha visitado usted el pabellón español de la calle de la Fédération? —preguntó Clémence.

—Estuve en el pabellón español, pero creo que está usted confundida, dado que el mismo se encuentra en el interior de la Feria, no donde usted indica.

—Hay un pabellón alternativo que, por lo que usted comenta, parece no haber descubierto todavía. Vamos a verlo, está aquí al lado y le va a resultar interesante, cuanto menos.

Ambas se dirigieron hacia allí. Antònia acomodó su paso al de su acompañante. Imaginó que Clémence debió de ser del tipo de personas que anduvo rápido en la vida, pero que los años habían pasado factura en esa antaño vigorosa mujer. Y ahora, a medida que avanzaba la mañana, se movía a un ritmo cada vez más pausado, aunque la disminución de energía no se denotaba en su discurso fresco y alegre. Esa mujer le había causado muy buena impresión. Sus gestos, miradas y palabras le generaban paz, una sensación parecida a la que tenía al charlar con su madre en las calurosas tardes de verano de Novelda.

Cuando cruzaron por la calle Desaix, ya desde lejos, Antònia distinguió la Giralda.

—¿Quién ha construido este desaguisado? —preguntó pasmada, sin dar crédito a sus propios ojos y, siendo española, por no tener noticias de ello.

—A los parisinos les ha parecido que el pabellón oficial de España es muy serio y han construido uno nuevo, adecuado a lo que esperaban de ustedes.

—Pero... ¡Si el pabellón español es precioso! —exclamó Antònia entre la sorpresa y la indignación—. Lo he recorrido con suma atención y me siento orgullosa de él. Evoca las universidades de Alcalá de Henares y de Salamanca. Una obra que combina la ingeniería y el arte.

—Sí, se asemeja a la casa de Don Quijote —opinó la parisina.

Pasaron junto a una plaza de toros que habían levantado también en la calle de la Fédération. Clémence sonrió complacida con el edificio y, señalándolo con la palma abierta, añadió:

—Esto es mucho más español.

Continuaron paseando por el pabellón, deteniéndose a observar los edificios singulares que allí se recreaban: Un grupo de casas toledanas del siglo XV, una recreación del Patio de las Doncellas de los Reales Alcázares de Sevilla y un trampantojo del Patio de los Leones de la Alhambra.

—La verdad es que es muy bonito este pabellón alternativo —opinó Antònia—. Aunque desmesuradamente tópico.

—Pues le queda lo mejor por descubrir —aventuró Clémence y le sonrió pícaro, al conocer la sorpresa que le esperaba.

Más adelante se encontraba una mezquita de un barrio de Tánger, ante el que Antònia no pudo evitar la risa, de hecho, ambas rieron a carcajadas por la nula relación de ese decorado con el país al que pretendía representar. Fueron observadas con simpatía por el resto de los visitantes.

—Todo parece ser artificio últimamente —consideró Antònia, harta como estaba de los continuos sofocos que le provocaba el inevitable corsé, de obligatoria presencia contra su piel.

Llevaban ya varias horas caminando. El cansancio comenzaba a hacer mella en sus pies enfundados en delicados botines de tacón.

—¿Le apetecería tomar un refrigerio? —sugirió Antònia.

—Sí, estimo que es hora ya de sentarnos. Además, hay un tema que me gustaría comentar con usted.

Se dirigieron hacia un café en la calle Presles. Una vez acomodadas, Clémence respiró profundamente y se humedeció los labios. Resultaba obvio que no sabía cómo empezar.

—Verá, Antònia —comenzó no sin dificultad—, tengo algo que pedirle. No lo he hecho antes porque necesitaba formarme una opinión de usted antes de hacerlo.

—Diga, ¿de qué se trata? —contestó extrañada Antònia.

—En realidad, he desayunado en el Ritz con el único propósito de hablar con usted. No me hospedo en ese hotel.

Esperaba que su interlocutora dijera algo, cualquier cosa; por el contrario, Antònia se encontraba estupefacta ante esa declaración y la miraba casi sin parpadear, sin intención aparente de hablar.

—Creemos que usted encajaría en nuestro... grupo. Y necesitamos que nos ayude en una misión muy importante.

—¿Su grupo?... —balbuceó Antònia—. ¿Misión?

Clémence continuó hablando como si no hubiese escuchado las preguntas formuladas por Antònia. Todavía no era el momento de contestarlas y responderlas hubiera suscitado más cuestiones que les hubiesen dirigido hacia un camino al que no deseaba llegar aún.

—¿Sabía usted que hace tres años han descubierto y exhumado en La Alcudia

de Elche un busto de piedra femenino?

CAPÍTULO VI

Novelda, domingo 5 de junio de 2016.

Las puertas del templo permanecían abiertas de par en par. Una alfombra de arroz frente a las mismas denotaba que esa mañana se había celebrado allí una boda. Tras las risas, besos y felicitaciones, la piedra había retomado su carácter grave y parecía querer redimir su anterior pecado de alegría con una acentuación de su severidad.

Mer se encontraba a solas en el santuario, con la única compañía del sonido de sus pasos, que profanaba el sagrado silencio como truenos en la madrugada. Caminó despacio por el pasillo principal y contempló los ocho cuadros situados a ambos lados de la nave única, que representaban la vida de María Magdalena. Ocupó el primer banco de la izquierda frente al altar y, después de unos minutos, Rupe recorrió uno de los corredores laterales y se sentó a su lado.

Mer mantenía la vista perdida en el presbiterio que, en recompensa, le devolvía la solemnidad y belleza que ella esperaba. Guiada por su intuición, rumiaba la idea de que, para hallar la solución a un misterio, es necesario remontarse al origen. En las series policíacas utilizaban la frase «sigue el dinero». Quien sufragó los gastos para su construcción debía de poseer una motivación para edificar esa singular torre con forma triangular.

—¿Te has fijado en que la planta de esta iglesia no tiene forma de cruz como suele ser habitual? —interrumpió Rupe los pensamientos de Mer con un dato que consideró que le resultaría interesante.

Mer miró en rededor y observó el santuario vacío. A simple vista, desde la posición en que se encontraba, no fue capaz de apreciar la silueta de la planta, así que le preguntó:

—¿Qué forma tiene?

—De cáliz —apuntó él—. Como el Santo Grial.

—¡La leche! —exclamó ella—. También es un símbolo de lo femenino.

¿No?

—Correcto —confirmó Rupe a la vez que levantaba ambas cejas en

señal de complicidad.

—Dijiste que cuando se construyó la Torre Triangular, la Señora de las tierras era Blanca de Anjou. ¿Francesa? —preguntó Mer a la vez que sacaba de la bandolera el móvil y tecleaba.

—Sí, en parte. De Anjou y Nápoles porque su abuela paterna era la condesa de Provenza. Miembros de la casa Anjou han reinado en medio mundo: en Inglaterra, Sicilia, Nápoles, Hungría, Polonia, Jerusalén y en Aragón; como reina consorte, nuestra amiga Blanca.

—Menuda familia —consideró Mer, impresionada por el rancio abolengo del apellido.

—Pues esto te va a gustar más —aventuró Rupe, sujetándole la mano para que dejara de teclear y le prestara atención—: ¿Sabes quién pretende obtener en la actualidad el título de duque de Anjou?

—Ni idea.

—Luís Alfonso de Borbón.

—¿El hijo de Carmen Martínez-Bordiú?

—El mismo.

Seguían cogidos de la mano, hecho que no pasó desapercibido para Marcus, quien se había acomodado junto a su amigo en silencio y escuchaba la conversación.

—¡Copón bendito! —espetó Marcus—. También reclama ser el legítimo sucesor del trono de Francia y no hay gente más republicana que los franceses. Lo lleva claro.

Marcus se puso en pie y caminó un par de pasos en dirección al ábside para observar en el camarín la pequeña figura de madera, de unos cuarenta centímetros, que representaba a la santa, con una cruz en la mano derecha y una calavera en la izquierda. Rupe se situó a su lado. Poco después les siguió Mer, quien, sin demasiado interés, preguntó:

—¿Por qué sujeta una calavera? Resulta siniestro.

Rupe esperó que contestara Marcus, al no hacerlo explicó él:

—La calavera es el símbolo de penitentes y ermitaños. En la iconografía cristiana representa el rechazo a los placeres de la vida. A María Madalena no se la consideró santa hasta el Concilio Vaticano II, en el que Juan XXIII ya no la tuvo por penitente, es decir, se dejó de suponer que había sido pecadora. Además, las leyendas medievales afirman que tras la muerte de Jesús se retiró del mundo como ermitaña.

—Ah —asintió Mer sin prestar demasiada atención, ocupada en curiosear en el móvil—. ¡Toma ya! En una web he encontrado que el bisabuelo de Blanca, el rey Luís VIII de Francia, se declaró merovingio. ¡Me encanta la leyenda merovingia! Que los hijos de Jesús y Magdalena se emparentaran con la corona de Francia es una idea muy romántica. —Suspiró, miró a ambos lados y añadió—: Ya que no podemos visitar el castillo... ¿Os apetece una caña en el bar de aquí al lado?

—Hecho —aprobó Rupe.

El psiquiatra cogió a Marcus por los hombros y le dirigió a la salida. Sabía que la última relación que había mantenido su amigo aún le pasaba factura. Notó sus celos cuando se acercaba a Mer y no deseaba que se sintiera así. Lo que él quería era volver a ver a Marcus seguro de sí mismo. Debido a su trabajo, Rupe sabía bien que el tiempo y verbalizar los problemas cuando uno está preparado suponen el mejor cicatrizante para las heridas del alma.

—A mí también me gusta la leyenda merovingia —dijo Rupe dirigiéndose a Mer—. Está bastante estudiada y se han hallado indicios válidos. Tiene muchas probabilidades de ser cierta.

Al avanzar Marcus delante por el pasillo central, los otros no se percataron de la mueca de hastío que realizó al escuchar las últimas palabras de Rupe. Por una vez se mordió la lengua y no citó el versículo del Eclesiastés que había recordado: «Es infinito el número de los necios».

Salieron del santuario y avanzaron unos pasos hasta alcanzar el final de la explanada, desde donde se divisaba gran parte del valle del Vinalopó.

—Qué bonito paisaje —opinó ella.

—Y tanto —subrayó Marcus.

—¿Nos sentamos ahí un momento? —propuso Rupe y señaló un banco de piedra.

Ella se situó en el centro y ellos dos la flanquearon. A los pocos minutos, Marcus y Mer, tras hacer algunas fotos con los móviles, miraban las pantallas. Entre tanto, Rupe, embelesado, observaba el valle con las fértiles tierras ocupadas por el monocultivo de las vides. A lo lejos se divisaban algunas canteras de mármol, que horadaban las voluptuosas curvas de los montes. A la izquierda, la línea de AVE Madrid-Alicante cortaba el paisaje como si una recta cicatriz marcara la espalda de una mujer tumbada sobre el lecho del río.

—¿Vamos a por esas birras? —sugirió Rupe cuando se cansó de ser

ningufoneado y de disfrutar en solitario de las vistas.

Volvieron sobre sus pasos y giraron a la izquierda. Quedó frente a ellos una enorme escultura de piedra y granito negro. Se recreaba la escena bíblica descrita en el evangelio de Lucas, según la cual una mujer con un frasco de perfume se arrodilló frente a Jesús y con sus lágrimas le bañó los pies, para después secárselos con su cabello. Al final de esta, Jesucristo perdonó los pecados de la mujer y ella, agradecida, le ungió los pies con perfume.

Se encontraban los tres en pie frente al monumento de unos seis metros de largo por unos tres de profundidad.

A Mer le parecía humillante y miraba la escultura con desprecio.

A Rupe se le antojó inquietante y la observaba con curiosidad.

—¿Sabéis que es un error? —aclaró Marcus—. Un error común, por otra parte.

Al comprobar que sus acompañantes habían dejado de mirar la estatua para observarle a él, continuó:

—En los Evangelios se habla de tres mujeres diferentes que se suelen confundir, a saber: La primera, María Magdalena, llamada así por haber nacido en la ciudad de Magdala. En la Biblia se describe que Jesús expulsó de ella a siete demonios, que ella le siguió como discípula, que estuvo al pie de la cruz cuando Él murió, que asistió a su entierro y que se dirigió con otras dos mujeres al sepulcro donde se encontraba su cuerpo la mañana de Pascua, siendo ella la primera a la que Él se apareció y quien anunció a los apóstoles su resurrección...

—Esto último es muy significativo —le interrumpió Rupe—. Si yo muriese y resucitase, suponiendo que fuera todopoderoso y mi madre estuviera viva, ¿por qué me iba a presentar primero ante otra mujer? Es más, en aquella época, el testimonio de una mujer no tenía el mismo valor que el de un hombre. ¿Por qué no fue al encuentro de alguno de sus discípulos varones? A mí me resulta muy revelador este pasaje de la Biblia que cuenta que cuando Jesús resucitó, a la primera persona ante la que se manifestó fue María Magdalena. Indica que existía un vínculo emocional profundo entre ellos. ¿Cómo lo veis vosotros?

—Sí —le contestó Mer. Mirando a Marcus preguntó—: Has dicho tres, ¿y las otras dos?

A Rupe le extrañó el poco entusiasmo de ella por el tema al haber

mostrado interés por la leyenda merovingia hacía unos pocos minutos. Supuso que Mer también había notado que su amigo se sentía excluido y que por eso le prestaba más atención en este momento.

Marcus, complacido, continuó:

—La segunda es María de Betania, hermana de Lázaro y de Marta. Unos cuentan que, durante una cena en Betania en casa de Simón el leproso, ungió a Jesús en la cabeza. Otros afirman que le ungió los pies.

»Por último, tenemos a la prostituta arrepentida, que es a quien se representa en esta escultura. Lucas relata cómo ungió los pies de Jesús en casa de un fariseo. La Iglesia de Oriente siempre ha considerado que eran tres personajes diferentes. Sin embargo, el papa Gregorio Magno, en el siglo VI, estableció que se trataba de la misma persona. Y desde ese momento se consideró a María Magdalena como pecadora.

—¿Así sin más? —preguntó de forma retórica Mer. Apretó los puños y elevó el tono de voz—. ¿Se le ocurrió y lo dispuso? ¿Él fue quien difamó a Magdalena al afirmar que era una puta? A Aspasia también la llamaron puta. ¿Por qué cuando un hombre se siente amenazado por una mujer el único insulto que alcanza a escupir es siempre el mismo?

Cayó en la cuenta de que se había exaltado demasiado y rio avergonzada de su reacción exagerada, aun cuando se encontrara justificada por experiencias anteriores que en ese momento no venían al caso.

—Mer, Aspasia era hetaira y se supone que los papas hablan con Dios —puntualizó Marcus, divertido con el estado de ánimo alterado de Mer, tan distinto del que estaba acostumbrado a observar en Ana—. Por algo el lápiz de Dios no tiene goma en el extremo —añadió con intención de zaherirla.

—Amigo mío —objetó Rupe—, los papas a lo largo de la historia han dicho muchas tonterías que estoy seguro de que no les encomendó Dios comunicar a la humanidad. Las personas somos imperfectas. Gregorio Magno dijo de la Magdalena que fue «esclava de la lujuria» y «ejemplo de perdición». Menos mal que hace ya años que la Iglesia Católica está recuperando la figura de esta mujer.

Mer decidió zanjar la conversación por el cariz incómodo que había adquirido y se dirigió a la escalera que daba acceso al restaurante. Ascendió por ella sin esperarles. Observó el local casi vacío hasta que sus acompañantes la alcanzaron. Sonaba suave el hilo musical con rocanrol de los setenta. Se acomodaron en la primera mesa que encontraron al entrar, con

vistas al santuario y al castillo a través de los ventanales. Rupe se acercó a la barra y pidió tres tercios muy fríos. Cuando regresó les comentó:

—Me acaba de explicar el camarero que este edificio era un convento de Dominicas Oblatas, pero que en 2008 se transformó en restaurante y centro de acogida de peregrinos. Resulta que el Santuario es parte de la Ruta de la Lana del Camino de Santiago. ¿Sabíais que todas las rutas del Camino de Santiago se realizaron sobre corrientes telúricas? Puede que donde estamos ahora mismo sea un lugar de poder. Y que bajo nuestros pies circule una enorme energía. ¿Notáis la anomalía energética?

Marcus observaba la Torre Triangular ensimismado en un silencio reflexivo, centrado, como de costumbre, en pensamientos sobre Ana. Imaginaba que, si hubieran realizado juntos esa excursión, a ella le habría encantado. En un universo paralelo, en el que mantenían la relación sentimental y ella todavía le decía que le amaba, visitarían juntos ese lugar. Y se besarían bajo esa atalaya, después de dar un romántico paseo con el esplendoroso valle del Vinalopó como escenario.

Rupe, por la mirada abstraída de su amigo, supuso que lo mejor sería dejarle tranquilo.

Mer leía en la pantalla del móvil en silencio. Rupe le preguntó:

—¿Qué más pone en internet de Blanca de Anjou?

—¿Cómo sabías que estaba buscando información sobre Blanca? —Rupe le contestó con una sonrisa—. Me está dando un poco de lástima la mujer. La casaron a los quince años con Jaime II, que por entonces tenía veintiocho. Alumbró a su primer hijo a los dieciséis y falleció con treinta en el postparto de su décima hija: Violante. Con todo, da la impresión de haber sido una mujer fuerte porque, a pesar de su corta vida y de estar casi siempre preñada, acompañaba con frecuencia a su marido en los viajes con finalidad política-diplomática. No era una mujer florero. Explican que, según las instrucciones de su testamento, fue enterrada en el Monasterio de Santes Creus, en Tarragona.

—El rey Jaime II, conocido como el Justo, y su mujer, Blanca de Anjou —apuntó Rupe—, fueron los máximos defensores en Europa de los templarios cuando estos cayeron en desgracia. Mantuvieron un vínculo especial, posiblemente por su veneración común a María Magdalena. Por eso se supone que Blanca solicitó ser enterrada en el monasterio más sagrado para los caballeros templarios en Europa. Estuve hace años cuando me documenté para

mi libro *La Orden del Temple en España*, que no he llegado todavía a terminar de escribir.

—¿Los templarios? —repitió extrañada.

—¿Qué sabes de los templarios, Mer? —le preguntó Rupe.

Un camarero, vestido con chaleco negro y camisa blanca, sirvió desde una bandeja impoluta las cervezas y unas copas heladas, que ninguno utilizó por preferir beber de los botellines a gollete.

—La verdad es que no mucho, más leyendas que otra cosa, supongo. Hay demasiado mito en torno a los templarios.

—Por tu carácter romántico, creo que te va a encantar esta historia: La Orden de los Pobres Compañeros de Cristo y del Templo de Salomón, más conocida como la Orden del Temple, fue fundada en Jerusalén en el año 1118. Su misión consistía en defender los Santos Lugares y a los peregrinos. Aunque la leyenda cuenta que también eran los custodios del Santo Grial, que, como bien sabes, se duda de si se trataba de la copa que se utilizó en la Última Cena o de la descendencia que Cristo tuvo con María Magdalena. Constituyeron el brazo armado de los papas, que, por supuesto, les apoyaron y ayudaron a que se expandieran por toda Europa con motivo de las cruzadas...

—Perdona que te interrumpa, pero no sé qué era una cruzada —inquirió Mer. Marcus tecleó en el móvil y abandonó el mutismo en el que se había sumido durante unos minutos para leer:

—Según la RAE: «Expedición militar contra los infieles, especialmente para recuperar los Santos Lugares, que publicaba el papa concediendo indulgencias a quienes en ella participaran».

—Te gusta a ti la RAE, ¿verdad? —bromeó ella.

Marcus le respondió con una media sonrisa adornada con la elevación de la ceja derecha.

—Los templarios —continuó Rupe— estuvieron muy presentes en esta zona de España. Colaboraron estrechamente con la Corona de Aragón en la Reconquista. El castillo que tenemos ante nuestros ojos fue recuperado de manos de los musulmanes por Jaime I, que apareció en Novelda junto con el abad de Santes Creus y un ejército templario. Los reyes aragoneses, como te he comentado antes, mantenían buenas y estrechas relaciones con la Orden del Temple. A cambio de su ayuda, los reyes les donaban castillos y tierras. En los Reinos de Valencia y Aragón, al ser los templarios los que más impulsaron la Reconquista, obtuvieron muchas y grandes recompensas. Por eso la costa este

de España se encuentra jalonada de castillos e iglesias templarias.

—¿Por qué los mataron? —se adelantó Mer—. Fue así, ¿no? Leí que los exterminaron, pero no me quedó claro de qué crimen fueron acusados.

—Recibieron tantas tierras, castillos y oro en premio a su labor, que acabaron convirtiéndose en el banco más acaudalado de occidente. Pese a que guardaban fuertes votos de pobreza, acumularon riquezas superiores a las de varios reinos juntos. Los reyes recurrían a ellos cuando necesitaban fondos. Cometieron el error de cerrarle el grifo a uno que, humillado, decidió vengarse.

—El rey de Francia —apuntó jactanciosa por conocer parte de la historia.

—De Francia y Navarra —corrigió Marcus.

—Sí —confirmó Rupe—, Felipe IV de Francia y I de Navarra, en 1307, les acusó ante el papa Clemente V de herejes.

—¿Herejes? No me lo puedo creer, pero si eran los defensores de la fe —objetó ella.

—El proceso fue bastante marrullero. Felipe IV tiró de los hilos para *colocar* a Clemente V, quien también era francés, como papa. En ese momento, el papa era la máxima autoridad en Occidente. Después, en 1309, trasladó la sede pontificia a Aviñón, para tenerle más a mano. El rey le dictaba al papa lo que debía escribir. Consiguió así ser juez y parte en cada asunto que le atañía.

»El denunciante fue un español, un tal Esquino Floriano que, por lo visto, fue expulsado de la Orden del Temple. En venganza aseguró ante Clemente V que, para ingresar en dicha orden, uno de los ritos iniciáticos consistía en renegar del Salvador escupiendo y pisoteando la cruz.

—¿En serio!? —preguntó ella—. Pero si vestían un hábito blanco con una cruz en el pecho. ¿Cómo alguien se pudo tragar semejante patraña?

—No se llama hábito —volvió a corregir Marcus—, se denomina manto capitular y la cruz patada roja la lucían sobre el hombro izquierdo, por encima del corazón, no en el pecho. Esta cruz tan representativa de los templarios simbolizaba la sangre de Cristo, también conocida como *Sangre Real* o *Santo Grial*.

—Pues eso no fue todo —continuó Rupe—. Se les acusó de sodomitas, que yo personalmente no veo el pecado en ningún sitio, pero bueno, en aquella época podía suponer una condena a muerte. También se dijo que adoraban ídolos paganos... Fue todo un despropósito. La Inquisición torturó a muchos y consiguieron que algunos confesaran. Supongo que habrás oído algo de los

métodos de tortura de la Santa Inquisición. Los desgraciados que los sufrieron preferían confesar y acabar con sus vidas, a seguir soportando las torturas inhumanas a las que eran sometidos.

»Así que, con las confesiones que lograron arrancar, se inició un proceso mundial contra ellos. El juicio duró siete años y estuvieron sujetos a él unos quince mil hombres. En 1310, antes de que el concilio ecuménico de Sens se pronunciara, el rey de Francia ordenó quemar a cincuenta y cuatro de ellos. No poseía la potestad para realizar esa matanza sin una sentencia previa, pero como el papa era su marioneta, nadie se atrevió a plantarle cara.

—¡Dios santo! —exclamó Mer.

—Cuentan los cronistas —añadió Marcus, deseoso de echar más leña al fuego, al haber observado que la chica era fácilmente impresionable y muy emotiva—, que el rey mandó que se eligieran los leños que ardían más lentos para formar las piras...

—Pese a todo —le interrumpió Rupe que, más empático que su amigo, notaba la incipiente angustia de Mer—, los testigos afirmaron que las víctimas murieron proclamando su inocencia y rezando. Muy herejes no serían si lo último que hicieron en la vida fue encomendarse a Dios.

—¡Qué injusticia! —opinó Mer con los ojos brillantes de ira. Bebió un trago y preguntó—: ¿Tomaron los templarios el castillo del rey de Francia en respuesta por la bestial aniquilación de sus hermanos?

—No —explicó compungido Rupe—. Esta historia no tiene un final feliz, se salvaron muy pocos. Te lo digo para que te vayas haciendo a la idea, que veo que te está afectando. Siguieron quemando templarios en Francia por orden real. En el concilio de Vienne de 1312, el papa anunció la supresión definitiva del Temple. Felipe IV de Francia consiguió matar a todos los que no lograron huir y, como puntilla, ilegalizó su organización para que no pudieran volver a agruparse. No se andaba con chiquitas.

—¿Y el jefe templario no les defendió y agrupó para pelear? —preguntó ella, todavía un poco agitada.

—El Gran Maestre Jacques de Molay —añadió Rupe—, rehusó defender a los templarios por ser analfabeto, o eso fue lo que alegó; sin embargo, se supone que en realidad actuó así al deberse a su voto de obediencia al papa y, al ser un hombre sabio, infirió que cualquier palabra que pronunciara sería tergiversada.

»El dos de mayo de 1312 Clemente V otorgó los bienes de la extinta Orden del

Temple a los caballeros de San Juan de Jerusalén. Así consiguió despojar a los templarios de todo su patrimonio. Felipe IV de Francia salió beneficiado de esta expropiación, que tramó y ordenó él mismo, porque no solo no devolvió el dineral que le debía al Temple, puesto que argumentó que iba contra las normas de la Santa Iglesia pagar deudas a herejes, sino que obligó a que los sanjuanistas le entregaran 200.000 libras tornesas, al asegurar que los templarios se las adeudaban a él.

»En 1314, Jacques de Molay fue quemado vivo frente a la Catedral de Notre Dame. Proclamó hasta el último momento la inocencia de la Orden y, según relataron los testigos, maldijo a los culpables de la conspiración.

—Ya, lo de la maldición... —intervino con desdén Marcus.

—¿Qué ocurrió? —preguntó ella muy interesada.

—El papa falleció a los treinta y pico días de ser maldecido por el último Gran maestro del Temple. Y el rey pocos meses después.

—¿Sobrevivió algún templario? —preguntó apesadumbrada Mer.

—Claro. De hecho, siguen aquí, en la Comunidad Valenciana —postuló Rupe con su adorable sonrisa de oreja a oreja.

Mer y Rupe rieron. Marcusapuró la cerveza.

—No, en serio —insistió ella.

—En serio te lo digo —continuó guasón Rupe—. La mayoría fueron asesinados, aunque cuenta la leyenda que algunos escaparon y lograron alcanzar las costas escocesas, donde se introdujeron en los gremios de constructores y, de este modo, en la masonería. Esta es la causa que aducen los que afirman que las logias masónicas escocesas son las herederas de los secretos de la Orden del Temple.

—¡No jodas! —exclamó Mer— ¿Los masones tienen los conocimientos de los templarios?

A Rupe le resultaba gracioso su carácter expresivo, sin embargo, al observar que Marcus se sentía incómodo y miraba de reojo por si alguien les observaba, le tocó la mano para que bajara el volumen.

—En realidad —dijo Rupe—, es poco lo que conocemos de la masonería porque es una organización bastante hermética. Esto es lo que hace que tantos *conspiranoicos* den rienda suelta a la imaginación e inventen tantas quimeras sobre ellos. Desde mi punto de vista, me parece factible que las logias escocesas atesoren algún que otro secreto transmitido por la Orden del Temple.

—Pero antes has dicho que los reyes de la Corona de Aragón les echaron una mano.

Mer le miraba fijamente, expectante ante una respuesta consoladora.

—Correcto. Nuestro amigo Jaime II fue quien más les ayudó, por eso continúa la tradición templaria en el este de España: el territorio que ocupó su reino.

—¿Cómo les ayudó?

—Primero, se negó a entregar los bienes de los templarios a los sanjuanistas, pese a que lo había ordenado el papa. Después escondió a un puñado de templarios que consiguieron huir y, por último, logró reclasificarles en una nueva Orden que creó para ellos.

»Juan XXII sucedió a Clemente V a la muerte de este y Jaime II le convenció, en 1317, para que creara por bula papal la Orden militar Santa María de Montesa.

—¿Como la marca de motos, Montesa? —preguntó ella.

—Sí —respondió Rupe—. El rey de Aragón consiguió llevar a buen término su plan. La indumentaria de la nueva Orden era casi idéntica: manto capitular blanco —explicó mientras miraba a su amigo— y también una cruz roja sobre el hombro izquierdo. No se molestaron en disimular. Lograron mantener hasta la misma indumentaria.

»En 1319, el abad de Santes Creus, autoridad espiritual de los templarios, eligió al primer Gran Maestre de la nueva Orden: Guillem d'Erill. La ceremonia se ofició en la capilla del palacio del obispo de Barcelona, en presencia, cómo no, de Jaime II. Por supuesto, Guillem era uno de los templarios que el rey de Aragón había cobijado. Su primera acción fue entregar el hábito a los nueve caballeros que con él sobrevivieron. Todos ellos habían pertenecido a la extinta orden del Temple. Este fue el ardid que urdió y llevó a cabo Jaime II para restituir a los templarios su honor.

—¿Por qué has dicho que siguen viviendo en la Comunidad Valenciana? —continuó interesándose Mer.

Rupe tecleó en el móvil y se lo entregó para que mirase la pantalla.

—En la web ordenesmilitares.es puedes observar las cuatro órdenes de caballería que han existido en España: Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa.

—Sí —comprobó ella.

—Pincha en *Montesa* y después en *Galería de Imágenes*. Desciende hasta

casi el final de la página para ver los más recientes.

Mer obedeció las indicaciones y se quedó anonadada mirando la imagen de don Joaquín Manglano y Cucalo de Montull que, según se explicaba en la web, había sido alcalde de Valencia de 1939 a 1943 y diputado en Cortes.

—Pero —titubeó Mer—, este señor es del siglo XX. Cómo... Lleva el manto capitular blanco y la cruz roja sobre el hombro izquierdo.

—Sigue pasando fotos y dime si te dan la impresión de ser templarios —le sugirió Rupe.

Mer siguió sus instrucciones y observó la imagen de don Federico Corbí y Orellana.

—Flipo en colores —expresó ella—. Son templarios y viven en la actualidad entre nosotros. No ocultan su herencia. Aquí informan que este caballero tomó el hábito en la Iglesia de Nuestra Señora del Temple, pero ¿eso dónde está?

—Mujer de poca fe, te dije que seguían en la Comunidad Valenciana. La Iglesia de Santa María del Temple está en la plaza del Temple, junto al Palacio del Temple, que era su convento en la ciudad de Valencia y, hoy en día, alberga la Delegación del Gobierno en la Comunidad Valenciana. Esto es así porque Jaime I el Conquistador les entregó un tercio de la ciudad de Valencia como recompensa por su ayuda para reconquistarla.

—No alucines tanto —espetó aburrido Marcus—. En la actualidad, la Orden de Montesa es una corporación de carácter honorífico y nobiliario. No son templarios de verdad.

—O eso nos quieren hacer creer —añadió Rupe y le guiñó un ojo a Mer.

—No entiendo la relación entre los templarios y el monasterio de Santes Creus... O con los montesanos, porque son los mismos, ¿no? —preguntó Mer.

—Este monasterio pertenece al Císter, una Orden caracterizada por la austeridad y el alejamiento del mundo. Fue fundada por San Bernardo de Claraval, quien también intervino en la creación de la Orden del Temple. Estos, al igual que los de la Orden de Montesa, que sí, que son primos hermanos, por no decir que los mismos; eran monjes guerreros, también conocidos como freires. Estaban especializados: Algunos de ellos se constituían como caballeros, que debían, por las reglas de la Caballería, probar su nobleza notoria; la otra parte, los frailes, únicamente su legitimidad y limpieza de sangre. Todos ellos profesaban los votos de castidad, pobreza y obediencia. En tanto que los caballeros freires eran el brazo armado, los clérigos freires, que estaban organizados en prioratos, se ocupaban del

mantenimiento espiritual de los miembros. Así que Santes Creus constituía su lugar sagrado, donde iban a recogerse y a morir cuando llegaba su hora, tanto templarios como montesanos. ¿Quieres ver fotos?

—Sí, por favor —respondió Mer y le devolvió el *smartphone*.

—Te voy a enseñar un par de cuadros para que termines de maravillarte —vaticinó Rupe—. Hay dos retablos que te van a encantar, ahora que sabes que este lugar era sagrado para los templarios —le dijo y volvió a darle el móvil—. Uno es el de *María Magdalena* y el otro es el de *San Juan*. Este es el de *San Juan*. Su autor es anónimo y está datado en el año 1603. Consta de una imagen grande, bajo la que se encuentran tres de menor tamaño, flanqueadas por cuatro más pequeñas situadas en las columnas. Este retablo está en la capilla de san Juan Evangelista, junto a la entrada principal del monasterio de Santes Creus.

—¿Por qué representaban a san Juan siempre tan femenino? —preguntó ella—. Leonardo, en su versión de la Última Cena también lo encarnó andrógino.

—Me alegra que lo menciones porque después te voy a comentar varios aspectos curiosos de ese cuadro —respondió Rupe—. Cada santo posee una iconografía propia. Estos rasgos les caracterizan para poder identificarles, con animales y objetos que les acompañan. La iconografía cristiana comenzó en la Edad Media, con el fin de que incluso los analfabetos, mediante los atributos representados, pudieran reconocer a los santos. En este cuadro, la iconografía no se corresponde porque se teoriza con que no es san Juan, sino María Magdalena. Mira su fisonomía, sus facciones, sus labios, su cabello del mismo color que el tuyo, largo y rizado...

—¿María Magdalena era pelirroja como yo? —le cortó ilusionada por la coincidencia.

—Se la suele representar así porque antiguamente se creía que los pelirrojos tenéis alguna influencia del Mal —apuntó Marcus—. Hoy en día, en la RAE que tanto me gusta, se encuentra recogida la palabra *bermejía* que es la agudeza maliciosa que se os atribuye a los pelirrojos.

—Hay algo más que quiero que veas—continuó explicando Rupe. Prefirió obviar el comentario de su amigo—. De las tres imágenes inferiores, amplía la central. ¿Qué ves?

—¡Hostias! —exclamó ella—. Es Magdalena a los pies de la cruz... y está embarazadísima.

—Yo creo que el retablo se titula *San Juan* con el fin de disimularlo dentro

del inventario del monasterio. De esta forma, nadie repararía en él ni lo consideraría una amenaza. Porque, en verdad, de lo que trata es del embarazo de Magdalena y de su huida de Israel junto con sus dos hijas.

—¿Sus dos qué!? —preguntó incrédula.

—Observa los cuatro iconos de la parte inferior, bajo las columnas. Representan los cuatro pilares del cristianismo según los templarios: La Justicia, en la que Magdalena esgrime una espada; la Caridad, en la que se la representa cuidando de sus hijas gemelas; la Esperanza, donde aparece de luto cuando muere su marido, aunque con la creencia en la resurrección en el Reino de los Cielos; y la Fe, donde se la muestra embarazada, con un crucifijo que demuestra su creencia en la doctrina de Jesucristo.

—¡No me lo puedo creer! ¿Este retablo está en un monasterio español? ¿La Iglesia acepta que María Magdalena era la mujer de Jesucristo y que tuvo descendencia con Él? —le interrogó ella.

—Pero no en un monasterio cualquiera, se encuentra en Santes Creus, que fue el lugar más sagrado de Europa para los templarios. Y como sabes, veneraban a Magdalena por encima de los demás santos. En la imagen situada a la derecha de la crucifixión —siguió Rupe explicando, divertido con la gran expresividad de Mer— está la escena del descenso de la cruz, donde se afirma con imágenes que Magdalena y Jesús estaban casados. Puedes observar a varias personas ayudando a bajar el cuerpo de Cristo fallecido. Según la tradición judía, únicamente los familiares pueden tocar el cuerpo de un difunto, por lo que el pintor de este cuadro quiso dar a entender que todos los que le sujetan son familia de Jesús. Podemos observar a su madre, la Virgen María; a una hermana de esta, que se llamaba Salomé; a una prima de su madre llamada también María, que era la esposa de Cleofás; a José de Arimatea, que era tío de la Virgen María y, por último, a María Magdalena. Al no poseer lazos sanguíneos con Cristo, solo el matrimonio la legitimaría para tocarle.

—José de Arimatea... Me suena que se le nombra en *Indiana Jones y la última cruzada* como el portador del Santo Grial.

—Sí —afirmó Rupe—. Sabes más de lo que crees. Te va a encantar su historia si te gusta la leyenda merovingia. Fue tío abuelo de Cristo, hermano menor de San Joaquín, que era el padre de la Virgen María. Según se describe en la Biblia, se comportó como un padre para el Nazareno porque San José y San Joaquín fallecieron siendo Él un niño, así que fue José de Arimatea quien asumió su tutela junto con la Virgen María. Por las leyes judías, una mujer no

podía criar a sus hijos sin la tutela de un hombre.

»Mateo, Lucas, Marcos y Juan cuentan en los evangelios que era miembro del Sanedrín, consejo supremo de los judíos, y decurión del Imperio Romano, algo así como un funcionario de alto rango. Por tanto, era rico e ilustre, pero también todos coinciden en señalar que se trataba de un hombre honrado. También era discípulo de Jesús en la clandestinidad. Según relatan los cuatro evangelistas, fue él quien, tras la crucifixión de su sobrino nieto, que fue como un hijo para él, solicitó al procurador romano Poncio Pilato permiso para enterrar a Jesús. Utilizó su estatus de funcionario del Imperio Romano y de miembro del Sanedrín para evitar que Cristo yaciese en una fosa común, que era lo que les acababa ocurriendo a los crucificados. Cuando obtuvo el visto bueno, trasladaron su cuerpo a la tumba del propio José de Arimatea, donde ahora se encuentra la Basílica del Santo Sepulcro en Jerusalén.

—¿Y la leyenda merovingia? —quiso saber ella.

—Según los evangelios apócrifos —continuó relatando Rupe—, después de la resurrección de Jesús, José de Arimatea fue encarcelado, acusado de robar el cuerpo de Cristo del sepulcro y, por ello, de profanar una sepultura. Por más que él afirmaba que los cargos no eran ciertos, el Sanedrín no le creyó y fue encerrado en una torre. Se afirma que estando prisionero en dicha torre se le apareció Cristo y le comunicó: «Tú custodiarás el Grial y después de ti aquellos que tú designarás». También hay otra leyenda que explica que José de Arimatea recogió la sangre de Cristo, hecho que puede ser simbólico, refiriéndose a su descendencia. Otro mito cuenta que cuando fue liberado, embarcó en uno de sus navíos, junto con un grupo de cristianos, y navegaron por el Mediterráneo hasta la costa sur de Francia.

—Entonces —meditó ella—, ¿se llevó con él al linaje secreto de su sobrino nieto o al cáliz que este bendijo en la Última Cena?

—Ambas cosas —respondió Rupe—. ¿Tú cuando vas invitada a cenar a una casa te llevas los cubiertos, la vajilla o la cristalería de recuerdo?

—Normalmente no —bromeó ella.

—Pues Cristo, su mujer y sus discípulos seguramente tampoco lo hicieron. El cáliz que bendijo el Señor, instaurando así la eucaristía, quedó en casa del propietario de la misma: José de Arimatea, que fue quien ofreció su vivienda para celebrar la Última Cena. Como él también era seguidor de Jesús y le quería como a un hijo, al día siguiente guardó el Grial como un recuerdo, que

más tarde se convirtió en reliquia. Además, llevó consigo a sus sobrinas bisnietas en el viaje que emprendió en su huida.

—Las que hemos visto en el cuadro, sí, las hijas de Cristo y Magdalena. Espera, ¿has dicho que eran gemelas? Normalmente los gemelos tenemos ascendentes también de gemelos, bueno, quiero decir que suele haber más casos en la misma familia.

—Sí, soy médico, conozco las bases de la genética —ironizó Rupe—. Veo que desconoces la teoría sobre el hermano gemelo de Jesús: Judas Tomás Dídimos, también conocido como el apóstol Tomás. *Tomás* significa ‘gemelo’ en arameo y *Dídimos* tiene el mismo significado en griego.

Rupe tenía intención de preguntar acto seguido por el hermano o la hermana gemela de Mer, pero el tema se puso interesante y se le fue el santo al cielo.

—Esta teoría también se refleja en el cuadro que habéis mencionado antes de Leonardo —intervino Marcus—. En *La Última Cena* también aparece santo Tomás como gemelo de Jesús —ya había buscado la imagen en el móvil y le mostró la pantalla a Mer—. A la derecha de Jesús está sentada Magdalena y a su izquierda, como protegiéndole de otros apóstoles, se encuentra su hermano gemelo, ¿ves el increíble parecido entre ambos?

—Es fascinante lo que estoy aprendiendo con vosotros.

—El otro retablo del monasterio de Santes Creus que te quería enseñar —anunció Rupe mientras le pasaba de nuevo el móvil a Mer con la imagen ya en pantalla—, es el de la propia María Magdalena. Está datado de principios del siglo XIV, de la época de nuestros amigos Jaime II y Blanca de Anjou. Falta el cuadro central, se desconoce la razón... ¿Qué no habría en él para que lo hicieran desaparecer?

—Este monasterio —argumentó Marcus—, como tantos otros, fue espoliado durante la desamortización de Mendizábal. Contuvo vida monástica hasta 1835 y después nunca la recuperó. La navaja de Ockham: «En igualdad de condiciones, la explicación más sencilla suele ser la más probable», por lo que hay más posibilidades de que lo robaran, a que lo escondieran por su insólito contenido.

—Tú lo has dicho —alegó Rupe—: en igualdad de condiciones, que no es el caso.

—Lo que tú digas —añadió con indolencia Marcus.

—La imagen que te quería enseñar es la de abajo a la izquierda. Representa la Última Cena. ¿Qué ves en común con la que pintó Leonardo Da Vinci?

—¡El nudo! —señaló inmediatamente ella.

—Correcto, premio para la princesita —bromeó Rupe.

—No soy una princesita, soy una Khaleesi —replicó ella.

Sus acompañantes sonrieron ante el comentario de Mer.

—Según afirman varios autores —continuó Rupe—, el nudo en el mantel es una llamada de atención para los *iniciados*, con el fin de hacerles entender que hay un mensaje oculto en el cuadro... Un secreto por descubrir. Era un código que utilizaban los pintores de la época para evitar un castigo de la Iglesia Católica en represalia por su atrevimiento. Puede que el secreto que encierra esta imagen sea el apostolado femenino de Magdalena, dado que también aparece representada, aunque en una postura extraña: en el suelo. Yo creo que quisieron mostrar la humillación a la que se vio sometida.

—Parece abatida —observó Mer—, incluso los perros que la rodean dan la impresión de estar tristes. Qué curioso que todos estos cuadros están en Santes Creus. Es porque los Caballeros de la Orden del Temple eran los protectores del secreto, ¿verdad?

Rupe asintió y Marcus puso los ojos en blanco, hecho que no pasó desapercibido para el psiquiatra, que decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—¿Te apetece ver fotos del cementerio de Santes Creus? —le preguntó Rupe a Mer y añadió—: Casi todos los maestros templarios y montesanos están enterrados allí.

—Me encantaría —admitió ella—. Pese a que pueda sonar morboso, me flipan los camposantos con historia como los de París.

—A mí también —coincidió Rupe y le volvió a entregar el móvil para que observase las imágenes—. Los cementerios guardan la historia de los grupos humanos. Creo que se puede aprender mucho visitándolos. Además, el arte mortuario me resulta solemne y melancólico... como los tangos.

—Menudo par de raros —masculló Marcus.

Mer fue pasando las fotos en las que se veían las cruces templarias, tanto de piedra como de metal, con el gran rosetón al fondo de las imágenes.

—Mirad —apuntó enseñando la pantalla—. Sobre la pila bautismal también hay una cruz templaria.

—En ese mismo sitio hay un sepulcro de un caballero templario custodiado por *Nuestra Señora* —explicó Rupe. Con suavidad le cogió el móvil a Mer para mostrarle imágenes—. Pero para sepulcro impresionante el de María

Magdalena.

—¿Está enterrada también allí? —preguntó Mer algo incrédula.

—La verdad es que no se sabe dónde está enterrada —aclaró Marcus, que, harto de oír parlotear a Rupe y a Mer, decidió aportar datos significativos—. En Santes Creus hay un sepulcro con la inscripción *ASSUMPTA EST MM IN CAELUM*, del cual surgió la leyenda. La traducción literal sería: ‘MM ha sido elevada al cielo’. Dada la devoción de los templarios por María Magdalena y la importancia de este monasterio para ellos, se especula con que el sepulcro sea una recreación que utilizaran con el fin de orar o como monumento u ofrenda a la santa. Se encuentra rodeado de estatuas de caballeros templarios que parecen salvaguardarlo y se grabó el sello de Salomón en la base.

»No obstante, desde mi punto de vista, lo más llamativo de este monasterio es la tumba de *Magdalena Salvá*, representada por una mujer con rasgos egipcios, que podrían asemejarse a los de la santa, y vestida con hábito.

—No lo entiendo —consideró Mer—. ¿Magdalena era egipcia?

—La ciudad de Magdala pertenecía a Galilea, que, en la actualidad, se situaría cerca de Egipto —aclaró Marcus—. Se cree que María Magdalena está enterrada en Saint Maximin la Sainte Baume.

—Estaba esperando que aportaras ese dato —replicó Rupe con satisfacción—. En el libro *Hagiografía peninsular en els segles medievals* se explica, cito textualmente: «El artífice de la invención del cuerpo de María Magdalena en Saint Maximin» fue Carlos II de Nápoles, el padre de Blanca de Anjou... ¿Casualidad?

—Son muchas casualidades relacionadas con la misma familia —concedió Mer—. Creo que necesito un tiempo para procesar toda esta información, pero ¿por qué este rey se inventaría que se encontraba allí enterrada Magdalena?

—No es lo que piensas, Khaleesi —contestó Marcus y sonrió con ironía—. En la Edad Media se inició la promoción de reliquias porque era la manera de la época de potenciar el comercio y el turismo. Aunque los Anjou afirmaran que patrocinaban su culto como piedad dinástica, en realidad lo potenciaban como técnica de marketing para mejorar la economía de la zona, que casualmente pertenecía a la abuela de Blanca, la madre de Carlos II.

—Y porque en esa época —continuó Rupe— daba mucho empaque ser descendiente de Cristo. Ya sabes: estar emparentado con los merovingios. Blanca de Anjou conservó toda la vida, como reliquia, la lengua de María

Magdalena, que cedió en su testamento al Monasterio de Santes Creus. De hecho, aparece en el catálogo oficial del monasterio de 1827.

—¿La reliquia de la lengua de María Magdalena sigue en el monasterio de Santes Creus? —se interesó Mer.

—Lamentablemente se perdió, bueno, más bien fue robada —aclaró Rupe—. En 1835, tras la desamortización de Mendizábal, este monasterio fue uno más de los que sufrió el expolio. En teoría, los bienes de la Iglesia pasaban al Estado, aunque en la práctica, algunos vándalos destruyeron lo que quisieron y vendieron a particulares obras de arte y reliquias. Se profanaron las tumbas de Blanca y Jaime II, de modo que ahora sus restos mortales están mezclados. En el catálogo del Monasterio de 1894 la lengua de Magdalena ya no consta, aunque se cita como uno de los bienes que se poseyeron.

—¿Cómo se sabe que los restos mortales están mezclados? —preguntó Mer.

—Eso te lo puedo contar porque lo viví en primera persona como asesor del equipo —informó orgulloso Marcus—. En mayo de 2010 concluimos el estudio arqueológico-forense de las tumbas de Santes Creus. Se publicó un artículo en *El País* titulado «La reina Blanca de Anjou renace de sus trozos». *Post mortem*, se mezclaron sus restos con los de otros dos hombres... una barbaridad. El único objeto que permaneció entre sus restos fue un colgante roto de coral.

—Coral —repitió Mer—. Es curioso. A mí me gusta el tema de las *wiccas*, así que voy a aportaros un dato: desde la Edad de Hierro, el coral ha sido un material de *protección* frente a las fuerzas malignas y a las desgracias. Mi amiga armenia, de la que os hablé ayer, lleva una higa de coral rojo colgada del cuello. Por eso compré la tablilla robada.

—Es cierto —apuntó Rupe—, es uno de los elementos que se consideran sobrenaturales.

—¿Cómo era Blanca de Anjou físicamente? —consideró Mer en voz alta en tanto la buscaba en el móvil—. Mirad, en internet hay un retrato suyo en unas conferencias que se hicieron sobre ella: *La mort d'una reina*. Lleva la cabeza cubierta, pero se puede apreciar un mechón de su cabello asomando bajo el velo... ¿También era pelirroja?

—En la revista *Quo* también publicaron un artículo sobre «La momia de Blanca de Anjou» —añadió Marcus, quien ignoró la pregunta que había planteado Mer—. En él se pone de manifiesto su enorme belleza y se explica que usaba maquillaje.

—Era bajita, delgada y pelirroja —bromeó Rupe guiñándole un ojo a Mer—, como tú. El artículo expone una foto del colgante de coral que encontraron en su tumba.

—Tenemos demasiados datos —reflexionó Mer en voz baja para que no le oyese el camarero—, pero se me ocurre que, si Blanca y su padre, Carlos II, eran merovingios; su objetivo, al igual que el de los templarios, sería el de proteger los restos de María Magdalena. Dar publicidad de la verdadera ubicación de los restos mortales suponía una mala idea, si su propósito era el de salvaguardarla... Mirad si no lo que les ocurrió a las tumbas de Jaime II y de Blanca.

»¿Y si Carlos II de Nápoles se inventó que María Magdalena estaba enterrada en Saint Maximin, no con el objetivo de ganar dinero, sino para despistar y, de ese modo, que nadie sospechara que donde realmente estaba enterrada era en otro lugar?

—¿En qué otro lugar? —preguntó Marcus con su ya habitual tono irónico.

—¿Y si María Magdalena fue enterrada aquí, en Novelda?

Marcus se rio a carcajadas. A Mer le irritó su actitud. Cuando Marcus fue capaz de volver a articular palabra, le preguntó:

—¿Y cómo llegaron sus restos a Novelda? Si puede saberse.

Mer decidió contener su ira e intentar dar una respuesta razonada.

—No lo sé, pero puedo postular varias teorías al respecto. Una de ellas sería que san Pablo trasladó los restos de María Magdalena hasta aquí —elucubró ella.

Rupe observaba la escena como si fuera ajeno a esa situación. Y sin intención de mediar, al no estar seguro de si se trataba de una disputa o de tensión sexual no resuelta.

—¿San Pablo, dices? —repitió Marcus con tono burlesco—. ¿Por qué no san Pedro?

—La Isla de Tabarca, que se encuentra frente a las costas de Santa Pola, antes se denominaba Isla Plana. ¿Lo sabíais? —explicó Mer. Marcus dio la callada por respuesta y Rupe asintió con la cabeza—. Mi padre tenía unos tíos tabarquinos que contaban que no se llamaba así por su orografía sin elevaciones, sino porque se decía que en el siglo I San Pablo naufragó allí cuando vino a predicar por la costa este de España.

Marcus mantenía la misma sonrisa escéptica del principio, así que

Rupe se decidió a intervenir:

—He leído a varios autores que afirman que existen posibilidades de que san Pablo recorriera el este de España, antes de que lo asesinara Nerón — dirigiéndose a su amigo, añadió—. ¿No te maravilla la forma de pensar de esta chica? Llega a conclusiones muy interesantes.

—El pensamiento divergente sin raciocinio no es más que locura — sentenció Marcus—. Adicionalmente a la leyenda de san Pablo, existe otra historia más fundamentada que justifica que la isla de Tabarca fuera denominada Isla Plana y es que los griegos que se asentaron en esta zona en el siglo VII antes de Cristo la bautizaron como Planesia.

—No seas así, amigo mío — criticó Rupe—. Aunque no sabemos si partimos de una premisa falsa, vamos a aplicar el razonamiento lógico para divertirnos y averiguar si llegamos a algún sitio. —Marcus le miraba sin intención de hablar, así que continuó dirigiéndose a ella—. En la Comunidad Valenciana los templarios han dejado muchos tesoros, el Santo Cáliz se supone que está en la Catedral de Valencia. ¿Por qué no iban a haber enterrado los restos de su venerada Magdalena en Alicante?

—¿El Santo Grial se encuentra en Valencia? —preguntó con sarcástica sorpresa Marcus—. Primera noticia.

—Sabes tan bien como yo, amigo mío, que de los cientos de cálices que hay repartidos por el mundo, el que más probabilidades tiene de ser el auténtico es el que está en Valencia. Es el único que está documentado desde el siglo III.

—Por una vez —anunció Mer— y sin que sirva de precedente, le voy a dar la razón a Marcus. Cuando visité la catedral de Valencia, el guía explicó que el cáliz preservado en aquel templo, sin tener en cuenta los adornos añadidos con posterioridad, el original, es de ónice, que es una piedra semipreciosa. ¿Cómo iba a poseer un cáliz tan caro un hombre pobre como Jesús? El vaso del hijo de un carpintero sería de madera.

—Mujer de poca fe —le reprochó Rupe—. Ese cáliz no era de Jesús, como ya te he explicado antes, era propiedad de su tío abuelo José de Arimatea, que sí se trataba de un hombre adinerado, y podía permitirse el lujo de comprar copas de ónice. Además, un judío jamás bebería en una copa de madera. Según las normas hebreas, los objetos para comer y beber no pueden ser porosos, así que, los menos afortunados, utilizaban vasos y platos de cerámica vidriada, pero nunca de madera.

»Si tu teoría fuera cierta y María Magdalena se encontrara enterrada entre la Torre Triangular y el Santuario, o alguna vez sus restos mortales descansaron en ese lugar, porque pudo ser trasladada al construir el nuevo templo... Le daría sentido al hecho de que no se haya desacralizado el lugar donde estaba situada la antigua ermita de María Magdalena: Me refiero a la cruz de piedra entre el santuario y el castillo —explicó señalándola—. Si alguna vez estuvo enterrada allí, es lógico que se quiera preservar la santidad de ese lugar por si quedó algún pequeño resto de ella. La Iglesia Católica tiene la costumbre de desacralizar los lugares que ya no se van a dedicar a culto o a camposanto, para evitar, por ejemplo, rituales de magia negra que se suelen realizar con tierra de cementerio y con agua bendita.

—Cuando al llegar comentaste que el terreno alrededor de la cruz de piedra se encuentra vallado porque sigue estando consagrado, no pensé en ello —reconoció ella entornando los ojos—. Pero ahora intuyo que tiene sentido. Si no se le da el uso por el que se consagró, la Iglesia lo desacraliza. He visto muchos ejemplos. —Marcus suspiró con fuerza, ella le ignoró y continuó conversando con Rupe—. En España es menos común, pero en Europa, donde el número de católicos desciende con mayor rapidez, ocurre con bastante frecuencia. He visitado varios edificios desacralizados que se destinan a diferentes usos. En Salamanca se encuentra el Zara más bonito que he visto nunca. En Milán asistí a una sala de conferencias que también había sido una iglesia. En Aberdeen visité un pub que, para colmo, lo ambientaron con temática de Frankenstein y que anteriormente también había sido un templo católico.

Comenzó a sonar por los altavoces distribuidos por el local «Cold as ice» de Foreigner, una canción titulada como el apodo que le puso Marcus a su exnovia. Tenía la sensación de oírla a su alrededor allá donde iba. Esa música terminó de agriarle el carácter esa mañana.

—Podríamos preguntar por este tema al párroco de la zona —sugirió Rupe.

—Dejaos ya de chorradas —gruñó Marcus mientras se levantaba, zanjaba así la conversación y se alejaba de esa canción que le removía el alma—. ¿Nos vamos?

CAPÍTULO VII

Valencia, principios del siglo XIV.

En el momento en que a Arnau de Vilanova le fue entregada en mano la misiva que le hacía saber que la reina consorte de Sicilia, Aragón y Valencia, doña Blanca de Anjou, deseaba verle; presto ordenó preparar su caballo y, tomándose el tiempo imprescindible para recoger unos escritos, partió raudo a su encuentro.

Una guardia compuesta por cuatro hombres, que portaba el estandarte de la reina, velaría por su seguridad en el camino. El viaje desde su casa en Valencia hasta el castillo de Novelda, donde se hallaba la reina, se prolongaría a lo largo de varias jornadas. Debía salir cuanto antes, dado que no deseaba hacerse esperar. En la epístola no se explicaba el motivo concreto del requerimiento de su presencia en palacio, aunque sí se explicaba que se trataba de un asunto de suma importancia que no podía esperar.

Dejaron el mar a su siniestra y tomaron el camino interior en dirección sur. Jalonaban el paisaje granjas, pequeños grupos de casas, iglesias, castillos y algunas posadas. Multitud de pensamientos se agolpaban en su cabeza y estimó que un viaje le ayudaría a colocar en orden las vertiginosas ideas. Le desconcertó conocer que su reina se encontraba tan cerca de la villa de Alicante, donde tan poco aprecio generaba entre el pueblo. Las causas de esa animadversión hacia los miembros de la Corona estaban más que justificadas. Jaime I, abuelo de Jaime II, conquistó las tierras con el fin de anexarlas a la Corona de Castilla. Cincuenta años después, su nieto y actual rey, volvió a conquistar el mismo territorio. Entró por la fuerza de las armas, esta vez con la intención de incorporarlas a la Corona de Aragón. La crueldad de Jaime II era bien conocida por todos. Tras la conquista del Castillo de Santa Bárbara, tanta iniquidad sin honor le granjeó el odio del pueblo.

En el año del Señor de 1296, Jaime II, conocido como el Justo, decidió tomar la villa de Alicante. Con el fin de alcanzar tan alta empresa, era necesario arriar la actual bandera de Castilla y elevar la suya en el mástil de la torre del homenaje de la fortaleza. Desplegó su armada de naos y galeras

frente a las costas, y marchó por tierra junto con su ejército. El castillo se encontraba sobre el monte Benacantil, un terreno enriscado por el que era fácil resbalar y despeñarse. La hueste, con el rey de Aragón encabezando la vanguardia, ascendió por la ladera como una araña metálica. Alcanzaron la puerta del castillo y, con el pesado ariete que arrastraron monte arriba, arremetieron con tesón contra el portón, que no se resquebrajó ni un ápice. Cargaron contra el muro adyacente y consiguieron derribar una parte del mismo. Por la brecha se coló don Jaime acompañado de sus más valientes caballeros. Él fue el primero en entrar en combate. Se las tuvo que ver con don Nicolás Peris, alcaide y defensor del recinto, que había jurado fidelidad a Castilla y murió custodiando el alcázar. En tan alta estima tenía su lealtad don Nicolás que, aún después de caer las murallas, continuó batallando. Se produjo un reñido combate singular entre ambos en el que don Nicolás, según se cuenta, se veía en mejor posición. Logró por momentos que el monarca se viese obligado a retroceder bajo la bravura de su espada. Sin embargo, sirviéndose de la barahúnda del combate y sin observar las normas de honor que todo caballero juramenta y le impide intervenir en un cuerpo a cuerpo, don Berenguer fue en ayuda de su soberano y amigo. Salió herido de la pelea, mas consiguió, con sus malas mañas, que el rey finalmente lograra abatir a tan obstinado adversario a las puertas de la fortaleza. Pese a que el cuerpo quedó inerte como la piedra sobre la que yacía, su mano derecha continuaba empuñando la espada y la izquierda asía con fuerza las llaves del castillo, sin otorgar, por tanto, la rendición de este.

Con independencia de su bando, los soldados allí presentes admiraron el valor de ese gran guerrero, que como pocos en la historia mostró tal valentía defendiendo sus principios. El rey fue por derecho a arrebatarse las llaves que consideraba suyas, empero, no fue capaz de arrancárselas de las frías manos. No le quedó más remedio que cortar con su espada la mano a la altura de la muñeca. No contento con ello, ordenó despedazar el mutilado cuerpo del aguerrido rival y entregar a los perros sus restos.

Ni siquiera sus propios hombres volvieron a mirarle igual, mucho menos las gentes de las que ahora proclamaba ser soberano. Poco o nada reconfortó el ánimo, ni a los hombres ni a los vasallos, el torneo que el rey celebró en su propio honor. Él mismo se proclamó vencedor de la justa. Humilló así a sus caballeros y oprimió con más impuestos a su pueblo con el fin de reunir los fondos necesarios para tal extravagancia.

Aun cuando Arnau gozaba de la amistad y protección de ambos soberanos, distinguía la naturaleza del alma de Blanca como más piadosa que la del rey. Ella, como buena esposa cristiana, siempre le defendía. Ni siquiera trocaba el semblante al recibir una misiva de su marido con su habitual fórmula *volemus et mandamus*, con la que se dirigía a su mujer e hijos. La reina conocía la preocupación de su consorte por la defensa de las reliquias, hecho con mayor peso que ningún otro, por lo que no tomaba en consideración el resto de actos que pudiera realizar su esposo. Desde su punto de vista de la reina, lo más importante era la defensa de la fe.

Arnau realizaba el viaje al paso y no al trote, pues, aunque gozaba de buena salud, al ser físico conocía bien que un hombre que pasara de los sesenta años no debía golpear sus huesos. Asimismo, ese ritmo más pausado de su cabalgadura le ayudaba a desenmarañar las ideas. Yendo como iba atenazado por sus pensamientos, un ritmo más acelerado los hubiera enredado más, como madejas de hilo agitadas en un cesto.

Con el fin de dar descanso a las monturas y a los hombres, pasaron la noche en una fonda infecta de madera. Tan alejada se encontraba de cualquier lugar, que hasta allí no alcanzaba el sonido de las campanas de ninguna iglesia. El robusto y maloliente tabernero, y sus famélicas y silenciosas hijas, únicamente podían guiarse por la salida y la puesta de sol. Realizaban las comidas y descansos según estimaban por la posición del astro rey y el agotamiento de sus maltrechos cuerpos. Sumidos en esa atávica vida, la única pregunta que formulaban a los escasos viajeros que acudían a su local era siempre la misma: la proximidad de la siguiente fiesta eclesiástica, con el fin de conocer la época del año en que se hallaban. Un juglar, al que los hombres de la guardia que acompañaban a Arnau entregaron unas monedas, les entretuvo al amor de una buena lumbre, hasta que el cansancio y la azumbre de vino de la que dieron buena cuenta les derrotaron hasta el alba.

A lo largo de su larga vida, Arnau había desempeñado principalmente la labor de galeno. El hecho de hablar varias lenguas, como el árabe, el griego o el latín, le había sido de gran ayuda en su labor de curación. Se dedicó a traducir y recopilar fórmulas antiguas de diversas procedencias. Por más que era consciente de que debía andar con pies de plomo, dado que la Santa Inquisición no era amiga de los alquimistas, su innata curiosidad le obligaba a

continuar buscando y experimentando remedios antiguos. Estos los empleaba como fármacos en aquellas dolencias en las que observó su buen fin. Por fortuna, nadie desentrañó que el tratamiento enviado en un pergamino a la Santa Sede, con el objeto de curar las piedras en el riñón del papa Bonifacio VIII, procedía de lo que la Santa Iglesia denominaría un documento hereje. Al ser Arnau maestro personal de reyes y papas, le consentían ciertas libertades que se tomaba en sus investigaciones.

Amén de médico, ejercía también como teólogo y embajador. La combinación de esas tres labores le había proporcionado la capacidad de conocer la naturaleza humana, de intuir lo que cada persona deseaba y lo que estaba dispuesta a ofrecer para conseguirlo.

De poco le sirvió el favor de reyes y papas en su labor como teólogo. Sus obras fueron muy criticadas al salirse de la ortodoxia católica. Sus poderosos amigos en poco le pudieron asistir. Su visita a la Universidad de la Sorbona con la finalidad de presentar sus nuevas ideas le valió, al menos, para granjearse amistades comunes con su reina entre la Orden de los templarios. Pese a concebir él la religión de una forma tan heterodoxa y Blanca de Anjou tan conservadora, a ambos les unía una amistad sincera por reconocerse entre ellos como verdaderos seguidores de Jesucristo.

Confiaba en Blanca y se dirigía a su encuentro dispuesto a depositar en ella su mayor secreto, que si llegara a ciertos oídos podría costarle la vida a manos de un inquisidor.

Arnau mantenía correspondencia con médicos sarracenos quienes, entre otras muchas fórmulas, le habían transmitido una muy anterior a su época denominada *elixir de amor y sapiencia*. Pese a que él no reparó en ello, en la parte inferior del texto se encontraba dibujado un puño con el dedo pulgar situado entre el índice y el corazón. Según logró traducir, «la amante esposa de cabellos rojos debe ingerir la poción y yacer con sentimientos amorosos esa misma noche». La esposa de Arnau poseía el cabello del color necesario y aún se amaban, así que consiguió probar la receta. El resultado no pudo producirle mayor estupefacción.

Lo que él no podía llegar a imaginar en esos instantes era que al encontrarse con su reina se iba a enfrentar a la experiencia espiritual más importante de su vida.

CAPÍTULO VIII

Alicante, lunes 6 de junio de 2016.

Como serpientes cazando en manada, las pesadillas hicieron presa en ella esa noche. Pese a no ser una experiencia nueva para Mer, seguía resultándole igual de espeluznante que la primera vez. Se despertó jadeando, como siempre sola, ya incorporada en la inmaculada cama, con la sensación de acabar de gritar y el aire aún agitado por el eco de su voz. Recordó, entre las brumas oníricas, los brazos de su hermana emergiendo como garras de una laguna de sal negra. «Ayúdame», escuchó una voz femenina que le susurraba en el sueño. Aunque fue incapaz de verle la cara al no lograr ayudarla a salir, esas manos le resultaban inconfundibles; o eran las de su hermana, o las de ella misma. Al tocar la pantalla, durante el contorción más aplastante de la noche, el teléfono móvil que descansaba en la mesilla le devolvió la hora: 3:33.

No volvió a conciliar el sueño hasta que rayó el alba. Durante el duermevela que precedió al amanecer, volvió a recorrer los pasillos lúgubres de su torre de piedra gris, sin encontrarse esta vez con la niña Mer a la que tan acostumbrada estaba a hallar vigilando las sempiternas puertas selladas. La visualizó agazapada contra alguna de las cancelas, velando para que no se abrieran, para que nada pudiese escapar de aquellas celdas de recuerdos horripilantes. O también pudiera ser que jugase al escondite con su hermana gemela.

Se despertó con el tiempo justo de prepararse para la cita y la sensación de haber sido arrollada por un tren de mercancías. Prefirió diez minutos más en la cama a desayunar.

Como ese día Mer trabajaba en turno de tarde, habían quedado por la mañana en la Casa de la Cultura de Novelda para continuar con sus investigaciones. Mer llegó diez minutos tarde y ellos ya la esperaban en la puerta.

—Siento el retraso, ¿lleváis mucho esperando?

—Diez minutos —ironizó Marcus.

A Rupe le hizo gracia la respuesta, aunque contuvo la risa para no

espolear la vena cáustica de Marcus, al realizar con una carcajada una aprobación tácita de un reincidente patrón de comportamiento que a él le resultaba cargante.

Mer optó por ignorar la respuesta. Pese a los ensueños angustiosos que la habían torturado esa noche, se encontraba demasiado ilusionada por ir a Novelda y continuar con las pesquisas como para disgustarse por un comentario punzante.

—Estamos en la calle Jaime II, qué casualidad —señaló Mer.

—La casualidad no existe, Khaleesi —respondió Rupe, abriéndole la puerta para dejarla pasar delante—. En la Comunidad Valenciana hay más calles en honor a Jaime II que a los Reyes Católicos. Ten en cuenta que sus gestas en esta zona fueron muy importantes.

Subieron un tramo de escaleras y accedieron al recibidor. A través de una ventana que se comunicaba con un despacho desordenado y lleno de trastos, les atendió un ordenanza al que poco le faltaría para la jubilación.

—*Bon dia* —les saludó sonriéndoles y mirándoles con interés.

—Buenos días —contestó Marcus en el habitual tono aséptico que utilizaba con los desconocidos—. Veníamos al museo arqueológico municipal, segunda planta ¿verdad?

—Sí, pero *la Concha* ha *salío* a unos *recaos* —informó el empleado municipal—, yo les abro la *porta* si quieren y la esperan.

—Si nos hace el favor —solicitó Rupe, adelantándose a cualquier respuesta que pudiese emitir su amigo sobre la organización de aquella institución.

Mer pensó que Rupe poseía la sonrisa más franca que había observado en nadie. «¿Será tan sincero como aparenta?», se cuestionó.

El bedel tomó las llaves del cajón de madera anclado bajo el ventanuco y les acompañó al segundo piso, donde les abrió las puertas del museo. Cuando volvió a montar en el ascensor con el fin de regresar a su puesto en la planta baja, Mer apuntó:

—Visita privada, menudo lujo.

—Si no os importa, voy a ir al aseo antes de que llegue la arqueóloga —informó Rupe dirigiéndose a la salida—. Los he visto cerca de los ascensores.

Mer tenía la intención de dar una vuelta por la exposición hasta que fueran atendidos por la funcionaria municipal, pero no llegó a caminar ni tres

pasos. Sin previo aviso, Marcus la sujetó por el antebrazo izquierdo. Ella se sobresaltó. Con fuerza, aunque sin hacerle daño, la giró hasta ponerla frente a él. Anduvo hacia ella, obligando así a Mer a que retrocediese, y la situó contra un tabique vacío. Ella le miraba con asombro. Esperaba su siguiente movimiento. Con la mano izquierda, Marcus le cogió también el antebrazo derecho a Mer. Cuando se encontraba inmovilizada, él le subió ambos brazos por encima de la cabeza, como si se trataran de las manecillas de un reloj gigante. Ninguno de los dos sonreía. Ambos respiraban sonora y aceleradamente. La miró a los ojos y se demoró a propósito en ese momento de excitación. La cabeza de Marcus recorrió lentamente la escasa distancia que les separaba. Rozó sus labios con los de ella. Esperó un momento hasta notar que Mer le devolvía el beso, entonces Marcus también la besó; al principio con suavidad y después con lujuria, para finalizar mordiéndole con suavidad la boca mientras la empujaba con todo el peso de su cuerpo contra la pared.

Un leve suspiro se escapó de los labios de Mer.

—Me moría de ganas de hacerlo —le susurró él.

Mer no opuso ninguna resistencia y le correspondió en el beso. Más tarde pensaría que podría constituir buen material para alguno de sus relatos. Aun cuando en ese momento no se le pasó por la cabeza la posibilidad de un acercamiento tan íntimo, la acción de Marcus le resultó valiente, masculina y excitante.

Se soltaron en el momento justo para que al entrar Rupe no los viese juntos. Sin embargo, notó que algo raro sucedía porque su amigo hacía gala de la sonrisa del ganador y Mer se mostraba esquiva.

Marcus utilizó con Mer la misma técnica que años atrás había esgrimido con Ana para robarle el primer beso. Sentía, de alguna forma enfermiza, que la volvía a tener, que era otra vez suya. Deseaba intensamente apretarla muy fuerte contra su pecho para que en esta ocasión no pudiese escapar.

El museo constaba de una gran estancia dividida por épocas, una biblioteca de consulta y una sala polivalente. En el local se alternaban vitrinas con carteles nomencladores y paneles explicativos.

Mer, algo azorada, comenzó a pasear por la habitación en el sentido contrario de las agujas del reloj, con el fin de recorrer el museo desde donde se encontraban las piezas más antiguas hasta donde se mostraban las más

modernas. Ellos la siguieron en silencio. Ningún objeto de los contenidos en las vitrinas dedicadas al Paleolítico, Neolítico ni Edad de Bronce les llamaron la atención. Al llegar a la parte Íbera, Mer se detuvo. En un expositor observó un pebetero cerámico en forma de cabeza femenina.

—Mirad. Aquí dice que se representa a la Diosa Madre y que a lo largo del Vinalopó hay constancia de ocupación humana desde el siglo VII antes de Cristo. Lo mismo también hay vírgenes negras en esta zona.

—No se tiene constancia, Khaleesi —indicó Rupe con su habitual simpatía.

En la zona dedicada al Castillo de La Mola se exponía una versión a escala de la Torre Triangular de aproximadamente un metro de altura.

—Pero... —se extrañó Mer—. Esta maqueta de la torre tiene almenas. ¿Se construyeron y en algún momento fueron demolidas?

—No —negó Marcus, lacónico y concentrado, más interesado en observar los objetos que en responder.

—Gruñón —le susurró Mer al pasar por detrás de él.

Entró en la sala una mujer de estatura pequeña, morena, con el pelo rizado y corto. Dejó en una esquina varias bolsas de plástico repletas de verduras y se dirigió hacia ellos con pasos cortos y raudos.

—Buenos días. Soy Concha Nalodo, la arqueóloga municipal. ¿En qué puedo ayudarles?

—Buenos días, Concha. Me llamo Marcus Clever y soy el jefe de adquisiciones del MARQ. Encantado de conocerla.

Se estrecharon la mano.

—Disculpen la espera —se excusó sonrojándose—. He tenido que salir un momento. ¿A qué debo este honor, Marcus?

Se le veía complacido con el trato y, sin atender a las normas de cortesía que indicaban que debía presentar a sus acompañantes, le dijo a la arqueóloga:

—Estamos realizando una investigación sobre la Torre Triangular y veníamos a solicitar su colaboración. Me preguntaba si usted ha tenido la posibilidad de revisar el Archivo de la Corona de Aragón y si sería tan amable de explicarme las anotaciones que encontró allí sobre su construcción.

—Es curioso que pregunten ustedes por este tema. Tengo en posesión la única plaza del municipio de arqueología desde hace más de veinte años. Novelda no es una ciudad grande, por lo que no he podido diversificar mucho

mis investigaciones. He centrado mis estudios en la Torre Triangular y en el Santuario de María Magdalena. He publicado varios libros sobre ambas construcciones, que pueden adquirir ustedes aquí mismo...

Marcus alzó la ceja derecha y resopló sonoramente.

—Sí, consulté dicho archivo de cabo a rabo —continuó Concha, visiblemente molesta con la actitud impaciente de su colega— y lamento informarles que no existe ninguna anotación sobre la construcción de esta torre.

—¿Cómo es posible, Concha? —preguntó incrédula Mer—. Si no hay constancia escrita es porque se tuvieron que destruir las páginas que lo contenían. ¿Se pudieron quemar o expoliar?

—Que se sepa —añadió Concha con una actitud más amable al dirigirse a Mer—, los Archivos de la Corona de Aragón nunca han sufrido incendio alguno y no da la impresión de que falte nada en ellos. Aunque resulte extraño, el hecho es que no se dejó constancia de ningún dato relacionado con la construcción de la atalaya noveldense. Esto, como ustedes sabrán, es bastante insólito debido a que en estos archivos se apuntaba todo. Han quedado anotados incluso los carros de bueyes que poseía el reino.

—¿A qué atribuye usted que no exista ninguna anotación sobre la construcción? —inquirió Marcus.

—La Torre Triangular —contestó la arqueóloga, otra vez seria— constituye un gran misterio para todos los que hemos tratado de investigarla. —Giró la mirada y continuó hablándole a Mer—. De hecho, se desconocen todos los ítems importantes relativos a la misma: el motivo de su peculiar forma, su año de finalización, el origen de los fondos para su construcción... Básicamente, no sabemos nada porque no ha quedado información por escrito. Lo único que conocemos sobre la finalización es gracias a los estratos inferiores hallados en las excavaciones practicadas por mí misma y un grupo de arqueólogos expertos contratados para la ocasión. Tenemos constancia de que en el segundo cuarto del siglo XIV la torre ya estaba edificada porque encontramos al pie de esta, puntas de flechas pertenecientes a la Guerra de los Dos Pedros. Por lo tanto, la construcción fue anterior a la contienda que tuvo lugar en el Castillo de La Mola.

Los tres se mantuvieron pensativos tras esas desalentadoras palabras de la arqueóloga. Mer encontró una veta por la que continuar indagando:

—Si he entendido bien, es una torre de defensa que no tiene defensas

—expuso Mer, tratando de guiar la conversación hacia un punto donde pensaba que podía obtener una respuesta concreta—. La misma torre... ¿Podría tratarse de un símbolo?

—¿Un símbolo de qué? —solicitó la arqueóloga, extrañada por la hipótesis que no llegaba a entender.

—Desde tiempos inmemoriales —aclaró Mer—, el triángulo ha sido el símbolo de lo femenino, de la Diosa Madre y de la matriz. En este castillo o en sus inmediaciones, desde siempre se ha venerado a María Magdalena. ¿No podrían ambos hechos estar relacionados?

—Señorita —contestó Concha lentamente, con el fin de escoger las palabras correctas—, llevo toda mi vida estudiando la Torre Triangular y los templos noveldenses erigidos en honor a María Magdalena, y nunca he encontrado una evidencia para relacionar ambos. ¿En qué se basa usted para considerar que pueden estar vinculados?

—La verdad es que en nada —intervino Marcus. Temió que Mer desvelara demasiados datos—. ¿Ha averiguado a lo largo de sus investigaciones el motivo de que se grabase una higa en uno de los bloques de piedra que conforman la torre?

—¿Una higa? —preguntó extrañada la arqueóloga.

—Sí —afirmó Mer—, es un puño en el que sobresale el dedo pulgar entre el índice y el corazón... Otro símbolo.

—Los picapedreros marcaban los bloques que realizaban para que quedara constancia del autor y así cobrar después por su trabajo —explicó Concha, sin mostrar interés por ese símbolo en particular.

—Hemos visto que en el museo tienen una pequeña biblioteca de consulta especializada en el tema de investigación que nos ocupa —añadió Marcus—. ¿Nos permite echar un vistazo?

—Por supuesto, pasen ustedes. Yo estaré en mi despacho. Si me necesitan vayan al final del pasillo.

—Gracias —contestaron los tres al unísono.

—Bis bis —susurró Rupe a Mer cuando la arqueóloga, a unos pasos de distancia, se agachó para recoger las bolsas de plástico rebosantes de verduras que había depositado a la entrada del museo—. Khaleesi, ya puedes hablar.

Marcus ya se encontraba dentro de la biblioteca cuando ambos entraron cogidos del brazo y riendo. Fingió no haberse percatado y continuó

buscando entre los libros alguno que pudiera resultarle interesante.

Permanecieron más de una hora entre las estanterías hojeando los volúmenes de consulta. No encontraron nada que les pudiera ser útil.

—Mirad —señaló Rupe—. Esto es lo que os comenté el sábado. Es una higa ¿verdad?

El grabado se encontraba en uno de los libros publicados por la arqueóloga municipal sobre los grafitis y signos lapidarios del Castillo de La Mola; no obstante, no se daba explicación alguna de su procedencia o significado.

—Está muy desgastado —apuntó Marcus—. No se observa con claridad, pero sí, podría serlo.

—Creo que poco más vamos a encontrar aquí —sugirió Mer y se sentó a la mesa situada en el centro de la sala. Sacó unos folios arrugados de la bandolera. Ellos se acomodaron frente a ella para ver lo que había traído—. He estado documentándome sobre *Mary Cupcake*. —Rupe sonrió—. Quería compartirlo con vosotros.

»Es la segunda mujer más mencionada en el Evangelio, después de la Virgen María —indicó leyendo sus notas—. No hay evidencias de que fuese pareja de Jesús, pero en el capítulo XX del evangelio de San Juan hay una información que me ha llamado la atención: Se explica que ella intentó que Jesucristo no se marchara cuando resucitó. Él objetó y dijo: «No me retengas». ¿No os resulta algo íntimo, propio de una pareja, intentar retener al ser amado? Yo opino que Magdalena no quería que su marido la dejara, aunque fuera para ascender al cielo.

—*Noli me tangere*. Lo conozco, me sorprende que tú no —dijo Marcus con actitud desdeñosa—. Es un clásico de la iconografía cristiana y un tópico literario. No obstante, me impresiona que hayas elegido ese significado y no el más popular: «No me toques».

—Yo también opino que la traducción correcta es la que ha elegido Mer —intervino Rupe—. Jesús sabía lo que debía hacer y, por más que entendiese que su querida Myriam intentara impedir su marcha del mundo material, Él, con gran pesar, tenía que continuar hacia su destino. Yo, como estoy convencido de que sí fueron pareja, cualquier dato que aportes lo voy a interpretar como una prueba más. Mi opinión no es objetiva.

—¿Y la de quién sí lo es? —consideró Mer—. Todos tenemos opinión, así que nuestros puntos de vista siempre son subjetivos.

—¿Esta conversación tiene algún propósito? —preguntó el arqueólogo con el semblante serio.

Marcus notaba satisfacción en esas pequeñas torturas que ejercía contra Mer. No era consciente de que, en realidad, de quien se estaba vengando era de su exnovia.

Rupe no entendía la actitud de su amigo hacia esa chica tan simpática.

—Tengo una teoría —contestó Mer, algo molesta por la actitud del hombre que la acababa de besar.

—¿Otra? —ladró Marcus.

Rupe los observaba tratando de hallar la razón de la creciente tensión entre ambos.

—Sí, otra. Busco algún punto en común entre Aspasia de Mileto y María Magdalena, y pienso que lo he encontrado. Según me explicaste —añadió ella levantando la mirada hasta fijarla en Marcus—, Aspasia fue la médica más importante de su tiempo.

—Correcto —confirmó Marcus.

—Sostengo que Magdalena también pudo serlo... de alguna manera. Os explico: empecé leyendo en Wikipedia el Evangelio de María Magdalena. En la página web se aclara que es un evangelio apócrifo gnóstico. Me gustó el punto de vista de este evangelio. Me pareció que tiene varios paralelismos con las religiones orientales como el taoísmo o el budismo, porque contiene un mensaje pacífico y amoroso.

—Sí, yo también lo he leído —afirmó Marcus—, pero es normal que una religión hable de paz y de amor. No me parece una conexión destacable con las religiones orientales.

—Luego leí otro dato que seguramente debiese conocer —continuó Mer con ironía. Miró a Marcus mientras pronunciaba estas últimas palabras cargadas de intención—, pero no lo había oído nunca. Resulta que para la Iglesia Ortodoxa, María Magdalena es una más entre los apóstoles, siendo de hecho muy venerada entre sus fieles. —Ambos la observaban con curiosidad—. Y que los ortodoxos la llaman *Myrofora*, que significa ‘la portadora de mirra’. Busqué el término mirra y parece ser que era un ungüento oloroso que se empleaba en la antigüedad como fármaco; esta fue la primera pista.

»También leí que posiblemente fuera hija de un médico hebreo: la segunda pista. Así que, como ya sabía que un evangelio apócrifo es el que no ha sido incluido por ninguna Iglesia entre sus libros sagrados, busqué qué era

gnóstico. Por lo visto, la corriente gnóstica es anterior al cristianismo, aunque llegó a mimetizarse con él durante los tres primeros siglos de nuestra era. Finalmente fue declarada herética. Fusionaban religión y filosofía, y proponían que el amor a Dios pasa por el conocimiento y, por tanto, que el Mal viene de la ignorancia. Los gnósticos de los tres primeros siglos se proclamaban seguidores de Magdalena. La describían como una mujer culta y sabia. Lo más curioso de este pequeño estudio que he hecho, me ha parecido los extraños rituales que seguían...

—Disculpen —les cortó la arqueóloga—, si no necesitan nada más, tengo que irme. Pueden volver cuando deseen.

Los tres se levantaron y, tras despedirse de Concha, se marcharon con la intención de tomar unas tapas y unas cañas por la zona. En el pequeño ascensor, Mer comentó:

—Por cierto, he estado leyendo sobre Santes Creus y he descubierto que uno de los honores que les otorgó Jaime II a los miembros de la Orden de Montesa fue la posibilidad de hacer declaraciones en las que la palabra del abad, o incluso la de un monje, tuviese credibilidad sin necesidad de juramento. Yo he deducido que lo hizo para que no se viesen obligados a pecar, al dar falso testimonio y poner por testigo a Dios, en su labor de custodiar los restos de María Magdalena. Porque si los templarios conocían su ubicación, los montesanos también.

—Es muy interesante tu razonamiento —respondió Rupe.

Marcus no dijo nada, miraba la puerta del ascensor.

Ya en el recibidor, al dirigirse a la salida de la Casa de la Cultura, Rupe y Mer continuaban hablando cuando Marcus vio, a través de las puertas de cristal, que una bellísima mujer tenía intención de entrar en el edificio. Cortésmente le abrió la puerta y esperó a que pasara antes de dejar salir a Mer, quien no se percató de la situación al encontrarse inmersa en la conversación con Rupe. Ese tipo de damas rubias, arregladas y perfectas, eran las que llamaban la atención de Marcus.

—¿Os parece bien si dejo mi coche y luego me acercáis a recogerlo?
—preguntó Mer.

—Claro, deja tu tartana aquí y vente en el carraco de este —sugirió Rupe.

La bella mujer rubia se dirigió directamente a los ascensores sin pasar por conserjería. Su actitud denotaba la confianza de quien conoce bien un lugar y se cree con derecho para recorrerlo como si anduviese por su casa. Aunque ya había cumplido cuarenta y siete años, aparentaba bastantes menos por su estricta dieta, ejercicio y esmerada estética. Tenía por costumbre mantener en todo momento la espalda erguida y la cabeza alta, más que por salud muscular como declaración de intenciones. Pasaban las dos de la tarde cuando arribó a la entrada del museo. La arqueóloga se disponía a marcharse y se encontraba en ese momento cerrando con llave la puerta de acceso.

—Buenos días, Concha —la saludó.

La mujer, de espaldas a la recién llegada, se sobresaltó. Pegó un bote y se le cayó el manajo de llaves al suelo.

—Buenos días, doña Remedios —saludó con voz temblorosa cuando se giró. Tardó un momento en recuperarse del susto inicial—. ¿A qué debo este honor?

—Disculpe que llegue a estas horas, pero vengo a solicitarle un favor importante. Espero no ser una molestia.

—Usted nunca. —Volvió a introducir la llave y a girarla para acabar abriendo las puertas de par en par—. Pase, por favor, está en su casa.

Concha entró en la gran sala seguida de Remedios. Giró a la derecha y accedió a la pequeña biblioteca para atender allí a la visita. Al advertir que algunos libros habían quedado sobre la mesa, los recogió y devolvió a los estantes.

—¿Ha habido visita infantil también hoy? —preguntó Remedios sin interés, sino con la única intención de mostrar amabilidad con el fin de obtener el favor que había venido a requerir.

—No, han venido tres personas un tanto extrañas.

—¿Extrañas?

—Sí, dos hombres y una mujer. Uno se ha presentado como Marcus Clever, jefe de adquisiciones del MARQ. Aunque los otros dos no se han identificado, no creo que trabajen en un museo... Puede que sean investigadores.

—¿Deseaban realizar algún tipo de colaboración?

—Sí, aunque no les he podido ser de gran ayuda. Según he entendido, están realizando una investigación sobre la hipótesis de si la Torre Triangular es un símbolo de lo femenino y, desconozco bajo qué fórmula, pretenden

relacionarlo con el Santuario del que usted es benefactora.

A pesar de su habitual rostro imperturbable, a Remedios se le mudó el gesto. Abrió los ojos como platos y preguntó:

—¿Qué han mencionado exactamente acerca de sus investigaciones sobre nuestra santa?

—Nada en concreto. Parecía que supusiesen que en el cerro de La Mola... —Concha se quedó unos segundos en silencio pensando, sin estar segura de cómo finalizar la frase.

—¿Y bien? —inquirió con brusquedad. Volvió a sobresaltarla.

—No sabría decirle con exactitud, doña Remedios. Como si en ese punto geográfico hubiese un hito para marcar algún dato importante en la vida de María Magdalena.

Remedios se estremeció.

—¿Se encuentra usted bien, doña Remedios?

—Sí. Tengo que irme —apostilló. Se levantó y se dirigió a la salida.

Concha la siguió con sus usuales pasitos cortos y rápidos, apurada por si había metido la pata sin darse cuenta.

—Doña Remedios, disculpe, ¿venía usted a algo? ¿Se ha molestado por algo que haya dicho?

—No se preocupe, Concha. Tengo que irme, ya volveré —respondió sin girarse a despedirse.

Nerviosa y contrariada, Remedios no esperó a llegar al coche. En el ascensor buscó en Google desde el móvil el nombre que acababa de escuchar: Marcus Clever.

CAPÍTULO IX

Atenas, siglo V a. C.

Pericles era un interesante cuarentón cuando conoció a la deslumbrante veinteañera Aspasia. Tantas alabanzas habían llegado a sus oídos acerca de sus cualidades intelectuales y de su sin par belleza, que se sintió prisionero de su deseo por tratar con tan extraordinaria mujer. Intentó sin éxito provocar un acercamiento casual, pero ella siempre se encontraba bien acompañada y él no era del tipo de hombres que son capaces de quedarse en un segundo plano. Así que, siendo él en ese momento la máxima autoridad en Atenas al ostentar el liderazgo del partido democrático, decidió acudir a la renombrada academia de la milesia para conocerla.

Esa soleada mañana de primavera, ella impartía la lección magistral bajo la sombra de un platanero ornamental. Daba la sensación de que el árbol la percibía y mecía las ramas entre los compases de su voz y los de la brisa. Él accedió al patio trasero cuando la clase ya había comenzado. Se quedó en pie. La observó con atención, no únicamente a ella, sino a lo que pudo entrever de su alma entre las rendijas de gestos y palabras. Ella, lejos de disimular ante la osadía de aquellos brillantes ojos clavados como el acero en su persona, le mantuvo la mirada durante el resto de la conferencia. Todos los allí presentes fueron testigos del nacimiento de su súbito y apasionado amor. El deseo crepitaba en el aire como las brasas de una hoguera. Algunos tuvieron ganas de jalearlos, para que allí mismo se besaran, pero la jerarquía de Pericles les frenó tan temeraria acción. Al terminar ella de hablar, los alumnos no se atrevieron a formular preguntas y fueron saliendo en silencio del recinto. Ellos, atados por una fuerza invisible, continuaron mirándose a los ojos hasta que se quedaron a solas.

Las lenguas de doble filo le hicieron llegar el rumor a Aspasia de que Pericles ardía en deseos de conocerla. Ella no facilitó el acercamiento, sino todo lo contrario: procuró desde ese momento encontrarse, siempre que estaba en público, rodeada de otros hombres. Esperó a que él tuviese que acudir a su terreno. Quiso que el primer gesto de Pericles fuese el de sumisión. Conocía

las aparentes contradicciones que se producían en la naturaleza masculina y cómo los hombres poderosos en el fondo deseaban ser dominados por mujeres.

Cuando por fin estuvieron a solas, Aspasia, sin decir palabra, retiró la cortina que cubría la puerta de entrada a su casa, dejó caer el vestido bajo el dintel, se volvió a mirarle y entró.

La pira que ardía en sus entrañas como un volcán en el momento previo a entrar en erupción les condujo hacia el único camino posible: se convirtieron en amantes. Pericles mantenía un matrimonio de conveniencia con Hipareta, con el fruto de dos hijos, ante quienes no se molestó en disimular.

Esa situación se mantuvo durante algunos años, hasta que él se divorció y pasó a vivir con Aspasia como su *pallake* o ‘compañera ilegítima’. Hasta ahí la situación era escandalosa, aunque soportable. Pericles no era el primer ateniense que mantenía una relación, de forma poco discreta, con una hetaira extranjera. Lucían su amor por Atenas como si fueran los únicos habitantes de la ciudad. Paseaban del brazo por las calles y compartían confidencias en el teatro como si no tuviesen clavados en ellos cien pares de ojos. Ostentaban sin pudor ese tipo de amor que al ser observado o bien conmueve, o bien envenena, en función de lo que cada uno almacena en el alma.

Pasado algún tiempo, llegó un día en que, envalentonados por la sensación de flotación e impunidad, decidieron dar un paso más. Contraviniendo la misma ley que Pericles había dictado, decidieron casarse. Este suceso ya fue escandaloso de por sí, pero más aún por no celebrar un enlace clandestino, o por lo menos discreto. Fue más bien todo lo contrario: festejaron una boda con antorchas —símbolo que legitimaba la unión— y por todo lo alto, sin reparar en gastos ni en lo indecorosa que resultaba esa unión a ojos de algunos de sus conciudadanos.

Las mujeres atenienses no podían asistir a las representaciones de tragedias, género del que eran protagonistas y cuyos personajes eran interpretados por hombres. Sin embargo, las hetairas gustaban de acudir engalanadas y bien acompañadas a cualquier acto público que les resultara interesante. Las esposas atenienses se mantenían recluidas en el interior del *oikos* y únicamente se les permitía asistir a tres cultos religiosos al año: las Tesmoforias, a las que solo asistían mujeres; los misterios eleusinos, en los que también participaban esclavos; y el culto a Atenea. Se esperó de Aspasia

que, tras contraer nupcias con el hombre más poderoso de Grecia, al menos dejase de asistir al teatro y al resto de cultos religiosos a los que las esposas atenienses no podían acudir; sin embargo, no obró así.

El hecho de que Aspasia exigiera ser nombrada por su nombre, se consideró otra de sus excentricidades. En los discursos civiles relativos a la herencia, la tutela o la dote; las *astai*, o ‘mujeres atenienses’, nunca eran denominadas por su nombre. Se las citaba a través de su vinculación con un varón, normalmente el padre o el esposo. Aspasia se negaba a que se aludiese a su persona como la mujer de Pericles. Afirmaba que la visibilidad y la propia personalidad de las mujeres era el hito que debían alcanzar.

La medida no formaba parte de la naturaleza de Aspasia y menos al ser correspondida en su amor por el hombre más poderoso del planeta. Se sentía libre y poderosa, así que no se molestó en agradar a esas personas que ni siquiera la consideraban su igual. En lugar de modificar sus costumbres y adaptarse a lo que se esperaba de una esposa ateniense, ella continuó participando en la vida pública de la ciudad. Se reunió con amigos y celebró fastuosas fiestas siempre que quiso. Esto hizo exacerbar aún más a los atenienses, que pasaron a criticarla abiertamente. Comenzó a ser objeto de mofa en mercados y teatros. Los poetas griegos ya conocían bien el efecto catártico de la tragedia, que consigue que las desgracias de otros hagan parecer más pequeñas las propias, y de la crítica mordaz, que deja en el subconsciente colectivo un poso de los insultos vertidos sobre alguien en el escenario.

Cuando la ponzoña que circulaba por Atenas sobre Aspasia fue vertida en sus oídos por una de las doncellas, ella no prestó atención a las chanzas y calumnias. Impidió así que hiciesen mella en su ánimo. En respuesta a las críticas que generaba en Atenas, planeó y celebró un festejo que duró nueve días con sus noches, a la que asistieron más de tres mil invitados de la alta sociedad. Se cuenta que había una atracción nunca vista: una fuente con seis caños de los que brotaba un vino distinto de cada uno. Con esta fiesta no intentó granjearse las amistades que en ese momento no poseía, sino afianzar su situación desafiante ante una sociedad que la despreciaba.

Pocos años después de su unión nació el único hijo en común de la pareja. Gracias a sus profundos conocimientos sobre obstetricia, el parto, en lugar de ser una situación dolorosa y peligrosa para la madre, fue una experiencia gozosa. Ordenó llenar una gran tina con agua hervida, donde se

introdujo al llegar el momento del alumbramiento. En vez de esperar en otra estancia, Pericles presenció el feliz acontecimiento y ayudó a cortar el cordón umbilical. La primera vez que sostuvo a su hijo en brazos, él, con una emoción contenida que ni siquiera había sentido igual tras la victoria en ningún campo de batalla. Con una voz tan firme que en lugar de vaticinar daba la impresión de ordenarle al destino, dijo: «Te llamarás Pericles el Joven y, como tu padre, llegarás a alcanzar el puesto de general».

Durante los días de vino y rosas en los que Pericles gobernaba Atenas, se rumoreaba que era Aspasia la que tomaba las decisiones e incluso le escribía las disertaciones, como el memorable discurso fúnebre que pronunció al comenzar la guerra del Peloponeso. Que una mujer extranjera mandara en la casa de Pericles era algo para lo cual la sociedad no estaba preparada. Existía la costumbre de que los atenienses tuviesen concubinas extranjeras, no obstante, por la ley que Pericles dictó, no era lícito casarse con ellas. Todavía más inadmisibile resultaba que una mujer tuviese la intención de que su opinión fuera tomada en consideración.

Aspasia no solo se adaptó al círculo de amistades de Pericles, sino que pasó a convertirse en el centro de atención del mismo. Su casa se trocó en el núcleo intelectual de Atenas. Ambos cónyuges eran anfitriones generosos y amenos en las numerosas reuniones que celebraban.

Después de asistir a una de esas reuniones, Plutarco sostuvo que era una mujer capaz de «dirigir a su antojo a los principales hombres del Estado y ofrecía a los filósofos la ocasión de discutir con ella en términos exaltados y durante mucho tiempo». Pese a que Plutarco postuló esta idea con admiración, el río sonaba de forma inmoderada y las malas lenguas susurraban su nombre en cada esquina de la ciudad.

Aspasia empezó no solo a ser ridiculizada por las calles, sino que los conservadores, enemigos políticos de su marido, vieron en ella el punto débil de Pericles con el objetivo de derribarlo como dirigente. Así que se cebaron en ella en lugar de en él. Esa injusta situación comenzó a desgastarla como el viento a las colinas: lenta pero inexorablemente. Reconocía ese veneno verde y pegajoso que constituye la envidia en los ojos de cada persona con la que se cruzaba, por lo que decidió proveerse de custodia. Como buena historiadora y sanadora, conocía los materiales y gestos protectores, así que mandó tallar unos pendientes de coral rojo en forma de puño con el dedo pulgar asomado entre el índice y el corazón, con el fin de protegerse de esas envidias. Junto

con ellos, ordenó que le realizaran un collar del mismo coral y así poder lucir el juego completo no como un talismán, sino como un adorno.

Dióptenes buscó cómo derribar a Pericles del podio político en el que había sido encumbrado. Redactó un decreto que ordenaba denunciar a todo aquel que no creyese en los hechos divinos. A la semana siguiente, Aspasia fue denunciada ante el Areópago por impiedad al haber ofendido a los dioses. Era un delito muy grave que se castigaba incluso con la pena de muerte, como años después fue condenado su discípulo y amigo Sócrates. Varios miembros del círculo intelectual de Pericles también fueron denunciados, aunque no condenados, como Anaxágoras, Fidias, Empédocles o Protágoras. Según cuenta Plutarco, el crimen que Aspasia cometió fue el de irreligión, al dar explicaciones científicas a fenómenos divinos.

Aspasia no tuvo más remedio que enfrentarse a un tribunal formado por 1500 ciudadanos atenienses, con el poeta cómico Hermipo como acusador. Su mayor bienhechor fue Pericles, que utilizó al máximo sus dotes de orador. Habló durante más de tres horas seguidas en su defensa. Gracias a que todavía se encontraba bajo el influjo del *elixir de amor y sapiencia*, eligió sabiamente cada palabra y supo que, con el fin de conseguir el indulto de su amada, debía recurrir a mostrar su desesperación. Y así logró ablandar el corazón de esos hombres. Al finalizar su alegato, el valeroso guerrero lloró delante del tribunal y suplicó la absolución de su esposa. Según escribió Esquines: «Vertió por ella muchas lágrimas, haciendo súplicas a los jueces». Aspasia logró obtener el veredicto de inocencia. La fortuna quiso que no se expusiera en el juicio la medicina que ella utilizaba; en ese caso, ni Pericles hubiera sido capaz de salvarla.

Cuando era aún amante de Pericles, Aspasia realizó el *elixir de amor y sapiencia*. Lo ingirió y, siguiendo las instrucciones de la tablilla sumeria que adquirió en el puerto de Mileto, esa noche se amaron. Al día siguiente él era capaz de adelantarse a las palabras de otros oradores, de saber lo que la multitud esperaba oír y, como más tarde pudo constatar, también podía prever las acciones de los adversarios en el campo de batalla. El efecto de la poción duraba unos días, a lo sumo un par de semanas, tras lo cual, si se quería mantener el poder en el amado, era necesario volver a elaborar la fórmula, ingerirla la sacerdotisa y yacer con su amante.

Como un gran don siempre requiere un gran sacrificio, el efecto negativo de este filtro mágico consistía en que la sacerdotisa ingería una

cantidad muy superior a la que le transmitía al torrente sanguíneo de su amado. Esto propiciaba que ella empatizara plenamente con todos los seres que la rodeaban. Sentía el sufrimiento de cada persona: cada lágrima, cada ausencia, cada soledad, cada dolor, cada desesperación. Llegó a resultarle insoportable. También percibía el escaso amor, las pocas buenas intenciones, las exiguas palabras amables, pero no compensaban el profundo padecimiento de los humanos que habitaban ese planeta. Solo entonces entendió la advertencia final en la tablilla sumeria: «Todo lo que tú sientas, lo sentiré yo».

Después del juicio, Aspasia y Pericles vivieron felices más de una década. Mantuvieron su estilo de vida y, es más, lo defendieron como un derecho. Cambiaron el punto de vista de la sociedad para con las mujeres. Gozaron de su amor como pocas parejas lo habían logrado hasta ese momento. Hasta que, en el año 429 a. C., él falleció durante una epidemia de peste. Fue una tragedia para Aspasia, pero también para Atenas, que no volvió a tener un gobernante igual. La ciudad decayó, al igual que ella. Ambas perdieron las fuerzas y la ilusión. Pasaron a ser una sombra de lo que habían sido.

Acababa de depositar dos monedas sobre los ojos de su esposo, cuando un hombre al que Pericles consideró su amigo íntimo en vida fue a visitarla: Lisicles, un rico general ateniense, tosco e incapaz de juntar más de dos palabras seguidas. Era un ser avaro y envidioso que nunca le brindó verdadera amistad a nadie. Lisicles conoció de labios de Pericles la existencia del *elixir de amor y sapiencia* y obligó a Aspasia a que se casara con él, bajo la amenaza de volver a denunciarla por impiedad. Ella sabía que entonces nadie la defendería.

Aspasia se casó con él y, pese a que realizó la fórmula de igual manera que en las ocasiones anteriores, con él no surtió el mismo efecto, aunque ella seguía obteniendo los mismos resultados. Ella intuyó que en esa poción los sentimientos eran necesarios para obtener el desenlace deseado.

Tanto insistió Lisicles en tomar la poción y yacer una noche tras otra con Aspasia para obtener la elocuencia de su difunto amigo, que, al año de celebrar el matrimonio, nació muerto su hijo Poristes. El sufrimiento de ella llegó a un lugar negro, profundo y desconocido hasta entonces. A los pocos meses, en el año 427 a. C., falleció Lisicles. Nadie pudo encontrar pruebas de su muerte que incriminaran a Aspasia.

Ella, agotada y deprimida, decidió retirarse de la vida pública. Se fue a vivir a una casa de campo, donde fundó la Academia de Elocuencia y Arte

Amatorio para jóvenes alumnas. El fin que persiguió fue el de perpetuar sus amplios conocimientos de amor, medicina, historia, filosofía y matemáticas. Se convirtió en la primera mujer en la Historia que educó a otras mujeres libres con el objeto de que tomaran conciencia de su situación. Fue una pionera en el movimiento de liberación femenino.

Jenofonte y Esquines alabaron su labor de consejera matrimonial, debido a que en esa academia se graduaban mujeres lúcidas formadas en medicina y economía doméstica. Conseguía así matrimonios óptimos que hacían funcionar una casa. Estas mujeres libres intervinieron en la vida pública de Atenas, e hicieron posible el movimiento de emancipación femenino que tuvo lugar poco después.

Una tarde de otoño, se presentó un anciano en la academia y solicitó una audiencia con Aspasia. Su discípula más cercana, Lais de Corinto, le atendió y le comunicó que la maestra se encontraba descansando y no se la podía molestar. El hombre le explicó que era jonio, al igual que Aspasia, de la *polis* de Halicarnaso, y que fueron amigos hacía años. Había realizado un largo viaje para tratar con ella un asunto de máxima importancia. Dijo llamarse Heródoto. Al ver que el asunto parecía significativo, Lais avisó a su bien amada preceptora.

Aspasia se alegró de encontrarse nuevamente con un paisano con el que había debatido y disfrutado años atrás, en una época en la que vivieron los mejores años de sus vidas y los de una ciudad que ahora se hallaba en declive. Le abrazó y besó al recibirle.

—Desde que éramos felices en Atenas que no nos veíamos, viejo amigo —le saludó con cariño ella—. He leído *Historiae* y he de deciros que me parece una idea brillante la vuestra: la de escribir una descripción del mundo a gran escala. Os doy mi más sincera felicitación. ¿Qué asunto os trae a mi humilde morada?

—Nuestra amistad era causa más que suficiente para venir a visitaros, querida amiga, mas no es por lo único que he venido a veros. Espero que vos podáis ayudarnos a todos. —Sentados a la sombra de una parra comenzó a explicarse sin rodeos—. De otra *polis* jonia, Focea, hace tiempo partieron hombres que cruzaron los mares con el fin de arribar a Tartessos y comerciar así con los metales que allí abundan.

—He oído hablar de ellos, mas... ¿Cómo pueden sus aventuras ayudarnos a todos?

—En el este de Iberia, al tomar como referencia la isla de Planesia que se ubica frente a la costa, se arriba a la *demo* Illikitanos Limen. Al remontar desde allí el río Alebus, se encuentra a pocas millas de distancia Hemeroscopio.

—Entiendo las indicaciones, mi buen amigo, pero ¿qué ocurre allí?

—Pues bien, debo informaros que nos hemos equivocado al construir el templo de Eleusis para Hades. La verdadera puerta al inframundo está allí. Los primeros focos que colonizaron esas tierras la descubrieron en un promontorio cuando excavaron un pozo sobre él. Han erigido un templo en honor de Artemisa en ese lugar con el que han tratado de contener el Mal; no obstante, lamento informaros que no parece ser suficiente. No pretendo situaros en la tesitura de admitir que practicáis ritos ancestrales que ofenden a nuestros dioses. Sin embargo, sé que sois la hechicera más poderosa de Grecia en la actualidad. Solo vos sabréis cómo sujetar el Mal que allí se encuentra y conseguir que todo lo que conocemos no acabe destruido.

CAPÍTULO X

Alicante, martes 7 de junio de 2016.

Marcus accedió al portal de un edificio señorial en la avenida Maisonnave a las once en punto de la mañana. El portero le indicó el ascensor que debía tomar para acceder al ático. Al preguntarle por la puerta a la que debía llamar, le informó que toda la planta constituía una única vivienda.

Según le explicó la administrativa que tomó nota del recado, una mujer llamada María Remedios Espinosa-Garret Martínez de Vera deseaba donar algunos objetos de su patrimonio familiar al MARQ; para lo cual, requería la presencia del responsable de adquisiciones del museo en su casa, a la que en ese momento se encontraba a punto de llamar a la puerta. Aunque la dama recalcó la necesidad de que fuese puntual, ese requisito no hubiera sido necesario mencionárselo a él.

Una joven morena, posiblemente sudamericana, vestida con uniforme de servicio doméstico, le recibió y condujo a un elegante salón. Esperó de pie durante unos pocos minutos. Observó la recargada y suntuosa decoración, hasta que apareció la mujer rubia con quien se había cruzado en la Casa de la Cultura de Novelda el día anterior. Marcus era muy buen fisonomista y, además, una rubia con tanto estilo le resultaba difícil de olvidar.

—Buenos días —saludó ella con una perfecta sonrisa.

—Buenos días —respondió Marcus estrechándole la mano con delicadeza y mirándola fijamente a los ojos, como era su costumbre cuando trataba con mujeres atractivas.

—Por favor, toma asiento. ¿Te apetece tomar un té o un café?

—No, muchas gracias.

Ella indicó con un gesto a la chica uniformada que podía retirarse. Un suave aroma a rosas flotaba en el ambiente y no parecía provenir de un ambientador. El arqueólogo tuvo la sensación de encontrarse en un jardín y no en el centro de una ciudad. La vivienda se encontraba extremadamente limpia y cada mueble parecía estar en su ubicación exacta. Las estanterías albergaban libros, marcos con fotos y piezas decorativas en su justa medida. Los objetos

guardaban simetría y atendían a un equilibrio entre los espacios. Nada más entrar, Marcus se sintió cómodo en esa casa y fascinado por una mujer tan bella y con tan buen gusto.

—Verás, Marcus, mi asesor me ha recomendado que realice algunas donaciones para aliviar la presión fiscal que soporto.

—¿Y ha sido usted tan amable de pensar en nosotros?

Ella le sonrió de forma seductora y él no pudo evitar corresponderla. Ambos sintieron un cosquilleo en el estómago.

—Espero que las piezas que voy a mostrarte sean de tu interés.

Tras pronunciar estas palabras se levantó y se dirigió, con un caminar lento como el de una gata, hacia la parte más iluminada del aposento. Él la siguió. Remedios abrió las enormes puertas correderas de cristal que separaban ambas habitaciones y entraron. El cuarto se encontraba forrado de suelo a techo por recias vitrinas de madera noble, con frontales de cristal y aspas en los cuarterones. En cada estante se exponían diversos objetos, entre los que se encontraban estatuillas, armas, manuscritos, grabados y otras obras. Él recorrió la colección con un rápido vistazo. Localizó de modo inmediato las piezas más peculiares.

—Tiene usted aquí un museo, María Remedios.

—Al igual que tú, siento pasión por las antigüedades. ¿Nos vamos a tratar de usted?

Propuso ella, mientras le tocaba el brazo de una forma que a él se le antojó seductora. Continuó hablando con un tono cautivador:

—Estaría bien tutearnos si vamos a tratar temas íntimos. Y llámame Reme si no quieres que yo te llame a ti señor Clever. —Marcus se limitó a sonreír—. ¿Conoces el Santuario de santa María Magdalena en Novelda?

—Sí, de hecho, ayer visité el museo arqueológico y creo que nos cruzamos a la salida de la Casa de la Cultura.

—¿En serio? —Ella se mostró sorprendida—. ¿Cómo es posible que te acuerdes de mí?

—¿Cómo es posible que tú de mí no?

Remedios río coquetamente, bajó la mirada y ladeó la cabeza. A Marcus, el gesto de ella, le resultó encantador.

—Precisamente las piezas que pretendo donar son algunas de las pertenecientes a la colección privada que poseo de ese santuario. Me alegra que seas experto en el tema porque así nos resultará más fácil tratarlas con la

importancia que merecen.

—No quisiera decepcionarte. —Marcus hizo una pausa con el objeto de medir sus palabras—. No soy un experto en el tema. Estoy realizando una investigación que me ha conducido hasta allí casi por azar.

—¿Por azar, dices? —Trató que su tono de voz sonara indiferente—. Interesante. Quizá pueda ayudarte. Yo tampoco me considero una experta en el santuario, pero creo tener algunos conocimientos. ¿Sobre qué versa tu hipótesis?

Ella se dirigió a la última vitrina de la derecha.

Él se fijó en los arañazos que había en el suelo bajo los pies de ella.

Reme abrió la puerta de cristal y, a la vez que Marcus respondía, fue depositando con delicadeza sobre la mesa que se encontraba en el centro de la estancia una caja de madera tallada, una cruz de hueso y lo que parecía un plano enrollado.

—Verás, Reme, no postulo ninguna teoría sobre el magnífico santuario de Novelda. Es un tema bastante delicado y que nada tiene que ver con la cuestión que nos atañe, no desearía aburrirte.

Ella se paró en seco y tornó la mirada, hasta ese momento amable, en hosca. Con un tono de voz cortante le replicó:

—Entiendo por tus palabras que no confías en mí, cosa que me dificulta la acción de depositar mi confianza en ti.

—No, en absoluto, Reme —se apresuró en responder Marcus, temeroso de que el estado de ánimo de la bella dama continuara oscureciéndose y terminara por no realizar la donación alegando un trato poco cortés por su parte—. No pienses eso, por favor. Yo lo hacía por no aburrirte, pero, si te apetece, por charlar un poco, yo te lo explico: Al recuperar un objeto robado, he conocido a una mujer con la que he dejado volar un poco la imaginación y me he visto arrastrado hasta el museo arqueológico de Novelda.

—¿Fuiste arrastrado hasta Novelda? —preguntó ella, sin intención de disimular que se sentía ofendida.

—Es una forma de hablar —agregó él y adornó sus palabras con una sonrisa.

Marcus se adelantó dos pasos hasta quedar a pocos centímetros de ella, con la aparente intención de observar más de cerca las piezas que pretendía donar al MARQ y que se encontraban junto a ella.

—Entiendo. ¿Un objeto robado, dices? —Reme intentó no mostrar ninguna emoción al hablar.

Remedios olió la sutil fragancia masculina de Marcus, por la proximidad de sus cuerpos. Le pareció que un aroma a macho limpio emanaba del cuerpo de ese hombre. Se sintió abrumada por su aroma y dio un paso atrás.

—Es algo habitual en mi trabajo. Aunque pueda parecer de película, ocurre más veces de lo que la gente se piensa. La compradora es una chica ajena a este mundillo, una vendedora de móviles. Tenía una serie de ideas interesantes, sin embargo, exorbitantemente irreflexivas.

Marcus se acercó medio paso más hacia ella y se inclinó sobre la mesa sin tocarla, interesado por la cruz de hueso. Al volver a erguirse, sus hombros se rozaron y ambos inspiraron profundamente con la intención de olerse mutuamente.

—El objeto del que hablas —Reme casi hablaba en susurros—, el que se sustrajo... ¿Tiene alguna relación con mi santuario?

—¿*Tu* santuario? —se giró hacia ella para mirarla de frente.

—Soy benefactora del mismo —afirmó, poniendo de nuevo la sonrisa seductora que tan bien tenía ensayada. Retrocedió un paso al sentirse incómoda al hablar a tan corta distancia con un desconocido—. Lo siento un poco propio.

—No, no tiene nada que ver. Es una tablilla que se descubrió recientemente en el yacimiento arqueológico de La Alcudia.

La chica del servicio doméstico entró en la habitación sin llamar a la puerta ni hacer notar su presencia de ninguna otra forma y anunció con un tono de voz demasiado elevado que el señor de la visita de las doce se encontraba en el recibidor. Reme miró su reloj dorado analógico de muñeca, contrariada por adelantarse la siguiente visita más de media hora.

—Discúlpame unos minutos, Marcus. Voy a acomodar a la siguiente visita y aprovecho para retocarme. —Volvió a mostrar su sonrisa coqueta para añadir —: Esta mañana he asistido a una clase de pilates y creo que sigo transpirando. Puedes ir examinando las piezas que voy a donar a tu museo, si lo deseas.

Él se sentó a la gran mesa frente a los tres objetos que yacían sobre ella. Reme salió de la estancia y cerró las puertas tras de sí. Le indicó a la empleada del hogar que hiciera pasar al invitado recién llegado a otra dependencia. Ella se dirigió al tocador de cortesía con el fin de evitar cruzarse con la siguiente visita.

En cuanto ella abandonó la habitación, Marcus se puso en pie y se dirigió a la última vitrina de la pared derecha. Sabía que ella regresaría en seguida, por lo que tendría que apresurarse. Debido a su trabajo, tenía el ojo bien entrenado para descubrir escondites y trampillas que ocultan objetos valiosos. En la habitación, únicamente se observaban arañazos simétricos en esa parte del suelo de madera. Se arrodilló y deslizó los dedos por debajo del mueble. Su única pretensión en ese momento era la de descubrir los tesoros ocultos que esa interesante señora guardaba con tanto celo. No recordó que la curiosidad mató al gato. En los laterales de la estantería encontró dos resortes, los presionó y sonó un clic. Temió que se hubiese podido transmitir el sonido en el resto de la vivienda. Mantuvo el aire dentro de los pulmones unos segundos. Prestó atención a los sonidos que le envolvían. Un silencio sepulcral le rodeaba. Tiró del mueble y la parte de abajo se deslizó. Emitió un leve chirrido al ser arrastrada por el parqué. Se trataba de un cajón secreto de no más de veinte centímetros de altura. Allí, huérfana y aislada, se encontraba una bola de trapos de algodón apretados con cintas lazadas.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y puso la bola en el hueco que formaban las mismas. La desligó y desenvolvió con gran cuidado de las múltiples capas como las de una cebolla. Al fin pudo contemplar el objeto que contenía y su corazón se aceleró hasta rozar la taquicardia. Era lo más bonito que había visto nunca. Sus ojos se clavaron en esos otros no tan inertes. La cabeza empezó a darle vueltas y sintió que le faltaba el aire. Oyó ruidos en el salón contiguo. Contuvo la respiración otra vez. Inclino su cuerpo y se asomó por el pasillo que se abría entre la gran mesa y las estanterías. No apreció movimiento a través de las puertas de cristal.

No quería separarse de esa meliflua mirada. Sentía algo inefable al imaginarse dejando ese objeto en un cajón desierto. Como si abandonase a un bebé en mitad de un páramo. Cerró con rapidez el cajón y se aseguró de que quedase exactamente en la misma posición en que lo encontró. Frotó con la manga las posibles huellas que hubiera podido dejar en los laterales del mueble. Se puso en pie de un salto e introdujo con cuidado el objeto envuelto en los trapos en su maletín de médico.

Jamás había robado nada, ni siquiera de niño. Tenía fuertes sentimientos encontrados que le impedían pensar con claridad sobre la acción que estaba realizando. Por una parte, su irrefrenable deseo de poseer ese objeto con alma y, por otra, el hecho de actuar siempre movido por un

sentimiento de obligación, que le impedía saltarse las reglas y mucho menos las leyes. Un sudor grasiento y pegajoso se extendía por sus manos. Sentía la garganta seca como la de una momia. No podía decírselo a Reme y, al mismo tiempo, no podía callarse. «¿Realmente quiero hacer esto?», se cuestionó.

Ella volvió a entrar en la habitación. Deslizó las puertas a ambos lados y las dejó abiertas con un gesto histriónico, como una actriz en una película de los años cincuenta realizaría una gran entrada en escena.

—¿Qué te parecen las piezas, Marcus? —preguntó y acompañó las palabras con su estudiada sonrisa.

—Exquisitas, Reme. Lamento informarte que no he traído los instrumentos adecuados para el análisis y no quisiera errar en mis apreciaciones. —Su nerviosismo se encontraba en un ascenso meteórico. No le salían las palabras y las pocas que conseguía desatascar de la garganta, las percibía cómo sonaban temblorosas y falsas, al salir de forma atropellada de su boca—. Dado que tienes otra visita, si no tienes inconveniente voy a marcharme y vuelvo otro día. Si te parece bien.

—Claro, pídele a la sirvienta mi tarjeta de visita. Disculpa que no te acompañe a la salida.

—¡Cómo no! —dijo elevando en exceso el tono—. Antes de marcharme quisiera expresarte el enorme agradecimiento que el Museo Arqueológico Provincial de Alicante tiene contigo, Reme.

—No son necesarios tantos formalismos, Marcus, ya te he dicho que supondrá una reducción en mis impuestos.

Se estrecharon la mano y él se dirigió a la salida precedido de la mujer uniformada.

Reme se deleitó al observar cómo se alejaba. Sonrió pícaro por los pensamientos que revoloteaban en su mente. Sentenció que resultaba innegable que era un hombre guapo y culto. Era obvio que se sentía atraído hacia ella, su nerviosismo final no dejaba lugar a dudas. Además, había buscado una excusa para volver a verse. Un hombre honrado como ese también debía ser un buen cristiano. Consideró que ese era el último dato que debía averiguar antes de dejarse cortejar por él. Debido a su posición social no podía ponérselo fácil, como dama de alta alcurnia que era. Por supuesto que durante el período que durase el flirteo no le iba a permitir ni un beso, reservaría el primero para el día en que se declarara. Cuando fueran novios, si le hacía espléndidos regalos o le escribía unos versos, en ese caso le permitiría un mayor acercamiento.

Esperó hasta escuchar el sonido de la recia puerta de la vivienda al cerrarse. Después de comprobar que Marcus había abandonado el ático, ella se dirigió en dirección opuesta, hacia la salita de oración, donde la esperaba otro hombre muy diferente.

La habitación, decorada de forma pomposa, exhibía cuadros de María Magdalena y de Jesucristo, que cubrían las paredes sin casi dejar huecos entre ellos. En el fondo de la estrecha sala, presidía el espacio de rezo un altar con un gran retablo y, frente al mismo, dos reclinatorios forrados de terciopelo verde reforzaban la solemnidad del lugar. Detrás los reclinatorios se hallaba un banco de madera sin respaldo en el que esperaba, encorvado y mordiéndose las uñas, un hombre moreno y corpulento, que se puso en pie al sentir la puerta abrirse.

—Doña Remedios —masculló y se agachó para besarle la mano de una forma servil—, gracias por recibirme. Tengo muchas cargas que aliviar y usted es la única en la que confío. Sé que me dijo a las doce, pero no podía esperar.

—¿De qué se trata, Ginés? —contestó ella con ganas de limpiarse el dorso de la mano que le había babeado. Pensó que tenía que dejarle hablar antes de solicitarle el favor que tenía en mente—. ¿Más accidentes? Siéntate, por favor.

—Sí, doña Remedios —confesó él y bajó la enorme cabeza en un gesto exagerado de vergüenza—. Pero esta vez era basura blanca, de verdad se lo digo. Ya no hemos vuelto a arrollar a los ocupantes de coches parados en el arcén, aunque sean moros. Como usted dice, los niños no tienen culpa.

Ella asentía con una sonrisa maternal en el rostro, lo que le animó a continuar:

—Este fin de semana, estaba yo en un área de descanso de la autovía y un maricón quiso chuparme la..., discúlpeme doña Remedios. —Chasqueó la lengua—. Como usted comprenderá, tuve que ir con él al baño para comprobar que era un desviado. Fue por obligación, no por vicio. Usted me cree ¿verdad?

—Sí, Ginés, continúa —respondió. Disimuló el hastío que le producía tener que escucharle una vez más justificar su hombría.

—Yo nací muy macho, tiene usted que creerme. La culpa de mi desorden de identidad de Atracción al Mismo Sexo fue de *la Debo*, mi primera novia. ¿Usted ve normal que a un hombre se le pida hacer posturitas? Que si ahora esto, que si ahora lo otro, tantas cosas nuevas... Es lógico que yo sufriera un trauma.

Ella le dio un par de palmaditas en la espalda, con lo que él

comprendió que estaba hablando demasiado rápido y alto. Se sosegó un poco antes de continuar:

—Mis padres me llevaron durante años a una coach especializada en personas con A. M. S. Incluso, se gastaron demasiado dinero para que me pincharan hormonas que me favorecieran a remitir mi homosexualidad por trauma. Me ayudó mucho, pero todavía tengo que seguir reconstruyendo mi identidad heterosexual cada día.

—¿Qué hiciste respecto al del área de descanso?

—El tipo iba en moto. Mis compañeros y yo lo hemos hecho varias veces, creo que ya se lo he contado. Es fácil. Avisé a los otros cuatro compañeros de mi club de transportistas y el Señor quiso que uno estuviera cerca. Lo de siempre, mi colega rodaba con su camión delante del mío y, cuando vi por el retrovisor que el maricón se acercaba a toda hostia, adelanté a mi compañero de golpe y ¡plam! —Acompañó su jactancia de una palmada estruendosa—. Se estrelló contra la parte de atrás de mi camión.

—Algún día os van a pillar —le reprendió como a un niño que ha robado galletas.

—No sufra, doña Remedios, el Señor está de nuestro lado. Quitar escoria de la faz de la Tierra es nuestra misión divina. La culpa de un accidente, cuando un motorista va a doscientos kilómetros por hora, es del motero demente. Tenemos cuidado de que los *accidentes* no se produzcan en la misma provincia. La Guardia Civil no lo va relacionar nunca. Si registraran nuestros camiones lo único extraño que encontrarían serían las muescas en los parasoles, pero no podrían saber que representan a los mierdas que cada uno nos hemos cargado. ¿No cree usted?

—Si estás seguro de su impiedad, Nuestro Señor te perdonará.

Ella le puso una mano en el hombro y él inició un gesto con la intención de acariciarla con su mejilla. Remedios retiró la mano rápidamente, se puso en pie y comenzó a explicarle:

—Te he citado porque necesito que me hagas un favor.

—Claro, doña Remedios, lo que usted necesite, le debo tanto...

—Necesito que sigas a un hombre —le interrumpió ella con un tono seco que hasta ese momento no había utilizado con él.

—¿Quiere que me encargue de él? Ni siquiera le voy a preguntar qué ha hecho el tipo. Sé que Dios Nuestro Señor habla por boca de usted, por ser descendiente de Jesucristo.

—No quiero que le pase nada, aún. Únicamente necesito que le sigas y me informes de todo lo que hace y con quien va, nada más. —Ella se volvió a sentar a su lado para continuar hablando, esta vez con un tono más cercano—. Por cierto, dices bien respecto a mi linaje merovingio. Cuando me hice benefactora del santuario de nuestra santa, conocí a mucha gente afín. Uno de ellos fue un descendiente de la Pixoxa, que me confesó en una celebración del aniversario, que ella construyó ese templo porque estaba convencida de que los restos de María Magdalena descansaban allí.

»Tengo pruebas científicas que demuestran mi vinculación con la santa. Nadie más puede afirmar lo mismo. Hay más como yo, por supuesto que no soy la única; sin embargo, no pueden demostrarlo y yo sí. En el último traslado de los restos conseguí escamotear un trozo de hueso y lo llevé a un laboratorio muy prestigioso, donde hicieron un estudio genético. Tengo el informe que concluye que la mujer allí enterrada es antecesora mía por vía materna. Las mitocondrias son las correctas y eso es una prueba irrefutable. Mi madre era descendiente de doña Violante, la hija pequeña del rey Jaime II y doña Blanca de Anjou, que era la descendiente de Jesús. Por eso Dios me ha encomendado la misión de preservar el buen nombre de la santa María Magdalena. Era consciente de que le había contado la misma historia varias veces, no obstante, le hacía sentirse bien alardear de su abolengo.

Él disfrutaba de la intimidad que le confería conocer ese aspecto tan privado de ella.

Ella pretendía dejar un silencio clamoroso tras su discurso, pero él, torpe como siempre, lo malogró:

—El sujeto al que tengo que seguir, ¿ha blasfemado contra nuestra santa?

—Estoy segura de que él no, pero se ha juntado con malas compañías: un hombre y una mujer impíos. Ya sabes lo importante que es que nos rodeemos de buenas personas. Te voy a dar su nombre y su lugar de trabajo, del resto te tendrás que ocupar tú. También sé que la mujer es vendedora de móviles, pero desconozco donde. Haz las averiguaciones necesarias.

—Sí, doña Remedios, a mandar que para eso estamos.

Marcus emergió del edificio como un Miura de los toriles: raudo, jadeante y desorientado. Tomó un taxi a porta gayola que pasaba por el carril taxi-bus en ese momento. Le indicó la dirección de su casa al conductor y, tan rápido como sus temblorosos dedos le permitieron, les envió un SMS tanto a Rupe

como a Mer para que se reunieran con él. «INMEDIATAMENTE ES URGENTE :-O», escribió al final del mensaje. Como en *Corazón delator* de Edgar Allan Poe, durante el trayecto oía el latido de un corazón dentro del maletín de médico que descansaba junto a él en el asiento trasero del coche. El vehículo se detuvo en la avenida de la Costa Blanca de la playa de San Juan. Mientras le pagaba la carrera al conductor, observó que otro taxi paraba delante, del que se apearon juntos Rupe y Mercedes. Sintió una ira visceral que le subió por el cuello y anegó su cerebro. La adrenalina del robo todavía corría por sus venas y convergió en sus sesos con el peor de los venenos: los celos. «¿Qué están haciendo juntos? Seguro que existen múltiples posibles razones para que lleguen en el mismo coche. ¿Le habrá contado Mer que la besé? ¿Le habrá dado igual a Rupe y, sin miramientos, habrá pisado el jardín de un amigo?».

Tras la infidelidad de Ana, le perseguía el humo negro de los celos y, pese a ser consciente de ello, era incapaz de evitar sentirse abandonado e iracundo en cada situación en la que se olía una traición.

—¿Un SMS, Marcus? ¿En qué siglo vives? —bromeó Mer antes de darle dos besos. Se la notaba feliz y relajada.

—Es más difícil de interceptar —contestó y trató de disimular el desprecio que en ese momento sentía hacia ella. «¿Por qué vendrán juntos?». No quería preguntarlo, le resultaba humillante, pero necesitaba saberlo.

—¿Qué pasa, colega? —le saludó Rupe, abrazándole con semblante serio al notar las extrañas vibraciones que emanaba su amigo.

—Subamos a mi casa. Allí hablaremos más tranquilos que en la calle —musitó. Miró a ambos lados, comprobó que nadie les seguía y se dirigió al portal del edificio—. ¿Cómo es que venís juntos? —tuvo que preguntar.

Aunque Mer no se percatara de la intención de la pregunta y Marcus pensara que había resultado natural su curiosidad, Rupe captó enseguida los celos de su amigo. En cualquier otro momento, Rupe hubiera utilizado esa baza para fastidiar a Marcus, simplemente por el placer que obtenía pinchándole y viéndole saltar por chorradas; sin embargo, conocía lo que había ocurrido con su última novia y no lo creyó oportuno en esta ocasión. Accedieron al portal y llamaron al ascensor.

—Mer tiene turno de tarde y hemos quedado en la biblioteca del Paseíto Ramiro para estudiar un poco a los gnósticos. Ahora te hacemos un resumen, te va a encantar... Espero. —«¿Lo ha dicho con sorna?», se cuestionó Marcus—.

¿No nos adelantas nada? Nos tienes en ascuas.

—Yo también creo que la casualidad no existe —afirmó Marcus—. No confío en el sino, más bien en que los sucesos con probabilidades pequeñas no son habituales que ocurran. Y, si por extrañas circunstancias, llegaran a suceder, hay que mirar más allá. Es el motivo por el que os he llamado: necesito que me ayudéis a encontrar una explicación a lo que me ha ocurrido hoy. Es muy fuerte. Ahora os lo enseño.

El dúplex de Marcus carecía de recibidor. Se accedía desde la puerta de entrada directamente a una planta diáfana con grandes ventanales y vistas al mar. Depositó el maletín sobre la mesa del comedor y, con esmero y delicadeza, extrajo el objeto envuelto en trapos de su interior. Le temblaban las manos. Los tres se acomodaron alrededor de la mesa en silencio. Marcus fue desenvolviendo con cuidado el objeto hasta que pudieron contemplar una cabeza de mujer esculpida en piedra negra.

—No puede ser —balbuceó Mer, atónita por lo que veían sus ojos.

—¿Es...? —Rupe no terminó la pregunta—. ¿Cómo ha llegado a tu poder?

—No os lo puedo decir, pero ¿no es demasiada casualidad?

—¡Cojones! —exclamó Mer— ¿Es la cabeza de la escultura de María Magdalena que se perdió durante la Guerra Civil? ¿Por qué no nos puedes decir de dónde la has sacado?

—¡La he robado! ¿Vale?

Marcus tenía los ojos inyectados en sangre, la respiración acelerada y sentía los potentes latidos palpitándole en el pecho; sin embargo, esa confesión le había hecho sentir un poco mejor.

—Tranquilízate —le recomendó Rupe. Acercó la silla y le cogió la mano derecha entre las suyas para, con disimulo, tomarle el pulso.

—¿Qué he hecho? ¡Dios mío, me he vuelto loco! —Se le quebró la voz—. No tenía intención de robar, únicamente sentí curiosidad al detectar un escondite y quise saciarla abriéndolo. —Soltó su mano de las de su amigo—. Encontré oculta ahí la cabeza y no pude evitar cogerla. Fue como si me llamase. —Bajó la cabeza y la apoyó en la mesa, como lo haría un niño avergonzado—. Sentí una conexión con ella al mirar su rostro, como si fuera un ser humano y no un trozo de piedra...

—¿Dónde estaba escondida? —preguntó con voz trémula Mer.

—Será mejor que sepáis lo menos posible —respondió Marcus sin alzar la mirada.

—Tienes razón, será lo mejor —reconoció Rupe—. ¿Me permites que la examine?

Marcus asintió sin levantar la vista del suelo. Rupe tomó la cabeza de la escultura y la comenzó a observar y girar lentamente a la vez que la palpaba. Pasados unos minutos, apuntó:

—¿Te has fijado que en el interior del cuello la roca es metamórfica? Tiene una junta en derredor del mismo.

Marcus levantó la cabeza y frunció el ceño. Miró el objeto entre las manos de Rupe y se excusó:

—No me ha dado tiempo a examinarla. No he visto nada. ¿Qué quieres decir?

—Parece un trozo de pizarra tallada para que encaje en el hueco. Casi no se aprecia. —Se acercó a los ventanales para observarla con más luz y desde diferentes ángulos—. ¿Me permites que utilice tus herramientas, amigo mío?

—preguntó y, sin esperar permiso, buscó en el maletín de Marcus unas pinzas y un escalpelo.

Marcus, intrigado, volvió a asentir. Los dos contenían la respiración y observaban a Rupe.

—Sujétala, por favor —le indicó Rupe a Mer y le entregó la cabeza boca abajo.

Él, con gestos de cirujano, introdujo la punta del bisturí en una pequeña oquedad e hizo palanca con suavidad. Cuando la tapa se movió, sujetó el trozo de pizarra con las pinzas y tiró de ella con extrema delicadeza, hasta que la extrajo completamente. Sonó el timbre de la puerta y a Rupe se le cayeron las pinzas con las que sujetaba el trozo de pizarra.

—Me cago en... —masculló Rupe.

Mer se sobresaltó y se puso en pie de golpe. Movié sin darse cuenta la cabeza de la escultura y la dejó en posición horizontal. Parte de la arena que se encontraba en el interior se desparramó por la mesa. Al percatarse de que el contenido del objeto que tenía entre las manos se había caído, volvió a colocar la cabeza pétrea en posición vertical.

Marcus se levantó de un salto y abrió la puerta, contrariado por la brusca interrupción. El inoportuno visitante se trataba de un repartidor de pizzas, algo mayor para ese trabajo y muy fornido.

—Su pizza, son catorce con setenta y cinco —gruñó sin mirarle a la cara, más interesado por observar el interior del salón que por la transacción económica en curso.

—No hemos pedido nada —le espetó Marcus.

—¿No es este el tercero A?

—Es el séptimo C.

El hombre, sin llegar a disculparse, se despidió y entró en el ascensor. Una vez en el portal, le devolvió la pizza y la gorra al verdadero repartidor y le entregó los cincuenta euros que le había prometido. El joven con el polo del uniforme rojo se calzó de nuevo la gorra, pero dudó a la hora de coger el billete, no por las implicaciones morales, sino por la enormidad de la mano del hombre que se lo ofrecía.

A grandes pasos, el gigantesco hombre cruzó la calle hasta donde tenía aparcado el coche. Se sentó en él y esperó. Desde su posición podía observar el portal sin que nada se interpusiera en su visión. De un rápido vistazo miró sus manos y comenzó a comerse la uña del pulgar de la mano izquierda.

Los tres volvieron a sentarse ante la mesa del comedor.

—Se ha roto la pizarrita —observó Mer, que había recogido los trozos del suelo y los depositó en una esquina de la mesa.

—Trae una linterna, por favor —solicitó Rupe mientras se asomaba al interior de la cabeza de piedra—. Puede que nadie haya visto esto en siglos... Estoy muy emocionado. No te voy a preguntar, Marcus, pero quien lo tuviera escondido no lo examinó a conciencia.

Marcus obedeció y sacó del maletín una pequeña linterna led que le entregó ya encendida. Rupe sujetó con las pinzas un trozo de los trapos que envolvieron la estatua decapitada. Terminó de vaciar en la mesa del salón, hasta entonces impoluta, la arena que contenía la cabeza. Iluminó el interior y lo observó. Entrecerró los ojos y la giró a razón de un centímetro por minuto.

—¡Por Dios, Rupe! —exclamó Mercedes tras un minuto en silencio—. ¿Qué hay ahí dentro?

—Yo diría que es una fórmula escrita en latín —concluyó Rupe—. La grabaron en el interior hueco de la cabeza con un punzón fino. La arena la ha preservado del desgaste del tiempo. —Extrajo una pequeña libreta y un bolígrafo de la mochila, y transcribió poco a poco el misterioso mensaje—. *¿Elixir de amor y sapiencia?* No estoy seguro de estar traduciendo bien.

»Mira, Mer, uno de los ingredientes es la mirra. ¿Recuerdas lo que nos contaste de María Magdalena? —Ella asintió—. La pócima es potente,

también contiene leche de amapola y hoja de tejo. El final no lo entiendo bien, sería algo así como ¿«añadir los metales y la mujer besada por el fuego deberá yacer con amor»? Agrega lo que yo diría que es una fecha..., sí, seguro: «XXII-VII-MCD». Se corresponde con el 22 de julio de 1400. Posiblemente coincida con el día en que se terminó de grabar el interior de la escultura. El símbolo con el que se pone el punto final, aunque pueda parecer una *T* mayúscula, en realidad representa la cruz tau. —Copió la fórmula en las dos siguientes hojas de la libreta, las arrancó y las dejó sobre la mesa frente a cada uno de ellos—. Pues nada, ¿qué se os ocurre?

—¿«La mujer besada por el fuego deberá yacer con amor»? —repitió ella, incrédula.

—Sí —afirmó Rupe—, parece que la sacerdotisa debe ser pelirroja.

—Una fórmula —repitió ella incrédula ante el sorprendente descubrimiento—. Tú que eres médico, ¿para qué crees que sirve?

—No estoy seguro —contestó Rupe—. No es un anestésico, pero contiene principios activos que bloquearían en parte la sensibilidad dolorosa. Lleva alcaloides, con lo cual posee también efectos psicoactivos. Tenía entendido que la mirra se usaba en la antigüedad para embalsamar a los muertos, aunque desconozco los efectos que puede producir si se ingiere. Tendría que investigarlo. Resumiendo: no tengo ni idea de su función.

—¿Podríamos reproducirla? —consideró en voz alta Mer.

—Necesitaríamos un laboratorio —sopesó Rupe— y, pese a que algunos de los ingredientes no serán fáciles de conseguir ni en una farmacia, en internet se puede encontrar todo. Es cuestión de tiempo y de pasta...

—Poderoso caballero es don dinero —refunfuñó ella.

—Está incompleta —dictaminó Marcus con voz queda—, ¿«añadir los metales y yacer con amor», es un acertijo?

—Yo sospecho que quien escribió esto —opinó Rupe—, lo hizo con la intención de ocultarlo, aunque también con la finalidad de que no se perdiera del todo. Tendríamos que efectuarle pruebas a la piedra para poder dictaminar su antigüedad, si es que dudamos de la fecha que aparece grabada al final, pero yo apuesto a que es del siglo XIV. Es más, intuyo que solo un médico en aquella época pudo conocer la forma de elaborar una fórmula magistral semejante a esta.

—¡Arnau de Vilanova! —exclamó Mer.

—Me sorprende la velocidad a la que llegáis a conclusiones vosotros

—replicó Marcus—. Un galeno pío como fue Arnau no escribiría algo tan sacrílego como *yacer* en el interior de la escultura de una santa. ¿«Añadir los metales y yacer con amor»? Sigo pensando que en este punto se encuentra la clave para completar la fórmula.

—El amor no es algo impío —consideró Mer, excitada y contenta con el descubrimiento—. Yo creo que escondió parte de la fórmula magistral en la cabeza de María Magdalena y dejó pistas para que quien la hallase fuese capaz de averiguar los metales que debía añadir. Las cosas pasan cuando tiene que pasar. Al igual que en *2001: Una odisea en el espacio*, hasta que la humanidad no se encuentre preparada para encontrar algo, no lo hará.

—Menuda sandez. Mer, bonita, tienes que aprender a separar el grano de la paja mental. ¿Qué pistas tenemos sobre los metales? —cuestionó Marcus.

—Es lo que debemos averiguar —afirmó ella, algo molesta con la actitud de Marcus.

Con la intención de calmar los ánimos, Rupe decidió cambiar de tema:

—Me resulta muy interesante que aparezca la cruz tau, dado que es la cruz templaria que he estudiado en mayor profundidad. ¿A ti no, Marcus?

—Es cierto que los caballeros del Temple la utilizaron —confirmó Marcus—, pero de ahí a denominarla cruz templaria, cuando su origen es muy anterior a dicha orden...

—Los templarios no inventaron nada, amigo mío. Tomaron los datos que consideraron necesarios para ampliar sus conocimientos sobre determinados temas y, por supuesto, llegaron a sus propias conclusiones. Soy consciente de que la Tau fue el símbolo que se utilizó en el antiguo Egipto para representar la vida eterna. Y que también se corresponde con la última letra del alfabeto hebreo y la decimonovena del alfabeto griego.

—Entonces —respondió Marcus con hostilidad—, ¿por qué la has llamado cruz templaria? Fue adoptada por la iglesia católica a raíz de que San Francisco de Asís la usara como firma, pero es una cruz primitiva.

—Porque es considerada la cruz esotérica de la Orden por excelencia. —Rupe hablaba tranquilo para sosegar el ánimo alterado de su amigo—. Se cree que con este símbolo representaban el culto a las Diosas Madres. No puede ser únicamente una casualidad que aparezca en el interior de una escultura de María Magdalena del siglo XIV. He recordado una cita de Einstein: «La casualidad es la manera que tiene Dios de mantenerse en el

anonimato».

Marcus sonrió y decidió no continuar con esa conversación absurda. Pasó a centrar sus pensamientos en la fórmula que tenía escrita en una hojita de papel entre las manos. Estuvieron unos minutos en silencio hasta que Mer lo rompió con un grito:

—¡Claro!

—Copón, qué susto me has dado —clamó Marcus.

—¡Rupe!

—¿Qué?

—¿No recuerdas lo que hemos estado leyendo de los gnósticos? Que, por cierto, no tienen nada que ver con una secta de pirados que últimamente están en auge —agregó Mer, en previsión del posible comentario malicioso de Marcus.

A Rupe se le iluminaron los ojos a la par que abría la boca y la miraba alucinado, sorprendido por la formidable casualidad que suponía relacionar ambos hechos, en principio, tan inconexos entre sí.

—¿Me lo vais a contar? —preguntó Marcus displicente.

—Los filtros mágicos y las orgías... —musitó Rupe.

—Exacto. —Ella sonrió y pasó a explicarle a Marcus lo que ellos dos ya conocían—. Hemos leído una carta de Clemente, el obispo de Alejandría, guardada en la universidad de Leiden. La escribió en el siglo II y en ella advertía de los peligros de la secta de los carpocracianos, que se definían como gnósticos seguidores de María Magdalena. Clemente dijo que eran *estrellas errantes* que habían malinterpretado el mensaje y que se dedicaban al uso de filtros mágicos y a perpetrar orgías.

—Yo conocí esa carta —continuó Rupe— a raíz de un estudio que llevé a cabo sobre los evangelios apócrifos. En la misma, el obispo admite la supresión de partes de los Evangelios porque defendía que «hay verdades que los hombres no pueden conocer».

—¿Y si los carpocracianos intentaban reproducir el *elixir de amor y sapiencia*? —elucubró ella—. Eran seguidores de María Magdalena, pero tampoco tenían en su poder la fórmula completa, como nosotros... Por eso luego yacían con amor, para poder comprobar si había funcionado la poción.

Marcus se carcajeó. Cuando paró de reírse, apuntó entre lágrimas:

—¿Y si los carpocracianos no eran más que unos pirados? ¿Cómo comprobaban si había funcionado la pócima? ¿Sabemos acaso el efecto que

produce?

—Bueno —anunció fastidiada Mer, a la vez que se levantaba—, yo me tengo que ir a currar. Lo dicho, hasta luego.

Ellos decidieron comer juntos.

Mer se dirigió a la parada de bus más próxima. No se percató de que un hombre corpulento la seguía por la calle. Al igual que tampoco se fijó en él cuando montó en el mismo autobús que ella, ni al apearse juntos en la parada de la plaza de los Luceros.

Mer terminaba su estresante turno de trabajo, cuando entraron dos hombres de treinta y tantos años. Vestían de modo informal con vaqueros y zapatillas deportivas. Ella se fijó en ellos por cómo la miraron de forma inquisitiva al pasar por su lado. Se dirigieron al fondo del local, donde en ese momento se encontraba la encargada de la tienda, y mantuvieron una breve conversación con ella.

—Mercedes —la llamó su jefa—, ¿puedes venir un momento?

Los dos hombres se volvieron e introdujeron la mano derecha en el bolsillo trasero de los pantalones al acercarse ella. Como cuando al aire se enrarece antes de las tormentas, Mer notó que algo malo iba a ocurrir.

—Es ella —indicó la encargada cuando estuvo a su altura.

—¿Mercedes Gómez Lujón? —le increpó el más bajo de los dos.

—Soy yo, ¿ha pasado algo? —respondió preocupada.

—Somos policías —contestó el mismo agente. Ambos le mostraron la placa emblema del Cuerpo Nacional de Policía de las carteras que habían sacado para identificarse—. Nos tiene que acompañar a comisaría para aclarar un asunto.

—¿De qué se trata?

—Tenemos una investigación abierta por el robo de una obra de arte. Se lo explicarán mejor en comisaría.

—Estoy trabajando, ¿tengo que ir ahora mismo?

—Sí, se tiene que venir con nosotros —respondió con frialdad el agente.

Ella miró a su jefa, quien asintió con la cabeza.

—De acuerdo, voy a coger mi bolso de la trastienda.

El agente que no había hablado la siguió hasta el cuarto situado al fondo del local. La esperó en la puerta para poder observar en todo momento sus

movimientos y la acompañó a la salida. Hacía meses que decidió cerrar el grifo de las lágrimas y, hasta hacía bien poco, había mantenido su firme promesa. En ese momento se mordía el labio para no sufrir la humillación de llorar frente a los policías que la detenían.

En la parada de autobús que se encontraba frente a la tienda donde ella trabajaba, los policías habían dejado el coche mal estacionado. Uno de los agentes la sujetó por el brazo en el corto camino hasta el vehículo. Muchas personas pasaban en ese momento por la plaza y a Mer le pareció que todas se paraban y la miraban con reprobación. Sentía confusión y vergüenza. Agachó la cabeza y mantuvo silencio durante el trayecto.

La trasladaron a la comisaría de la calle Isabel la Católica, a la que accedieron por el parking subterráneo. Una vez en el interior, la condujeron hasta una sala de interrogatorio que, para decepción de ella, no tenía ni espejo en la pared, ni cámaras. Solo había una mesa, un ordenador y tres sillas. Le dijeron que se sentara en una de ellas y allí esperó un buen rato.

—Buenas tardes Mercedes, ¿cómo te encuentras? —la saludó una guapa mujer que entró con una carpeta en las manos y cerró la puerta detrás de ella.

—¿Yo también puedo tutearte y llamarte por el nombre? —contestó, sin intención de disimular su hostilidad.

—Me llamo Rita y soy inspectora de policía. Vengo a hacerte unas preguntas, si es que quieres colaborar.

—Aún no sé de qué se me acusa. ¿Cómo voy a colaborar? —respondió Mer, manteniendo la misma actitud.

—Estás imputada por un delito por la compraventa de una obra de arte robada. Te puede caer una condena de hasta tres años de prisión. Te conviene hablar conmigo. Yo soy quien más puede ayudarte en este momento. ¿A quién se la compraste?

—¿Quién me ha denunciado?

—Aquí las preguntas las hago yo —el tono de la inspectora iba mutando de amable a hastiado—. Piénsalo, ahora mismo lo que más te va a beneficiar es que colabores y respondas a mis preguntas.

—¿No tengo derecho a un abogado?

—Por supuesto, pero solo los culpables solicitan asesoramiento jurídico —contestó la inspectora en un tono burlón—. ¿Quieres un abogado?

—No lo sé. —Era demasiada presión para ella, notó que se le entrecortaba la voz y que estaba a punto de romper a llorar. Hizo lo que pudo para contenerse —. ¿Qué quieres saber que no sepas ya?

—Empieza por decirme el nombre del que te vendió la tablilla de piedra porque, afortunadamente para ti, ha quedado descartada la posibilidad de que perpetraras tú el robo.

—No recuerdo su nombre —mintió. Pensó que si decía toda la verdad también tendría que explicar que fue su amiga la que la instó a comprarla y podía meterla en un buen lío—. Encontré un anuncio en internet y me resultó interesante.

—¿Lo encontraste tú sola? ¿Nadie te dijo que la compraras?

Mer miraba desconcertada a la inspectora. «¿Sabrá algo esta tipa de mi amiga? Es imposible. No voy a meterla en esta movida, bastante tiene ya».

—Yo sola, por casualidad —respondió. Recordó las palabras repetidas por Rupe y Marcus: «La casualidad no existe»—. Mi única intención fue la de donar el objeto robado a un museo.

—Así que, en resumen, eres una filántropa que compra objetos valiosos a sabiendas de que son robados y con poca memoria para los nombres.

—Le entregué la tablilla a Marcus Clever García, que es el jefe de adquisiciones del Museo Arqueológico Provincial de Alicante, al día siguiente de comprarla.

La inspectora de policía tomó nota del nombre que ella acababa de pronunciar. Se levantó y desde la puerta le anunció:

—Esta noche duermes en los calabozos. Si te acuerdas de algo más antes de ir en presencia de su señoría, si quieres, me avisas.

La trasladaron a una gran celda donde se encontraban otras cuatro mujeres. El único mobiliario de aquel sórdido lugar consistía en una bancada corrida a media altura de la pared. Le entregaron una colchoneta y una manta mugrientas. El resto de mujeres habían colocado las colchonetas en la bancada y se habían tapado hasta la nariz con las sucias mantas. Ella dejó las que le dieron en el suelo y se sentó en una esquina abrazándose las rodillas. Pasó toda la noche en la misma posición. No durmió ni un momento. No podía dejar de darle vueltas a todo lo que le estaba ocurriendo.

No sabía quién la había denunciado, aunque no tardó en llegar a la conclusión de que tenía que haber sido Marcus o Rupe. Nadie más conocía el hecho. Tras unas horas de meditación en la celda, tuvo claro que había sido

Marcus. Ahora veía con nitidez que era un hombre mezquino y cruel. Esa forma de besarla y luego de tratarla con desprecio. «¿Cómo no lo vi antes? El sábado cuando me eché a llorar en Luceros, él pareció disfrutar cada una de mis lágrimas. Es un sádico que goza haciéndome daño, por eso ahora le ha dado otra vuelta de tuerca y ha conseguido que me detengan después de quedarse él con la tablilla. Tendrá un trauma con su madre, o con una antigua novia de la que quiere vengarse. No puede ser nada personal contra mí porque casi no me conoce. ¿Y si le denuncio yo a él por el robo de la cabeza de piedra? ¿Será verdad que la robó? ¿Y Rupe? Da la impresión de ser un hombre tan sincero, ¿sabrá que Marcus me ha denunciado? Si lo sabe seguro que le reprende, pero acabará poniéndose de su parte, al fin y al cabo, son amigos desde la infancia y no se van a pelear por una casi desconocida. Si se comporta de ese modo será leal a Marcus, pero también un cobarde por no atreverse a defender lo que sabe que es justo. ¿Cómo pude dejarme besar por Marcus? Soy una golfa necesitada de afecto que besa a cualquiera que la quiera besar. Soy lo puto peor. ¿Los dos tendrían un plan premeditado para machacarme? No me extrañaría. Puede que se dediquen a joder a mujeres, aunque no de forma literal. Por eso acudió tan rápido Rupe al bar el sábado por la noche cuando Marcus le avisó de que tenía otra víctima... Esto no tiene sentido. ¿Por qué fueron tan amables conmigo e hicimos juntos esas excursiones a Novelda? Lo único que está claro es que no me benefician en nada, lo que tengo que hacer es alejarme de esos gilipollas».

—Marcus, hay aquí dos agentes de policía que preguntan por ti —le anunció la recepcionista del MARQ por la línea interior, a primera hora de la mañana del miércoles.

—Ahora mismo bajo —contestó Marcus poniéndose en pie.

—Preguntan si pueden subir a tu despacho.

—Sí, claro, pídele a un bedel que les acompañe hasta aquí.

Únicamente había cometido un delito en su vida. Debido a su falta de experiencia en la materia y por lo reciente de su ejecución, provocó que empezase a sudar de forma copiosa al saber que la policía acudía a su despacho en su busca. La cabeza pétrea se encontraba a buen recaudo dentro de una cazuela, guardada en un armario de la cocina. Se preguntó si la encontrarían si registraban su casa. «Por supuesto que la encontrarán, la

policía no es tonta. Remedios ha tenido que percatarse de la ausencia de su preciado tesoro y habrá atado cabos. ¿Será mejor que confiese? ¡Dios mío!».

Cinco golpes fuertes y rápidos sonaron en la puerta. Marcus se dejó caer en la silla ergonómica.

—Adelante —anunció con un hilo de voz.

Una mujer y un hombre sin uniformes entraron en la habitación.

—Buenos días señor Clever —la mujer tomó la voz cantante—. Me llamo Rita y soy inspectora de policía. —Ambos mostraron sus placas—. ¿Le importa si le hacemos un par de preguntas sobre un objeto artístico robado?

—¿Estoy detenido? —preguntó Marcus desalentado por la terrible situación que se le venía encima.

La mujer miró a su compañero y ambos le devolvieron unas miradas que rezumaban sospecha.

—¿Por qué dice usted eso? —volvió a preguntar Rita.

—Es una broma —acertó a soltar Marcus a la par que emitía una risita aguda.

—Está usted sudando mucho —observó la inspectora, a la vez que fruncía el ceño—. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí, sí, no se preocupen. Por favor, siéntense. Díganme, ¿cuándo se echó en falta el objeto robado ese? Conozco una empresa especializada en la recuperación de los mismos. —Creyó que acababa de faltar al respeto al Cuerpo Nacional de Policía con ese comentario e intentó arreglarlo—. En último extremo, después de hablar con la policía, claro.

«Deja de hablar. Deja que hablen ellos. Te estás metiendo tú solito en todos los jardines», le aconsejó la voz interior a Marcus. Tomó la taza y bebió de un trago el contenido, que consistía en té gélido y amargo del día anterior.

La mujer se detuvo unos segundos. Le observó sin disimulo, debido a su sospechosa actitud. Como si de una película pausada se tratase, volvió a moverse a un ritmo normal. Extrajo una pequeña libreta de la bandolera y leyó.

—He obtenido los datos esta mañana, así que espero que estén actualizados. Necesitamos de su colaboración dado que ya tenemos una persona detenida.

«Es el fin. Al siguiente que van a detener es a mí. ¡Dios mío!».

Sentía el pulso en las sienes. Una náusea subía y bajaba por su tráquea de forma incesante. La inspectora continuó:

—¿Conoce usted a Mercedes Gómez Lujón? —preguntó Rita, con una mirada que, a ojos de Marcus, era claramente acusatoria.

—Pues... —titubeó Marcus—, me suena, aunque no estoy seguro de qué... en este momento.

—Verás, Marcus —habló por primera vez el otro agente—, el lunes nos informaste que habías recibido de forma anónima la tabla de piedra que hace poco fue robada de La Alcudia. Y ayer nos llegó un soplo del nombre de la mujer que la compró y te la entregó a ti. Sabemos cómo funcionan estas cosas. No pretendemos meterte en un lío al pedirte que reveles tus fuentes. Tú consideras que lo más importante es el arte y es lo que preservas, pero entiende que nosotros debemos perseguir a los criminales.

Marcus sintió que le acababan de perdonar la vida. Un alivio intenso recorrió cada una de sus células y dio como resultado unos extraños temblores en todo su cuerpo.

—¿Se encuentra bien, Marcus? —volvió a preguntar la inspectora.

—Creo que estoy incubando algo —se disculpó—. No debería haber venido hoy a trabajar. No pretendo obstaculizar una investigación policial, pero lamento informarles que no conozco el nombre de esa mujer. Como ya declaré, la entrega se hizo de forma anónima. ¿Es necesario que acuda a comisaría para ratificar mi declaración?

—No, señor Clever —negó Rita poniéndose en pie y haciéndole un gesto a su compañero para que la acompañase—. Es suficiente. Váyase a casa y descanse.

En cuanto salieron del despacho, Marcus envió un SMS a Rupe informándole de lo sucedido, por si albergaban la intención de visitarle a él también. Al haber recuperado el objeto robado y no ser Mer la ladrona, si todos mantenían una misma versión, el tema no alcanzaría gran relevancia.

Recordó haberle mencionado el asunto del robo a Remedios. No se atrevió a contárselo a su amigo, por ser precisamente esa mujer la víctima del único robo que había llevado a cabo él.

Al salir del despacho a medio día, un terrible dolor de cabeza le golpeaba el cráneo a Marcus en diferentes ritmos. También se notaba algo febril. Supuso que Mer seguiría aislada, así que no intentó ponerse en contacto con ella. Consideró que sería mejor que no les relacionaran hasta que se resolviera el asunto del robo de la tabla de piedra. Llamó a Rupe, quien no le respondió.

Fue a casa, apagó el móvil, se tomó un somnífero y se acostó.

Mer declaró ante el juez y la dejaron en libertad, bajo fianza y sin pasaporte, la tarde del miércoles. Nadie la esperaba al salir. En ese momento echó más en falta que nunca a su madre y a su hermana gemela. Conectó el móvil y no tenía llamadas perdidas. «Nadie me recordará cuando haya muerto», la machacó su voz interior.

Desde los juzgados de Benalúa, se dirigió a su lugar de trabajo, donde su jefa le comunicó con una educación estudiada, que habían rescindido su contrato temporal. Le entregó el finiquito que ya tenía preparado. Ningún compañero se despidió de ella. Todos fingieron estar ocupados. Anduvo cabizbaja de regreso a su casa. Pensó que su gato llevaría un día entero sin comer. Tomó la firme decisión de no volver a ver a ninguno de los dos amigos, dado que uno o ambos la habían delatado y los dos la habían abandonado.

La misma tarde del miércoles en que Mer salía de los juzgados, Rupe tenía una cita ineludible, por lo que no pudo ir a recogerla. Lamentó profundamente no estar allí para abrazarla, pero se debía a su profesionalidad. Planeó llamarla después.

Conocía a varios psiquiatras con consulta privada en Alicante. Él hacía tiempo que no atendía pacientes. En la actualidad estaba dedicado a investigar temas diversos y a escribir su primer libro. Uno de sus colegas, con quien trabajó hacía bastante tiempo, le informó de que una mujer había preguntado por él. Esta conocía a Rupe porque afirmaba que había tratado a una amiga suya, hacía años, en esa consulta que mantuvieron de manera conjunta. Según explicó, su amiga «realizó una declaración laudatoria del doctor Ruíz Pérez». No reveló el nombre de la amiga. Insistió de modo obstinado en que deseaba ser atendida por el mismo psiquiatra, aunque solo fuera la primera visita, con el fin de asesorarla en el camino que debía tomar. Rupe, intrigado, halagado, y, al mismo tiempo, algo hastiado en casa de sus padres, accedió a realizar la primera sesión con esa obcecada mujer.

La paciente asistió puntual como un reloj a la cita de su primera sesión. La consulta del colega de Rupe, en la calle Reyes Católicos, ocupaba no más de cuarenta metros cuadrados. Contaba con un pequeño recibidor, una

sala y un baño.

—Buenas tardes, ¿María Remedios? —preguntó Rupe al abrir la puerta.

—Sí, pero puede llamarme Reme, doctor Ruiz.

—En ese caso me llamas tú a mí Rupe y nos tuteamos —respondió sonriendo. Abrió de par en par la puerta y la invitó a entrar al franquearle el paso.

Se trataba de una mujer rubia con mechas doradas. El cabello todavía le olía a peluquería. Su aspecto, cuidado y atlético, denotaba la disciplina mental que requiere la práctica de deporte con regularidad. Lucía un vestido elegante con flores estampadas, zapatos de salón, bolso tipo *satchel*, pintalabios y manicura a juego en color *nude*. Detrás de esa sonrisa teatral, Rupe vislumbró a una persona gélida y solitaria. Bella y escalofriante como una tela de araña. Algo en ella le turbaba, aunque no sabía determinarlo con exactitud. Como si padeciese parasitosis aprensiva, sintió la necesidad de exterminar esa sensación de su piel. Y empezó a rascarse, cada pocos minutos, de forma inconsciente, brazos y piernas.

—Pasa, pasa —le indicó y cerró la puerta tras ella—. No tiene pérdida, únicamente hay una habitación en este apartamento.

—¿No tienes enfermera o recepcionista, Rupe?

—Esta no es mi consulta, pero no, no hay nadie más. Toma asiento, vamos a charlar un poco.

La habitación a la que accedieron poseía una decoración minimalista y ecléctica que desagradó a Reme. Las paredes blancas con gotelé, únicamente adornadas por varios títulos académicos con marcos cutres, conferían a la sala una sensación austera y triste. Observó el escritorio blanco con dos sillas de cortesía, también blancas, que daban la impresión de ser bastante incómodas por su moderno diseño y rígido material. En el extremo opuesto se encontraban dos sofás Chester de cuero oscuro y desgastado, dispuestos uno frente al otro. Los separaba una mesita de cristal con una caja de pañuelos de papel sobre la misma. La mujer se dirigió al que se encontraba pegado a la pared y se acomodó en él.

—¿Te llaman Rupe? —le preguntó sin esperar a que él tomara asiento frente a ella.

—Como éramos varios Álvaros en clase, en la EGB me empezaron a llamar Rupe por mis apellidos.

Ella pensó que él parecía una buena persona. Mostraba una sonrisa franca y, por un momento, dudó de su plan. Él, al observar la mirada de reprobación de la recién llegada hacia la sala, con el fin de conocer su grado de sinceridad, le preguntó:

—¿Te gusta el sitio, Reme, te sientes cómoda?

—Me encanta —mintió. Impostó un tono de voz más agudo y él se percató—. Estoy bien, no te preocupes. Qué decepción no encontrar un diván en el que tumbarme —bromeó ella.

—¿Es la primera vez que acudes a terapia?

—Sí... ¿Se me nota? —Ella optó por mostrar su sonrisa coqueta.

—No —respondió mientras se rascaba el brazo izquierdo—, es lo primero que solía preguntar... Debo confesarte que hace años que no realizo sesiones. ¿Hay algo en especial de lo que te gustaría hablar?

—Bueno, no sé...

—Es habitual en una primera sesión que cueste un poco romper el hielo. No te preocupes. ¿Te apetece contarme algún sueño que hayas tenido últimamente?

—¿Un sueño?

—Sí. Freud mantenía que los sueños son la carretera principal al subconsciente.

—Hace tiempo que no recuerdo haber soñado —volvió a mentir, pero, esta vez, mantuvo su tono de voz, de forma que él no lo notó.

Desde hacía semanas, Reme soñaba de manera recurrente con que María Magdalena era una gárgola parlante situada en la pared de la Torre Triangular del Castillo de La Mola. No entendía el significado del mismo, pero temiendo que su subconsciente pudiera traicionarla y revelar algo que ella no entreveía, prefirió no contárselo al psiquiatra. Sentía la desagradable sensación de estar encerrada entre dos finas hojas transparentes, que iban a colocarse bajo un microscopio. Él continuó hablando:

—Me preocupa que puedas tener expectativas demasiado altas para esta primera sesión. ¿Qué es lo que esperas obtener?

La mirada del psiquiatra la atenazaba al ser tan sincera y cordial. Sus palabras daban la impresión de ser francas y él parecía un hombre honrado. Pero ella tenía que realizar una misión que sus buenos modales no iban a alterar.

—Me da un poco de vergüenza...

—Comparto la opinión de Oscar Wilde, cuando dijo: “Nada humano me es extraño”. Puedes contarme lo que quieras, de verdad.

—Quisiera hablar de mi soledad, supongo. Creo que desde que me divorcié —empezó a explicar ella vacilante, él se rascó una pierna— me siento muy sola. —Sacó un pañuelo de tela del bolso y lo apretó con fuerza. A él le extraño. No daba el perfil de mujer emotiva que rompe en llanto al comienzo de una sesión—. Hay días en que pienso que no hay nadie en este planeta afín a mí. Soy una persona muy devota y los hombres que encuentro son muy poco espirituales. Siento que soy un cuadro impresionista en un museo de arte moderno.

—Entiendo —se limitó a decir Rupe. La miraba sin reflejar emociones ni en el tono de voz ni en el lenguaje no verbal. *Cara de oreja*, denominaba él a esa necesaria actitud aséptica a la que recurría a la hora de realizar terapia.

—Al mismo tiempo —continuó explicando ella—, supongo que estas preguntas filosófico-religiosas trascienden a nuestro conocimiento.

Reme realizó una pausa en la que observó de hito en hito al psiquiatra en espera de una respuesta reveladora.

—Bueno... —intervino al final Rupe, obligado por el silencio de Reme, sin interés por revelar sus cartas—, Kant escribió que la raza humana se ve acosada por cuestiones que no puede apartar de su mente, pero a las que tampoco puede contestar. Yo considero que son características propias de los seres humanos.

Ella determinó que la senda que había tomado no la llevaría a revelar la verdadera espiritualidad del hombre que tenía en frente, que consistía en su verdadero objetivo. Así que decidió cambiar de rumbo la conversación.

—La cuestión principal para esta visita es que en ocasiones dudo de mi estabilidad mental, por eso creo que necesito un médico que me cure.

—Lamento informarte que yo creo que solo los cirujanos son capaces de curar. El resto de los médicos únicamente aliviamos los síntomas de los pacientes al tenderles una mano emocional. ¿Has venido para que te recete antidepresivos?

—No —negó ella—. No quiero tomar pastillas que nublen mi mente. Creo que, como predijo Aldous Huxley en *Un mundo feliz*, la mayoría de la gente, en este frenético presente que nos ha tocado vivir, prefiere tomar *soma* a resolver sus problemas.

Él sonrió y, sorprendido por la inteligencia y la cultura de la bella

mujer que tenía enfrente, afirmó:

—Sí, ya no matamos al mensajero, ahora le medicamos.

Ambos rieron.

—Me resulta complicado encontrar amistades a los que no les ofendan mis ideas religiosas —continuó explicando ella.

—Yo sostengo que solo los amigos de paja se queman cuando les acercas el fuego. Los auténticos no se ofenden porque les cuentas tu verdad. ¿Te cuesta entablar nuevas amistades?

—Ya ni siquiera lo intento. Me hastía la gente con sus conversaciones intrascendentes y sus vidas carentes de contenido. Yo me considero reservada por naturaleza y por gusto. Pienso que mis silencios son elocuentes, sin embargo, parece que los demás me juzgan como a una persona taciturna.

Reme mantuvo un largo silencio tras sus palabras, que Rupe no interrumpió. Después de la pausa, ella le preguntó:

—¿Tú crees en Dios?

—No estamos aquí para hablar de mí.

—Pero tú has dicho que íbamos a charlar. Enfocaré la cuestión desde otro ángulo. ¿Crees en las casualidades?

—Es curioso, porque Jung afirmaba que las coincidencias tienen más importancia de la que les damos. Que las casualidades significativas, o *sincronicidades* como las denominaba él, esconden un mensaje oculto que no somos capaces de desvelar. Como si el Universo estuviese unido por hilos invisibles.

—Me has hablado por boca de Freud, de Wilde, de Kant y de Jung, pero yo te estoy preguntando tu opinión —inquirió ella un poco impertinente.

—Sí —afirmó él categórico, sorprendido por el cambio en la actitud de esa, hasta ese momento, impertérrita mujer—. Creo en algo más que no somos capaces de ver.

—Bien —dijo complacida—. Entonces, ¿puedes sentir que nuestra consciencia o pensamientos forman parte de algo superior?

—Desde mi humilde punto de vista de médico, creo que el pensamiento no es más que ondas cerebrales navegando en empalmes sinápticos. Pero respeto profundamente las ideas religiosas.

Era notorio que ella se encontraba más cómoda a cada minuto que pasaba. Sentía falsamente que en ese momento dominaba la situación, como una ludópata en una mesa de juego. Le mantuvo la mirada en silencio. Esperó a

que él continuara hablando. Pasado un minuto, así lo hizo:

—Prefiero que nos centremos en ti. ¿Por qué son importantes mis creencias religiosas para ti? —le preguntó Rupe, algo molesto por la insistencia e intromisión de ella.

—La religión, como la política, o como el arte que nos hace vibrar, reflejan la filosofía de vida de cada persona. ¿O es que tú no conectas con las personas?

Ella no podía saberlo, pero las últimas palabras que le escupió Pepe, con su ropa metida en bolsas de basura en una mano y una maceta de cristal con una orquídea en la otra, antes de abandonar el piso y la vida de Rupe, fueron: «En realidad, tú no conectas con las personas». La frase de esa mujer penetró en él como el acero afilado. Reabrió una antigua herida aún sangrante. Esas palabras, unidas al hecho de que hacía tiempo que él no pasaba consulta, sorprendieron a Rupe con la guardia bajada, y, fuera de la praxis que cualquier médico hubiera recomendado, contestó:

—No, no creo en Dios.

—Entiendo —se limitó a responder ella con tono neutral.

De forma inesperada, Remedios se incorporó bruscamente y, sin lanzar ninguna señal previa que pudiera advertir Rupe, se abalanzó sobre él como una fiera. Saltó sobre la mesa de cristal, que se resquebrajó bajo el golpe y fue a dar al suelo. Le arañó la cara al psiquiatra a la vez que voceaba «¡¡socorro!! ¡¡Auxilio!!». Él intentó quitársela de encima. Trató de sujetarle los brazos por las muñecas, pero ella parecía tener una fuerza sobrehumana y consiguió zafarse y herirle en el ojo izquierdo con un vigoroso zarpazo. Rupe cayó de rodillas al suelo bajo un dolor punzante que le atravesaba desde el ojo hasta el cerebro. Se tapaba los ojos con el antebrazo derecho, así que no pudo ver cómo ella se desgarró el vestido, tiró un zapato al fondo de la sala, desparramó el contenido del bolso sobre el sillón, se tapó la cara con el pañuelo de tela para después estrellarse contra el marco de la puerta y salió corriendo y gritando de la consulta.

Rupe llegó a tientas al aseo y se echó agua fría en la cara. El dolor le resultaba insoportable. Temió haber perdido la visión del ojo izquierdo. Trataba de abrirlo, pero le resultaba imposible. La sangre se le introducía en el derecho al resbalar por la ceja desde un corte que tenía en la frente. El líquido caliente le cegaba también el otro ojo. No veía nada por el ojo izquierdo. Sintió que se ahogaba en ese minúsculo cubículo alicatado de

blanco. Aturdido y a punto de desmayarse, apoyó la mano en la pared situada detrás de él para deslizarse hasta la taza, donde se mantuvo sentado hasta estar seguro de que no iba a perder la consciencia.

Cuando recuperó parte de la visión en el ojo derecho y pudo salir del baño, dos hombres entraban en la consulta por la puerta que había quedado abierta. Ambos empuñaban pistolas que apuntaban al suelo, pero, al verle, elevaron los brazos apuntándole directamente a la cabeza.

—¡Policía! —gritó uno—. ¡Manos arriba!

—¡Al suelo! —bramó el otro.

Rupe se encontraba inmóvil por el susto y lo inesperado de la situación.

—¡Al suelo! —repitió—. ¡Las manos donde podamos verlas!

—Agentes... —No supo cómo describir en pocas palabras lo que acababa de ocurrir—. Veo todo borroso. Me acaban de atacar.

—¡Que te tumbes te he dicho! —voceó uno de los hombres que se encontraba tras un arma.

Él obedeció y se echó en el suelo boca abajo con los brazos extendidos por encima de la cabeza. Mientras uno de esos desconocidos le apuntaba, el otro le esposó con fuerza las manos a la espalda.

Le imputaron los cargos de agresión e intento de violación. No había enfermera en la consulta, ni testigos que pudieran declarar a su favor. La víctima no tenía antecedentes policiales ni psiquiátricos y aseguraba entre sollozos que había intentado abusar de ella. Que ella se había defendido como había podido, hasta que consiguió zafarse de su agresor y huir. «Un milagro que haya podido escapar», repetía una y otra vez entre gimoteos.

Entre rejas, sentado en un suelo frío como el de una morgue, con la cabeza entre las manos y un aparatoso vendaje cubriéndole la mayor parte de la misma y la totalidad del ojo izquierdo, un frenesí de ideas martilleaba los sesos de Rupe tratando de escapar de su cráneo y quedando presas entre las vendas. En su mente se formaban ideas acerca de la larga condena que le podía caer, de la inminente expulsión del Colegio de Médicos, de la mancha imborrable en su carrera y de la motivación oculta que podría tener esa mujer para actuar de ese modo tan demencial. Si no estaba trastornada y siendo inteligente como él había constatado, tenía que haber actuado con alguna

intención. Él no tenía enemigos, no se le ocurría nadie con quien tuviera cuentas pendientes como para querer vengarse de él con un plan tan enrevesado. No se le ocurría ninguna explicación. Sintió en los huesos el miedo.

Había notado los celos de Marcus cuando le veía con Mer. Imposible. Era de locos pensar que su amigo habría podido tramar algo así, pero estaba tan acostumbrado a la locura, que ya nadie le podía sorprender.

Luego imaginó que podía ser obra de Mer. Casi no conocían a esa chica sin pasado ni raíces. Recordó que, a diferencia de otros trastornos, no existe un comportamiento único que pueda definir a un psicópata, por lo que cabía la posibilidad de que ella lo fuera y que por eso él no hubiera percibido un extraño patrón de conducta. No encontraba un asidero mental donde agarrarse. Sentía su psique plagada de arenas movedizas que le impedían avanzar en cualquier dirección de pensamiento racional. Lo mejor sería distanciarse de ellos dos para tomar perspectiva.

«Lo que necesito es pensar con calma. Esta es la peor situación a la que me he enfrentado en mi vida. No tengo tiempo para investigaciones divagantes, ni para escribir un libro, ni colaborar con programas televisivos, ni ninguna otra cosa. En este momento lo que debo hacer es centrarme en este problema y dejar todo lo demás de lado. Debo contratar un buen abogado que me asesore en el camino a tomar para trazar mi defensa. Y puede que, si el letrado lo considera oportuno, localizar a un buen detective privado que investigue a Reme y nos ayude a esclarecer los motivos que tiene esta mujer para actuar de esta forma tan delirante».

El jueves, Marcus se despertó con el mismo dolor de cabeza que el día anterior. En la ducha decidió que no era capaz de acudir al trabajo ese día. Llamó a su jefe desde el supletorio del baño para avisar que no se encontraba bien y se volvió a acostar.

Retomó la consciencia casi a la hora de comer, con un hambre de lobo. Ya no sentía dolor ni calentura. Encendió el móvil y bajó a la cocina. Cuando volvió a mirar el teléfono tenía doce llamadas perdidas, dos mensajes en el buzón de voz, varios mensajes de texto y demasiadas notificaciones de *WhatsApp*. Se sintió abrumado y algo mareado. Decidió soltar el móvil en la mesa del comedor y regresó a la cocina a prepararse algo para comer.

Cuando recuperó la presencia de ánimo, después de comer, miró de nuevo el iPhone. Le sorprendió constatar que tenía tres llamadas perdidas de casa de los padres de Rupe. Fue la primera llamada que devolvió.

CAPÍTULO XI

Roma, viernes 10 de junio de 2016.

La Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos publicó esa mañana el decreto con el número de protocolo 257/16. Esta congregación pertenece a la Curia Romana y entre sus funciones se encuentra la de regular los asuntos relacionados con la Liturgia de la Iglesia Católica y el ritual de los Sacramentos.

Por expreso deseo del Sumo Pontífice Francisco, en dicho decreto se equiparó en el Calendario Romano General la fiesta de santa María Magdalena a la del resto de los apóstoles. Hasta ese momento, la fecha del 22 de julio mantenía el grado de memoria. En el mismo decreto se la define como «la primera testigo y evangelista de la resurrección del Señor» y «conocida como aquella que ha amado a Cristo y que fue muy amada por Cristo».

Desde que en el año 591 el Papa Gregorio I Magno dijese de ella «la mujer quien fue una pecadora», afirmando que se dedicó a la prostitución; únicamente tres papas, ya pasada la primera mitad del siglo XX, han tratado de devolverle a Magdalena el lugar que le corresponde.

Durante el otoño de 1962 se celebró el Concilio Vaticano II, en el que Juan XXIII proclamó a María Magdalena santa. Dejó de ser considerada penitente y, por tanto, pecadora.

En 1969, Pablo VI desmintió la injuria vertida por Gregorio I. Afirmó que este había cometido un error de interpretación de las Santas Escrituras y que su antecesor en el cargo se equivocó al aseverar que María Magdalena fue prostituta.

Posteriormente, Juan Pablo II publicó una carta en 1988 titulada *Mulieris Dignitatem*, en la cual escribió: «las mujeres demostraron ser más fuertes que los apóstoles» por ser quienes le velaron al pie de la cruz. Y utilizó las palabras de santo Tomás de Aquino para referirse a Magdalena como «la apóstol de los apóstoles».

Pese a todo, la ignominia permanece. Muchos continúan creyendo que la mujer ante la que Nuestro Señor se apareció resucitado y le entregó el

mensaje para que lo difundiera entre el resto de los apóstoles —de ahí el sobrenombre de apóstol de los apóstoles— y la única apóstol que no se escondió y se mantuvo al pie de la cruz; ejerció la prostitución.

Durante catorce siglos la Iglesia Católica ha sustentado que las mujeres no podían ejercer el sacerdocio ni, por tanto, acceder a la jerarquía de esta institución, en una falsedad que tres papas han desmentido y el Sumo Pontífice Francisco ha ratificado al igualar la conmemoración de santa María Magdalena a la del resto de los apóstoles. Una vez aceptado el apostolado femenino, muchas voces se alzan en la actualidad reclamando la apertura de las puertas al sacerdocio de las mujeres.

La Curia Romana no se ha posicionado respecto a la posible unión sentimental entre Jesucristo y María Magdalena. Si se aceptase que Jesús mantuvo una relación marital, el voto de castidad de los y las miembros de órdenes religiosas quedaría en entredicho.

CAPÍTULO XII

Actual provincia de Alicante, siglo V a. C.

Lais se situó en la proa del barco. Escuchó al vigía alertar desde la cofa que se aproximaban a Planesia. Se trataba de una pequeña isla rodeada de islotes, donde muchos bajeles habían encallado y naufragado. El capitán dio precisas instrucciones a la tripulación para continuar hasta la costa sin sufrir percances.

El Mediterráneo, como siempre balsámico y templado, aliviaba sus heridas con solo contemplarlo. La capa gris con capucha que vestía mostraba a capricho del viento la urna cineraria que portaba en las manos. Supuso un viaje largo y triste con las cenizas de su amada maestra como carga. Ya no miraba hacia abajo, ahora lo hacía hacia adelante. Oteaba su destino. Una ráfaga de aire le descubrió la cabeza y ella no se molestó en volver a acomodarse la capucha. Su cabello rizado escapó como una fiera de una jaula. Semiocultaba por momentos los pendientes de coral rojo en forma de puños que colgaban de sus orejas.

Había transcurrido mucho mucho tiempo desde aquella terrible mañana caliginosa, o así se le antojó; porque, en realidad, era bastante reciente. Lo sentía así porque su mundo había cambiado de modo radical en ese lapso. Esa no tan lejana aciaga mañana, reptó hasta la retirada academia la noticia de que Pericles el Joven, junto con otros cinco generales, habían sido ejecutados tras la batalla de Arginusas que les enfrentó con los espartanos. Fueron injustamente juzgados y asesinados, bajo la acusación de no auxiliar a los atenienses que cayeron al mar. Ocho generales acudieron con sus barcos a ayudar a los hombres que se refugiaron en las islas Arginusas después de naufragar. Una tormenta les impidió arribar para socorrerles. Cuando supieron de la ira que había generado en la Asamblea el ahogamiento de los guerreros comprendidos en veinticinco barcos, dos de los generales decidieron huir con tal de no tener que someterse al juicio que les esperaba si regresaban a Atenas. Sócrates intervino en defensa del hijo de su mejor amiga. De nada valió. A los generales ni siquiera se les permitió dirigir unas palabras para defenderse en el juicio sumarísimo al que fueron sometidos.

Poco tiempo después de la ejecución, los atenienses lamentaron su precipitada decisión, aunque ese posterior arrepentimiento de poco sirvió a Aspasia y al resto de familiares.

Lais y Aspasia lloraron juntas todo el día y toda la noche, hasta que, de madrugada, Lais cayó agotada en un profundo sueño. Al despertar, la luz nebulosa del alba iluminaba a Aspasia, que yacía muerta a su lado, abrazada a la tablilla de piedra que había grabado con sus propias manos cuando su hijo partió a la guerra. Ella supo de boca de su preceptora que, por más que hay hechos que nada puede impedir que ocurran, se puede propiciar la buena suerte y que, con esa tabla con el nombre de su hijo y un amuleto grabados en la misma, la madre intentaba proteger a su hijo.

Junto al cuerpo inerte se encontraba una carta para Lais, quien nunca averiguó si murió de pena o si se ayudó con alguna hierba. Se apreciaba por la tinta ajada que esa misiva debía haber sido redactada hacía tiempo. Al leerla, la caligrafía tan bella le confirmó que no pudo escribirla esa misma noche. La epístola contenía palabras pesadas como piedras, con las que ella cargó desde ese momento en el corazón. Entendió entonces la causa por la que los pájaros no hablaban: serían incapaces de volar con semejante lastre.

Por ahora, Lais había cumplido punto por punto las instrucciones claras de Aspasia tras su muerte. Aún faltaba bastante por hacer, pero no deseaba apresurarse. Prefería vivir cada momento, atesorándolo por su singularidad, al ser consciente de la trascendencia de sus actos. Eso la reconfortaba.

En varias ocasiones durante el viaje por mar sintió en los huesos que tenía cerca a Aspasia. Cuando esto sucedía se volvía rápida hacia su presencia, mas no estaba allí. La noche después de incinerarla, se despertó sobresaltada al oír que la llamaba, sin embargo, no la encontró. El día antes de partir, cuando estaba preparando sopa de verduras, sintió que le acariciaba el pelo. Se giró sobresaltada y se quemó la mano izquierda. Tampoco la halló.

El mar mutaba de esmeralda a gris marengo al desembarcar en Illikitanos Limen. Era un puerto pequeño en comparación con los que ella estaba acostumbrada a visitar. Las únicas embarcaciones que permanecían amarradas en el pantalán consistían en media docena de botes dedicados a la pesca. Su llegada formó un gran revuelo entre los habitantes. Muchos de los cuales se acercaron a curiosear. Lais, con la luctuosa capa y lujosos ropajes ocultos bajo ella, se constituyó en el centro de atención. En otros tiempos

hubiera voceado a los entrometidos lugareños que no era un espectáculo, con el fin de que así dejaran de mirarla, pero Aspasia la instruyó para que se comportase de forma circunspecta y con gracia ante la adversidad. En las situaciones en que se obcecaba, ella le solía repetir el proverbio «lo bello es difícil».

Nada más desembarcar se sintió mareada y vomitó. Un muchacho se le acercó y le ofreció agua que ella inspeccionó con el fin de comprobar que no tenía olor ni color. La bebió no sin temor. Se acordó de su bienamada maestra, que tanto le había advertido en sus clases de medicina contra las aguas estancadas y de cómo purificarlas con fuego. La evocaba a cada momento. Su ausencia era palpable como la urna que portaba. Fue la persona que le enseñó a respetarse a sí misma y a tratar de comprender las fuerzas internas que impulsaban a cuantos la rodeaban. Cuando finalizara su misión tendría que buscar la forma de acostumbrarse a vivir sin ella.

Lais nació en Corinto y allí aprendió la base de su oficio. No recordaba a sus padres. Cuando todavía era un bebé fue ofrecida al templo de Afrodita con el propósito de convertirla en sacerdotisa. Ella no tuvo opción de elegir su futuro. Nació con las cartas marcadas. Aunque supo jugar bien las que le tocaron en suerte. En ese templo se practicaba la prostitución sagrada. Los hombres pagaban una costosa ofrenda por acostarse con una de las sacerdotisas. Era aún demasiado joven cuando un anciano se ofreció a pagar la cantidad de dinero más alta que se había obsequiado nunca a la diosa a cambio de sus favores carnales. Ella nació con la fortuna, o la desgracia, de haberse convertido en la joven más bella de la ciudad, y, al profesar el sacerdocio, no podía negarse a realizar coyunda si un hombre sufragaba la ofrenda suficiente. Pese a ser sacerdotisa, debido a las duras circunstancias que se vio obligada a vivir, se convirtió en escéptica por naturaleza. Una de sus bazas era la inteligencia, que explotó para conseguir que un rico comerciante la contratase como hetaira y la llevase a Atenas con él.

Al llegar a Atenas, se deshizo con astucia del comerciante. Le hizo creer que era él quien se había cansado de ella y se instaló de forma independiente. Comprobó que allí moraban hetairas muy bellas que, asimismo, dominaban la filosofía y la oratoria. Esas mujeres deslumbraban a los hombres no solo con su belleza, sino también con las palabras. Supo que Aspasia, que

era ya viuda, había fundado una academia para jóvenes mujeres. Se dirigió allí con la finalidad de adquirir los conocimientos que necesitaba para convertirse en la hetaira más cotizada de Grecia. La milesia la aceptó sin reparos al verse reflejada en ella: una joven extranjera, bella y lista, que trataba de hacerse un hueco en esa férrea sociedad ateniense. Trabaron una profunda amistad más allá de las clases que le impartió.

Tras su segundo año en la academia, Lais tuvo la fortuna de ser contratada por el filósofo más adinerado y famoso en su tiempo: Aristipo. Este la instruyó para que viviese el presente y disfrutase de cada momento. Le enseñó a identificar el bien con el placer, que era la máxima con la que aleccionaba a sus discípulos en la escuela que fundó de hedonismo. Aristipo la colmó de regalos y gozaba de su compañía siempre que tenían ocasión, sin importarle las críticas que generaba a su alrededor.

Los años no pasan en balde y la belleza de Lais había empezado a ajarse. Su último amante, Eubotas, quien era un deportista sin parangón, la había humillado ante todos después de declararle amor eterno y prometerle que marcharían juntos a Cirene cuando ganara las Olimpiadas. Él consiguió el oro olímpico al vencer en la carrera del estadio, pero lo único que llevó de ella a su ciudad fue su retrato.

El capitán del navío la acompañó a la posada. Portó el único bulto que ella embarcó. Lais andaba mirando alternativamente el suelo húmedo y la urna en sus manos. No era del tipo de persona que viaja ligera de equipaje. Los excesos y los placeres eran su forma de vida, en cambio, ahora todo aquello le sobraba. Dejó que el capitán tratara los precios con el posadero. Exangüe, no se encontró con ánimo para discutir con ese hombre gordo y sudoroso. Pese a que no hablaba su idioma, por los gestos, entendió que aquel despreciable ventero deseaba obtener grandes beneficios de esa inesperada huésped. Le entregó una bolsa de cuero al capitán, quien, tras examinar el contenido, este le arrojó con desprecio al obeso ventajista.

El capitán y Lais se acomodaron en habitaciones contiguas. Llegó la noche, pero no el sueño. Ella no bajó a cenar y él no quiso molestarla. Sentado sin compañía en una de las humildes mesas, dio buena cuenta del festín de caracoles y ostras que le sirvieron.

Al día siguiente tuvieron que desplazarse en carro hasta la cercana

demo de Hemeroscopio, donde localizaron a los artesanos y encontraron un escultor para su empresa. Lais le describió minuciosamente, tal y como venía especificado en la carta de Aspasia, el busto que deseaba que esculpiese con un hueco en la parte posterior para alojar las cenizas. Tan bien como supo, le detalló los rasgos de Aspasia para que él la representase en aquella piedra. El artesano era originario de Massalia, lo que simplificó bastante la tarea de confirmar que los detalles habían quedado claros, ya que ambos hablaban el mismo idioma.

Esa noche, en la modesta posada, ella estuvo recordando la única vez en que había tratado con Aspasia sobre las cuestiones referentes a los preparativos para su entierro. Curiosamente, dichas pautas en nada se asemejaban con las dispuestas en su carta. Su preceptora le comentó algo que le impactó por su total desconocimiento sobre el tema. Aspasia era una buena maestra, que aleccionaba a sus discípulas en todas las materias que ella conocía. «¿Por qué nunca le había explicado nada acerca de aquello?».

—Querida Lais —empezó a deslindar después de un largo rato contemplando el jardín—: he empezado a pensar en mi funeral.

—Maestra, por favor, ¿por qué caviláis sobre ello si gozáis de buena salud? Todavía falta mucho para que crucéis en la barca de Caronte la Laguna Estigia.

—Toda vida debe tener un fin y un final, y yo espero que con mi final también obre un fin.

Estaba acostumbrada a los juegos de palabras y acertijos que solía utilizar Aspasia. Había aprendido que, para ella, todas las palabras tenían un motivo y que este sería revelado en el curso de la conversación, así que continuó prestando atención. Ella prosiguió:

—En el cosmos todo es número y armonía.

—Recuerdo vuestras lecciones sobre Pitágoras, maestra, ¿qué relación tienen con vuestro funeral?

—Sostengo que, paralelamente a las enseñanzas pitagóricas, todo es materia y energía. Mantengo que ambos conceptos están relacionados, en nosotros y en el cosmos. La energía debe fluir. Si se estanca, al igual que le ocurre al agua y a los humores en el cuerpo, se altera su naturaleza e influye de manera negativa. No obstante lo cual, la energía contenida se puede purificar, al igual que el agua contaminada y la putrefacción en la carne. Mi destino final puede que sea el de convertirme en un filtro para la energía corrompida.

—No entiendo vuestras palabras. Son conceptos nuevos para mí — admitió Lais, que temió perderse en esa nueva lección.

—No hace falta que entiendas, tú escucha. Como en la música, no es necesario que conozcas las notas, únicamente siente la melodía. En un principio había pensado hacerme enterrar en Eleusis y servir de sello para Atenas, mas he cambiado de opinión después de conocer que los focenses descubrieron un lugar que necesita sellarse más que ningún otro.

En ese momento, Aspasia y Lais fueron interrumpidas. Lais le preguntó en varias ocasiones por la energía contenida y por esa nueva tierra que habían descubierto los focenses, pero su maestra no volvió a debatir sobre ese tema. Lais descubrió al leer la carta que, en lugar de explicárselo, se encargó de dejarlo por escrito.

Las instrucciones para su entierro eran muy concretas: La urna esculpida a su imagen, que contendría sus cenizas, debía enterrarse junto al templo de Artemisa de la *demo* de Hemeroscopio. Con el fin de perdurar en el tiempo, debía preservarse entre losas y cubrirse de arena. La ubicación debía ser precisa para contener la energía contenida en esa zona. La última voluntad de Aspasia fue que la escultura mirase hacia el mar. Se dispuso tal y como ella determinó.

CAPÍTULO XII + I

Bosque entre Éfeso y Mileto, siglo I.

Dios cuenta las lágrimas de las mujeres. Y así lo hizo con el mar que lloró Magdalena. La desdicha que padeció esa mujer no fue comparable a la de ninguna otra persona. Ella se enamoró y perdió a su marido, como tantas otras, pero en su caso, Él murió por salvar a la Humanidad al ser el hijo de Yahveh. Otro cualquiera ante esa tesitura habría permanecido con su familia, sin embargo, Él no era cualquier hombre.

Pese al avanzado estado de su embarazo, Magdalena acompañó a su esposo en todo momento cuando fue condenado a muerte. Durante la crucifixión permaneció al pie de la cruz. Corrió un gran peligro al no huir, como sí lo hicieron el resto de sus discípulos. Tuvo que escuchar y observar cada uno de los sufrimientos de Jesucristo hasta que su vida se desvaneció como la arena en el viento. Preparó el cuerpo para enterrarlo y bañó con sus lágrimas el cadáver de su marido. Al final, con todo el dolor de su corazón, le condujo a la fría y solitaria sepultura. Fue incapaz de separarse de Él porque su amor era puro y verdadero.

Tras la muerte de su esposo, se le volvió a romper el corazón al verse obligada a despedirse para siempre de sus amadas hijas. Aceptó que sus pequeñas gemelas de pocos meses partieran con José de Arimatea, el hermano pequeño del padre de su suegra y, en otro tiempo, también seguidor de su esposo. Confiaba ciegamente en su tío abuelo político, que le crio a Él como a un hijo. Eran unas bebés la última vez que abrazó a sus hijas. Fue la decisión más difícil que tuvo que tomar. No obstante, la consideró necesaria con el fin de salvar la vida de sus princesas. Al despedirse de ellas supo que no las volvería a ver en esta vida y, de esta forma, continuó vertiendo por los ojos el mar que el destino le tenía reservado.

Magdalena huyó de la persecución que sufrieron los discípulos de Jesús en Palestina. Sabía que en caso de no hacerlo, les matarían a todos. Eligió ocultarse cerca del lugar donde nació la que ella consideraba una maestra: en Mileto. Ahora vivía aislada en un bosque, junto a su suegra y a su

primo político Juan. Fijó su residencia en el lugar donde una leyenda contaba que a Aspasia le gustaba pasear con sus padres cuando era niña. Una vez allí, por medio de Juan, recibió una única epístola desde Provenza. José de Arimatea se había establecido allí con sus hijas. En ella, José informaba que las niñas se encontraban bien.

Su suegra, como siempre, la apoyó y ayudó en ese duro trance. Se negó en todo momento a dejarla sola en ese bosque. El resto de sus amigos se dispersaron con el objetivo de difundir la Buena Nueva por la faz de la Tierra. Aunque ella no podía arrancarse el pensamiento de que abandonaron a su marido cuando la cosa se puso fea. La noche antes de ser prendido, Él ya sabía lo que iba ocurrir y lo vaticinó con paz en sus palabras. El tío abuelo de su esposo les cedió un lugar para que cenaran todos juntos y, con sus propios oídos, ella escuchó como Él le decía a Pedro que esa misma noche le negaría tres veces. Pedro y todos los demás discípulos contestaron que jamás harían tal cosa, que preferirían morirían con Él a obrar de ese modo. En cambio, antes de que amaneciera, todos menos ella negaron conocerle y huyeron.

Cuando establecieron su nueva morada, ella dejó crecer su cabello hasta que le cubrió el cuerpo. Acabó desprendiéndose de la ropa. Tan solo vestía unos pendientes que no consideraba abalorios, sino amuletos y recordatorios. Vivía como anacoreta. Desdeñaba las necesidades de orden inferior y purificaba su espíritu mediante la abstinencia. Paseaba entre los árboles, escuchándolos hablar entre ellos, en busca del éxtasis místico, y rememoraba a su marido y a sus hijas. No añoraba al resto de personas, más bien sentía alivio al no verse obligada a tratar con nadie. Ese día evocaba aquel otro en que se conocieron. Echó la vista atrás y se le antojó que toda su vida la había conducido a ese momento.

Ella fue la primera hija del matrimonio. Su padre, un ilustre *rophe*, decidió llamarla Myriam, dado que deseaba que su primogénita siguiera sus pasos y fuera una eminente médica, pese a que solo estuviera capacitada para atender a mujeres. Todos la llamaban Magdalena al ser su nombre común y haber nacido en Magdala. Era la ciudad más importante de Galilea. Estaba situada en la costa y constituida como un importante núcleo comercial. Vivían en la plaza de la ciudad, entre la sinagoga principal y el puerto. La planta noble de la casa estaba dedicada a la medicina que con tanto esmero practicaba su padre y la planta superior se dedicaba a la vivienda familiar.

Su padre la instruyó en distintas lenguas: arameo a fin de que pudiera

conversar con los más humildes, latín que le permitiese relacionarse con los invasores romanos, griego con la intención de que fuera capaz de comprender los tratados importantes de sanación y hebreo al ser ellos judíos. Poseía una habilidad natural para los idiomas. Aprovechaba las visitas que realizaba con su padre a los barrios de tintoreros y pescadores para practicarlos, al entablar conversación con las personas que allí encontraba. A todos les resultaba encantadora esa niña pizpireta de cabellos rojos que hablaba con todos y sonreía siempre.

Con buen ánimo recibía a los que llegaban a su hogar para ser atendidos de las distintas dolencias. Lo primero que le enseñó su padre fue a recoger la información necesaria para emitir un diagnóstico. Todas las tardes ella se sentaba en la entrada de su casa y, antes de que pasaran a la consulta del *rophe*, les preguntaba por los síntomas, si los habían sufrido con anterioridad, las causas de la muerte de sus padres, si conocían a algún vecino enfermo aquejado de lo mismo, sus costumbres a la hora de comer, las veces que visitaban los baños y una larga lista más de preguntas que variaban en función de las respuestas que iban proporcionando. La única pregunta que formulaba su padre directamente a los pacientes varones era si visitaban casas de lenocinio.

Conforme transcurrieron los años, gracias a la habilidad de su padre por impartir de forma amena las lecciones, se fue interesando cada vez más por las prácticas de sanación y, en especial, por los preparados de aceites curativos, que acabaron siendo su especialidad. Tomó la costumbre de escaparse todas las mañanas que sus obligaciones se lo permitían a los muelles. Allí preguntaba a los mercaderes y marineros extranjeros sobre los ungüentos de sanación de sus lugares de origen y por las dolencias que habían sufrido a bordo durante el viaje. Le gustaba pasear cerca del puerto, donde olores y sonidos se engarzaban, como el mar de Galilea, en una orquesta sin fin. Por allí se movía todo el abanico humano que surge del dinero y el desarraigo.

Una de esas mañanas, la hija de un pescador, que era amiga suya, le contó que siete mujeres griegas se habían establecido en la parte más humilde del barrio. No se sabía bien a qué se dedicaban. Unos decían que eran brujas por su extraño aspecto foráneo y porque elaboraban pócimas. Otros que eran meretrices al no tener marido y recibir a hombres en su casa. Pese a que su padre le tenía prohibido visitar esa zona de la ciudad si no iba acompañada de

su aya, Magdalena siguió a su amiga y corrieron a verlas. Al contrario de lo que se rumoreaba, la mayoría de las personas que acudían a la choza eran mujeres, en lugar de hombres. Durante varias semanas anduvo por allí. Ignoraba que ella también estaba siendo observada. Reconoció a muchas de las mujeres que visitaban a las griegas: todas eran pacientes de su padre que ya no acudían a él.

Un Sabbath, la joven esposa de un rico mercader se puso de parto. Comprendió que no había nada que hacer cuando su padre la miró y, negando con la cabeza, dijo que el niño venía mal. Habían transcurrido muchas horas desde que la mujer había roto aguas y ya casi no tenía fuerzas para empujar. Las contracciones eran cada vez menos fuertes y más espaciadas. Su padre salió a hablar con el marido e intentó hacerle entender que tenía que despedirse de su mujer. Magdalena, durante la confusión que se generó tras la noticia, se sirvió del desconcierto para escapar de su casa y correr hasta la choza de las griegas.

Entró sin avisar, casi sin aliento, en la única habitación que constituía la vivienda. Las siete mujeres se encontraban solas, pero no parecieron sorprenderse con la irrupción. Entre jadeos les explicó que necesitaban su ayuda, si es que conocían alguna manera de salvar al bebé y a la madre. Con parsimonia ensayada, las siete mujeres se movieron por la estancia. Tomaron de los estantes los utensilios y brebajes que cada una creyó necesarios. A paso ligero, pero sin llegar a correr, siguieron a la chica hasta su casa. Anduvieron una detrás de otra en una ordenada fila.

Su padre no quiso dejarlas entrar. Su hija le habló con seguridad y le suplicó una oportunidad para ese niño que aún no había nacido y para esa mujer que no iba a poder contemplar la sonrisa de su bebé. Él era incapaz de negarle nada a su amada primogénita y ya más no se podía perder.

Las siete mujeres se repartieron alrededor de la parturienta, que ya no se movía. Sacaron frascos y cuencos donde aplastaron hierbas y mezclaron aceites. Se desplazaban por la sala sin molestarse entre ellas, de forma coordinada, como los dedos de una mano. Viéndolas actuar no se apreciaba si cantaban una letanía o si susurraban entre ellas. Finalmente, la más anciana tomó el cuenco donde habían vertido y mezclado varios mejunjes que ella desconocía, y untó la barriga, la vulva y la parte interna de los muslos de la mujer inerte. A los pocos minutos, las contracciones volvieron a aparecer y la mujer dilató lo suficiente para que, con ayuda del doctor, pudiera nacer un

varón. La joven madre tardó semanas en sanar, pero consiguió recuperarse. Al bebé no le quedaron secuelas por el difícil alumbramiento.

Desde ese día, Magdalena visitaba a diario a las extranjeras sin oposición de su padre, aunque con reticencias. La única condición que pudo imponer su madre fue que la acompañase su aya, Judith. Cada noche en la cena, su padre le preguntaba sobre los temas que había tratado con esas mujeres. Ella sabía que no podía contarle toda la verdad si quería seguir conservando el permiso para visitarlas.

La primera pregunta que les formuló, como adolescente curiosa que era, fue el porqué de no mudarse a una casa más grande en un barrio más tranquilo. Con el dinero que les había entregado el mercader por salvar a su mujer y a su primogénito, podían permitirse un sitio mejor donde vivir. Le explicaron que no buscaban riquezas en la vida, sino que lo único que perseguían era el conocimiento —*gnosis* en griego— introspectivo de lo divino. Para liberar el espíritu propugnaban un modo de vida ascético, por lo que los bienes materiales no constituían un objetivo en sus vidas, sino un obstáculo. Con la intención de que ella pudiera entenderlas, le prestaron un texto titulado *Eugnosto el Beato*. Lo leyó con avidez esa misma noche y al día siguiente volvió para comentarlo. Como ya había leído a Platón y a Sócrates, conocía tanto la teoría del dualismo entre la materia y el espíritu como que para acceder al conocimiento superior era necesaria la meditación. La mezcla de ideas de la filosofía griega con esas nuevas orientaciones no le resultó algo descabellado.

Al comprobar la inteligencia de esa muchacha y sus ansias de erudición, las griegas consideraron que podían iniciarla en el conocimiento que entre ellas compartían. Empezaron a hablarle del Gnosticismo, que no chocaba en exceso con sus preceptos religiosos.

Con anterioridad, las siete mujeres habían recorrido Judea y no fueron precisamente bien recibidas. Era una zona de semitas ortodoxos y tradicionales. Sin embargo, Galilea, al mantener comercio marítimo, se encontraba más abierta a otras influencias culturales y religiosas, lo que propició que las siete griegas se instalaran allí sin que los habitantes del lugar les creasen problemas. Los hebreos de esa zona, como Magdalena y su familia, vivían su fe de una forma más relajada. Los habitantes de Judea, de forma despectiva, solían afirmar que Galilea era un conjunto de ciudades de gentiles.

El Gnosticismo abrió una ventana en su mente lúcida y romántica, que le permitió imaginar un mundo pleno de felicidad donde la gente se liberaba de los deseos materiales y entraba en comunión con su parte espiritual. Le maravilló la idea de que el Creador viviese dentro de cada una de las personas, ella lo percibía así. Sintió como cierto que el conocimiento de algunas verdades trascendentes llevaba a la salvación. Entendió que no a todas las personas se les podía descubrir ciertas doctrinas secretas, porque no se encontraban en el momento de entenderlas, puesto que la revelación llegaba en un instante preciso de la vida de cada uno. Con total nitidez vislumbró que la perdición se hallaba atada a la materia y la salvación a lo espiritual. El alma de cada persona es la parte divina que vive en nosotros y solo a través de la conciencia de nuestro carácter divino es capaz de liberarse y salvarse.

Durante varias semanas, las mujeres mantuvieron largas conversaciones con la muchacha, que bebía de su conocimiento como un pajarillo de un río. Mientras hablaba con ellas en la choza, también aprendía cómo elaboraban remedios. Algunos se asemejaban a los preparados que había visto realizar a su padre; sin embargo, otros, pese a que mantenían el mismo espíritu curativo, se encontraban adaptados a otras hierbas, aguas y tierras. Unos cuantos le resultaron inexplicables, no porque las mujeres invocaran espíritus ni realizaran rituales extraños, sino por los sorprendentes resultados.

Tan cegada se vio por los conocimientos místicos, que durante mucho tiempo se olvidó de los emplastos y fórmulas que las veía obrar. Ellas no le explicaban nada por lo cual no se hubiera interesado, así que una tarde se decidió a indagar sobre sus técnicas medicinales yendo directamente al origen:

—Llevo observándoos desde hace tiempo y me resultan sorprendentes vuestros resultados. Mi padre es un hombre dedicado a la sanación, pero no obra tantas curaciones o, por lo menos, los pacientes le visitan un mayor número de veces hasta obtenerla. Siento curiosidad. ¿Dónde adquiristeis estos conocimientos en las artes curativas? —preguntó tras un largo rato mirándolas faenar en silencio.

Se miraron entre sí como si hubieran estado esperando que ese día llegara. Soltaron lo que tenían entre las manos y se sentaron en círculo junto a ella.

—Una maestra nos legó los conocimientos necesarios a fin de curar y

salvarnos.

—¿Dónde vive?

—Hace tiempo que ya no habita entre nosotros —contestó otra.

—¿Cómo se llamaba?

—Aspasia de Mileto—intervino la tercera.

—¿Conserváis textos con su ciencia?

—Sí —explicó la mayor de las siete—, poseemos parte de su sabiduría almacenada en textos que escribió ella y otra parte mediante tablillas que fue recogiendo de otros sanadores.

—¿Puedo verlos? —preguntó con curiosidad Magdalena.

—Sí —añadió la más anciana—, y hemos considerado que como iniciada mereces un obsequio; empero, únicamente podrás poseer uno. Escoge con sabiduría y según te dicte tu intuición.

Se levantaron una detrás de otra. Ella las siguió hasta la parte más oscura de la estancia. Detrás de unas telas colgadas en la pared, se ocultaba una hornacina. Allí se apilaban papiros enrollados y tablillas, que Magdalena observó con calma. Acarició y hojeó algunos de ellos. Señaló una tablilla, cosa que hizo gritar a dos de ellas, otra dio un paso atrás y la más anciana levantó la vista y pronunció unas palabras inaudibles.

—¿Estás segura de tu elección? —inquirió de forma agresiva.

—Sí —afirmó ella con serenidad.

Magdalena no entendió la repercusión que ese acto tenía ni la extraña reacción de las mujeres, que ya no la sorprendía por ser habitual la extravagancia en ellas.

Seis de las griegas empezaron a emitir gritos guturales agitando la lengua dentro de sus bocas. La mayor de las helenas tomó la tablilla con ambas manos y se la entregó a la iniciada. Ella desconocía la causa de su singular comportamiento, aun cuando entonces ya advirtió que ese acto había sido importante.

—¿Qué debo saber del conocimiento aquí recogido?

—Ninguna de nosotras hemos probado esta fórmula, por lo que no podemos afirmar que funcione; sin embargo, las palabras de nuestra maestra nunca han sido erróneas. Se sabe que dijo que aquella mujer de cabellos de fuego que tomase la pócima mágica y realizase coyunda con su amado sufriría todo el dolor del mundo.

—¿Y al amado? —añadió después de una pausa Magdalena—. ¿Qué le

ocurriría?

—Su mente sería iluminada por la más potente de las luces. Sería capaz de entenderlo todo y a todos como en una epifanía. No le quedarían secretos por descubrir de los que alberga la razón.

—¿Es difícil obtener los ingredientes necesarios o preparar la poción?

—No en exceso para una iniciada como tú.

—Yo todavía no tengo marido —objetó ella algo confundida—. No he amado a ningún hombre.

—Deberás esperar entonces, si es que algún día decides efectuarla. Por más que no te recomendamos que lo hagas, a no ser que tengas una razón de peso para ese sufrimiento.

—Vosotras decís que, mediante la mortificación, a través del padecimiento de la carne, se contribuye a liberar el espíritu.

—El castigo que sufrirías no sería físico. Tu alma aún se encuentra tierna para portar esa pesada carga.

Magdalena se llevó la tablilla a casa. La guardó junto a su cama y desde entonces la leyó todas las noches antes de dormir, hasta memorizarla de principio a fin.

Con la rapidez del líquido que se vierte, por la ciudad corrió el rumor de la existencia de un nuevo profeta. Estaba dotado de una personalidad carismática, de tal magnitud, que dejaba la impronta de una bola de fuego en la gente que le conocía. Decían que se había asentado hacía poco en Cafarnaúm, que distaba tan solo cinco kilómetros de Magdala. Contaban que había nacido en Belén y que recorría Israel con un grupo de seguidores que cada día aumentaba en número. Todo el mundo hablaba de Él. Se llamaba Jesús de Nazaret. Afirmaban que realizaba milagros y que con su oratoria convencía y emocionaba a quienes le escuchaban. Era un revolucionario de las ideas. Introdujo nuevos conceptos que hasta ese momento nunca habían sido oídos. Relataban de Él que prometía el reino de los cielos tanto a judíos como a gentiles. Trataba a todas las personas por igual. Tan era así, que incluso había curado al criado de un soldado romano, sin importarle su origen o religión. Daba el mismo trato a hombres y a mujeres, a ricos y a pobres, y proclamaba el amor incondicional al prójimo. Hablaba para todo aquel que quisiera prestarle atención. Había demostrado ser un gran conocedor de las Sagradas

Escrituras y decían que se había enfrentado a los miembros del Sanedrín llamándoles «hipócritas», pues pese a representar la más alta jerarquía religiosa, aseguraba que actuaban con indignidad.

Magdalena deseó conocerle desde el primer instante que oyó hablar de Él. Sabía que su padre no aprobaba ese tipo de conductas, así que tramó una artimaña con el fin de conseguir su objetivo. Una noche durante la cena informó a su familia que un médico, lo cual no consistía una falsedad puesto que sanaba a quienes se lo demandaban, venido de lejanas tierras se encontraba en una ciudad vecina y que sus amigas griegas irían pronto a visitarle. El padre le negó con rotundidad la posibilidad de viajar sin la compañía de un varón. Suplicó con lágrimas sinceras y su padre, tras obtener una señal de aquiescencia de su esposa, accedió. Impuso la condición de que las acompañase un mercader amigo de la familia que debía emprender viaje a Cafarnaúm, junto con su inseparable aya.

Le resultó fácil convencer a las griegas para que viajasen a la ciudad vecina con el fin de conocer al nuevo profeta. Les transmitió las palabras que Él había pronunciado: el amor al prójimo, el autoconocimiento y la liberación de la carga que suponía la materia. De este modo se permitía que las almas se salvaran por sí mismas.

Las griegas viajaron a pie detrás el carro que portaba a Magdalena, a Judith, al comerciante y a las telas de colores que él transportaba para venderlas en la ciudad vecina. Llegaron antes de la hora de comer a Cafarnaúm, donde preguntaron por Él. Les informaron que se encontraba en un monte cercano impartiendo uno de sus habituales sermones. Magdalena convino con el mercader en que antes de la puesta del sol estaría de regreso en la plaza, desde donde volverían juntos a Magdala.

Cuando ascendieron la ladera del monte que les habían indicado, Él comenzaba a dirigir sus palabras a la multitud allí agolpada. Ante su imponente presencia, un sentimiento inconmensurable la asaltó nada más verle. Emanaba una luz dorada, o así lo percibió Magdalena, y poseía una voz grave y serena con la que hablaba de forma pausada y firme a los que con atención le escuchaban. En su cabello y en sus palabras se reflejaba el sol, aportándoles fulgor y belleza. Le oyeron hablar durante horas sin percatarse del tiempo transcurrido. Cuando finalizó, su aya y ella lloraron abrazadas y sobrecogidas.

—Vamos a conocerle —anunció Magdalena y se dirigió decidida hacia donde Jesús se encontraba.

Dejó atrás a sus acompañantes y siguió caminando atraída de forma inexorable hacia Él, como una polilla hacia la luz, como un metal hacia el imán, como una abeja a la flor. Cuando estuvo tan cerca que casi podía tocarle, Jesús la miró y Magdalena creyó que era capaz de oír sus desbocados latidos. Sintió vergüenza, pero Él le sonrió y el corazón de Magdalena se llenó de pétalos fragantes. Con un simple gesto, Jesucristo consiguió que ese sentimiento turbador no volviera a aparecer en su mente y que la paz reinase para siempre en su alma.

La muchedumbre se apiñaba tratando de acercarse a Él. Las griegas no consiguieron aproximarse y comenzaron a formular al unísono y a voces, en un idioma desconocido para esas gentes, la infinidad de preguntas que palpitaban en sus cerebros. Los seguidores de Jesús observaron a esas mujeres de extraña apariencia que proferían gritos al Mesías y algunos lo tomaron como una ofensa, mientras que otros consideraron que se encontraban poseídas. Algunos hombres se agacharon para coger piedras y tirárselas. Él lo impidió y les indicó que se fueran en paz. Magdalena le miraba arrobada. Posteriormente, Jesús, que tenía por costumbre utilizar parábolas al hablar, le dijo que había expulsado a siete demonios de su vida.

Ella se consideró su discípula desde ese mismo instante. Le preguntó si tenía intención de predicar en Magdala, a lo que Él le respondió que, al contrario que el resto de los *rabbí*, su propósito era el de hablar y curar a cuantas personas pudiera. Recorrería con este fin todas las ciudades que fuera necesario. Magdalena le dijo que, si visitaba su ciudad, con gusto les alojaría a Él y a sus seguidores en su hogar. Le dio el nombre de su padre para que pudieran encontrar la vivienda. Después de la invitación se despidieron. En sus ojos vio las estrellas y las mareas girando alrededor de ella. En esa mirada observó el amor en estado puro, como si fuera parte de la materia. Ninguna otra mujer podía haber experimentado una sensación similar.

Volvieron a la plaza y no encontraron a las siete helenas por ningún sitio, así que supusieron que habían vuelto a Magdala. Como había prometido a su padre, al caer el día volvió a casa acompañada de su aya y del mercader. Durante el trayecto miró al cielo para poder volver a contemplar sus ojos. Se notaba trastornada y nerviosa, pero también más feliz de lo que había estado en toda su vida. Ilusionada y enamorada, aquella noche no fue capaz de conciliar el sueño pensando en Él.

A la mañana siguiente, anduvo, sumida en sus ensoñaciones, hasta la chabola

que las siete griegas compartían. Su sorpresa fue mayúscula al descubrir que se hallaba vacía. Una vecina le contó que habían partido al amanecer. Dejaron una cajita para ella. En el interior encontró unos pendientes de coral rojo en forma de puño y una nota que rezaba: «Póntelos, te protegerán, fueron de Aspasia. Con nuestro proceder ante el Mesías hemos logrado nuestra misión: empujarte a los brazos de tu destino». Desde aquel día siempre los llevó consigo.

No recordaba el número de noches que llevaba durmiendo al raso, así que supuso que eran ya demasiadas. Decidió ir a la cabaña a visitar a su madre y a su primo políticos. La recibieron con gran alegría, aunque en sus rostros se reflejaba la preocupación por su extrema delgadez. Su suegra le puso un mantón tejido por ella misma sobre los hombros; la quería como a una hija y temía por su bienestar. El tiempo en el bosque transcurría a un ritmo diferente que en el resto del mundo, o así se le antojaba a Magdalena, para quien días y noches se solapaban, y acercaban las semanas y las estaciones entre sí. No fue consciente del mes en el que se encontraba hasta que fue informada por su madre política. Al reparar en los huevos pintados sobre la mesa, supo que se aproximaba la Pascua. A su suegra le aliviaba ese ritual, que aproximaba el amor de su hijo hasta su corazón. Magdalena nunca le expresó el dolor que le producía. La mañana del aniversario, María despertaba a todos con la consigna «¡Cristo ha resucitado!», a la vez que cantaba y bailaba. Juan acompañaba en la fiesta a su tía, en tanto que Magdalena intentaba disimular su negra pena.

Recordaba como si fuera ayer cuando se desposaron. Su dicha y la de su familia no podía ser mayor. Desde ese día, ella dejó de llamarle *Rabbí*, como todos tenían por costumbre, para llamarle *Rabboni* que significaba ‘mi Maestro’. Era la única que se refería así a Él. El pueblo de Magdala, como regalo de bodas al *Rabbí* que había predicado en la zona durante meses, mandó tallar una mesa de oración para colocarla en la sinagoga y que así todos le recordaran en sus oraciones. Debido a que por su genealogía Jesucristo era descendiente del rey David, padre del rey Salomón, la mesa se talló como representación del Templo de Jerusalén, construido por este.

Pese al amor y respeto que siempre demostró hacia su esposo, había discípulos que manifestaban inquina hacia Magdalena. Ella consideraba que

no había cometido pecado alguno. No tuvo la culpa de nacer en una buena casa, donde pudieron aportarle una buena educación. Sin embargo, algunos discípulos se sentían humillados en su presencia, al ser analfabetos a los que el *Rabbi* hablaba con ejemplos para que le entendieran. Cuando el embarazo comenzó a resultar notorio, incluso su querido Simón pasó a tratarla algo peor por los celos que albergaba en el corazón.

Tras la detención de su marido, todos los que afirmaron ser sus amigos y discípulos huyeron o negaron conocerle. Únicamente tres mujeres desafiaron al poder y arriesgaron las vidas por permanecer al pie de la cruz. No concebían dejar solo a su querido Jesús en las que ellas creyeron que serían sus últimas horas en este mundo. Magdalena había utilizado un par veces el elixir que le entregaron las siete griegas con su esposo con el propósito de otorgarle el poder que prometía la poción. Al comprobar que en poco o en nada le afectó a Él y que en ella los efectos eran devastadores al sentir en su mente todo el dolor que padecían las personas de este mundo, decidió no volver a realizarlo. Ese funesto día, resolvió darle otro uso: se untó con él su cuerpo mientras pensaba: «Todo lo que tú sientas, lo sentiré yo. Nunca te dejaré solo». Se encontraba en un avanzado estado de gestación y por culpa del padecimiento sufrido ese día se le adelantó el parto más de un mes. Providencialmente, las niñas crecieron sanas.

Durante la comida, en la chabola perdida en mitad del bosque, Magdalena les reveló el motivo de su visita. Les anunció que intuía que su fin se aproximaba, hecho que no le apenaba, por lo que ellos tampoco debían entristecerse. Se sentía feliz de poder reunirse al fin con su amado esposo. Su último deseo era que sus restos mortales no fueran profanados por saqueadores o enemigos. Le explicó a Juan que había dejado instrucciones precisas para su entierro en una carta que le entregó.

—Debes partir cuanto antes —le rogó—, no me queda mucho tiempo. Necesito que vayas en busca de Pablo y le entregues esta misiva. Tú deberás quedarte con tu tía cuando yo me haya ido, por lo que no podrás cumplir con el encargo que en esta epístola escribo.

Al día siguiente, Juan se puso en camino en busca de su amigo, al que hacía años que no veía, pero de quien conocía su ubicación aproximada. La semana anterior tuvo que desplazarse hasta la cercana Éfeso con el fin de proveerse de

unas herramientas que necesitaban. Cuando paseaba por la calle de los herreros oyó decir a dos mujeres que hablaban a voces y llevaban ropas más coloridas que tupidas, que uno que se hacía llamar Apóstol Pablo andaba revolucionando la ciudad. Según contaban, llevaba un par de años predicando en Éfeso y ahora estaba teniendo problemas con Demetrio, el representante de los comerciantes que vendían estatuillas en honor de Artemisa. Pablo proclamaba que constituía un pecado venerar imágenes y mucho peor era el realizarlas de dioses paganos. Los comerciantes de estatuillas se estaban agrupando, animados por las pérdidas económicas que ese «charlatán» les estaba ocasionando.

La mañana en que Juan llegó a Éfeso en busca de su amigo, se había generado un tumulto que amenazaba con matar a Pablo. Fue providencial la llegada de Juan, quien le escondió en el carro y así pudieron salir de la ciudad, por el camino de Mileto, hasta llegar a la cabaña que compartía con su tía y su prima política. Ambos charlaron animosos durante el trayecto. Se contaron las nuevas que había en sus vidas y debatieron las formas de superar las dificultades que encontraba el cristianismo en un ambiente licencioso y frívolo, como había en las ciudades donde predicaban.

Regresaron a la chabola en el bosque de Mileto. María velaba el cuerpo sin vida de su nuera. Le había colocado un sudario blanco y lloraba desconsolada a los pies del lecho. Juan se sentó junto a su tía, la abrazó y lloraron juntos. Pablo permaneció en un rincón.

Cuando las primeras luces señalaron la presencia del alba, Pablo se dirigió a un claro cercano. Hasta ese momento no había reunido el valor suficiente para leer la epístola que guardaba en el zurrón.

«Querido Saulo de Tarso:

Gracias por venir en mi ayuda. Apelando a la dicha que nuestro amado Mesías nos otorgó, te ruego atiendas mi último deseo: Quiero que traslades mis restos a un lugar concreto y, una vez allí, me des sepultura. Espero que en ese lejano territorio nuestros enemigos no alcancen a encontrarme y, otrosí, sirva para que el Mal no pueda reinar en este mundo. Deberás cruzar el *Mare Internum* hasta llegar a la costa oriental de Hispania. La isla de Planesia te servirá de referencia para encontrar las marismas saladas que hay frente a su costa. Remonta el río que desemboca en ellas y busca un monte desde el que tenga

una bonita vista del valle cercano a la ciudad de Ilici. La barrera natural de sal me protegerá de lo invisible y mis pendientes rojos, junto con mi propio cuerpo, servirán de doble cerradura, unidos con los restos que ya reposan allí de una amada maestra para mí. Te ruego que no olvides colocar mis abalorios en forma de puños en mi sepultura. Espero así conseguir clausurar la puerta al Mal. Lamento no disponer del tiempo suficiente, mi querido Saulo, para explicarte en detalle los fundamentos de mis solicitudes. Por lo que te ruego que confíes en mí.

En sueños me encuentro con mi esposo. Fue en uno de ellos donde me relató una historia que solo tú y él conocíais: Cuando te dirigías a Damasco, con el fin de encontrar los apoyos necesarios para llevarnos a todos presos hasta Jerusalén; una luz te cegó y caíste al suelo. Escuchaste la voz de mi marido que te inquirió por el motivo que te mantenía obcecado en perseguirnos. Te ordenó levantarte, entrar en la ciudad y que, más adelante, te encomendaría una misión vital. Aunque muchas veces oraste preguntando por tu empresa, Él te repetía que lo sabrías en su debido momento. Por fin te voy a liberar de tu lastre. Tu misión es esta, querido Saulo, debes custodiar mis restos para que reposen en paz».

Incineraron a Magdalena en ese bosque que tanta paz le había proporcionado. Pablo recogió las cenizas, los pequeños trozos de huesos que quedaron y los pendientes de coral rojo en forma de puños; y los introdujo en una cajita de madera de poca densidad, que luego selló con resina para proteger el contenido en el largo viaje. Se colgó del cuello aquel objeto y partió en busca de su destino.

No le fue fácil cumplir su objetivo. Aunque tardó años en lograrlo, consiguió culminarlo con éxito. Casi al principio del viaje, en Cesarea, fue capturado por el procónsul romano Félix, quien decidió conducirlo a Roma para que los tribunales de Nerón le juzgaran por ser seguidor de Cristo. Durante el viaje marítimo naufragaron y se salvaron de modo milagroso. Una vez en Roma, fue llevado en presencia del emperador, con quien mantuvo varias largas y provechosas conversaciones. Se trataba de un hombre irracional, mas no por ello carente de lógica. Pablo admitió profesar el cristianismo y, pese a la férrea persecución que llevaba a cabo el emperador contra ellos, no fue condenado a muerte gracias a la sinceridad, oratoria y sabiduría que le mostró

que poseía. Nerón quedó maravillado con ese hombre, que de inmediato consideró que debía ser su consejero. Ordenó que dispusieran una vivienda para él en la ciudad, que permanecería vigilada, empero de la que Pablo podría entrar y salir con libertad.

La sensatez anidaba en Pablo y sabía que no debía romper la fina capa que separaba a Nerón de la locura con palabras que no fuesen de su agrado. Desde el año 61 hasta el 63, vivió en paz en la casa que su anfitrión y captor le había proporcionado. Acudía a palacio cada vez que el emperador requería su presencia. Le aconsejaba y trataba de ayudarlo en lo que podía.

Una tarde en la que Pablo observó que el emperador se encontraba más benevolente de lo que solía ser habitual, le convenció de que necesitaba viajar al este de Hispania. Con la condición de regresar, este le permitió abandonar Roma sin custodia, tan solo bajo la promesa de retornar.

Nerón puso a su disposición un pequeño navío con la tripulación justa, que gobernó la embarcación según las indicaciones que les facilitó Pablo. Al término del viaje, no fueron capaces de evitar un islote y naufragaron en la isla de Planesia, situada a pocos kilómetros de la costa a la que se dirigía.

Unos pescadores les ayudaron a alcanzar tierra firme. Pablo remontó el río que desembocaba frente a las costas de aquella isla y trató de hallar la mejor localización para los restos que continuaba portando al cuello. Con las indicaciones poco precisas de las que disponía, dudó en varias ocasiones del lugar exacto donde debía enterrar aquella valiosa caja. Concluyó que, si la ubicación hubiese sido determinante, una mujer tan sabia como Magdalena le hubiera proporcionado indicaciones más precisas. Oró para ser digno merecedor de la misión que estaba obrando y para ser guiado al lugar correcto. Anduvo errante y, cuando divisó un cerro que ofrecía unas bonitas vistas del valle, ascendió hasta la cumbre y allí cavó con las manos un profundo foso donde la sepultó. Describió el lugar exacto en una epístola que envió a su amigo Juan, aunque nunca supo si ese mensaje llegó o no a sus manos, al encomendarle la entrega a un comerciante que encontró en un puerto cercano. Le entregó la carta, unas monedas y rezó por él.

Tras finalizar su misión, sabía que sus días estaban contados. Nerón le haría apresar y moriría torturado en Roma cuando el emperador advirtiera que no poseía el filtro que le había prometido. Ese era su camino y no tenía intención de evadir su destino. Decidió utilizar el escaso tiempo que le quedaba de la mejor manera que podía: predicando. Viajó desde el monte donde enterró a

María Magdalena, siguiendo la costa hacia el norte, y transmitió a gentiles y judíos, a todo aquel que quiso escucharle, la historia más esperanzadora que nadie jamás había narrado.

CAPÍTULO XIV

Novelda, principios del siglo XIV.

Arnau y los cuatro jinetes que le acompañaban cruzaron las puertas de la fortaleza bien entrada la mañana. En cuanto puso un pie a tierra le informaron de que el rey se encontraba ausente y la reina había ordenado que acudiera presto a sus aposentos en cuanto llegara. Presumió que ella se encontraba afectada por alguna fiebre y se dirigió escaleras arriba como alma que lleva el diablo. Llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

—¿Majestad? —pronunció con temor al acceder a la cámara.

—Mi querido Arnau —contestó la reina. Se encontraba sentada frente al tocador, donde una doncella le cepillaba el cabello. Se levantó para recibirle—. ¿Cómo os encontráis?

—Majestad, yo estoy bien, temí por vuestra salud por la presteza al reclamar mi presencia —se interesó el médico después de realizar una genuflexión.

—Lamento si os he asustado, no era mi intención, mas el asunto es con certeza importante y urgente. Sentémonos, nos traerán vino y viandas, os encontraréis cansado tras el viaje.

Con un gesto de la cabeza, la reina indicó a una criada que les sirvieran.

—De buena tinta sé que vuestra majestad no me mandaría venir si no fuera primordial el asunto.

—Bien cierto es, mi buen Arnau.

Una vez que fueron servidos, la sirvienta se retiró caminando de espaldas. Dejó solos en la estancia a la reina y al galeno.

—No solo es transcendental, sino que también es necesario que guardéis secreto —anunció con solemnidad la reina.

—Me tenéis en ascuas y me sorprende que ambos deseemos tratar temas de igual cariz, mi señora.

—¿Habéis encontrado más ratas en el puerto con enfermedades desconocidas?

—No, mi reina, empero ese asunto no debería descuidarse. Estamos entrando en una época de años malos, escasas cosechas que llevarán al hambre y, por tanto, a la enfermedad. He observado ratas que arriban en los bajeles con bubones de aspecto negruzco que no presagian nada bueno.

—Me comentasteis con anterioridad este tema —le recordó la reina con palabras amables—, pero pese a mi desasosiego, desconozco cómo prevenir la aparición de desequilibrios entre los humores.

—Lamento insistir, majestad, pero si no somos capaces de proveer de suficiente comida y de inculcarle al pueblo que es necesario tomar baños de modo regular para mantener alejadas las infecciones; la única alternativa que nos queda es la de incrementar el número de depredadores de las ratas con el fin de evitar el crecimiento de la población. —Arnau realizó una pausa. Trataba de encontrar las palabras precisas que hiciesen cambiar de opinión a la reina—. Os imploro, mi señora, que consideréis no acabar con los gatos y escribáis un edicto ordenando a la población que tome baños con mayor asiduidad.

—Bien conocéis vos que la Santa Iglesia no ve con buenos ojos los baños públicos y también que ha ordenado sacrificar a todos los gatos del continente —respondió ella con paciencia, como una madre repitiéndole la lección a su hijo despistado—. No solo son animales diabólicos que acompañan a las brujas, sino que ellos mismos son portadores de enfermedades. Soy lega en ciencia, pero no en religión.

—Majestad, no pretendo contradecir al Santo Pontífice, pero yo soy físico y él no. No he encontrado gatos portadores de enfermedades, aun cuando sí matan a los roedores que son los que las transmiten. Y los baños pueden tomarse respetando las normas que dictan el pudor y las buenas costumbres.

—Mi bien querido Arnau, vos sabéis que mi esposo, el rey de Aragón, Sicilia, Valencia y conde de Barcelona, es quien debe tomar este tipo de decisiones y que jamás desobedecerá una orden papal.

—Bien lo sé, mi señora, no obstante, me veo en el deber de informaros, como reina que sois. Decidme, ¿en qué puedo ayudaros?

—Tengo una gran merced que solicitaros.

—Si está en mi mano, majestad, dadla por realizada.

—No os precipitéis. Soy conocedora de vuestra lealtad, no obstante, este favor va a suponer que dejéis todos vuestros asuntos durante años y os dediquéis a él en cuerpo y alma, por lo que entenderé si declináis agradecido

mi generosa oferta.

—Decidme, mi señora, ¿qué consideráis de tal importancia?

—Las reliquias de mi antecesora: santa María Magdalena. —Él se mantuvo en silencio, expectante. Esperó a que ella continuara—. Vos conocéis que mi familia nunca ocultó nuestros orígenes, dado que nos honran. Mi mayor tesoro son los pendientes de coral rojo con forma de puños que conseguí recuperar de su tumba y el colgante al cuello que porto. Como la Santa Iglesia ha prohibido las higas, no puedo lucirlos. No obstante, no me desprendo jamás del collar.

»Mi bisabuelo, el rey Luís, el León de Francia, fue algo indiscreto al proclamarlo, no obstante, es bien cierto lo que postuló. —Las palabras salieron orgullosas de su boca—. Mi padre, el rey Carlos II de Nápoles, fue el artífice del plan que ahora os voy a elucidar. En las tierras de Saint Maximin, del dominio de mi abuela, sabéis que ha hecho edificar una basílica sobre las ruinas de la cripta. Pues bien, ha anunciado que allí se encuentran las reliquias de nuestra santa antepasada.

—Lo sé, majestad. Decís que vuestro padre urdió un plan. ¿Es que acaso no se encuentran allí los restos de la santa? ¿O puede que vuestro padre estuviese en un error? Os pregunto esto porque mi entendimiento es incapaz de aceptar que vuestro padre dijese un embuste.

—No es un embuste, mi señor, es un ardid para confundir. Nuestros amigos comunes de la Orden del Temple han conocido la ubicación exacta desde hace centurias, mas hasta que el abuelo de mi esposo, el rey Jaime I, no reconquistó el castillo de La Mola con su inestimable ayuda, no hemos podido volver a acceder a este santo lugar.

—¿Queréis decir que los restos se encuentran aquí, mi señora?

—Así es, estimado Arnau. Mi casorio fue arreglado con el fin de que yo pudiera ser la reina de estas tierras. Por ello he insistido tanto en poseer el Señorío de Elche. Ahora podré disponer de ellas.

—No tengo palabras, majestad. —Mantuvo unos minutos de reflexivo silencio—. Tened por seguro que guardaré este testimonio con la mayor reserva. Bien sabéis la gran devoción que existe en mi casa por vuestra antecesora. Tanto es así, que mi hija María tomó los hábitos en el Convento de María Magdalena de Valencia hace años. Me honra vuestra confianza en mí. ¿Qué deseáis que haga al respecto?

—Como comprenderéis, esta nueva no puede compartirse con

cualquiera. Es primordial preservar el amparo de la santa. Os he elegido a vos porque gracias a nuestras conversaciones he podido comprender que vuestra fe es verdadera, no obstante, algo alejada de los cánones dictados por la Santa Iglesia. —Le sonrió con complicidad—. Y porque estoy segura de que sois capaz de llevar a buen término la empresa que os voy a encomendar, pese a que este no sea vuestro oficio.

—Decidme, alteza.

—Es necesario erigir una gran torre en este punto para que sirva de precinto sagrado. Sus restos mortales no pueden trasladarse. Ella eligió este lugar para ser enterrada no por casualidad, sino por el más significativo motivo que seáis capaz de imaginar. No seremos nosotros los que juzguemos su parecer. Y nuestro deber es asegurar la perpetuidad de su propósito.

—¿Sabéis, majestad, la razón de su elección?

—En parte, mi señor. Los caballeros templarios me han comunicado que es de vital importancia sellar esta zona con el fin de evitar que la energía se estanque, como los humores en el cuerpo. Como bien sabéis, nuestros amigos utilizan péndulos para localizar corrientes de energía y de agua bajo el suelo, aunque no es muy conocido ya que la Santa Iglesia no ve esta práctica con buenos ojos. Pues bien, al utilizar los péndulos van marcando los lugares con energías relevantes. Así es como confirmaron que donde ahora nos hallamos es un lugar capital con fuertes corrientes que fluyen bajo nuestros pies.

—En la facultad de Teología de la Sorbona trabé grandes amistades entre los caballeros templarios. Tuve la oportunidad de debatir a fondo temas sagrados y no pondré en duda sus conocimientos tanto mágicos como místicos. ¿Qué tipo de torre es necesario construir?

—No me facilitaron información al respecto. Expresaron su confianza en vos. Afirmaron que vos sabríais obrar bien, cuando les comuniqué mi intención de encargáros la construcción.

—¿Qué montante alcanza la partida para los costes, majestad?

—Ilimitado, con una única condición. Como ya os he explicado, hemos de guardar la más absoluta discreción, así que no ha de quedar por escrito ninguna mención a la misma.

—¿Cómo vais a gastar tal fortuna de los fondos de la Corona de Aragón sin dejar escrito su fin, mi reina?

—Es sencillo, Arnau: no utilizaremos el caudal de mi esposo. Mi

padre me ha proporcionado el oro suficiente para construir la atalaya.

Arnau se puso en pie, sujetó las manos por detrás de la espalda y comenzó a pasear por la estancia, cabizbajo y recogido en sí mismo. La reina permaneció sentada a la mesa. Dio buena cuenta de las viandas que allí aguardaban. Después de no más de cien pasos, Arnau levantó la cabeza y volvió a acomodarse junto a la reina.

—¿Os agrada la forma del triángulo perfecto, alteza?

—Me sorprendéis, mi señor. Di por seguro que elegiríais la forma octogonal, como es costumbre por los caballeros templarios a la hora de erigir los templos, debido a que lo consideran el polígono perfecto, según tengo entendido.

—Debatimos largo y tendido durante mi estancia en la Sorbona a cerca de los símbolos que tanta devoción despiertan en nuestros amigos, como vos les llamáis, alteza. Me mostraron una copia que atesoran en secreto del Evangelio de San Felipe, del cual memoricé los siguientes versículos de tanto releerlos: «La Verdad no viene a este mundo en forma pura, sino en símbolos e imágenes. Es imposible transmitirla de otra manera». Según me desvelaron ellos mismos, mi señora, esta es la causa del fervor que sienten hacia los símbolos: Porque son los que desvelan la Verdad. El que está predispuesto al entendimiento, al encontrar los símbolos, los entenderá.

—¿Y qué verdad reside en el triángulo, maestro?

—Al igual que la Cruz de las Ocho Beatitudes la utilizan los caballeros del Temple para marcar las construcciones sagradas, motivo por el cual los templos tienen forma octogonal, alteza. La cruz de tau, de tres puntas, la utilizan para marcar lo Sagrado Femenino, por lo que considero conveniente la forma del triángulo más que nunca en esta edificación.

—Tengo conocimiento de la cruz de tau por las Sagradas Escrituras, mi buen amigo, en las que se indica que será el sello de los elegidos. ¿Conocéis vos el origen de esta cruz?

—Mi reina, ni los propios caballeros templarios lo conocen. Se remonta a tiempos inmemoriales.

—¿No resultará en exceso llamativo, mi señor? ¿Conocéis acaso alguna torre con forma triangular?

—No, majestad, no conozco de su existencia. Ahora bien, no buscamos lo tradicional, ¿no creéis? Un triángulo equilátero será la forma de la planta, si os place.

—¿Cuándo comenzarán las obras?

—Mañana mismo, alteza, contrataré a los carpinteros y a los picapedreros.

—Nos place, que así sea. Vos también deseabais contarme algo de suma importancia. ¿No es así?

—Sí, mi señora, deseo confiaros un secreto. La Santa Inquisición no aprobaría lo que os voy a relatar...

—Como tantos de vuestros métodos, mi señor —le cortó la reina. Ambos rieron.

—Sabed que el fin es bueno, majestad.

—No lo dudo, Arnau.

—Mantengo correspondencia con varios *hakim* del Al Ándalus, los cuales me han hecho llegar nuevas fórmulas magistrales, que he probado y comprobado su destreza en el arte de sanar. La última que he traducido no es sanadora: es un elixir poderoso, mi señora. Lo que llamó mi atención en primer lugar fue que estaba escrito en un papiro que había sido utilizado para envolver las recetas que me enviaban, como si hubiera llegado a mis manos por casualidad o como si quisieran que pasara desapercibido.

—¿Un elixir decís? —La reina mostraba más atención de la que cabría esperar.

Arnau intuyó que existía algún fundamento para su interés.

—Debéis saber, alteza, que hace años que investigo grimorios en busca de fórmulas curativas, por lo que poseo amplios conocimientos sobre el tema. Tanto es así, que conseguí un ejemplar en árabe, guardado en la Escuela de Traductores de Toledo, de un texto denominado *Ghāyat al-Hakīm*, con la intención de traducirlo por mí mismo. El título lo traduje como ‘La meta del sabio’ y, del contenido, prefiero no daros detalles. Tan solo os diré que me ayudó a alcanzar la cumbre de mi conocimiento sobre brebajes. *Elixir de amor y sapiencia* reza el encabezamiento de la pócima que llegó a mis manos por otros cauces. Cuando le pregunté al maestro que me envió las recetas por el contenido del papiro que las envolvía, este negó conocer lo que allí se hallaba.

Extrajo del maletín un pergamino enrollado que extendió sobre la mesa. La reina no comprendía una palabra de árabe, pero de un primer vistazo localizó el símbolo de la higa dibujado al final del mismo.

Blanca se levantó con rapidez, recorrió en cuatro pasos la distancia que les

separaba de la puerta de la cámara y la abrió de golpe. Los soldados que montaban guardia allí se sobresaltaron y la observaron con curiosidad. Ella volvió a cerrar la puerta al comprobar que nadie se ocultaba detrás la misma con intención de escuchar la conversación. Se dirigió hasta Arnau y le tomó las manos.

—Es providencial, mi señor, solo el cielo es capaz de obrar este milagro. Vayamos a los reclinatorios, es momento de orar.

Él no la contradijo. La reina era una mujer muy piadosa, pero no entendía su reacción inesperada ante el manuscrito. Tras el amén, se volvieron a sentar a la mesa. La reina lloraba en silencio.

—Majestad, ¿qué tenéis?

Ella se desabrochó el collar de coral que colgaba de su cuello y lo posó con suavidad sobre la mesa. Abrió el camafeo que decía contener la lengua de la María Magdalena y en él observó un retal de seda que envolvía un papiro.

—Afirmo portar la lengua de la santa como reliquia, puesto que llevo sus palabras conmigo. De su puño y letra me aseguraron que fueron escritas.

Desplegó el pequeño papiro y leyó el contenido en sánscrito: «Encontrad y esconded el elixir de amor y sapiencia. Provee demasiado sufrimiento a las mujeres». Él no daba crédito a lo que veían sus ojos. No podía entender cómo estaban relacionados ambos sucesos.

—¡Es obra de Dios nuestro Señor! ¡Oh, majestad!

—Recordad que vuestras palabras no deben traspasar estos muros, mi buen Arnau —le indicó la reina con la intención de que bajara la voz—. Veo que no habéis prestado atención al dibujo de la higa: un puño con el dedo pulgar asomado entre el índice y el corazón —añadió ella mientras señalaba el final del papiro que el galeno había traído consigo.

Él abrió la boca sin emitir sonido alguno. Los árabes tenían por costumbre incluir símbolos como firma u ornamento al final de las epístolas, por lo que Arnau no solía prestar demasiada atención a lo que aparecía después del texto. Se sintió contrariado por no percatarse de un hecho tan relevante.

—Contadme, ¿lo habéis probado? —inquirió la reina con curiosidad.

—Sí, mi señora, hace ya un par de semanas.

—¿Y bien? —preguntó con impaciencia.

—Es difícil describirlo con palabras, majestad. El filtro consiste en la mezcla de varias hierbas con dos metales, no os aburriré con esos detalles. Debe

beberlo una mujer de cabellos rojos, como por fortuna posee mi señora y vos misma...

—Mi bisabuelo decía que la santa también había sido besada por el fuego, mi señor —añadió ella.

—Desconocía ese hecho, alteza, mas ahora todo concuerda. Seré franco, espero no incomodaros, pero debo aclararos que, tras tomar la fórmula, debe realizarse coyunda con el hombre al que se ama. —Realizó una pequeña pausa hasta que la reina asintió—. A la mañana siguiente, no sé cómo describirlo... Yo nunca me he sentido tan lúcido. Entendía los pensamientos de los demás sin que los verbalizasen. Sabía de sus sentimientos e intenciones. El poder que otorga este filtro mágico es indescriptible.

—¿Y ella?, mi señor.

—Esta es la peor parte, mi reina. Mi esposa, vos la conocéis bien, es una mujer cabal que siempre ha buscado lo mejor para mí y nuestra familia. Pues bien, me imploró que me deshiciera de la poción. Lloró amargas lágrimas durante días. Nada podía consolarla. Según me relató, sentía el padecimiento de la humanidad: el hambre de los niños, el dolor de las mujeres al alumbrar hijos muertos, la desesperanza ante la enfermedad y la soledad... Le prometí que lo pensaría y, desde luego, no osé proponerle volver a probarlo. Entonces pensé en vos, majestad, en vuestro color de cabello y en el bien que podría proporcionar este elixir a vuestro esposo, el rey, en tan alta gesta como la Reconquista de nuestra patria. Considero que el poder que este bebedizo es capaz de otorgar constituiría el arma más poderosa que nadie podría blandir en un campo de batalla.

—Entiendo, mi querido Arnau.

La reina se puso en pie y paseó por la estancia mientras meditaba la situación. Él aguardó con paciencia sentado a la mesa. Pasados unos minutos, Blanca de Anjou habló:

—Mi vida se debe al sacrificio. Hemos venido a este mundo a sufrir. Quien quiera que os diga lo contrario pretende engañaros. Me he consagrado a mi familia, tanto a los vivos como a los que ya habitan en los cielos. Expío los pecados del mundo con mi dolor, es la misión que el Señor me ha encomendado.

—Amén, alteza.

—Es voluntad del Creador que esta pócima de mis ancestros haya llegado a mí. Es natural que vuestra esposa no pudiera soportarlo, no la culpéis por ello.

Es una pesada carga la que recae en la mujer que osa tomarlo. Yo, sin embargo, me veo en la obligación de hacerlo. Todo lo que mi rey sienta, lo sentiré yo. Debéis instruirme para que yo sea capaz de elaborar esta poción y también deberéis proporcionarme los elementos necesarios para producirlo. Seguiré acompañando a mi esposo, el rey, a las batallas, así que debo ser capaz de confeccionarlo en cualquier lugar en que nos hallemos. En loor de la santa María Magdalena realizaré esta oblación. Mi rey será victorioso en la Reconquista.

Arnau de Vilanova cumplió su palabra y en poco tiempo comenzó la construcción de la Torre Triangular. Para desconcierto de todos, la primera de sus órdenes consistió en derribar parte de las murallas de la fortaleza de La Mola. No dio explicaciones a nadie del motivo de este insólito hecho, dado que para erigir una atalaya los muros del castillo no importunaban. Con el propósito de posicionar la nueva torre de una forma precisa, él lo consideró imprescindible.

Con la cantidad inusitada de oro de la que disponía para la realización, no fue difícil contratar a los mejores artesanos de la piedra y de la construcción. Se trabajaba sin descanso en dos turnos de doce horas, a fin de que en ningún momento se detuviese la obra y, de ese modo, finalizarla lo antes posible.

Todas las noches, Arnau se situaba junto a la torre y comprobaba con un astrolabio la posición de los planetas en la esfera celeste. Al ser el conocimiento de la astronomía una de sus pasiones, hacía años que había llegado a sus manos la copia de un manuscrito de Arquímedes en el que se citaba a Aristarco de Samos. Según relataba Arquímedes, Aristarco fue uno de los sabios que hizo uso de la Biblioteca de Alejandría. Y quien postuló que el Sol se situaba en el centro del universo y que era la Tierra la que giraba alrededor de este. Arnau recordaba con total claridad la noche en que, bajo la luz de un candil, leyó este tratado. Sintió que esa pequeña llama iluminaba toda la estancia y, por ende, su mente. Como en una epifanía, por fin los astros cobraron sentido. Tomó este tratado como base y fue capaz de predecir los movimientos de los planetas, que de pronto dejaron de vagar de forma errática por el cosmos para viajar en una órbita. Al observar la luna comprobó que, de forma cíclica, había unos días dentro de su ciclo de veintiocho, en los que el satélite se movía con mayor rapidez que el resto del período. De esta forma

infirió que las órbitas que describían los planetas debían ser elípticas y no circulares. Realizó un modelo astronómico que plasmó en una carta celeste, aunque no llegó a compartirla más que en pequeños círculos de amistades íntimas por temor a las represalias que la Santa Inquisición hubiera llevado a cabo de haber salido a la luz semejante blasfemia.

Arnau de Vilanova no puso en duda las palabras de María Magdalena. Pensaba que la santa no podía estar equivocada y que tras su muerte debía ocultar el elixir, pero se negaba a destruirlo. Creyó que quien fuera digno merecedor de ese conocimiento, lo hallaría en el momento oportuno.

Tanto observaba Arnau el cielo por las noches, que los trabajadores de la construcción de la atalaya, muchos de ellos habitantes de la zona, empezaron a llamarla la Torre de la Luna. Nombre por el que todavía se la sigue conociendo. Cuando los hechos se olvidan, las leyendas permanecen.

CAPÍTULO XV

Novelda, principios del siglo XX.

Tras la conversación con Clémence, Antònia había regresado a Novelda con una misión muy importante por cumplir y ardía en deseos de llevarla a cabo. El sentido de su vida había cobrado un nuevo cariz, lo cual le permitió encontrar energías renovadas para afrontar el hercúleo proyecto que tenía en mente. No lo percibía como una pesada carga, sino más bien como un precioso regalo. Lo primero que hizo cuando traspasó el umbral de su casa después del iniciático viaje fue dirigirse a la capilla y rezar pidiendo sabiduría para no equivocarse.

Una vez que accedió a sus aposentos, observó cartas y documentos amontonados sobre el escritorio. Como no era del tipo de persona que suele procrastinar las tareas, se sentó ante él y comenzó a abrir sobres para leer y clasificar los papeles en función de la urgencia e importancia de estos.

Su doncella personal, mientras tanto, sacaba del baúl y ordenaba la ropa de Antònia. Se la notaba inquieta. Miraba cada dos por tres a su señora en las idas y venidas por el dormitorio. Sin embargo, sabía que debía permanecer callada si no le hablaban primero y mucho menos debía atreverse a preguntar. Antònia tenía muchas cosas en las que pensar y demasiados asuntos que despachar, no obstante, también profesaba un gran cariño por su criada, la cual había sufrido la pérdida de un ser querido hacía pocos meses. Decidió entablar conversación con ella al estar interesada por su situación.

—María, ¿hay noticias de tu hermana pequeña?

—No, señora, hace ya dos meses que desapareció y nadie la ha vuelto a ver —contestó la muchacha y bajó la mirada. Sus dedos jugueteaban nerviosos con un botón de nácar—. Cuando aquel maldito día salió de casa, se dirigía a la botica a recoger un preparado oficial para el dolor de huesos de mi madre. Estoy segura que don Fernando la hizo pasar a la rebotica con cualquier excusa y allí la mató para vender su unto...

—¡María! No sigas con esa patraña.

Antònia lamentaba la desaparición de la joven. La doncella se

encontraba muy afligida, pero no le agradaba el relato que contaba para justificar su pérdida. Imaginaba que se habría inventado esa terrible historia con el objeto de mitigar el dolor que le causaba la ausencia de su hermana. Aunque le agradaba su ciudad natal, observaba una gran diferencia cultural entre el París que acababa de abandonar y la Novelda que la recibía con leyendas de chupacabras y otros seres tenebrosos que circulaban entre los más desfavorecidos. No prestaba oídos a esos bulos y, bajo ningún concepto, permitía que el servicio se hiciera eco de ellos en su casa.

—Señora, no es una patraña. El sobrino del alcalde tenía tuberculosis y lo habían probado ya todo. Como nada le dio resultado, acudió al boticario para que le consiguiera enjundia... Y al poco tiempo desapareció mi hermana. Después el niño se curó y el boticario se compró una casa nueva. ¡El boticario es un sacauntos!

María supo que había levantado inmoderadamente la voz. Bajó la mirada y apretó entre las manos un vestido. Permaneció inmóvil y en silencio. Constriñó su alma para no romper en llanto hasta que las lágrimas volvieron a ser absorbidas por su anegado corazón.

—¡María, basta! ¿Cómo puedes acusar al señor boticario de sacamantecas? ¿De asesinar con el objetivo de utilizar la grasa humana para curar la tuberculosis? —Decidió que sería mejor cambiar de tema—. ¿Qué tal todo por aquí en mi ausencia?

—Todo bien, señora, su madre de usted se ha ido encargando de todo —respondió la empleada, cabizbaja.

—¿Quieres saber cómo es París? —le preguntó Antònia con el mismo tono que utilizaría si le ofreciese dulces a un niño.

María levantó la mirada y en su cara afloró una expresión inocente y emocionada. Antònia le devolvió una sonrisa a esa alma cándida. La juventud de la muchacha hacía que todavía se le sonrojaran las mejillas ante el pudor, hecho que conseguía enternecer el corazón de su patrona. Antònia sabía que la doncella nunca había salido del pueblo y que le encantaba que le relatara los pormenores de los viajes que realizaba. En alguna ocasión había encontrado sus vestidos en un orden distinto al que ella los había dejado e intuía que María se los ponía por encima de la ropa para fingir que se encontraba visitando el salón de un gran hotel o un restaurante con cubiertos de plata.

—Si usted tuviese la bondad de explicarme. Me gusta imaginar que recorro los lugares que usted me describe.

—Claro, María, tú eres como de la familia. Cómo no te voy a contar lo que he visto por esos mundos de Dios. —Pero no la invitó a sentarse—. París está preciosa, más que las anteriores veces que he visitado esta mágica ciudad. Es como una bonita niña que se acaba de convertir en una deslumbrante mujer. Han instalado electricidad en las calles y por la noche esa luz artificial tapiza la ciudad de pan de oro.

—¡Oh! —exclamó María y soltó sin mirar sobre la cama el vestido que sujetaba entre las manos.

—Han sumergido bombillas de colores en las fuentes y la luz se refleja en los chorros de agua, haciendo parecer en un instante que el agua es roja y en otro azul.

—¡Dios nos asista! —voceó la muchacha y se santiguó.

—Esta noche después de la cena te explicaré más pormenores. Ahora necesito que vayas con premura a casa del ilustre notario y del ingeniero don José Sala Sala y que les digas que la Pixoxa —cuando regresaba a su pueblo, volvía a su mote— desea que tengan a bien reunirse en mi casa por un asunto de máxima importancia. Antes de salir dile a Josefa que van a venir estos señores por la tarde y que prepare merienda para servirla en el comedor principal.

—Sí, señora —respondió. Hizo una leve inclinación con la cabeza y salió apresuradamente de la estancia. Dejó la ropa revuelta y desperdigada por la cama y sobre el baúl de viaje de su señora.

Antònia tuvo tiempo para clarificar sus ideas, refrescarse, cambiarse de ropa y retocarse; antes de bajar al comedor donde ya la aguardaban los dos señores sentados a la gran mesa. Después de alojarse un mes en el Ritz, su mantel, su cubertería y su vajilla ya no se le antojaba que lucieran igual de elegantes. Ambos señores se pusieron en pie al verla entrar. Se fijaron en el rebotante portafolio que portaba entre las manos, que únicamente podía significar otro enorme proyecto para el que Antònia necesitaba de su colaboración.

—Buenas tardes, señores. Gracias por acudir con tanta celeridad —saludó con la habitual sonrisa amplia en su redonda faz.

Tras una frugal merienda, la obligada conversación sobre el viaje realizado y los estados de salud de las familias del notario y del ingeniero, pudo empezar a explicarles lo que necesitaba de ellos.

—Señores, les he mandado llamar porque vamos a organizar juntos

una empresa y es de fundamental importancia que se lleve a buen término.

Ambos la observaban con atención y curiosidad, pero sin inquietud. Confiaban en sus conocimientos y en su experiencia. Luís, el padre de Antònia, había sido alcalde de Novelda no hacía tantos años y un gran empresario durante toda la vida. Las malas lenguas contaban que amasó su fortuna en una timba de cartas que se celebró en Crevillente, a la que asistió con su hermano Francisco, a pesar de que estaban prohibidas. Cuando terminaron esa partida de juego que duró varios días, retornaron a Novelda en una gran calesa con enormes ganancias, tantas, que le pagaron a la Guardia Civil 5.000 pesetas de la época para que les escoltaran por La Garganta hasta llegar a su casa. Luís instruyó a su hija igual que a un varón. Le enseñó todo lo relacionado con las leyes y los negocios. Antònia se aplicó en entender y dominar cada una de las áreas que comprendían los negocios familiares. Superó a su padre en la gestión empresarial y llegó a multiplicar la fortuna familiar por cinco. No era habitual en esa época que una mujer se hiciera cargo de los negocios familiares. Por fortuna para ella, su familia pertenecía a la clase alta y era de talante liberal en política, así que no les costó educarla de este modo. Las circunstancias propiciaron estos hechos porque, aunque Antònia era la menor de tres hermanos, su hermana mayor ingresó en un convento y su hermano Luís falleció joven. Ella quedó como única heredera.

La anfitriona desplegó un mapa de la zona sobre la mesa ya recogida.

—Deseo adquirir estos terrenos —dictaminó mientras señalaba una amplia zona comprendida entre los términos municipales de La Romana, Novelda, Monóvar y Elda—. Por ello le necesito a usted, como ilustre notario, a fin de que gestione la compra y cumplimente los documentos legales.

—Estimada Antònia, estaré complacido de ayudarla en esta empresa. Sepa usted que los terrenos que desea adquirir pertenecen a la hija del Marqués de La Romana, la Duquesa de Medina Sidonia, y no serán baratos de comprar.

—Ofrecedle 700.000 pesetas y así no habrá discusión posible que solventar. —Dio por zanjado el tema y se dirigió al ingeniero—. Como ustedes sabrán, en Novelda, desde tiempos inmemoriales se le ha rendido culto a nuestra Santa Patrona María Magdalena en una ermita que se destruyó tras un incendio hace años. —Ambos asintieron en silencio—. Deseo que usted construya un templo para nuestra santa en el cerro de La Mola, allí donde siempre ha estado.

—Desconozco si ustedes saben —empezó a relatar don José después de un momento de reflexión—, que existe constancia del culto a María Magdalena en Novelda desde que Jaime I reconquistó el castillo en el glorioso año del Señor de 1265.

Antònia no solo conocía ese dato, sino que, según le había explicado Clémence Royer durante las conversaciones que mantuvieron en París, también sabía que los templarios constituyeron una pieza clave en la reconquista del castillo y fueron los que, después de dismantelar la mezquita allí existente, colocaron una figurita de piedra de María Magdalena en la ermita que la santa había poseído en su honor en ese lugar desde siempre.

Hasta que conoció a Clémence, no había oído hablar de la Gran Logia Simbólica Escocesa *Le Droit Humain*. Su nueva amiga era venerable de honor de la misma, por lo que conocía en profundidad los entresijos de la institución a la que pertenecía. Al principio, a Antònia le sorprendió que Clémence le informara que pertenecía a la masonería, porque creía que se trataba de una organización secreta; sin embargo, ella le explicó que no era secreta, sino discreta. A la noveldense el comentario le resultó ingenioso y divertido.

En las dos semanas que disfrutaron juntas, Clémence le transmitió la información relevante que ella debía conocer con el fin de poder implementar la misión encomendada. También le mostró que ella encajaba a la perfección en la masonería al ser una mujer filantrópica, filosófica, racional y humanista. Hasta que la masona no trató con ella unas horas, no se atrevió a comunicarle el propósito de su encuentro, a fin de asegurarse que era digna de él.

Antònia aprendió que en la masonería algunos secretos son revelados a los miembros cuando estos progresan. Uno de estos consiste en el conocimiento que cada masón va adquiriendo de sí mismo, tal y como estaba escrito sobre el dintel del Oráculo de Delfos. Sin que fuera uno de los objetivos de Clémence, de la misma forma obró en ella lo que aprendió sobre su venerada santa: Consiguió despertar un sentimiento fervoroso renacido y una nueva vitalidad olvidada.

Uno de los datos relevantes que le aportó Clémence fue que no todos los templarios murieron ajusticiados, sino que algunos lograron alcanzar las costas de Escocia e ingresar en las hermandades de constructores de la zona. Transmitieron así ciertos misterios al conocimiento de algunas de las logias masonas del lugar. El mayor de los secretos de los caballeros residía en constituirse en guardianes del Santo Grial. Este no se trataba, como muchos

creían, de una copa; el nombre en realidad provenía de la contracción de Sangre Real. Por tanto, custodiaban los restos de la esposa de Jesús y protegían a su linaje para que siguiera perpetuándose de manera inadvertida en Francia. Los descendientes llegaron a emparentar con otra sangre real, más mundana, e iniciaron la que fue conocida como Casa Merovingia. El otro hecho importantísimo que Clémence le reveló fue el lugar donde reposaba Magdalena, ante el que Antònia no salía de su asombro.

Al quemarse la ermita de María Magdalena, se había debilitado uno de los sellos que protegían mediante símbolos esa zona del Mal. Y al desenterrar a la Dama de Elche, se había arrancado de la tierra otro. Quedó así en exceso expuesta una puerta al inframundo.

La misión de Antònia consistía en volver a construir un templo a María Magdalena, con el objetivo de cerrar la entrada maldita allí existente. Antònia no se conformó con realizar la empresa encomendada, sino que además, como había hecho consigo misma al construirse la vivienda más bonita del lugar, decidió ofrecerle el templo que merecía a la santa patrona. Un lugar donde estuviera rodeada de la belleza que florecía en su interior.

Según le reveló Clémence, la energía fluye del interior de la tierra y se libera en el mar. Supo que, si no ocurría así, dicha fuerza se estancaba, se concentraba en la zona adyacente y alteraba a los seres vivos que allí residían. Le explicó que eso era lo que ocurría en la zona geográfica donde vivía Antònia. Debido a la orografía, los valles desembocaban en las salinas naturales de Santa Pola y Torrevieja. Estas impedían la llegada de ese poder malsano al mar, que de esta manera se condensaba en las inmediaciones. Esto era particularmente importante en algunos lugares del planeta en los que, por motivos que no llegó a entender, nuestro Señor había permitido que hubiera una puerta de entrada para potencias más malignas.

—Recibisteis vuestra formación en Cataluña, ¿es correcto? —continuó Antònia, dirigiéndose al ingeniero.

—Sí, señora, he aprendido bajo la inspiración del maestro Gaudí.

—Me place, no olvidéis esa inspiración para aplicarla en nuestra empresa. Por último, espero que realicéis un diseño en el que la planta del templo posea la forma de un jarro.

—¿De jarro? Antònia, no deseo contrariaros, pero creo que no existe nada

igual.

Don José Sala conocía al dedillo que la planta de las iglesias debe tener forma de cruz.

—Sí, lo sé, estimado José. Pero la Biblia dice: «La santa llevó el bálsamo para ungir los pies del Señor», palabra de Dios. —Los tres pronunciaron el *amén* de rigor—. Simbolizará la jarra de óleos de alabastro con la que la santa ungió la cabeza y los pies de Jesucristo.

Aunque la única indicación sobre la construcción que le había solicitado Clémence consistía en que, como seguía la tradición templaria, la planta de la iglesia no debía tener forma de cruz. Ella pensó: «¿Qué mejor forma para la casa de la portadora de la semilla de Jesucristo que la de un cáliz, símbolo de la femineidad y del Santo Grial?».

CAPÍTULO XVI

Alicante, jueves 23 de junio de 2016.

Habían transcurrido dos largas semanas desde la última vez que se vieron. Marcus fue el único que llamó e intentó ponerse en contacto con los demás, aunque con un resultado infructuoso. A Mercedes únicamente la llamó un par de veces y, al no obtener respuesta, no se interesó más por ella.

Marcus poseía el sentido de la lealtad de un legionario. No podía evitar sentir cómo una serpiente roja le devoraba por dentro al ser incapaz de ayudar a su amigo. Los padres de Rupe le explicaron que una mujer le había acusado de intento de violación. Cualquiera que le conociera bien sabía que esa denuncia era absurda. Aun cuando la identidad de la víctima se encontraba protegida, Marcus intentó averiguar algunos datos del caso. No obtuvo ninguna pista fiable. No entendía el motivo que podía albergar Rupe para no devolverle las llamadas. Quería pensar bien de él, así que se dijo a sí mismo que se encontraría agobiado y que no era el momento de continuar con la investigación que estaban llevando juntos.

Había nacido con un alma curiosa que le llevaba a mantener un runrún en su cabeza con el misterio que les envolvía. Le daba vueltas y más vueltas a la fórmula del elixir que habían descubierto grabado en la cabeza pétrea de la figura de María Magdalena.

Esa mañana no tenía que trabajar al no ser un día laborable, ya que en Alicante se celebraban las Hogueras de San Juan. Le aliviaba que las fiestas locales, que duraban casi una semana, terminaran por fin. Le resultaba un fastidio que la mayoría de las calles en la ciudad se encontraran cerradas al tráfico, con el consiguiente atasco perenne que acarreaba. Muchas de las vías se encontraban ocupadas por las esculturas creadas exprofeso para la ocasión, que se quemarían la noche siguiente; otras tantas, con *barracas* y *racós* donde se reunían los alicantinos a beber, comer y bailar hasta altas horas de la madrugada. No solo le incomodaban las multitudes, sino que además era imposible trasladarse a algún otro punto de la localidad o inmediaciones. Hasta el transporte público se colapsaba en esas fechas. Hastiado por las

incomodidades que ese maremágnun le generaba, decidió refugiarse en su casa.

Sentado en la terraza del dúplex, bebía un té paquistaní con el que se calentaba las manos pese a hacer calor. Contemplaba el mar y, con la mano izquierda, le daba vueltas a la hoja de papel donde Rupe le transcribió la fórmula que hallaron grabada en la cabeza de la escultura.

Se preguntaba si Arnau de Vilanova sería el que grabó el texto con un punzón en la parte interior de la cabeza. Tomó esa hipótesis por válida a fin de partir de algún punto, aunque le resultaba difícil de creer. Si era cierto que él suponía poseer en secreto un elixir mágico al que era necesario añadir unos metales para completarlo, ¿dónde escribiría el resto de la fórmula? Rupe había explicado que existían muchos símbolos esculpidos en la Torre Triangular, pero a lo largo de los últimos días los había revisado y ninguno le pareció que fuera de naturaleza alquímica. «¿Por qué un médico construiría una torre en secreto? ¿Cómo obtuvo los fondos para erigir esa atalaya? ¿Qué pretendería ocultar o mostrar al plantar esa edificación en lo alto de un cerro? No dejaría los símbolos de los metales que faltaban en la fórmula escritos en las paredes, a la vista de todos. La Torre de la Luna, la apodan los habitantes del lugar... La Luna... Derribaron parte de la muralla para edificarla en una posición concreta, aun cuando con ello ya no sirviera de defensa para el castillo. Parecía que la colocación precisa resultaba más importante que la función. La posición específica de la Torre Triangular. Triangular en un mapa..., la Luna. Ana llevaba siempre en el monedero una moneda de plata como amuleto porque afirmaba que, al ser su signo zodiacal cáncer, era el metal que la protegía, por ser la Luna el astro del horóscopo más afín y la plata el metal con que se relacionaba», recordó.

Se puso en pie bruscamente, como empujado por un resorte. De camino al despacho, fuera de sus costumbres habituales, depositó la taza que portaba en las manos sobre la mesa del salón, dejándola por medio, sin posavasos y sin enjuagar. Encendió el MacBook Air y se sentó expectante frente a él. En cuanto arrancó el sistema operativo, buscó en Google «planetas metales alquimia». El primer resultado que apareció en la pantalla era de Wikipedia, donde confirmó que, en la antigüedad, a cada uno de los cuerpos celestes se les asociaba con un metal: al Sol con el oro, a la Luna con la plata, a Venus con el cobre, a Marte con el hierro, a Júpiter con el estaño, a Mercurio con el mercurio y a Saturno con el plomo. Urano, Neptuno y Plutón, al ser

descubiertos con posterioridad, no formaban parte de los símbolos alquímicos tradicionales.

Abrió otra pestaña donde buscó «simulador sistema solar». Pinchó en el primer enlace que era *www.solarsystemscop.com*. Desde esta página web podía observar la posición de los astros en un momento concreto y desde cualquier lugar de la Tierra. Marcó la fecha que su amigo había transcrito del interior de la cabeza de la escultura: 22 de julio de 1400. Estableció en el mapa la longitud y latitud de Novelda. Contempló en el ordenador el cielo tal y como lo verían esa noche del siglo XV, en la festividad de María Magdalena; tal y como lo observó Arnau desde el Cerro de la Mola.

En una nueva pestaña buscó en Google Maps «Castillo de La Mola Novelda». Con la brújula situada a la derecha de la pantalla comprobó que uno de los picos de la torre señalaba al norte, con pocos grados de desviación hacia el oeste. Como se trataba de un triángulo equilátero, otro de los picos debía señalar al este, unos grados ladeado hacia el norte; y el tercero al oeste, un poco desviado hacia el sur. Con estos datos, pinchó de nuevo en la pestaña donde se mostraba el simulador del sistema solar. Con enorme sorpresa descubrió que una de las esquinas de la torre señalaba exactamente hacia la Estrella Polar, otra a la Luna y la tercera a Júpiter.

—Plata y estaño —dijo en voz alta, como cuando aparcaba en un parking subterráneo lo hacía con las letras y números que señalaban la plaza de aparcamiento.

Por último, buscó en internet los efectos sobre la salud del consumo de plata y estaño. Comprobó que, en pequeñas dosis, resultaban moderadamente nocivos, pero no necesariamente mortales. Todavía desconocía la dosis que requería el filtro mágico, por lo que no estaba seguro de la toxicidad de este.

No podía creer lo que estaba pensando. Se atusó el pelo varias veces, pasando los dedos entre los rizos rubios. Trató de reflexionar con calma. Deseó fervientemente llamar a Rupe y a Mercedes para contarles lo que había encontrado. No parecía fruto de la casualidad, pero lo consideraba suficientemente inverosímil como para ponerlo en cuarentena en su mente. Además, tenía unas enormes ganas de verles, sobre todo a su amigo, al que tanto había echado de menos esos últimos catorce días. Decidió enviarles un SMS que no pudiera dejarles indiferentes.

Rupe se encontraba de pie, descalzo y hastiado. Miraba, con el único

ojo que no llevaba cubierto por un parche, el interior de la nevera en la cocina de sus padres, sin estar seguro de si tenía hambre o sed. Reflexionaba sobre los consejos legales de su abogado y en su auto condena al ostracismo, cuando recibió el SMS de Marcus. Cavilaba en que no podría soportar la presión mucho más tiempo y en que se encontraba al límite del abismo de la locura a la que tan íntimamente conocía. Barajaba la posibilidad de buscar otro consejero legal, al no confiar del todo en el letrado que el Colegio de Médicos le había recomendado. Sacó el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros y leyó la pantalla. Sonrió como un niño la mañana de Reyes. «Me vendrá bien una distracción y puede que hasta se les ocurra cómo ayudarme. No tiene sentido que les culpe a ellos de lo que me ha ocurrido, ni que piense que alejándome de mi amigo voy a ver las cosas con más claridad». Le envió un *WhatsApp* a Mer preguntándole si pasaba a recogerla para ir a casa de Marcus: «trafiko imposible, mejor vamos n un solo coxe a la keli d ste. paso por ti?».

A Mer la casa se le caía encima. Estaba saliendo de ella para dirigirse a la plaza de los Luceros. Pretendía coger un buen sitio en la *mascletá* que se iba a celebrar a las dos de la tarde. Fraguó en su mente la idea de que esos fuertes ruidos conseguirían que se relajase la ligazón interna que no le soltaba la boca del estómago. Le vibró el móvil en el bolso cuando giraba la llave en la cerradura. Al mirar la pantalla sonrió como aquella noche de niña, en la que su padre le dijo: «Puedes quedártela», cuando bajó con él a tirar la basura y encontraron una gata embarazada y abandonada. Se citó con Rupe en la misma parada de autobús en la que habían quedado la primera vez. Si fueron ellos los que la habían denunciado a la policía, ¿por qué Marcus confirmó que le habían entregado la tablilla de piedra de forma anónima? Necesitaba descubrir la verdad oculta. La forma más fácil de hacerlo era hablando con Marcus y con Rupe sobre lo ocurrido.

Rupe se detuvo en la abarrotada parada de autobús donde esperaba Mer e hizo sonar el claxon dos veces para que ella reparara en su presencia dentro del vehículo. El resto de los sufridos y acalorados usuarios del transporte público les observaron con reprobación al ocupar el espacio destinado al autobús. Cuando subió al coche, él no le dio tiempo a hablar y la abrazó con fuerza. La estrujó entre sus brazos y respiró su aroma.

—Sé que piensas que yo te delaté —le soltó Rupe a quemarropa cuando todavía la mantenía abrazada—. Pero yo no fui y estoy seguro de que Marcus tampoco.

Mercedes se separó de él para preguntarle mirándole a los ojos:

—Entonces ¿quién?

—No lo sé. ¿Sabes lo que me ha pasado a mí?

—No. ¿Por qué llevas un parche en el ojo? —contestó ella desconcertada—. ¿Puedes conducir así?

—Creo que no debería hacerlo, pero me da igual. No me apetece explicar la historia varias veces, ya la tengo demasiado trillada en mi cabeza. Si no te importa, os la cuento a los dos a la vez en casa de Marcus.

Un autobús articulado trataba de acceder a la parada y Rupe se vio obligado a arrancar para cederle el sitio que le correspondía.

En diferentes ocasiones de su vida, Rupe había repetido que él solo poseía un don: el de saber quién le quería de verdad. En ese momento, supo con toda seguridad que Mer le quería. No era capaz de darle una explicación racional a esa certeza, simplemente, era un talento con el que había sido dotado al nacer. Se sintió un poco culpable por no corresponderla, pero había aprendido que cada persona tiene sus tiempos y que los suyos se movían a un ritmo más pausado que los de los demás. Él nunca había experimentado el amor a primera vista. Algunos amigos y pacientes le habían explicado sus sensaciones cuando afirmaron haber vivido esa experiencia. Lo entendía, pero él, por suerte o por desgracia, no había tenido una vivencia similar. En su historia personal, después de conocer intensamente a dos personas, cada uno de ellos de un sexo diferente, se había acabado enamorando. En su caso, el amor consistía en un proceso, no en un caldo instantáneo. Sentía afecto y deseo por esa chica, sin embargo, no confundía esos sentimientos con amor.

El despiadado gigante dejó la media hamburguesa grasienta y chorreante, que en ese momento se estaba zampano, sobre el salpicadero del destartado vehículo nada más ver llegar a la pareja que tan bien conocía. Sonrió satisfecho al imaginar la gratitud con la que iban a ser recompensados sus servicios. Desde hacía dos semanas, montaba guardia frente al portal del arqueólogo por las tardes. En todo ese tiempo no había observado nada extraño en su comportamiento: salía de su casa cada día para acudir a su

trabajo. Una garrafa de plástico de cinco litros, casi llena de su orín, descansaba a los pies del asiento del copiloto. Latas de cerveza vacías y envoltorios de comida rápida moteaban el interior del coche.

—¿Doña Remedios? —preguntó una voz masculina al otro lado de la línea.

—Sí, ¿quién es?

—Soy Ginés. He cambiado de móvil porque se me cayó el último al váter, por eso no conoce este número. —Sus palabras resultaban casi ininteligibles al tener media mano dentro de la boca, utilizándola para hurgarse los dientes y, de paso, morderse una uña para acompañar el trozo de comida que había rescatado de entre los molares, al mismo tiempo que mantenía la conversación.

—Casi no te entiendo, Ginés. ¡Deja de morderte las uñas! ¿Alguna novedad?

—Sí. —Chasqueó la lengua suavemente, como si paladease un líquido denso. Esos sonidos que Ginés emitía de manera constante al hablar asqueaban a Remedios hasta la arcada—. Estoy frente al portal del arqueólogo, como usted me ordenó. Han entrado el psiquiatra mariquita y la ladrona pelirroja.

—Quédate ahí y llámame en cuanto salgan.

—Así lo haré, doña Remedios —aceptó la orden con voz aguardentosa.

En la entrada del dúplex de Marcus, Rupe abrazó con fuerza a su amigo. Se palmearon la espalda y rieron al volver a encontrarse. Mer esperó en el rellano hasta que se soltaron.

—¿Cómo estás? —le preguntó Marcus con verdadera preocupación al fijarse en su cara demacrada y un parche adhesivo ocular que tapaba su ojo izquierdo.

—Jodido —se limitó a contestar.

—Pasa, Mercedes, no te quedes ahí —le indicó Marcus, sin saludarla ni casi mirarla.

Ella se deslizó dentro como un ladrón furtivo y cerró la puerta tras de sí. Ellos dos se dirigieron, cogidos por los hombros, a los sofás de piel blancos situados al fondo del salón. Mer les siguió unos pasos por detrás. Ellos se sentaron en el mismo tresillo. Ella se acomodó en el sillón que se encontraba enfrente. Había una botella de mistela y unos vasos en la mesita situada en el centro de la zona de estar. Marcus llenó los recipientes con el dulce caldo.

—He comprado *coca amb tonyina* y *bacores*, espero que os quedéis a comer.

Tenemos mucho de qué hablar.

—Empiezo yo —comenzó el psiquiatra—, si no os importa. Es una idea irracional, pero mi intuición me dice que la mujer que me ha acusado de intento de violación mantiene algún tipo de conexión con vosotros.

—Conmigo no —contestó rápidamente Mer, en actitud defensiva—. Lo mismo me ocurre a mí. Creo que lo que me ha pasado, no sé la razón, pero sospecho que está relacionada con vosotros —inquirió mirando a Marcus, quien no se dio por aludido.

—Al día siguiente de que te detuviesen, Mer, yo iba a realizarle terapia a una mujer desconocida que es la que me ha acusado de intentar violarla. Dijo llamarse Remedios.

—¡Copón bendito! —clamó Marcus. Se atragantó con el vino y estuvo tosiendo un buen rato—. Descríbela —solicitó entre carraspeos—. ¿Cómo era?

—Cuarenta y muchos, aunque aparenta bastantes menos, rubia, guapa, arreglada, fría...

—Copón, copón, copón... —repitió Marcus.

Se puso en pie y paseó por la habitación intentando tranquilizarse y volver a respirar con normalidad.

—¿La conoces? —preguntó extrañado Rupe.

Mer les observaba en silencio.

—Estoy seguro de que se trata de la mujer a quien le robé la cabeza de la escultura. Esto no puede ser solo una casualidad —reflexionó Marcus.

Rupe se puso también de pie y se acercó a su amigo para cogerle por los hombros y, mirándole fijamente a los ojos, le requirió:

—Cuéntamelo todo.

Marcus relató con pelos y señales lo que recordaba: Que se habían cruzado con ella a la salida de la Casa de la Cultura de Novelda. La supuesta donación que pretendía realizar al MARQ de unas piezas de su patrimonio privado. Ruborizado y con la mirada clavada en el suelo, incluyó el comentario que hizo él, bajo el requerimiento vehemente de Remedios, sobre el robo de la tabla de piedra cuando visitó su ático; información que Mer recibió con un sonoro resoplido. No les resultó complicado llegar a la conclusión de que Remedios se encontraba detrás de la denuncia a Mer y que era quien había fingido el ataque de Rupe. Pero desconocían la motivación personal que la animaba a obrar de ese modo.

El anfitrión distribuyó la comida en platos mientras discutían posibles defensas para ambos. Lo único que les faltaba averiguar, con el objetivo de descabezar las acusaciones contra ellos, era la razón por la que les estaba haciendo esas ignominias.

—La gente está muy loca —sentenció Mer.

—Estoy de acuerdo contigo, Mer —indicó Rupe—, pero esta tipa querrá hundirnos la vida por alguna causa. Además, aunque únicamente he mantenido una conversación con ella, puedo afirmar sin temor a equivocarme que es una mujer culta e inteligente. Está tan acostumbrada a engañarse a sí misma, que engaña sin dificultad a los demás. Estoy seguro de que obra así por un propósito concreto. Aun cuando existen locos de todo el Pantone, esta mujer no es del tipo de los que les da por algo basándose solo en un impulso. Me parece que puede ser irracional, pero no ilógica... Cree poseer un fundamento de peso para sus actos. Pese a que en esta zona la locura es un *outlier* estadístico, alguna teoría tiene que sustentar esta mujer para obrar de este modo.

—¿A qué te refieres con que en esta zona la locura es un *outlier*? —preguntó su amigo.

—He leído varias tesis doctorales escritas por colegas míos sobre asesinatos rituales que se producen en una zona concreta de la provincia de Alicante.

—¿Asesinatos rituales? —repitió extrañado Marcus.

—Sí, son los relacionados con el satanismo, la brujería y el resto de las artes oscuras —aclaró Rupe.

—Entiendo, ¿y dices que hay muchos casos de esos oscuros en esta zona? —cuestionó Marcus.

—Sí, es extrañísimo, por eso lo estudian tantos colegas psiquiatras. El área que comprende las comarcas del *Alt*, *Mitjà* y *Baix Vinalopó*, que sería desde Villena hasta Elche, es donde más asesinatos de estas características se producen en toda España. Lo insólito es que no hay tradición de meigas como en Galicia, o de aquelarres como en el País Vasco. Cuando alguien se enajena, su demencia suele estar relacionada con algo conocido. Si, por ejemplo, no hay tradición de extraterrestres en su pueblo, no es habitual que alguien afirme haber sido abducido, a no ser que lo haya visto en la televisión o lea sobre ello. Como Don Quijote con las novelas de caballerías, la semilla de la locura suele provenir de una obsesión personal en una creencia irracional generalizada y germina en una mente inestable.

—¿A qué conclusiones llegaron tus colegas en sus tesis doctorales? — continuó preguntando Marcus, interesado en el tema.

—A ninguna. Se desconoce la causa de esos crímenes. No existe relación aparente entre los mismos, ni patologías mentales similares. Por eso digo que en la parte de la provincia de Alicante bañada por el Vinalopó la demencia es una variable extraña, que se relaciona con la magia o lo sobrenatural.

—Ya —aprobó Mer—. Hace poco leí que hay más de cien crímenes sin resolver en la Comunidad Valenciana cometidos a lo largo de los últimos veinte años. En especial la provincia de Alicante es una zona bastante loca y violenta.

—Yo sigo pensando que tenemos que llegar a la raíz del problema —opinó Rupe—. Si conseguimos averiguar los porqués de esta mujer para machacarnos, será cuando consigamos detenerla.

Estuvieron unos minutos en silencio meditando y apurando las bebidas.

—Tengo otro asunto importante que comentar con vosotros —aprovechó Marcus para introducir en la pausa.

—¡Claro! El SMS —añadió ella—, con todo esto se me había olvidado.

—Creo haber descubierto los metales que nos faltaban para completar la fórmula: plata y estaño, aunque desconozco las proporciones. Voy a por el portátil y os lo enseño.

Les explicó su razonamiento y mostró en la pantalla los datos obtenidos. A Mer le fascinó el sitio web donde se podía observar el firmamento desde cualquier punto de la Tierra y en cualquier momento.

—No puede ser casualidad —barruntó Rupe—. Pero no me encaja que Arnau de Vilanova construyera esa extraña atalaya tan solo para dejar constancia de dos metales. Tengo la corazonada de que tiene una función más importante.

—Entonces... ¿Lo tenemos? ¿Vamos a intentar reproducir la pócima? —inquirió ella atónita por la reacción tan calmada de ellos.

—Podemos intentarlo —sugirió Rupe—. Aunque la farmacología no es mi fuerte, de algo me acuerdo de mis tiempos en la facultad de medicina.

—Según las *wiccas* —apuntó Mer—, somos las mujeres las que tenemos que ingerir los elixires amorosos... —se sonrojó antes de añadir—. Y, según está escrito en la cabeza que robaste, yacer con amor para traspasar las cualidades de la poción a la persona amada. Somos, por así decirlo, las fuerzas

catalizadoras de la magia. ¿Cuáles serán los resultados?

—Supongo que los que yazcan con las pelirrojas intoxicadas se enamorarán perdidamente y se convertirán en personas sabias —teorizó Marcus con ironía.

—El sarcasmo es el mínimo exponente de la inteligencia —opinó Mer.

—Tengo mucho interés en probarlo... ¿Quieres decir que te tomas tú el brebaje y hacemos un trío? —le preguntó Rupe a Mer, sin rastro de pudor—. A mí me parece bien, ¿y a ti Marcus?

—Yo no he dicho eso —se apuró en responder ella—. Yo me refería a hacer el amor con uno, no con los dos.

—¿Con uno en concreto o con uno cualquiera? —preguntó Marcus. Bajó la cabeza y, entornando los ojos, la miró de forma inquisitiva.

Mer ya no sentía la atracción inicial que al conocerle nació en ella hacia Marcus. Le resultaba un hombre interesante, pero nada más. Hacía unas horas, mientras recorrían el trayecto en coche desde el centro de Alicante hasta la playa de San Juan, se percató de la felicidad que experimentaba tan solo con mirar a Rupe, de cuánto le gustaba escucharle y de la conexión especial que existía entre ambos. Apercibirse de este hecho le produjo pavor. Había sufrido demasiado en la vida y no deseaba volver a sentirse expuesta. Ella sabía que el amor y la sensación de vulnerabilidad van cogidas de la mano. Consciente de lo que hacía, prefirió torpedear los sentimientos hacia Rupe y aceptar a regañadientes, como toda dama debía hacer, realizar un trío con él y con su amigo. Era imposible que después de aquello sus sentimientos mutuos continuaran evolucionando hacia ningún sitio. Ese era el momento antes del momento, ese segundo en el tiempo en el que todavía se pueden cambiar las cosas, justo antes de saltar al vacío y dejar de tener el control, esa ilusión inexistente, de la situación.

—Así tendrás buen material para tus novelas —la animó el psiquiatra—, a mí me apetece. Piénsalo.

—No estoy segura de cómo me sentiré mañana.

—Querida —argumentó Rupe—, como dijo Rasputín: «Antes de que podamos arrepentirnos, tenemos que pecar».

—Esto... —vaciló por unos segundos Marcus—. No sé si es necesario perpetrar un trío. Lo que indica lo escrito es que la mujer pelirroja debe «yacer con amor». No es imprescindible que sea con los dos simultáneamente.

—Tómalo como un experimento científico —indicó Rupe—. Utilizamos el

método de doble ciego para descartar el efecto placebo.

—Efecto placebo —repitió Marcus y realizó una pausa reflexiva.

Marcus sentía que su masculinidad quedaba en entredicho al negarse a experimentar una relación sexual diferente a lo que estaba acostumbrado. Sabía que era un pensamiento absurdo, pero, al compararse con Rupe, le parecía más hombre que él por atreverse a probar una situación que a él le parecía arriesgada y fuera de su zona de confort. Mer le gustaba, pero no lo suficiente como para mantener una relación y, por tanto, no le importaba perderle el respeto al día siguiente. Ninguno se encontraba comprometido. Posiblemente una oportunidad así no se le volvería a presentar en la vida. El único escollo residía en sus propios prejuicios, por lo que sentenció:

—Vale. Pero sin mariconadas, que nos conocemos.

—Lamento decepcionarte —le comunicó su amigo—, pero a mí quien me atrae es la señorita... A ti te considero como a un hermano.

—Vale —aceptó Mer. Sintiéndose poderosa añadió—: pero mando yo.

—Por supuesto —admitió Rupe—, la dama siempre manda.

Los tres rieron algo azorados. Ni Marcus, ni Mer habían estado con dos personas a la vez y se sentían inexpertos e inseguros. Sin embargo, ninguno quiso desvelar sus sentimientos.

—¿Utilizas algún anticonceptivo hormonal? —le preguntó Rupe a Mer con una naturalidad pasmosa.

—Sí, uso el anillo.

—Estupendo. Mi último análisis de venéreas fue hace un mes —declaró Rupe—. ¿Y vosotros?

—Yo hace casi dos años..., pero en este tiempo no he tenido posibilidad de contagiarme con ninguna ETS —informó Mer, que notó la mirada *ojiplática* de Rupe clavada en ella.

—Yo nunca me he hecho un análisis de esos, pero porque no realizo prácticas de riesgo.

—Pues hoy vas a empezar. ¿Tienes alcohol? —le preguntó Rupe al anfitrión.

—Calculo que no es suficiente para lo que estimo que necesitaremos.

—Vamos a hacer lo siguiente —dispuso Rupe y tomó las riendas de la situación—: yo me voy al hospital de San Juan, allí tengo un amiguete farmacéutico hospitalario que me debe un gran favor. Espero que me pueda proporcionar todos los principios activos de que constan los ingredientes, si no, ya me las ingeniaré combinando diferentes fármacos. Tú —añadió

señalando a Marcus— te vienes conmigo. Cerca del hospital hay un centro comercial, te dejo allí y compras todo el alcohol que puedas, velas para crear ambiente e incienso... Creo que lo vais a necesitar.

—¿Y yo? —inquirió Mer.

—La invitada de honor se queda aquí descansando —dijo el psiquiatra—. Duerme la siesta o métete en la bañera, lo que más te apetezca. Volveremos en un par de horas.

Rupe se levantó y le dio un beso en la frente a Mer. Marcus experimentaba sentimientos veleidosos, no estaba seguro de cómo despedirse de ella, así que optó por hacerle un gesto con la mano antes de seguir a su amigo hacia la salida.

Como todos los jueves, día en que libraba el servicio, Remedios se dispuso a realizar su ritual semanal sagrado en honor de su santa y antecesora. Se dirigió a la estancia donde almacenaba los objetos museísticos y se arrodilló frente a la última vitrina de la pared derecha. Introdujo las manos por el estrecho hueco existente entre el suelo y el mueble, hasta rozar con los dedos índices los ocultos resortes. Los presionó con delicadeza y deslizó el cajón secreto, que crujió y chirrió de forma lastimera, hasta extraerlo del todo. Al principio pensó que la bola de telas podría haber rodado y que se encontraría al fondo. Pero al final se dio cuenta. Descubrió con horror que la cabeza pétrea de María Magdalena no se encontraba allí. Abrió mucho los ojos a la vez que palmoteaba sobre el fondo de madera, como si el objeto se hubiera convertido en invisible y tocándolo pudiera hallarlo. No podía ser. Era imposible. El pulsó se le aceleró y comenzó a respirar de forma entrecortada. Se puso en pie y miró en derredor en busca de algún otro objeto fuera de su lugar habitual. La estancia se encontraba igual que siempre.

Dio una vuelta alrededor de la mesa que ocupaba el centro de la habitación. Buscaba cualquier pista que pudiera aclarar esa situación inaudita. De repente lo vio: En una esquina, junto a la puerta corredera de cristal, un cabello reposaba en el suelo. Se acercó como una fiera lo haría cuando acecha a una presa y lo tomó entre los dedos como si se tratara de un ente extraterrestre. Era un pelo largo, rizado y rojizo. Esa era la prueba.

Súbitamente, un rayo iluminó su mente y entendió la sucesión de acontecimientos. Desde hacía semanas, venía observando que cada hombre y

mujer pelirrojos con los que se cruzaba por la calle la miraban sonrientes y se tocaban la nariz. Al principio no le dio importancia, supuso que se trataba de una casualidad, pero ahora lo veía claro. Como en una revelación, recordó cada una de las caras y vio que en todas ellas había una sonrisa complacida que en su momento no pudo desvelar, pero que ahora cobraba sentido. Todo se relacionaba con ella. La realidad era un tornado que giraba en torno a Remedios.

Bramó un alarido animal que emergió desde su estómago. Frenética, comenzó a abrir todas las vitrinas y a arrojar los objetos que contenían en todas direcciones. Continuó gritando y rompiendo lo que hallaba a su paso hasta que atravesó con el puño uno de los gruesos vidrios. El dolor la paró en seco. Sujetó contra su pecho el brazo que sangraba a borbotones y comenzó a llorar unas lágrimas densas y calientes. Por el vestido chorreó la sangre y formó un charquito a sus pies en el suelo de madera.

—¿Cómo me has podido hacer esto, Marcus? —susurró entre sollozos. Permitted entonces a su cuerpo aflojarse para caer de rodillas sobre la sangre —. Tú y yo pudimos haber tenido un futuro y, en lugar de ello, has preferido traicionarme. —La tristeza se transformó en ira—. Sabes que no puedo interponer una denuncia en comisaría porque mi posesión tampoco es lícita, aunque sí moral. Eso no lo has tenido en cuenta. ¡La cabeza de la santa debe estar conmigo!

Bebieron un exorbitante número de daiquiris, que Marcus se encargó de preparar. Cuatro horas después, Rupe había reproducido la poción en la cocina de su amigo. Apuntó metódicamente cada paso. Pesó las sustancias en una báscula digital de cocina y tomó la temperatura que alcanzaba el compuesto en cada fase de la preparación. En función de la proporción de destilados de hierbas que fue incorporando a la olla, creyó oportuno añadir un gramo de cada uno de los metales. Rupe esperó a que el líquido se atemperara antes de verterlo en una gran copa azul que adornaba el salón de Marcus, después de sacar de ella un peluche del Real Madrid. Aunque la pócima todavía no se encontraba a la temperatura que él consideraba óptima, al observar que Marcus tamborileaba impaciente con los dedos en la mesa, decidió que había llegado el momento.

Mientras subían hacia el dormitorio principal, Rupe compartió la frase

de Giacomo Casanova: «El mejor momento para el amante es cuando sube las escaleras», cita que hizo reír a sus acompañantes. En la habitación, Rupe ya había preparado el ambiente: puso una lista de reproducción que consideró apropiada y encendió velas e incienso para atenuar los olores, que distribuyó por toda la estancia. Desde ese momento se acabaron las risitas.

—El momento antes del momento —reflexionó Mer en voz alta.

—¿Quieres decir el punto sin retorno? —apuntó Marcus.

—No exactamente... ¿Y si me intoxico? —preguntó Mer con la copa que contenía el elixir en las manos.

—Es poco probable, lo he preparado yo. De todos modos, el hospital no queda lejos. Es broma —se apresuró a señalar al advertir que ella no sonreía. Empapó de suavidad sus siguientes palabras para tranquilizarla—. Los pelirrojos, se denomina rutilismo en medicina, poseéis unas características diferentes al resto de los humanos: no necesitáis tomar el sol para generar vitamina D, tenéis el umbral del dolor más bajo ante las quemaduras y, entre otras cuestiones, necesitáis hasta cinco veces más tóxicos que los demás para obtener el mismo resultado, ¿nunca te han anestesiado?

—No —explicó ella—, no he tenido ni una caries en mi vida. Nunca he necesitado anestesia.

—Bueno, ¿no has notado que aguantas mejor el alcohol que tus amigas?

—Sí, pero pensaba que era por la costumbre.

—Venga, borrachina, dale —la incitó Marcus.

Mercedes bebió de un trago el contenido de la copa. Temió que el sabor le resultara demasiado amargo. Para su sorpresa, no le pareció desagradable. Sí poseía un regusto amargo, pero en la boca se asemejaba más a una medicina salada. Al tragarlo sintió un ligero escozor, como cuando tenía una llaga y comía ensalada aderezada con vinagre. Depositó con cuidado el recipiente sobre la cómoda que se encontraba a su lado. Los tres, parados a los pies de la cama, se miraron entre sí sin saber cómo continuar. Esperaban que ocurriera algo. En la base de sonido Harman Kardon, situada sobre una de las mesitas de noche, sonaba «Green Onions» de Daryl Hall y Brooker T. Jones.

—¿Cuánto tendremos que esperar hasta que surta efecto? —preguntó ella con voz sorda.

—Pasará al torrente sanguíneo en unos minutos —explicó Rupe—. Es potente y debe mantener un efecto sin picos. Si te mareas, a no ser que sea por mis besos, avisa.

Rupe fue quien dio el primer paso. Suponía que se sentirían más cómodos si alguno de ellos tomaba la iniciativa. Entrevió que no iba a ocurrir y no quiso dejar sobrado tiempo para los arrepentimientos. Se acercó a Mer sujetándola suavemente de la nuca, colocó la otra mano en la cintura de ella y le lamió bajo la oreja izquierda. Marcus dio un paso atrás y observó la escena entrecerrando los ojos. Después, le mordió los labios y, mirándola a los ojos, la besó intensamente hasta que la soltó de golpe. A ella le recorrió un escalofrío que la transportó a un lugar desconocido, pero al que sintió como si siempre se hubiera estado dirigiendo. «¿Será por el elixir mágico?», se preguntó. Rupe le sonrió como si compartieran un secreto y la empujó con suavidad en dirección a su amigo, que observaba la escena sin intervenir. Marcus la levantó, sujetándola por los costados, y la colocó a horcajadas sobre él. La besó en la boca y luego fue bajando por el cuello hasta acabar en los pechos cubiertos por demasiada ropa. Se acercó a la cama y la dejó caer en ella. De un solo movimiento se quitó la camiseta y los zapatos, y se tumbó sobre ella con los vaqueros puestos. Se excitaba cada vez más con los gemidos que ella no podía evitar exhalar. Rupe se quitó toda la ropa, salvo los calzoncillos, y también se metió en la cama. Le acarició los pechos y besó su níveo cuello.

Mer empujó blandamente a Marcus y se situó de rodillas en la cama, dándole la espalda. Él también se había incorporado y siguió besándola por la espalda, mientras la sujetaba por las caderas contra él. Rupe, frente a ella, le desabrochó la blusa mirándola a los ojos y, finalmente, se la quitó y la arrojó al suelo. Tras desabotonarle los vaqueros susurró:

—Pantalones fuera.

Marcus se puso en pie y Mer se sentó frente a él en la cama. Se desvistieron mirándose el uno al otro. A ella le gustaba lo que veía y le excitaba la situación, sensación que se le mezclaba con un pequeño mareo fruto de los cócteles, supuso, aunque no dijo nada al respecto. Ella miró a uno y luego a otro. Hubo un momento de duda que Marcus resolvió besándola y tumbándose sobre ella. En tres minutos había terminado y se acostó a su lado. A ella casi no le había dado tiempo a sentir placer. Por los altavoces cantaba en ese momento Urge Overkill «Girl you'll be a woman soon». Rupe, tumbado también en la cama, la sujetó de la muñeca izquierda y tiró de ella para que se pusiera sobre él. Cuando ella tuvo su primer orgasmo, a él le recorrió una descarga eléctrica por la médula espinal que le obligó a arquear la espalda.

Pese a ser ducho en esas lides, nunca había experimentado una sensación física tan intensa. Estuvieron más de veinte minutos en la misma postura. Mer culminó tres veces. Cuando Rupe notó que ella no podía más, él también terminó. Pocos minutos después los tres yacían sumidos en un profundo sopor, exhaustos y felices como si hubiesen ganado un maratón, arrullados por Bob Seger que les cantaba «Night Moves».

Durmieron del tirón toda la noche sin casi moverse. Marcus tuvo un sueño plácido en el que asesinaba a Ana con sus propias manos y nadie le descubriría. Mer soñó que conducía un descapotable rojo por una carretera que bordeaba un acantilado y que la conducía a su hogar. Y Rupe, que tenía siete años y jugaba con su muñeco de peluche preferido del que despierto ya no recordaba el nombre, pero que en el sueño sí fue capaz: Patamanasa.

A la mañana siguiente, Mer despertó sola en la gran cama. Se habían olvidado de apagar las velas antes de dormirse y casi todas se habían consumido completamente. Algunas habían chorreado la cera por los muebles, lo cual propició que la primera imagen al abrir los ojos le resultara sórdida. Sentía un terrible dolor de cabeza. Y una ansiedad que no podía explicar le oprimía el pecho impidiéndole respirar con normalidad.

Oyó voces animadas en el piso de abajo y se levantó de la cama, decidida a unirse a ellos. Pasó por el baño y se dio una ducha rápida. Al mirarse al espejo por primera vez aquel día, fue como ver la cara de un familiar lejano: rasgos conocidos y extraños se mezclaban en su rostro. Volvió al dormitorio un poco desconcertada y abrió el armario. Pensó que parecía el de un psicópata por estar extremadamente ordenado: Las perchas guardaban la misma distancia entre ellas y las prendas de colores similares se encontraban agrupadas como en una caja de rotuladores. Tiró de la manga de una camisa lisa azul hasta que esta cayó de la percha. Se vistió con ella antes de bajar descalza al piso inferior del dúplex.

—Hola, Khaleesi —le saludó en primer lugar Rupe, quien acompañó sus palabras de un pequeño beso en los labios que ella recibió con agrado.

—Hola, preciosa —habló después Marcus, que también pretendió besarla en la boca. Ella lo evitó y se apartó de manera instintiva.

—Ves como tengo razón —indicó Rupe a su amigo, para luego señalar a Mer —: Vamos a la terraza, has bajado justo a tiempo para desayunar.

Antes de sentarse, ella se bebió un zumo de naranja de un trago, que le alivió un poco su malestar general.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó Marcus.

Ella percibió que él se sentía agradecido por lo sucedido la noche anterior y algo culpable por cómo se había comportado con ella.

—Me duele la cabeza y siento un gran desasosiego.

Marcus se levantó y dejó en la mesa de la terraza, junto a Mer, el tabaco y el cenicero que ella había utilizado el día anterior. Mer los miró con extrañeza porque no le apetecía fumar y negó con la cabeza.

—¿Ansiedad? —sugirió Rupe.

Ella comprendió que él conocía la respuesta, que en realidad sabía cómo se sentía y que formulaba la pregunta como muestra de cortesía para que ella se desahogara. Y porque... ¿La amaba? Ese pensamiento la desconcertó. Le cortocircuitó la parte racional de su cerebro.

—Sí, no sé explicarlo —respondió al cabo de unos segundos.

—Yo lo haré por ti, querida —propuso Rupe—. Te encuentro un poco bloqueada esta mañana y yo, en cambio, me siento inmerso en una lucidez asombrosa.

—Estoy alucinado por esta situación. Si no fuera porque hace un momento ha leído mi pensamiento, yo tampoco me lo creería —apuntó el anfitrión—. Tú escucha con la mente abierta.

Mer no podía creer que fuera precisamente él quien le diera ese consejo. Sin embargo, no dijo nada por encontrarse saturada de información y desconcertada por sus propios pensamientos. Conocía de antemano lo que le iba a explicar Rupe y entendía lo que le decía Marcus, pero no podía dar crédito a lo que estaba ocurriendo. Sentía poseer telepatía y notaba que Rupe también había adquirido esa capacidad, aunque no apreciaba cambios notables en Marcus.

—No hace falta —interrumpió Mer—, yo también puedo oír vuestros pensamientos. No estoy segura del motivo por el que Marcus no es capaz.

—Lo sabes —señaló Rupe—. Lo que pasa es que te niegas a admitirlo. —Ella le miraba expectante, necesitaba oírlo, así que él continuó—. Me amas, pero a él no. No te avergüences, esta mañana yo también te amo. Ayer no era así, bueno, no estoy seguro de lo que sentía ayer, pero hoy lo sé con la misma intensidad que las dos veces anteriores en mi vida... Y lo sabes —dijo mientras mostraba una sonrisa sarcástica y la señalaba con el dedo. Adoptó la

postura con la que a Julio Iglesias le solían retratar en los *memes* que circulaban por internet sobre él.

Los tres rieron. Ella vivía dentro de una personalidad con tendencias místicas, no obstante, distinguía el plano mundano del espiritual. Su mente le impedía aceptar sin más esa nueva realidad.

—Dame una explicación científica —le solicitó Mer a Rupe—. Necesito racionalizar esta locura.

—Lo he estado pensando y supongo que este tóxico, de alguna forma que tendré que estudiar en un futuro cercano, activa las neuronas espejo...

—He oído hablar de ellas —le cortó Marcus—. Leí un artículo en el dominical del periódico *El País*. En él se explicaba que eran las que nos capacitaban para la empatía y para aprender por imitación. Afirmaba que suponía el mayor descubrimiento de la neurociencia en las últimas décadas.

—Sí —añadió Rupe—. Son las que se activan cuando un animal observa a otro congénere realizar una acción. Las neuronas del observador reflejan la acción del primero y es como si él mismo estuviera realizando la acción. Dichas neuronas son las que nos facultan para aprender mediante la observación, para sentir lástima al observar la desgracia ajena, a salivar si vemos a alguien comiendo un limón, a excitarnos cuando miramos porno... y muchas otras cosas que ya supondrás. Se ha demostrado que en el cerebro femenino hay más neuronas espejo y son más activas que en el masculino. Eso, unido al hecho de que tú ingeriste el elixir y que a nosotros solo nos pasó una parte vía...

—Sí, te entiendo —interrumpió Mer. Se sentía incómoda al oír verbalizar a Rupe lo que había ocurrido la noche anterior. Sabía que era pueril, pero no podía evitarlo—. Las mujeres somos más empáticas y yo, pese a ser pelirroja y por eso soportar una mayor cantidad de tóxicos, tomé una proporción muy superior a la que se encuentra ahora en vuestros organismos; por lo que deduzco que mis neuronas espejo están más aceleradas que las vuestras y por esa razón siento esta atroz angustia.

Mer miró a Marcus y notó su sufrimiento como si fuera propio: su sensación de abandono, su incompreensión y su necesidad de perdonar a esa otra mujer que se asemejaba tanto a ella. Pero que no encontraba el camino para conseguirlo sin entender las causas que la habían impulsado a actuar como lo hizo. Ella sabía cómo conjurar sus fantasmas y lo hizo:

—Marcus. —Rupe supo lo que iba a exponer y sonrió orgulloso de ella—.

Siento mucho no estar enamorada de ti. Eres un hombre genial, no sé el porqué, simplemente, no ha pasado. ¿Me perdonas?

Él la miraba, no obstante, la cara que veía era la de Ana. A los tres se les humedecieron los ojos, pero ninguno se sintió preparado para romper ese solemne silencio.

—No es culpa tuya, claro que te perdono —concluyó. La abrazó y lloró esas lágrimas que tenía estancadas tanto tiempo y que le estaban pudriendo el alma.

Al cabo de un rato, Marcus daba la impresión de haber rejuvenecido diez años. Sonrió como un niño y comió con apetito. Mer no probó bocado, sentía que una pena densa como el chapapote la inundaba y corroía por dentro.

—¿Cómo explicas científicamente —continuó inquiriendo Mer— que los tóxicos no activen las neuronas espejo de Marcus porque yo no esté enamorada de él?

—Es algo que tendré que estudiar con detenimiento en un futuro cercano —contestó Rupe—. Pero, a bote pronto, te puedo decir que cuando nos enamoramos una cantidad increíble de procesos químicos se desarrollan en nuestro organismo. Puede que para que el tóxico pase al torrente sanguíneo del hombre sea necesaria la activación mediante las endorfinas de la mujer. O puede que se transformen en contacto con las mismas en el interior de la fémica y que por ello lo que transmite a su amado es una versión catalizada del filtro.

—Entonces, si una mujer tomara *el elixir de amor y sapiencia* y no yaciese con nadie, tampoco se le activarían a ella las neuronas espejo.

—No necesariamente —elucubró Rupe—. Dado que la proporción de tóxicos en su organismo es muy superior a la del varón, aunque no obtuviese placer físico, porque durante el orgasmo se disparan las endorfinas, si estuviera enamorada, probablemente sí obtendría el efecto deseado.

Mer se sentía más angustiada por momentos. En su interior se acumulaban la pena del mundo, la tristeza de los desamparados y el dolor de los desamados. Era capaz de sentir a una anciana que llevaba dos semanas sin hablar con nadie dos pisos más abajo, el desasosiego de otra vecina que creía que su marido ya no la quería, el rencor del portero hacia su hermano menor por una deuda de hacía demasiados años, la desesperanza de una mujer que paseaba por la calle y era incapaz de concebir... También sentía la alegría del niño que en el piso de al lado jugaba con su consola nueva, la felicidad de los adolescentes enamorados del tercer piso que habían pasado la noche juntos

por primera vez, la satisfacción del opositor resacoso tras celebrar su aprobado y a muchas otras personas con sentimientos positivos. Pero los negativos eran mucho más abundantes y profundos, por lo que no se compensaban dentro de ella.

Rupe la miraba con misericordia. Sabía lo que le estaba pasando por la cabeza y también que no podía ayudarla de ninguna forma a superarlo.

—¿Quieres que demos un paseo por la playa? —propuso Rupe.

—Los novios suelen pasear por la orilla del mar cogidos de la mano —bromeó Marcus con la boca llena.

—No —decretó ella—, prefiero ir sola. No sé cómo voy a gestionar estas sensaciones. Necesito pensar con calma. —Tenía intención de levantarse cuando miró de nuevo a Rupe—. Tú tienes algo distinto, algo fundamental, aunque no lo distingo. Es como si te hubieses teñido el pelo y yo no recordara de qué color era antes.

—Sé a qué te refieres —explicó Rupe—. No soy capaz de darle una explicación todavía, pero cuando me he despertado, volvía a creer en Dios como en mi infancia.

Marcus se rio tanto que se le cayó la tostada al suelo. Ella sabía que estaba siendo sincero, sin embargo, tampoco podía raciocinar ese repentino retorno de su fe.

—¡Joder! ¿Estaremos flipando por las drogas del brebaje? —titubeó ella.

—Me encanta que sueltes tacos, Khaleesi —añadió Rupe mientras se incorporaba y la besaba con amor.

Tras vestirse, salió, atribulada y más sola que la una, en busca del mar. Intuyó que las olas, en alguna de las idas o venidas, le devolverían la paz. No se percató de que un hombre robusto la seguía a poca distancia desde un coche que había permanecido aparcado toda la noche frente al portal de Marcus. Debido a que poseía desde hacía poco tiempo esa nueva habilidad, no distinguía las voces por separado. Era como si mucha gente estuviese hablando a la vez y al mismo volumen. Cuando percibió el peligro, ya fue tarde. La esperó de pie al final de uno de los corredores peatonales poco transitados que discurren entre las urbanizaciones. Sin mediar palabra, cuando pasó junto a él, la golpeó con el puño en la base del cráneo. Mer sintió un

pinchazo en el cuello y un mareo súbito que le impidió continuar andando. En el momento en que sus rodillas se aflojaron como las de un tentetieso sin mecanismo, él la cargó como a un saco de patatas y la introdujo en el maletero sin poder ella oponer resistencia alguna. Con cinta americana la sujetó y amordazó en unos segundos. Con una voz cavernosa la amenazó con que, si hacía ruido, la mataría. Ella sabía que hablaba en serio, así que se mantuvo callada. Ahorró oxígeno y fuerzas. Arrancó el coche y, con la intención de ahogar los ruidos que ella pudiera emitir desde el cubículo en el que se encontraba encerrada, encendió la radio y subió el volumen para que The Rolling Stones bramasesen «You can't always get you want».

CAPÍTULO XVII

Provincia de Tarragona, invierno de 1835.

La taberna, oscura y hedionda, bullía de parroquianos beodos esa noche, como era habitual desde que había comenzado la Guerra Carlista. Ocurre durante todas las contiendas, que la fragilidad de la vida es más notoria y las personas dejan de matar el tiempo hasta que él las acabe matando a ellas. La gente pasa a vivir cada día como si fuera el último y gasta cada moneda en disfrutar lo poco que le quede en este mundo, sin intención de ahorrar para un futuro más que incierto.

Mesas y bancos de madera hosca se distribuían sin orden por el atestado local. El tabernero, su mujer y sus hijas se afanaban en servir jarras de cerveza tibia y estofado caliente entre la clientela. La algarabía del interior traspasaba los gruesos muros de piedra. Nadie reparó en el extranjero que entró sigiloso. Tenía por costumbre tratar de pasar desapercibido, habilidad que se había transformado en intuición a base de la repetición constata de la acción. De un vistazo localizó al fondo del tugurio a la pareja de migueletes que buscaba y se dirigió hacia donde estaban. En su recorrido hasta el fondo del establecimiento, catalogó a su paso al resto de los hombres con disimulo. Diferenció a los que sabrían usar los puños o la espada, de los que no.

—Buenas noches, caballeros —saludó con un marcado acento francés.

—Buenas noches, *monsieur* —le contestó el más alto de los dos.

—Espero que tengan algo bueno para mí —anunció mientras tomaba asiento sin pedir permiso.

—Nuestro camarada Pere —comenzó a explicar nerviosamente el más bajo de los milicianos— nos dijo que te vendió unas figuras que había afanado de un convento la semana pasada. Nos contó que le diste un buen dinero, por eso queríamos verte.

El caballero francés se quitó el embozo con parsimonia, se le quedó mirando fijamente a los ojos y, cuando el mercenario estaba a punto de decir algo más, inquieto por el silencio del recién llegado, contestó:

—Sin nombres. Y si vuelves a decir que he comprado objetos robados,

te cortaré la lengua.

Los hombres acostumbrados a la violencia saben cuándo alguien amenaza de farol y cuándo habla en serio. El joven recluta se mantuvo callado con el orgullo herido.

El más alto de los dos sacó del zurrón una bolsa de judas que depositó sobre la mesa. El comprador miró a ambos lados y, tras comprobar que nadie les observaba, la acercó para sí y la abrió en su regazo.

—¿Solo esto? —preguntó después de examinar el contenido.

—Son los pendientes de una reina —informó el más alto—. Los cogimos de la tumba de *Jaume el Just* y Blanca de Nápoles, que está en el monasterio de Santes Creus. No intentes timarnos. Sabemos de buena tinta que son de coral rojo y que es un material caro. Otrosí, no conozco a muchas damas que lleven puños en las orejas. Son raros y valiosos, *monsieur*.

—Lo que intentaba expresar —explicó el francés armándose de paciencia—, es que me da la impresión de ser un escaso contenido para todo un sarcófago real.

—En el sepulcro había poco más que huesos, estos pendientes y un collar a juego, mas, como se encontraba roto, lo tiramos a un pozo, como a ella. —El soldado sonreía ufano.

—Ustedes y yo sabemos que hay más posibles compradores, empero también que el precio lo determinan la calidad y la escasez de piezas valiosas. Vuestra desamortización y la huida del arzobispo Echanove a Mallorca han conseguido que las calles estén repletas de profanadores de templos. Los conventos y monasterios de Cataluña, tras abandonarlos los religiosos, se han convertido en fortificaciones para acantonar a la tropa regular que, como vosotros, también aprovechan la estancia para realizar pillaje.

—Gabacho de mierda —masculló el más bajo de los soldados.

—Calla, bocazas —le increpó su compañero.

El galo dejó sobre la mesa dos monedas de dos escudos.

—En ocasiones pintan bastos y en otras, copas. Esta va a ser mi única oferta, son ciento sesenta reales de vellón, pensadlo.

No tuvieron que considerarlo demasiado, cada uno de ellos se guardó su moneda y salieron del local sin despedirse.

CAPÍTULO XVIII

Alicante, viernes 24 de junio de 2016.

Los dos amigos pasaron el resto de la mañana charlando animadamente. Marcus le formuló infinidad de preguntas a Rupe, hasta que todas las dudas respecto a su última relación quedaron resueltas. Por fin descifró a Ana. Ya no sentía rencor hacia ella, más bien lástima al entender que se trataba de una persona que a duras penas, aunque el destino se pusiera de su parte, lograría ser feliz. Comprendió que la desligadura de sus emociones la alejaba de la dicha que produce la conexión con otros seres humanos. Advirtió entonces la soledad de la que su exnovia se rodeaba. Se sintió liberado de un embrujo, de una carga y de una atadura.

Llegada la hora de comer, como se habían levantado tarde, decidieron no esperar a Mer. Confiaron en que ella tomaría algo en un chiringuito de la playa si le entraba hambre. Prefirieron dejarla tranquila para que pudiera procesar su situación y no trataron de ponerse en contacto con ella con el fin de no interrumpir su proceso de adaptación a las nuevas circunstancias. Rupe echó un vistazo al contenido de la nevera y de la despensa de Marcus, y le anunció que le iba a preparar un arroz para chuparse los dedos. Hasta ese día, Rupe nunca había cocinado una paella, sin embargo, resultó la mejor que habían probado. Bromearon con el hecho de si su nueva habilidad le convertiría en un cocinero famoso de la tele.

Después de la deliciosa y plácida comida, Rupe subió al dormitorio principal, con permiso del anfitrión, para disfrutar de una bien merecida siesta. Marcus hizo lo propio en el sofá del salón, que era su lugar preferido para dormir durante el día.

El psiquiatra se despertó bañado en sudor, sobresaltado y displicente. No recordaba con detalle lo que acababa de soñar, pero sí que un caballero templario impedía el paso a Mer.

Estaba ya bien entrada la tarde cuando Rupe despertó a su amigo.

Abrieron un par de cervezas y se sentaron en la terraza para continuar hablando.

—¿Crees que el motivo por el que me citó Remedios en su casa fue una excusa? —Inició la conversación Marcus.

—Yo imagino que pretendía tantearte y sonsacarte información, ¿y tú?

—Supongo que tienes razón. ¿Por qué crees que os ha intentado destrozar la vida a Mercedes y a ti?

—¿Quieres decir que por qué a ti no? —Miró hacia el mar—. Intuyo que está guardando un secreto al que nos hemos acercado demasiado y por eso nos ataca. Como psiquiatra te puedo asegurar que no está bien de la azotea. —Su mirada se cargó de preocupación—. Sin embargo, debo advertirte que es del tipo loca peligrosa: es culta e inteligente. Hay que tener mucho cuidado con estas personas cuando pierden la racionalidad. Antes de obtener la claridad mental que me ha aportado la poción, pensé que Remedios era una *tepetona*; ahora creo que está más loca que Gizmo bajo la lluvia.

—¿*Tepetona*?

—Los psiquiatras utilizamos mucho las siglas —Volvió a mirar a Marcus a la cara—. Al igual que al que tiene un trastorno obsesivo compulsivo, decimos que tiene TOC; al que padece un trastorno de la personalidad, de forma coloquial, le denominamos TP, y cuando es muy grave *tepetón* o *tepetona*.

—¿Crees que el siguiente en su lista negra soy yo?

—No estoy seguro. Podría ser. ¿Te preguntó en algún momento si creías en Dios?

—No —contestó Marcus asombrado—. ¿A qué viene eso?

—Si alguna vez te lo pregunta, hazme caso, tú contesta que sí. Supongo que todavía no se habrá percatado de que le robaste la cabeza de la escultura de María Magdalena. Cuando se entere... Va a montar en cólera y se volverá más peligrosa todavía.

—Pero contéstame, por favor. ¿Tú crees que vendrá a por mí? —demandó con angustia el arqueólogo.

—Querrá recuperar lo que es suyo y ya sabes que no es del tipo de mujer que se anda con chiquitas. Ahora que..., veo más que antes, la entiendo mejor. Es una mujer amargada y solitaria. Creo que fue abandonada y que se ha refugiado en la fe, de una forma equivocada, por supuesto, aunque allí ha encontrado un cobijo a su aislamiento.

—Hay una cosa que no os he contado —confesó algo avergonzado el arqueólogo. Rupe guardó silencio. Marcus intuía que él conocía lo que iba a decir, pero agradeció que le dejase verbalizarlo—: En verdad no es nada. O es de ese tipo de nada que sí lo son aunque que no se puede demostrar que sean importantes... Tonteamos un poco y creo que le gusté. Por eso no ha venido a por mí, porque creo que en el fondo le atraigo.

—Amigo mío, tienes un problema de ego y otro de visión. El primero no te lo puedo solucionar así como así, pero sobre el segundo sí soy capaz de arrojar luz: No hay nada más peligroso en este mundo que una mujer despechada. Reza para que no descubra que le robaste su adorada cabeza pétrea, pero, sobre todo, porque nunca sepa lo que ocurrió en tu dormitorio anoche... Más si Mer anda cerca. Estoy seguro de que iracunda perdería el poco raciocinio que le queda.

—Siempre me ha impresionado tu capacidad para conectar con la gente, de ver sus entresijos y de tratarles con naturalidad en función de las idiosincrasias personales de cada uno. ¿Cómo lo haces? —preguntó Marcus sin ser consciente de que ese era uno de los mejores halagos con el que podía obsequiar a Rupe.

—Es fácil —respondió el psiquiatra con retintín—, hablo con el corazón en la mano. A ti te resulta más difícil porque tienes que recorrer el largo camino que cruza tu súper ego para llegar hasta él.

A Marcus se le ensombreció la mirada, así que Rupe decidió cambiar de tema y hacerle reír hasta que le doliese el estómago. Pasó un largo rato hasta que lo consiguió, pero finalmente se disipó la preocupación en la mente de su amigo.

—Vale que nos hemos levantado tarde —comentó el anfitrión—, pero ya casi es la hora de cenar y Mercedes no ha regresado. ¿Eres capaz de intuir dónde se encuentra? —formuló la pregunta con sorna. Esperaba un no por respuesta.

—No lo sé —admitió—, no lo he intentado nunca. Siento como si me hubiera crecido una nueva extremidad y tuviera que aprender a moverla. Pon música suave y yo voy a cerrar los ojos para concentrarme mejor. —Marcus le obedeció y observó a Rupe mientras este mantenía los ojos cerrados un rato en silencio. Después hizo pequeños movimientos con la cabeza al intentar despejar su embarrancada mente—. ¡Dios Santo! ¡Le ha pasado algo! —anunció con tal seguridad en sus palabras, que su amigo le creyó de inmediato.

Se puso de pie como si acabara de recibir una descarga eléctrica. No sabía hacia dónde dirigirse. Marcus le detuvo.

—Siéntate e intenta volver a concentrarte —le solicitó con vehemencia.

Rupe se sintió perdido como un niño en un oscuro bosque. Obedeció y cerró los ojos para conectar con la mente de Mer de nuevo. Experimentaba una sensación similar a la de haber nacido sin orejas y que súbitamente le hubieran brotado unas. Los ruidos se le mezclaban. Subían y bajaban de intensidad a cada momento. Recordó cuando estudiaron el fenómeno de la sinestesia en la facultad de medicina porque, de una forma difícil de explicar, cada sonido iba unido a un color, como si las voces se tiñesen en función de las emociones que expresasen o de la energía que desprendiesen.

—¡No la veo! —aulló desesperado.

—¡Respira! —le ordenó Marcus. Y más calmado continuó—: Respira profundamente y focaliza. Piensa en ella, en sus ojos, en sus manos, en su pelo. Recuérdala tumbada, de pie y sentada. ¿Cómo está ahora?

—Tumbada, de lado, en un sitio estrecho y asfixiante... ¡Dios mío!

—Céntrate en ella, no la pierdas. Recuerda su olor. Su pelo huele un poco a fruta, su piel también desprende una tenue fragancia dulzona...

—Sí. Huele a humo de coche. Está encerrada en un maletero a oscuras y oye voces fuera.

Marcus se levantó para coger el teléfono inalámbrico situado sobre un aparador al otro lado del salón. Marcó.

—¿A quién llamas? —le preguntó Rupe.

El psiquiatra se levantó de un saltó, recorrió la distancia que les separaba en tres zancadas y le quitó el aparato de las manos.

—A la policía, ¿a quién quieres que llame, a Batman?

—¿Qué consecuencias tendrá para vosotros dos que os relacionen en el caso de la tablilla de piedra robada? Tú perderás tu trabajo y los dos seréis condenados en un juzgado de lo penal.

—Rupe, por favor, piensa con calma —le solicitó Marcus—. La ira es el camino más corto hacia el error. Este es un asunto serio que hay que dejar en manos de profesionales. La vida de Mercedes está en peligro. Ya pensaremos en solucionar el resto de los problemas cuando llegue el momento. Ahora lo único que importa es salvarla.

Ambos se encontraban en pie uno frente al otro. Rupe dio un paso

hacia delante y dejó únicamente veinte centímetros entre ambas narices, antes de continuar hablando:

—Vivimos bajo una falsa sensación de justicia —afirmó el psiquiatra mascando las palabras—. Pensamos que las leyes, la policía, las fronteras o nuestros congéneres nos protegerán de los peligros. Pero en este momento, en el que el cristal se ha roto, soy consciente de que realmente estamos solos en el planeta. En la tienda de la esquina venden juguetes que podrían matar a tu hijo. En tu ciudad ejerce un falso médico que consiguió colegiarse al presentar un título extranjero falsificado. Tu nuevo vecino permaneció siete años en prisión por pedófilo. Y al descubridor de la cura para la enfermedad rara que le diagnosticarán a tu mujer dentro de diez años, le despidieron ayer del laboratorio por los recortes en investigación.

»La realidad es que las leyes las tienen que hacer cumplir los funcionarios y la Administración Pública no está dotada de los medios ni técnicos ni humanos para ello. Pero nadie asigna lo necesario porque los políticos que deben hacerlo no están interesados en ello. En este país no hay justicia, asúmelo. Llamaremos a la policía cuando sea el momento. Por ahora seguiremos tú y yo la investigación. No voy a dejar la vida de Mer en manos de cualquiera, no porque no esté capacitado o motivado, sino porque no podrá saltarse las leyes como tú y yo sí vamos a hacer con tal de salvarle la vida a Mer.

—Vale. Te voy a hacer caso, aunque ante el juez testificaré que me obligaste. —Le guiñó un ojo—. Ponte los zapatos y vamos a buscarla —le conminó Marcus.

—¿Guardas una pistola en casa? —preguntó Rupe, presa de un pánico ciego que le impedía observar con claridad la situación.

—¿Tú estás chalado? ¿Cómo voy a tener yo un arma? Aunque creo que tienes razón, tendríamos que coger por lo menos un par de cuchillos grandes. Tú ve a calzarte y yo voy a preparar una mochila.

Ella no sabía cuánto tiempo llevaba encerrada dentro de ese asqueroso maletero que olía a pescado rancio y a orines. No estaba segura de si se había desmayado. Se notó adormecida y confundida por momentos. No recordaba con claridad la sucesión de acontecimientos desde que la introdujeron allí. Sentía un fuerte dolor en la nuca. La mezcla de humo del tubo de escape y de

las vibraciones que emanaba ese horrible hombre la mareaban.

El portón del maletero se abrió de golpe. Mer se sobresaltó. Se encontraban en un garaje pequeño. El tubo fluorescente del techo parpadeaba, cegándola intermitentemente. Sintió una potente arcada cuando él la tocó con la intención de levantarla al sujetarla por los brazos.

—No te resistas, zorra —le ladró en el oído. Mer podía percibir con claridad su odio, como un humo tan denso que se materializaba en gel. Él extrajo un machete del cinto y ella, instintivamente, se echó hacia atrás. El grandullón cortó la cinta que le sujetaba los tobillos y le ordenó—: Sin tonterías, sal del maletero. No me importaría darte un par de hostias, así que será mejor que no te las ganes.

Mer tenía entumecido el cuerpo y temblaba como un azogado. Se apoyó sobre el codo derecho para subir las piernas y salir, pero resbaló y se golpeó la cabeza con el fondo del maletero.

—Putita inútil, escoria... —Ginés mascullaba insultos y chasqueaba la lengua, mientras le liberaba también las muñecas y la ayudaba a salir, haciéndole daño al sujetarla con extremada fuerza. Ella no se quejó.

Una vez que se encontró fuera del vehículo, la cogió por la nuca y descargó en ese cuello parte de la ira que acumulaba. Le causó todavía más dolor. La fue guiando como a un animal en el trayecto, sin dirigirle la palabra. La encaminó hacia el final del garaje, donde una puerta les condujo a un pasillo y, después de recorrerlo, accedieron a un gran salón.

A través de las puertas de cristal que separaban la estancia del exterior, Mer vio un jardín con palmeras y el mar al fondo iluminado por la luna llena. «No estoy lejos de casa de Marcus», consideró. El gigante la empujó contra una silla para que se sentara en ella. Con cinta americana la sujetó por los tobillos al asiento y, después de obligarla a girar hacia atrás los brazos, los inmovilizó detrás del respaldo. Le echó una última mirada cargada de desprecio antes de abandonar la habitación.

En lugar de mirar en rededor en busca de pistas o salidas, Mer cerró los ojos con la intención de tomar consciencia del escenario donde se encontraba. Las imágenes se crearon en su mente, con una visión cenital, como si estuviesen compuestas de vapor y poco a poco tomaran forma. Vio a un muchacho homosexual, inocente y de buen corazón, al que sus padres reprimieron con duras palabras y castigos físicos por su orientación sexual. Le obligaron a asistir durante años a terapia. Le repitieron hasta la saciedad que sufría un

trastorno psicológico y que Jesucristo le ayudaría a superarlo. Escuchó los pensamientos de ese chaval que, al creerse un monstruo desde niño, con los años se hizo más fuerte. Visualizó cómo ese muchacho se enamoraba de otro, cómo su padre les descubría y le obligaba a mirar mientras le daba una paliza a su joven amante. Entendió que ese hombre sentía asco de sí mismo y cómo lo proyectaba al exterior hacia todos los que eran como él.

Después, multitud de imágenes se amontonaron en su mente con celeridad. Eran los rostros de todos a los que Ginés había asesinado. Sus caras mostraban asombro y terror por lo que les estaba ocurriendo en el momento en el que eran embestidos por un camión.

Mer abrió los ojos de golpe. Se encontraba fuertemente impactada por lo que acababa de observar. Controló la respiración y volvió a cerrarlos. Ahora se centró en otra presencia cercana, esta vez femenina. Sintió que una pareja joven e ilusionada se mudaba para vivir a esa casa en la que ahora se hallaba. Cómo la joven esposa pretendía sin éxito quedarse encinta con la intención de que pequeños pies corriesen por ese salón hasta el jardín y compusieran así el sonido de su felicidad. Cómo se esforzaba en hacer feliz a su marido a toda costa, pero de manera inexplicable para ella, no lo conseguía. Cómo el joven esposo se decidió a dejar de vivir una mentira y se marchó con otra mujer a la que sí deseaba. El desconsuelo de esa joven mujer y su desamor, más fuerte que las mareas, inundó su infortunada alma, y sumergió su ánimo y su razón. Se compadeció de ella porque, hasta el momento en que fue abandonada, su vida había sido feliz y cómoda, así que no poseía la experiencia necesaria para gestionar ese sufrimiento extremo. Notó que había encontrado el consuelo que tanto necesitaba en la religión, pero esa forma de interpretarla la alejaba más de las personas y de Dios. Aunque ella se sentía más cerca del Todopoderoso que nadie, ¿por qué? No lo entendía. Ella había tirado una soga imaginaria que la unía a...

—Buenas tardes, Mercedes.

Remedios irrumpió en el salón como Bette Davis en *¿Qué fue de Baby Jane?* Le arrancó de un rápido tirón la mordaza de la boca con la mano izquierda. Pese al dolor, no gritó. Levantó la mirada y contestó con calma:

—Buenas tardes, Remedios.

Mer observó que un vendaje cubría la mano derecha de la mujer. Olió su ira al descubrir la sustracción de su preciado bien. La visualizó arrojando objetos valiosos y atravesando un cristal con el puño. Sintió con total claridad

su cada vez mayor lejanía de la cordura.

—Veo que has hecho tus deberes, así que supongo que tus amiguitos también conocerán mi nombre. Sois más listos de lo que aparentáis, sobre todo tú, advenediza de los sentimientos, que me has robado una promesa de amor y mi bien material máspreciado.

Mer no fue capaz de continuar hablando. El pánico se adueñó de ella. La dominó del todo como un colono opresor. Visualizó lo que esa mujer tenía preparado para ella. Había ordenado al gigante que clavase un poste en el jardín trasero y que apilase a su alrededor toda la madera que se encontraba almacenada en el leñero, a fin de formar una pira. Pretendía quemarla viva.

Remedios se sentó en una silla a un par de metros de distancia frente a su forzada invitada.

—¿Sabías que en la Edad Media os quemaban a las pelirrojas por brujas? Puede que tuvieran algo de razón. Gentuza como tú ha existido siempre: lascivas mujerzuelas que coquetean con el mismísimo Satanás. — Mer vio que la actual mujer del exmarido de Remedios era pelirroja y que ella sabía que comenzaron la relación antes del divorcio. Atónita, comprendió también que Remedios albergaba sentimientos románticos hacia Marcus y que la veía a ella como a otra usurpadora—. Hoy es una noche mágica, ¿estás al corriente de ello? La ciudad se llena de hogueras, así que una más no se va a notar. Pero la nuestra será especial. Yo soy una enviada del Señor y voy a hacer lo que hay que hacer. Tu fin será el fuego purificador, tal y como clama la justicia divina.

Mer sabía que ninguna de sus palabras conseguiría que cambiase de opinión y que, a la hora de las brujas, moriría abrasada por las llamas.

—¿No dices nada? ¿Se te ha comido la lengua el gato? Porque las brujas tenéis gato, ¿verdad?

—No me queda más remedio que plegarme a tus exigencias —contestó y trató de que su tono de voz sonara humilde. Era la única opción que tenía de amansarla—. Además, no deseo hacerte enfadar al decir algo inadecuado.

—¿Hacerme enfadar tú a mí? Ilusa. Digas lo que digas vas a arder como el ciquitraque. —Remedios realizó una pausa que aprovechó para mirarla con asco e ira.

»¿Conoces las Santas Escrituras? —Mer negó con la cabeza—. ¡Tú que vas a conocer, impudente ramera! Pues deberías saber que la Biblia, en el Apocalipsis, dice que el ángel de la iglesia de Laodicea anunció: «Sed fríos o

calientes porque a los tibios los vomitaré de mi boca». Yo cumplo con el consejo y no me quedo en medias tintas. Al contrario que tú y el resto de los paganos que, por no posicionaros, acabáis en manos de Lucifer. Tenemos que matar unas horas el tiempo, así que cuéntame, ¿dónde está la cabeza de la estatua de mi santa?

—Marcus está muy arrepentido de habértela cogido prestada —mintió. Tragó saliva y continuó—: Nos convenció anoche a Rupe y a mí de que debíamos devolvértela cuanto antes.

—¿Anoche? Eso también me interesa. ¿Qué hiciste con Marcus y con el psiquiatra? Porque pasaste la noche con los dos, ¿verdad?

—Yo quiero a Rupe, estamos enamorados.

—Precioso. —Se puso en pie para situarse detrás de ella y, mientras le acariciaba el cabello, continuó hablando—. Una *mariquitusa* y una nigromante, vuestros vástagos serán de la piel del diablo —le susurró en el oído.

—Yo le quiero, igual que tú querías a Juan Antonio.

Remedios se colocó delante de ella y, sin previo aviso, la golpeó con el envés de su mano izquierda, con tal fuerza, que cayeron la silla y Mer al suelo.

—¡Bruja del demonio! No te atrevas a nombrarle. —Se arrodilló junto a ella y la sujetó por el pelo—. ¿Cómo sabes tú eso si no es porque eres una hechicera? —le preguntó con un tono de voz sosegado que a Mer le resultó más amenazador que si le hubiera gritado.

—Soy una bruja, lo admito —mintió Mer, cada vez más asustada, aunque con un plan en mente—. Cuando tu marido te abandonó por otra mujer no fue por su decisión, ni por culpa tuya, mi Señor lo organizó así para debilitarte. Creyó que con ello conseguiría que te desviases del camino recto, pero no lo consiguió.

Remedios la soltó de golpe, lo que provocó que la sien derecha de Mer chocara con el suelo. Sus cervicales crujieron como nueces en una bolsa. Se incorporó lentamente y se alejó de ella unos pasos antes de continuar hablando al infinito. Cargaba sus palabras de gravedad, como estuviera declamando desde un escenario frente a un público numeroso:

—Lo sabía. Siempre he sabido que mi amado Juan Antonio no actuaba conforme a sus preceptos cristianos al obrar como lo hizo. Yo le conozco mejor que nadie y no fui capaz de entender el giro de los acontecimientos...,

estaba claro que tenía que haber algo más detrás de su forma de proceder. Soy consciente de ser una pieza clave en este tablero, pero hasta hace poco no entendí la magnitud de mi importancia. Ahora sé que no soy un peón, soy la reina. Puede que después de quemarte se destruya el hechizo que le alejó de mí. ¿No crees?

Al montar en el ascensor, Marcus introdujo la llave en la cerradura marcada como «-1». Descendieron al sótano donde se encontraban los trasteros y el garaje en la urbanización.

—¿Dónde vamos, Marcus, no sería mejor ir andando para seguir su pista? — preguntó Rupe mientras se movía de lado a lado en el estrecho habitáculo como una fiera enjaulada.

—Vamos cerca, pero puede que necesitemos un vehículo para huir, por eso cogeremos mi coche.

—¿Cómo sabes a dónde vamos? Si ni siquiera yo estoy seguro de su ubicación exacta.

—Estás ofuscado, Rupe, respira hondo. ¡Copón bendito! Que te va a dar un jamacuco. Mira lo que he encontrado.

Le mostró la pantalla del móvil donde había buscado el nombre completo de Remedios en *páginasblancas.es* y seleccionado la provincia de Alicante.

—Tiene un chalet cerca y estoy convencido de que la ha llevado allí —le explicó con calma Marcus para tranquilizar a su entorpecido amigo.

Descapotó el coche y se dirigieron a un par de kilómetros al sureste. Antes de girar por última vez, situó el dedo índice frente a los labios para advertirle de que no debían hacer ruido. Apagó las luces y, unos metros antes de llegar a la mansión, también el motor. Estacionó en un terreno adyacente y vació junto a la casa a la que se dirigían. Abrió la mochila que había dejado en el asiento de atrás y, sin mediar palabra, le entregó un cuchillo y una linterna de bolsillo a Rupe, y se pertrechó con lo mismo para él. Permaneció parado unos segundos. Miraba al horizonte como lo haría un soldado antes de una batalla. Las sienas le palpitaban al ritmo de su desenfundado corazón.

—Lo sé —murmuró Rupe—. No estás seguro de que este plan vaya a salir bien. Como tú me has dicho antes: focaliza, Marcus, en caso contrario será como tú imaginas. No mires el precipicio si has perdido el control del vehículo o caerás por él. Recuerda el síndrome de la profecía autocumplida e intenta centrarte en tu objetivo.

—Dejo las llaves aquí, en la visera. Si encuentras a Mercedes, no lo dudes, coge mi coche y ponla a salvo —dijo en un tono tan bajo, que su amigo tuvo que aguzar el oído para entenderle—. ¿Vamos?

Rupe asintió y salieron tratando de no hacer ruido al cerrar las puertas del coche. Un muro de dos metros de altura rodeaba la finca. Sobre el muro se encontraba anclada una reja negra acabada en puntas de flecha. Tras ella, una pared de cipreses impedía la visión al interior. Cámaras situadas en cada esquina vigilaban el perímetro y evitaban puntos ciegos.

—Esto es una fortaleza —cuchicheó Marcus—, ¿cómo vamos a entrar?

—Demos la vuelta. Habrá una puertecita por detrás para acceder directamente a la playa.

Ese mismo día por la mañana, el jardinero que mantenía la finca había salido en varias ocasiones con la carretilla a tirar rastrojos en el descampado de al lado y había olvidado cerrar la puerta accesoria trasera; así que tuvieron la suerte de poder introducirse en el jardín con facilidad. Pegados a los cipreses, intentaron confundirse entre las sombras. Se fueron acercando a la casa iluminada de la que no escapaba ningún sonido. Marcus marchaba delante y, al dejar de notar los pasos de su amigo a su espalda, paró en seco. Cuando se giró vio a Rupe petrificado. Observaba un montículo de troncos apilados alrededor de un poste situado en el centro del jardín.

—Está convencida de que Mer es una bruja y va a ejecutar un sacrificio ritual quemándola viva —explicó como un autómatas, en voz baja y queda.

Rupe temió que el pavor llegara a paralizarle. Y pensó que debía controlarse para poder salvar a Mer. En esa idea encontró la fuerza necesaria para continuar.

—Copón bendito, está como una regadera. La buena noticia es que aún no lo ha hecho, muévete —le ordenó Marcus. Le cogió del brazo y tiró de él con la intención de hacerle salir de su marasmo.

Se acercaron al lateral derecho de la casa donde observaron un ventanuco abierto. Marcus se asomó y confirmó a Rupe, al imitar el gesto de orinar, que se trataba de un baño. Le indicó a Rupe por señas que juntase las manos para que él apoyara un pie y así poder acceder al interior. De un brinco se encaramó al alféizar y se introdujo en el cuarto. Esperó agachado un momento hasta que los ojos se adaptaron a la oscuridad. Escuchó voces lejanas dentro de la casa. Se asomó para ayudar a Rupe a subir, pero este ya no se encontraba en el jardín. Le llamó en voz baja. No obtuvo respuesta. Maldijo para sus

adentros. No había tiempo que perder, así que no esperó más a su amigo y fue en busca de Mercedes. Recorrió la pequeña habitación y, con gran sigilo, abrió la puerta. Accedió a un pasillo levemente iluminado por la luz que se filtraba de la estancia situada al final de la vivienda, que también era el origen de las voces, así que se dirigió hacia allí. Mantuvo la espalda pegada a la pared mientras se aproximaba. Asomó la cabeza para mirar a través de las puertas correderas de cristal y poder observar el interior de la habitación.

Fundido en negro. Después de eso solo recordaba chispas de colores y un agudo dolor en la cabeza.

Ginés recorrió las puertas y entró orgulloso como un depredador que carga con su presa. Arrastraba por los tobillos a Marcus, que permanecía semiinconsciente.

—Mire, doña Remedios, lo que ha traído el gato.

Mer, que minutos antes había sido incorporada por Ginés, quedó horrorizada por la escena. Remedios sonreía complacida y entrecerraba los ojos al saborear la victoria. Marcus sangraba por la cabeza, aunque no había dejado reguero en el suelo por el que había sido arrastrado, por lo que la hemorragia no parecía alarmantemente abundante.

—¡Marcus! ¿Me oyes? —le llamó Mer.

Sin poder moverse, Marcus balbuceó algunas palabras que solo Mer escuchó con nitidez al poder oír sus pensamientos: «Rupe viene por el jardín». Se tranquilizó un poco al cerciorarse de que seguía con vida. Decidió que tenía que ayudar a Rupe, quien iba a entrar por las puertas de cristal que daban al exterior en cualquier momento. Se esforzó en no mirar en esa dirección para que sus captores no adivinasen dónde se encontraba el que faltaba.

—¡Tú calla! —le ordenó la dueña de la casa y se giró hacia Ginés—. El otro, el desviado, no debe andar lejos, ve a buscarlo.

Mer apretó con fuerza los ojos y bajó la cabeza. Trató de concentrarse en Rupe. Remedios le propinó un bofetón con la mano izquierda que Ginés vio de refilón, lo que provocó que saliera de la estancia emitiendo una risita aguda, parecida al sonido de un ratoncito.

—No te voy a permitir hechicerías en esta santa casa —le conminó.

Remedios se acercó lentamente hasta Marcus, que seguía inmóvil en el suelo. Se arrodilló junto a él. Le acarició un rizo rubio y la mejilla, y con un

tono infantil le susurró:

—Tú y yo pudimos haber tenido un futuro juntos, pero tú pisoteaste esa posibilidad al quebrantar nuestra confianza. Ahora lo vas a pagar.

Y, como si nada hubiera ocurrido, continuó con la conversación que había dejado a medias con Mer al ser interrumpidas:

—Que me digas qué más tiene *tu Señor* preparado para mí.

—Te va a poner una serie de ordalías —se inventó—, que deberás superar para demostrar tu fe.

Mer ideó que debía enfrentarse al reto de continuar con la conversación para que esa mujer no sospechara y, a la vez, mantener una conversación con Rupe mediante el pensamiento: «¿Me oyes, amor mío?», le llamó mentalmente. Escuchó con claridad la voz de él dentro de su cabeza: «Nunca me habías llamado así, me encanta».

—¡Soy descendiente directa de Jesucristo y de María Magdalena! —vociferó con arrogancia—. Tengo pruebas científicas que lo demuestran. Mi fe es inquebrantable, así que nada ni nadie logrará hacerla tambalear.

—Lucifer toma diferentes formas, tú debes saberlo. ¿Qué pruebas científicas crees poseer?

«Marcus...», transmitieron los dos a la vez. «Bis, bis» pensó ella.

—Nigromante maldita, no vas a hacerme dudar.

—No lo pretendo, es simple curiosidad.

«¿En serio, Mer? ¿En este momento?». Ella le respondió: «Lo siento, lo he pensado sin querer».

—¡Tengo pruebas científicas que lo demuestran y punto pelota! —voceó Remedios y dio un puñetazo en la mesa con la mano izquierda, con tan poca fuerza que resultó ridículo.

—La primera prueba de tu fe no tardará en llegar y será similar a la de estar cuarenta días en el desierto —ideó Mer. Hablaba con su captora para darle carrete y distraerla de la presencia cercana de Rupe.

«¿Qué ha sido ese golpe? ¿Estás bien?», oyó la voz de él en su cabeza y ella le contestó: «Marcus está inconsciente en el suelo, sangra por la cabeza. Ginés le ha golpeado y ahora va en tu búsqueda».

—He pasado ya varias pruebas de soledad, así no podrá corromper mi fe. Continúa, ¿cuál será la segunda?

—Tendrás una gran tentación en la que no podrás evitar caer. —«¿Qué plan tienes?».

«Estoy viendo a través de tus ojos. Voy a entrar, Khaleesi, prepárate». En ese momento Rupe se introdujo como una exhalación por las puertas francesas de acceso al jardín que, aunque permanecían cerradas, no tenían echado el pestillo. Remedios, que se encontraba de espaldas al exterior, se giró en el momento justo para distinguir un puño que impactaba contra su ojo izquierdo. La derribó de un único y potente golpe. Cayó como un saco de patatas al suelo. Hizo demasiado ruido. Rupe sacó el cuchillo de la parte de atrás del pantalón y lo utilizó para cortar las ligaduras de Mer. Se abrazaron en silencio. Lágrimas de alivio resbalaron por sus mejillas.

—El gigante anda suelto —advirtió Mer en un murmullo.

—Quédate sentada en la silla como si siguieras atada.

—Te ayudaré, todo lo que tú sientas lo sentiré yo.

Mer se volvió a colocar la cinta americana alrededor de los tobillos para que diese la impresión de que continuaba inmovilizada en el asiento. Rupe se acercó a Marcus y comprobó que tenía pulso y respiraba con normalidad. Le cruzó las piernas y lo volteó hasta dejarlo en posición decúbito lateral, como medida de seguridad ante la pérdida de conciencia de su amigo. Arrastró el cuerpo de la mujer para ocultarlo entre las sillas del comedor y la pared, donde no se observaba desde la puerta de entrada del salón. Cogió la cinta americana que se encontraba sobre la mesa y, con ganas y fuerza, la inmovilizó y amordazó. Mer supo el plan que Rupe había maquinado y cómo ayudarle para llevarlo a buen puerto.

—Ven ratita, quiero verte la colita —se oía a Ginés canturrear por el pasillo mientras se iba acercando—. Doña Remedios, no lo encuentro. Si se cansa de pegar a la putita pelirroja puedo seguir haciéndolo yo —informó al acceder a la sala—. Tú, zorra, ¿dónde está la señora?

Mer señaló con la cabeza el jardín situado a su derecha cuyas puertas de acceso habían quedado abiertas. El grandullón se dirigió hacia allí, sin percatarse de que había un hombre oculto junto a la puerta corredera del salón. Cuando fue a pasar por detrás de Mer, ella se levantó bruscamente y empujó la silla hacia atrás. Consiguió que Ginés tropezase y cayera. Ella se apartó a la vez que Rupe, situado detrás de él, le propinaba con todas sus fuerzas una patada en la entrepierna, dada la propicia situación de que se había colocado a cuatro patas, al tratar de incorporarse. Lo dejó fuera de combate. Se agarraba con ambas manos sus partes pudendas, en tanto que mantenía la cara aplastada contra el suelo y resoplaba como un oso. Antes de que tuviese tiempo de

reaccionar, entre los dos lo maniataron y amordazaron. Marcus empezó a toser con fuerza, parecía que tenía intención de vomitar. Dejaron al gigante inmovilizado en el suelo y fueron a socorrer a su amigo.

—Hay que llamar a emergencias ya, copón bendito —fue lo primero que dijo Marcus, todavía tumbado de lado y con los ojos cerrados.

—Tranquilo, amigo mío, ahora mismo lo hacemos. Presiona, pero no con demasiada fuerza —organizó Rupe quitándose la camisa y poniéndosela a Marcus en la cabeza para que Mer contuviese la hemorragia.

Rupe se incorporó para sacar el móvil de los vaqueros y poder realizar la llamada. Marcó el 112 y conectó el altavoz.

—Es insoportable el sufrimiento que siento —dijo Mer. Sabía que Rupe entendería la profundidad de sus palabras—. No quiero volver a repetirlo. Y creo que deberíamos destruir las instrucciones que tenemos para que nadie más pueda reproducir el elixir mágico.

Sonó el primer tono.

—¿Estás segura? —cuestionó Rupe.

—Sí —respondió ella.

Él asintió. No fueron necesarias más palabras.

—Oye —continuó Mer—: Te quiero.

Sonó el segundo tono.

—Lo sé —contestó él y acompañó su respuesta de la amplia sonrisa que tanto le gustaba a ella. Después de un momento así de cursi, a Rupe le apeteció pinchar a Mer un poco, así que añadió—: Aunque no estoy seguro de si la Inquisición tenía razón al quemaros a los pelirrojos.

—Emergencias, dígame —respondió la operadora al otro lado de la línea.

CAPÍTULO XIX

Florencia, sábado 2 de julio de 2016.

Mónica y Basi paseaban acaramelados por el *Ponte Vecchio*. Hacía justo dos semanas que se habían prometido. Para celebrar el sí de ella y por otro motivo todavía oculto, él la había llevado de viaje por tercera vez a Florencia. A ella le chiflaban los zapatos que fabricaban y vendían en esa ciudad, así que, cada vez que la visitaba, viajaba con una maleta vacía que volvía repleta de botines y sandalias de tacón.

El padre de Mónica hacía unos meses que había impulsado la carrera de su futuro yerno al nombrarle jefe de marketing de su grupo empresarial. Ella no tenía necesidad de trabajar, pero le gustaba dedicar el tiempo a escribir cuentos infantiles, a pesar de que no tuviesen mucho éxito.

Frente a la estatua del orfebre Cellini, él la tomó entre sus brazos y le cuchicheó al oído:

—Tengo una sorpresa más, *chiqui*. —Ella le miraba expectante—. Tu madre me ha recomendado una joyería para el regalo de pedida.

—¿Otro regalo de pedida? ¿Y el anillo? —preguntó ella, encantada con la noticia.

—Nada es suficiente para mi princesa. Es una joyería especializada en antigüedades. Sé que son las alhajas que más te gustan y, como el anillo de pedida que te entregué es nuevo, quería regalarte algo antiguo también.

—Mi amor... —le susurró ella antes de besarle con la pasión propia de una mujer joven y enamorada.

Siguieron caminando y, al alcanzar el escaparate, él le indicó que habían llegado. Le abrió la puerta para franquearle el paso.

—*Buongiorno* —vociferó el dependiente a la vez que observaba con disimulo el bolso y los zapatos de calidad que portaba la fémina—. ¿Españoles? —Ambos rieron y asintieron—. Tenemos unas piezas preciosas, pasen, pasen. ¿Buscaban algo en especial?

—Buscábamos una joya antigua para mi prometida... ¿Unos pendientes? —le preguntó a Mónica.

—Sí, otro anillo no —contestó algo ausente, más interesada por los objetos expuestos en las vitrinas que en la propia conversación.

—Tengo algo muy especial. Una obra de arte única que solo vendería a una pareja tan enamorada como ustedes. Siéntense, por favor.

El joyero desapareció detrás de una cortina negra que ocultaba la trastienda. A los pocos minutos regresó. Se había puesto unos guantes blancos de algodón fino y portaba una bandeja forrada de terciopelo negro sobre la que únicamente lucía una pareja de pendientes de coral rojo. Ella quedó maravillada aún antes de distinguir su forma. Poseían ese *je ne sais quoi* tan excepcional que solo algunos objetos atesoran.

—¡Dios Bendito! ¿Qué son? —preguntó Mónica sin apartar los ojos de los pendientes, hipnotizada por los objetos rojos que lucían como soles sobre el negro del azafate.

Basi sonreía extasiado al observar la cara de felicidad de su futura esposa.

—En España se llaman maninas o higas. Son amuletos muy antiguos que seguro le darán buena suerte a quien los posea. Los he engarzado yo personalmente en oro blanco. No pretendo engañar a una pareja tan distinguida como ustedes. Me veo en la obligación de explicarles que la parte del antebrazo está un poco deteriorada, por más que es normal: han vivido mucho.

—¿Siglo XVIII? —preguntó Basi, que intentó parecer entendido en la materia para que el joyero no tratara de aumentarle el importe.

—No sabría decirles con exactitud el siglo en el que fueron tallados, aunque con toda seguridad son más antiguos. Por mi experiencia sé que este tipo de joyas acaba encontrando a su dueño, como si supieran cuál es su destino.

—¿Me los puedo probar? —Ya los tenía en las manos.

—Por favor —respondió el joyero mientras le acercaba un espejo que descansaba en el otro extremo del mostrador.

Ambos hombres supieron que el precio ya no era una cuestión importante. Basi ya no tenía escapatoria y se los tendría que regalar costasen lo que costasen.

CAPÍTULO XX

Alicante, jueves 19 de enero de 2017.

Ellos no imaginaron, después de las aventuras y del amor apasionado de los que disfrutaron al principio de la relación, que iban a acabar cayendo en la rutina; sin embargo, así sucedió.

Rupe trasladó su residencia de Madrid a Alicante con el objeto de vivir con Mer. A sus padres les ilusionó que su hijo se mudara a pocos kilómetros de distancia, después de tantos años en que únicamente le veían en fechas señaladas. Pero les emocionó más todavía que mantuviese una relación de nuevo con una mujer. Adoraban a Mer, aún antes de conocerla, por haber traído a su hijo, de nuevo, a una relación heterosexual. Por más que lo intentó, Rupe fue incapaz de hacerles entender que él se enamoraba de personas, no de sexos.

A finales de julio, él alquiló, sin contar con ella, con la intención de darle una sorpresa, un piso precioso de dos dormitorios en la avenida General Marvá. Mer hizo la mudanza en pocos días. A pesar de la gran cantidad de objetos que acumulaba en su antigua vivienda, el proceso resultó ser fácil y rápido. El único escollo que tuvo que salvar en el traslado fue convencer al gato para que accediera a introducirse en el trasportín. Devolvió las llaves al casero el treinta y uno de julio.

La vida en común comenzó siendo una experiencia plena y dichosa. Hacían el amor a diario, no como una competición, sino por necesidad. Visitaban museos para nutrirse de ideas y sensaciones. Varias veces fueron al MARQ con Marcus como guía de excepción. Comían, leían y bebían, y disfrutaban de cada momento juntos.

Ella dominaba cuatro idiomas y había cursado la carrera de enología, sin embargo, con la alta tasa de desempleo que se sufría en ese momento, el único trabajo que consiguió encontrar fue como cajera en un supermercado pequeño, en la calle Isabel la Católica. Fue su única amiga en Alicante, que desempeñaba el mismo puesto de trabajo, quien la enchufó para que le hicieran una entrevista. Acudir cada día a su empleo le producía una gran

insatisfacción. La única parte que le agradaba del trabajo era el trato directo con la gente. Se le daban especialmente bien las personas mayores, que pronto le cogían cariño a esa pelirroja simpática y zalamera.

Rupe publicó su primera novela en septiembre, con la que cosechó un gran éxito. Acudía a coloquios literarios y a programas de televisión, donde enganchaba a todos con su discurso agudo y mordaz.

Casi el total del montante de los gastos comunes de la pareja los sufragaba él, debido a su bonanza económica. A ella le repateaba no poder aportar más dinero al fondo común, aunque en ningún momento se lo comentó.

Poco antes de las Navidades, como un intruso que se adentra escondiéndose por las esquinas, se instaló en el piso, sin ellos percatarse, *el mal rollo*. Cada vez discutían más a menudo por temas intrascendentes y hacían menos el amor. Ya rara vez mantenían largas conversaciones con una copa de vino en la mano. Por las noches veían series, sin casi comentarlas, hasta que se acostaban, cansados y aburridos.

Un tema en concreto les inducía a peleas recurrentes: la familia de Mer.

Ella no quería hacerle partícipe de esa parte oscura de su vida. Imaginaba lo que iba a pensar un psiquiatra, pese a que fuera su novio, de una mujer con ese turbio pasado. Le repugnaba tanto que formara parte de ella, que deseaba que, al obviarlo, desapareciera por arte de magia. No le había hablado a Rupe de su hermana gemela, ni de las extrañas circunstancias que rodearon su muerte. Él supo, por un comentario trivial que soltó sin mala intención una tarde la amiga de su novia, que su padre vivía en Alicante. Por más que le preguntó, Mer no le quiso contarle nada sobre su progenitor.

—Esa parte de mi vida está cerrada. Respeta mi decisión, por favor —sentenciaba ella cada vez que su novio trataba de sacar el tema, que no fueron más que tres.

Rupe estaba apostando fuerte por esa relación, ponía toda la carne en el asador. Exponía su corazón y se sentía vulnerable ante Mer, sin importarle las consecuencias. Le decepcionaba que ella no arriesgara tanto como él. Desconocía las razones que ocultaba para no querer presentarle a su padre.

—¿Te avergüenzas de mí o de él? —le preguntó a bocajarro una noche en el baño después de cepillarse los dientes.

—No digas chorradas —respondió ella—. No es ese el problema. La cuestión es que soy incapaz de perdonarle. Mancilló nuestra relación con

tantos pecados que jamás será capaz de limpiar...

—Esa actitud solo te perjudica a ti. ¿Cómo puedes vivir sin familia y sin raíces?

—Me he acostumbrado a navegar en un barco sin bandera —le respondió ella—. No tienes ni idea de lo que hablas. Los monstruos también tienen hijos. Yo tuve la mala suerte de tener uno por padre. —Le miraba con dureza y cargaba de gravedad sus palabras—. Es un depredador sin sentido de culpabilidad que jamás se ha sentido expuesto... Tú no puedes entenderlo porque eres demasiado buena persona. Se convirtió en un plomo que cargué en mi corazón y del que ya me he librado.

Mer dejó el cepillo de dientes en el vaso y se dirigió al salón. Él la siguió a poca distancia.

—Sé que tu barco va a la deriva, pero yo no le he quitado el amarre, así que no lo pagues conmigo —dijo Rupe en un tono más serio de lo que pretendía—. Es enfermizo. ¿Cómo te hace sentir el ser incapaz de hacer algo que desees? Porque en el fondo me da la impresión de que buscas la redención.

—¿Crees que pretendo redimir mis pecados? ¿En serio? Todos deseamos ser Obi-Wan, pero llevamos dentro un Darth Vader. Y haz el favor de no psicoanalizarme —le contestó Mer despectiva, al tiempo que se encendió un cigarrillo—. Estás muy equivocado si piensas que yo quiero perdonarle. Cuando alguien me hiere, siendo consciente de lo que hace, yo considero que no hay que perdonar nunca dicha afrenta. ¿O es que crees que estoy loca?

—Mer, amor mío, tu única patología es tu necesidad de cariño —respondió él, consciente del impacto que esas palabras iban a surtir en su novia, pero creyó necesario que afrontara la situación desde otra perspectiva—. No eres libre para odiar, eres esclava de ese sentimiento negativo. Este es un axioma de la naturaleza humana.

—Esclavo solo es aquel que toma aprecio a sus cadenas —contestó ella tras unos tensos segundos—. Yo odio odiar a mi padre, pero no puedo evitarlo.

—Mer, la vida es muy sencilla: nacemos, morimos y entre medias, si tenemos suerte, amamos. Aprovecha todo el amor que seas capaz de tomar o de entregar, porque antes de lo que crees todos estaremos criando malvas. El corolario que sigues ignorando es que lo único que importa es ser feliz. Y las

relaciones humanas son necesarias para ese objetivo.

Ella fumaba de espaldas a él y parecía que no le escuchaba. Miraba por la ventana y dirigía el humo de cada sonora bocanada hacia el cielo. Rupe estimó que Mer se encontraba atrapada en la negación. Con voz pausada trató de hacerla razonar:

—Intenta seguir mi razonamiento. ¿Recuerdas el final de *Annie Hall*? Se oye la voz en *off* de Woody Allen contando el chiste de un tipo que va al psiquiatra y le dice que piensa que su hermano está loco porque se cree una gallina. El médico le contesta que le interne y el tipo le responde que no puede porque necesita los huevos. Woody Allen concluye que así son las relaciones humanas: completamente irracionales, locas y absurdas, pero insistimos porque la mayoría necesitamos los huevos.

Mer se volvió y, sangrando cada una de las palabras, le respondió:

—Tú lo has dicho: la mayoría.

Se sentía asqueada de sí misma, como si un gel denso y maloliente cubriese su cuerpo. Lo único que deseaba era que esa repugnante conversación terminase de una vez. No quería que ese hombre al que tanto amaba la viera como en realidad era, como a la hija de un monstruo, como a un ser incompleto y deforme. Tomó con los dedos temblorosos otro cigarrillo del arrugado paquete y lo encendió con la colilla que mantenía en la mano.

—La vida está hecha de relaciones bonitas. —A Rupe le brillaban los ojos al pronunciar esas palabras.

Ella aplastó el pitillo recién encendido en el cenicero. Acomodada en la negación absoluta, prisionera de sus propias ideas y elevando demasiado el tono, contestó:

—¿Acaso crees que no soy consciente de eso? ¿No ves que mantengo una relación bonita contigo? —Apretó la boca en un rictus despiadado y con voz sentida añadió como si de un mantra se tratase—: No somos más que segmentos aleatorios de código genético. La paternidad no es más que un accidente biológico.

Rupe se acercó a su novia con intención de abrazarla. Ella se apartó. Sentía repugnancia de sí misma.

—La sangre es más espesa que el agua —explicó Rupe—, por eso peleamos con nuestros familiares con más encono que con los demás. No debes olvidar enarbolar la felicidad como una bandera, porque es lo único que tiene sentido.

—Realizó una pausa y añadió—: Todos somos seres ridículos en un mundo

absurdo. Tu padre no lo será más que los demás.

—Déjame en paz —respondió despectiva.

Después de sus sentenciosas palabras, mantuvo un silencio tan absoluto que vació el aire de todo sonido. Pareció como si el Universo se plegara sobre sí mismo. Él no tuvo arrestos para continuar con el tema.

Intuía que su novio también estaba aburrido de su vida en común. Le dolía, pero no estaba segura de cómo actuar para solucionarlo. La semana anterior, sin ir más lejos, al dirigirse una noche desde el baño hacia la cocina, pasó por delante del despacho. Rupe se encontraba sentado ante el escritorio, de espaldas a la puerta abierta. Observaba con atención un folio. No la oyó llegar, por lo que la voz de Mer le sobresaltó.

—¿Qué te apetece cenar?

Escondió el folio bajo un montón de papeles y se giró para contestar:

—No tengo hambre, pero si picas algo te acompaño.

—No hace falta, yo tampoco tengo hambre —respondió ella, hastiada de esa desagradable e indefinible situación—. ¿Qué leías?

—Nada —mintió él—. Un borrador para mi siguiente novela.

Ella sintió que le ocultaba algo. Ese pensamiento irracional carcomió de forma progresiva la confianza que depositaba en su novio. La curiosidad fue más fuerte que el respeto hacia su intimidad y, cuando él se quedó dormido en el sofá, ella volvió al despacho en busca del misterioso documento.

El desconcierto inicial mutó en un gran pesar que inundó su corazón, cuando descubrió que se trataba de las notas que él tomó mientras realizaba el *elixir de amor y sapiencia*, en junio del año anterior. Sintió que la relación se iba a pique de una manera inexorable, que el cielo se desplomaba sobre su cabeza, que algo roto nunca vuelve a recomponerse igual. Mer imaginó que, sin lugar a duda, él añoraba las aventuras y la pasión que les inundó al conocerse. Dictaminó que su novio curioseaba a escondidas esas notas porque su vida le resultaba monótona y necesitaba recordar aquellas intensas emociones iniciales. Ni siquiera se le pasó por la cabeza preguntarle la razón por la que repasaba esas notas: Ella ya tenía la respuesta, no era necesario.

El domingo, Rupe se desplazó en coche hasta Madrid para una firma

de libros. Tenía que haber regresado ese jueves, pero una ola de frío en el levante español obligó a cortar muchas carreteras. Más de cincuenta kilómetros de la A-31 se mantuvieron intransitables toda la mañana desde Albacete hasta Villena. Decidió quedarse hasta el domingo en la capital y aprovechar para reencontrarse con viejos amigos. Se lo comunicó a Mer por *WhatsApp*. A ella le molestó que no la llamara para decírselo.

La lluvia sonaba como un montón de relojes haciendo tictac. Se encontraba sola y triste en ese bonito piso que pagaba él y en el que parecía no quedar ni rastro de su presencia. Como si de una premonición se tratase, el coro de Ray Charles comenzó a cantar el estribillo de «Hit the road Jack» por los altavoces de la barra de sonido que se encontraban conectados a la radio. Llamó a su amiga porque necesitaba compañía para dejar de pensar, hasta la obsesión, que estaba perdiendo a quien más amaba.

—Tengo cita con mi médium —le comunicó Montse—. Vente, si quieres.

—No te ofendas, pero no creo en esas chorradas.

—Entiendo tu escepticismo porque hay demasiado farsante en este mundillo, aunque te puedo asegurar que la vidente a la que yo acudo es de las buenas.

—Si tú lo dices —claudicó Mer, sin fuerzas para discutir.

—Esta mujer practica las disciplinas de las *mancias* como un físico el método científico. Si no quieres venir por falta de fe... hazlo para divertirme entonces.

Mer prefería ir a cualquier sitio antes que permanecer sola en ese piso que empezaba a resultarle extraño. Tomó la línea 3 del Tram en la estación de Luceros y bajó en la parada de Muchavista. Allí la esperaba Montse, bajo la marquesina, con una sonrisa abierta, como tenía por costumbre.

Armadas cada una de ellas con un paraguas, intentaron como pudieron defenderse de las gotas con las que estaban siendo ametralladas. Caminaron un cuarto de hora bajo la lluvia torrencial hasta el portal de la vidente. El consultorio se encontraba en el cuarto piso de un edificio destartado. Estaban empapadas de rodillas para abajo y el resto del cuerpo húmedo por las rachas de viento que las había ido mojando a su antojo. Al salir del ascensor tuvieron que caminar por un corredor exterior que distribuía las viviendas a lo largo de un estrecho pasillo. Este se encontraba separado de la cornisa por una endeble barandilla naranja. Lo recorrieron en fila india,

mientras trataban de cubrirse las piernas con los paraguas para no mojarse más de lo que ya estaban.

Llegaron al apartamento. Montse llamó con los nudillos, lo que provocó que la puerta se entreabriese al no estar cerrada. Ambas accedieron a un recibidor diminuto cuyas paredes estaban pintadas de un azul eléctrico, donde se despojaron de la ropa de abrigo y depositaron los paraguas en una papelería. La pitonisa no les hizo esperar. Pasados unos minutos abrió la puerta de la antesala y les indicó con un gesto de la mano que la siguieran. Se adentraron en la salita aledaña donde esa mujer ejercía su actividad. Al entrar en la estancia, Mer se sintió apabullada y necesitó inspirar con fuerza para que el aire, que se había densificado hasta casi volverse gel, penetrara en sus pulmones. Las paredes, casi en su totalidad cubiertas por estanterías y baldas repletas de objetos y libros, y el techo se encontraban pintados de un azul oscuro casi negro. El ambiente en esa habitación le resultaba opresivo. Un fuerte olor a pachuli inundaba el aire y lo hacía casi irrespirable. Los radiadores eléctricos, ubicados cerca de la mesa central, mantenían la vivienda a una temperatura superior a los treinta grados centígrados. En la sala reinaba un calor pesado y turbio. Una docena de cabezas de muñecas despeinadas y algunas tuertas colgaban de hilos clavados al techo con chinchetas.

Mer observó con curiosidad a la sensitiva. Según le había informado Montse, era como ella prefería que la denominaran. De un primer vistazo le pareció nonagenaria. Arrastraba los pies al caminar y mantenía la espalda encorvada como la bruja de un cuento; sin embargo, un gran tatuaje de límites perfectos se le intuía finalizar cerca del cuello al asomar tímidamente unas puntas desde la blusa negra que vestía. No era capaz de imaginar a esa anciana, con una trenza cana mal peinada y ropa de los años ochenta, en un salón de tatuaje moderno. Una enorme verruga emergía en la barbilla y se disputaba, junto con la nariz aguileña, el punto más sobresaliente de la cara.

La anciana señaló dos sillas y ambas amigas tomaron asiento sin mediar palabra. La adivina apagó la luz y se sentó a la mesa con ellas. Quedaron escasamente iluminadas por un puñado de velas distribuidas por la estancia. Comenzó a barajar un mazo de cartas desgastado por las esquinas de tanto manosearlo. Parecía no prestarles atención hasta que alzó la mirada hacia su amiga y habló:

—Dime, Montse, ¿sobre qué asunto quieres hoy que te iluminen los

espíritus? —le preguntó la vieja, que ignoró en todo momento a Mer.

—Me gustaría que me guiaran en mi camino hacia el amor verdadero —respondió su amiga con solemnidad.

A Mer le resultó todo tan exagerado y teatral, que no pudo evitar sonreír. La hechicera le clavó una mirada rápida de odio, tan contundente, que casi le dolió.

—Hmmmmm.

La *wicca* emitía un sonido gutural apenas perceptible mientras, con los ojos casi cerrados, iba dejando cartas boca arriba sobre el mantel rojo que cubría la mesa. Paró de golpe.

—Tengo un mensaje desde el otro lado —anunció con voz cavernosa.

—Dime —se apresuró solícita a contestar Montse.

—No es para ti, es para tu amiga.

Mer nunca había creído en la patraña de los videntes. Se consideraba una persona espiritual y sensible, pero de ahí a que aceptase que alguien podía comunicarse con los espíritus del más allá... Había todo un mundo. Opinaba que eran todos unos sacacuartos. Estaba preparada para cualquier tema que le pudiera exponer, sobre todo si tenía que ver con entregarle dinero.

—El mensaje es de tu hermana gemela muerta. —Mer abrió la boca y frunció el ceño, estupefacta e intrigada—. No le dio tiempo a despedirse de ti. Dice que te quiere mucho, que ahora está bien, no sufre..., hmmmmm... Tiene un ruego que hacerte: precisa que descubras a su asesino. No es necesario que le denuncies, ni que la vengues, únicamente desea que conozcas su identidad.

Los ojos de Mer viajaron de la cara de la bruja a la de su amiga una y otra vez, tratando de encontrar una repuesta. Atónita y petrificada, tardó unos segundos en reaccionar. Cuando por fin pudo moverse, se puso en pie para quedarse allí plantada. Pena, ira, confusión y vergüenza giraban como un tornado en su cabeza. No era capaz de articular palabra. No le había contado a nadie el trágico accidente que sufrió su hermana. Cogió el bolso, que descansaba en el respaldo de la silla. Dejó olvidados el paraguas y el abrigo a la entrada del piso, y salió corriendo de allí.

Mer solicitó la baja voluntaria en su trabajo en un crucero transatlántico cuando falleció su hermana. Volvió a Alicante para cuidar de su madre, quien también faltó poco tiempo después, víctima de un cáncer en el

aparato digestivo. Mer siempre había pensado que su madre enfermó de tragarse las penas y las palabras envenenadas que nunca llegó a pronunciar. Al fallecer una de sus hijas, se hundió en un pozo de densa tristeza que acabó arrastrándola hasta el fondo.

¿Asesinato? No era posible, ¿o sí? Su madre no le permitió ver el informe de la autopsia, ¿lo hizo para protegerla o porque ocultaba algo? ¿Estaría protegiendo a su marido? ¿Sería capaz de hacer algo así?

Cuando ocurrió el maldito accidente, su hermana hacía tres años que mantenía una relación sentimental con un tipejo que afirmaba llevar dos años estudiando para conseguir la licencia de guardia de seguridad. Ella no entendía cuándo estudiaba dado que siempre estaba en bares con amigos. Mer le odiaba desde lo más profundo de su ser. Era un alcohólico violento que temía que descargase la ira de las borracheras contra su adorada hermana. En una ocasión propicia, cuando se encontraba de vacaciones una semana en Alicante, consiguió abordar el tema con su hermana y su madre. Su hermana negó que su novio la maltratara y se cerró en banda. Además, su madre se puso de parte de su hermana y poco menos que acusó a Mer de tachar a todos los hombres de agresivos. Quitó así también culpa a su marido de las incriminaciones que Mer solía escupir sobre él de vez en cuando.

Cuando lo meditó con más perspectiva y claridad, al extinguirse el dolor y la conmoción iniciales por la pérdida de su hermana, la explicación que le dieron del accidente que acabó con su vida carecía de lógica. No tenía sentido. Cuantas más vueltas le daba al tema, menos conseguía entenderlo. Era un puzle al que le faltaba una pieza.

Desde que murió su madre, no volvió a tener contacto con su padre. Abandonó la casa familiar sin despedirse ni dar explicación alguna de donde iba a vivir desde ese momento. Nunca volvió a pisar esa maldita calle donde se dejó la infancia y parte de la juventud.

Se encontraba en mitad de una avenida. Estática como una farola. Se estaba calando hasta los huesos. Montse se acercó a ella con cautela y le puso el abrigo que había dejado olvidado sobre los hombros. Se colocó junto a Mer, la tomó del brazo y situó el paraguas entre las dos para resguardarse de la lluvia. Nunca la había oído mencionar a una hermana, sin embargo, intuía una dolorosa historia oculta detrás ese secreto.

—Te advertí que no era ninguna chorrada —susurró Montse. Se sentía en parte culpable de lo ocurrido.

Mer no se movía. Miraba sus zapatos, pese a que no los veía.

—Tengo el coche aparcado cerca —susurró mientras le tiraba con cariño del brazo—. Vamos, te llevo a casa.

La condujo hasta el vehículo estacionado a treinta charcos de distancia.

Ambas permanecieron en silencio durante el trayecto. La conductora puso música con el fin de aliviar la tensión. Sonaba en la radio «So lonely» de The Police.

—Quítala, por favor —le imploró Mer.

Esa canción la cantaba a menudo su hermana y, a lo largo de los años, cuanto más trataba de alejarse de Alicante y del pasado, más parecía que el destino se la restregaba para impedirle pasar página y seguir con su vida.

Montse estacionó en doble fila en la avenida General Marvá, frente al portal de su amiga. Mer asió la manivela de la puerta con intención de apearse. Su amiga la sujetó con suavidad del brazo.

—Espera —le solicitó—. Tengo algo para ti.

Abrió su bolso y extrajo de él una cajita azul que le tendió.

—Me lo ha dado la *wicca* para ti —explicó con suavidad—. Me dijo que ibas a necesitar un amuleto que te protegiese en tu periplo. Me contó que una mujer se los ha entregado hace poco como pago por su ayuda al conseguir que quedase encinta de su primer hijo.

Mer temblaba como una hoja. Abrió la caja y dentro halló unos pendientes de coral rojo con forma de higas.

«Esto no puede ser solo una casualidad», pensó.

Se despidieron con dos besos y un fuerte abrazo.

Al entrar en el piso, las paredes se curvaban a su alrededor, al igual que sus sentimientos sobre su tierno corazón. Soltó el bolso, que cayó al suelo como un saco de tierra mojada, dejó que la espalda se deslizara por la puerta de entrada a la vivienda y, sentada en el suelo del recibidor, lloró un mar.

Horas después se arrastró hasta la cama. No se molestó en quitarse la ropa húmeda. Soñó con una tarde en que su hermana y ella jugaron con una cometa. Uno de esos días maravillosos en que su padre no las golpeó ni gritó. No hubo llantos, solo risas.

El viernes por la mañana se sentía destrozada. Pese a que sentía los pulmones

cargados de nicotina, fumó en ayunas. Aunque en ocasiones le producía náuseas y no tenía por costumbre hacerlo, sentía que necesitaba un pitillo detrás de otro. El día se había levantado como ella: un cielo plomizo cubría la ciudad. Este hecho anormal afectaba al ánimo de los habitantes, debido a que los alicantinos estaban acostumbrados a que un sol perenne les iluminara. Llamó al trabajo e informó que se encontraba enferma. El jefe le advirtió que trajese un justificante médico o que no se molestara en volver, si no era para recoger el finiquito. No le importó.

Después de varias horas absorta en sus rememoraciones y pensamientos, recordó que había guardado en el trastero una caja con papeles y cacharros provenientes de su antigua casa. Una de esas cajas que permanecen cerradas mudanza tras mudanza y que llega un momento en que no estás segura de lo que contiene.

Cogió las llaves y bajó descalza al sótano, donde se encontraban los trasteros del edificio. No tardó mucho en localizar la caja de cartón marrón que permanecía sellada con cinta de embalar desde hacía años. Trepó por la estantería metálica y tiró de ella hasta que consiguió que sobresaliera lo suficiente como para poder alcanzarla desde el suelo.

Montó en el ascensor y dejó la pesada caja en el suelo mientras subía al séptimo piso. Se le antojó que se miraban mutuamente, que se medían como dos vaqueros antes de un duelo a muerte.

Al abrirla, los fantasmas del pasado sobrevolaron el salón en círculos concéntricos. De aquella cápsula del tiempo extrajo fotos, notas escolares, dibujos, poemas, una medalla de esgrima, una taza de juguete del tamaño de un dedo pulgar, su boli de la suerte en el bachillerato y, por fin, al fondo, la carpeta de papeles importantes que guardaba su madre.

Tomó la carpeta de plástico azul, como si de un ser sensible se tratara, y la depositó sobre la mesa de la cocina. Tiró con suavidad de los elásticos de las esquinas y la abrió de par en par.

Uno a uno, fue extrayendo y ojeando los documentos que su madre atesoró. No le prestó atención a ninguno porque trataba de localizar uno en concreto. Por fin lo halló: “Informe de autopsia”, rezaba el titular en la portada.

Esa sensación era demasiado intensa. No se sentía capaz de soportarla. Tenía la necesidad de gritar o creyó que reventaría como un petardo. Dejó las hojas que sostenía entre sus temblorosas manos con las demás y se dirigió al baño.

«¿Llamo a Rupe? Tendría que explicarle demasiadas cosas por teléfono.

Volverá pasado mañana, puedo esperar. ¿A Montse? La voy a utilizar como a un cubo de basura emocional, no se merece esto. Yo soy capaz. Soy un junco hueco. Soy un junco hueco». Volvió a la cocina y se sentó a la mesa. Fumó tres cigarrillos seguidos mirando a la nada a los ojos.

Antes de leer ese documento, que estaba segura de que la iba a romper en dos, decidió hacer memoria sobre lo que sabía del accidente de su hermana, con el objeto de que su recuerdo no se acabara mezclando con los hechos o siendo el recuerdo de un recuerdo: Su madre le contó que ella estaba llegando a casa cuando ocurrió el accidente. Y su padre declaró, según le explicó su madre, que él se encontraba en el dormitorio principal durmiendo la siesta. Antes de acostarse, había dejado a su hija y al novio de esta en el salón viendo una película. Sin embargo, después el estruendo que tuvo que producir la caída sobre la mesa de cristal que estalló, afirmó que, al llegar al salón, nadie más se encontraba en el domicilio familiar. Su hermana resbaló y se golpeó la sien con el pico de la mesa situada frente al sofá, sin que nadie fuera testigo. La madre oyó desde el portal un golpe muy fuerte y el sonido del cristal al romperse en mil pedazos. Movida por una poderosa intuición, soltó las bolsas en el portal del edificio con los alimentos que había comprado y subió por las escaleras a toda prisa, temiéndose lo peor. El novio declaró que había abandonado la vivienda una hora antes del suceso. «Estas cosas pasan», le había dicho su madre con intención de consolarla. «En ocasiones, estos malditos accidentes ocurren. No hay que buscar culpables». Sin embargo, algo no le cuadraba. Tenía la misma sensación que cuando Rupe le decía una mentirijilla: le chirriaba por dentro. Al entrar en la vivienda se encontraba la cocina a la derecha, más adelante el salón y, tras girar por el pasillo, al fondo, el dormitorio de sus padres. ¿Podría haber salido el asesino de la casa sin que su padre le viera? ¿Habría sido capaz de huir en el ascensor mientras su madre subía por las escaleras y su hermana agonizaba en el suelo?

Recordó también que, en el tanatorio, cuando velaban el cuerpo de su hermana, el padre anunciaba a gritos que la policía no tenía ni idea de lo que hacía, que le habían preguntado qué tenía su hija en las manos en el momento de la caída. «¡Ni llevaba nada en las manos, ni había nada en el suelo!... ¿Un objeto rectangular? No tienen ni puta idea de lo que dicen».

Su hermana y ella habían practicado atletismo en el instituto. No podía decirse que fueran grandes deportistas, pero sí que se mantenían en buena forma física. Su hermana no era una persona torpe, claro que cualquiera puede tener un

accidente así. ¿Resbaló? ¿Estaba el suelo mojado? ¿Se tropezó con sus propios pies? Era incapaz de dejar de visualizar al novio de su hermana, alcohólico y violento, como artífice de su muerte.

Levantó la cabeza para mirar el reloj que, inmutable, anunciaba las horas desde la pared de su derecha. Marcaba las doce en punto. «Mira qué bien, el Ángelus, ya se puede empezar a beber sin ser un borracho». Descorchó una botella de vino blanco semidulce que guardaba en la nevera y se sirvió una copa.

De pie, apoyada en la encimera, tomó el informe y, a la vez que daba largos tragos y recargaba la copa hasta vaciar la botella, leyó ese documento que, efectivamente, la rompió en dos. Tambaleándose, como solía hacerlo su padre cuando regresaba a casa y ellas fingían estar dormidas, se dirigió al dormitorio y se tiró bocabajo en la cama. Hacía dos días que vestía la misma ropa.

Se despertó con dolor de cabeza y la barriga revuelta. Pensó que debería comer algo para encontrarse un poco mejor. Ya había oscurecido. Se dirigió de nuevo a la cocina donde, con un solo gesto, recogió y guardó los documentos en la caja de cartón. Después corrió al fregadero al creer que la náusea que ascendía por su garganta anunciaba una expulsión inminente del contenido del estómago, pero no fue así. Escupió un par de veces, bebió agua directamente del grifo y, tras unos minutos, su cuerpo pareció concederle una tregua.

Encendió el horno y metió en él una pizza congelada. «Las ocho, tarde para comer y temprano para cenar», reflexionó. Esperó en el sofá, fumando, a que terminara de cocinarse.

Los términos de la autopsia no eran tan técnicos como ella esperaba y, lamentablemente, entendió el contenido completo del documento. La forma aséptica de referirse al cuerpo de su querida hermana sí le produjo repugnancia. La causa de la muerte, no había opción de duda, fue debida a una caída accidental con traumatismo craneo encefálico y parada cardiorrespiratoria. En el informe se describía la única lesión que presentaba su hermana: Producida en la cabeza por la acción de un cuerpo duro de superficie roma que, venciendo la elasticidad de la piel, había producido herida contusa en la sien derecha. No se reproducía la forma del objeto en la

herida, sin embargo, sí quedaron fragmentos de cristales en la misma. Se imaginaba a sí misma en la mesa de autopsias. Tumbada. Fría e inerte. Poca gente las hubiera podido diferenciar. Todo el mundo afirmaba, desde que eran niñas, que poseían un parecido asombroso. Según leía el informe, de forma inconsciente, se fue tocando la cabeza cuando describía las heridas en la misma. Después se acarició las extremidades donde se encontraban los cardenales y marcas que se produjeron en el accidente. En el informe se mencionaba, sin dar explicación aparente a la misma, a una marca *perimortem*. Fue la única palabra que tuvo que buscar en Google para entender. Según encontró en internet, se trata de lesiones producidas durante la muerte o alrededor de la hora de la misma. Se describía como una rojez rectangular en la palma de la mano derecha por sujeción con fuerza de un objeto romo y duro que no había producido lesión ni incisión. También se detallaba la ropa que vestía su hermana en el momento de su fallecimiento: camiseta, vaqueros y zapatillas deportivas. «Calzaba unas deportivas y tropezó... No me cuadra. Yo siempre fui la más torpe de las dos. No es propio de ella. ¿Por qué no paró el golpe con las manos? ¿O es que había algo en el suelo?», caviló Mer.

Después de engullir la pizza y de un par de horas de reflexión, abrió otra botella de vino, de la que también dio buena cuenta. Se acabó la cajetilla de cigarrillos y cogió otra de la despensa. Seleccionó diferentes vídeos en *YouTube* de las canciones que más le gustaban a su querida hermana, mientras lloraba un océano al verlos. La recordaba y sentía más presente que desde hacía mucho tiempo, esa fría noche de invierno.

Rupe y Montse se preocuparon al intentar contactar con Mer, y comprobar que el teléfono móvil se mantuvo apagado todo el día.

El sábado por la mañana se despertó con una idea en la mente. No estaba segura de si lo había soñado o si el plan tomó forma en el momento de despertar, pero como si de una certeza se tratara, supo que, si reproducía la fórmula del *elixir de amor y sapiencia* y lo ingería, obtendría la claridad mental necesaria como para averiguar quién fue el asesino de su hermana.

Antes de desayunar, se dirigió al despacho, donde no le costó trabajo localizar el folio con las notas que tomó Rupe durante la elaboración. Guardó esa hoja

en su caja marrón *de los tesoros*. Y decidió que iba a hacerlo bien. Se ducharía, vestiría ropa limpia, comería algo casero y después buscaría los medios para realizar el mejunje.

Tomó un copioso desayuno con cereales, zumo y café. Extrajo del bolso la cajita azul que le había entregado su amiga y se colgó los pendientes de las orejas. Se observó en el espejo y consideró que le favorecían: «Daño no me van a hacer», añadió mentalmente.

Leyó con detenimiento las instrucciones para la elaboración de la fórmula que había escrito su novio. Fue enlazando las imágenes que ella conservaba en su mente, con cada punto descrito. No le pareció muy complicada de realizar, únicamente lo sería el encontrar los elementos que la componían. Un objeto se le iluminó en la mente como un relámpago: «El maletín de médico». Corrió por el pasillo hasta el despacho, donde, en la gaveta inferior derecha del escritorio, Rupe guardaba un antiguo maletín de médico de cuero negro. Pese a no ser un hombre excesivamente ordenado, sí lo era para las cuestiones concernientes a su profesión, así que cada frasquito poseía una etiqueta y se encontraba almacenado por orden alfabético. Levantó el pesado maletín con ambas manos y lo trasladó hasta la cocina.

Recordó las palabras de Rupe la mañana siguiente a tomar el filtro mágico. Había quedado demostrado que, si no se yacía con amor, el varón no obtenía el efecto deseado. Él le explicó que no era imprescindible que la mujer tuviese relaciones sexuales para conseguir el desenlace ansiado, debido a que el tanto por ciento de tóxicos en su organismo se encontraba en una proporción muy superior a la del hombre. Sí que pudiera ser que fuera necesario que la mujer estuviese enamorada para que las endorfinas realizaran una función que en ese momento no recordaba. No suponía un problema. Mer estaba segura de continuar locamente enamorada de Rupe.

Para esta ocasión especial, resolvió que necesitaba algo potente, lo más fuerte que su organismo fuera capaz de soportar. Cuanto más concentrada se encontrara la disolución, más efecto le produciría y antes encontraría al asesino de su hermana. Rupe le había explicado que los pelirrojos poseían, por sus características genéticas, una mayor tolerancia a los tóxicos. «El doble», decidió sin consultar ningún dato ni valorar la situación desde un punto de vista científico.

Preparó la fórmula, tal como lo hizo su novio en junio; sin embargo, añadió el doble de cada elemento, según las anotaciones que poseía. Rupe dejó reposar

la mezcla varias horas, creía que con el objetivo de que atemperara, pero como no estaba segura, decidió dejar que transcurriera el mismo tiempo, no fuera cosa que no funcionara por unas prisas, o por meterlo en la nevera.

Se acercaba la hora de comer, así que decidió que sería mejor para su cuerpo realizar la ingesta del mejunje con el estómago lleno. Descongeló un chuletón y lo preparó a la plancha. Comió sin vino.

A las cuatro de la tarde se encontraba en el sofá, con el informe de la autopsia de su hermana en la mano derecha y una jarra medidora con la versión potenciada del *elixir de amor y sapiencia* en la izquierda. El gato la observaba desde el otro extremo del sofá. Sin que ningún hecho pudiera predecir la reacción del animal, cuando Mer se llevó el recipiente a los labios, al gato se le erizó el pelo, bufó a su dueña y salió corriendo por el pasillo en dirección al hueco de la ventana por el que solía escaparse para recorrer el barrio.

En esta segunda ocasión, el sabor le resultó tan desagradable, que le produjo una arcada al tragar el primer sorbo. La contuvo agachando la cabeza y, en cuanto se sintió estable para seguir con su plan, continuó bebiendo hasta que vació el recipiente. Releyó el documento que sostenía en la mano con la esperanza de hallar alguna clave que se le hubiera pasado en la primera lectura. Debía alcanzar una iluminación mental que le ayudase en su búsqueda. Algo se le tenía que haber pasado por alto. Alguna pista debía conducirla al quid del asesinato de su hermana.

Comenzó a sentirse mareada con vértigos intermitentes. Un intenso calor se fraguaba en su estómago. Necesitaba beber un poco de agua para calmar ese ardor. Le costó levantarse. Se tambaleaba como si se encontrara en una embarcación en medio de una tormenta. Tras cinco pasos en dirección a la cocina, perdió el conocimiento y cayó a plomo sobre el costado derecho. No pudo parar el golpe con las manos y este se produjo principalmente contra su sien. Al rebotar en el suelo, su cabeza sonó como un melón maduro. El brazo derecho quedó atrapado debajo del cuerpo.

Lo último que sintió fue un sabor metálico en la boca.

Capítulo XXI

Ningún lugar, ningún momento.

Esta es la historia de cómo morí.

Más allá de donde crece el romero, existe una laguna que visitan los flamencos. Con movimientos coreografiados, eternos errantes gregarios terrestres atemorizados.

Sobre la moteada agua rosa, una nutria baila al revés vestida de mujer.

A pocos metros de ella me encuentro yo, tumbada de lado sobre mi flanco derecho. Aún mantengo los ojos cerrados; sin embargo, no he perdido la consciencia ni un momento. Me serena saber que cuando los abra ya nada me dolerá.

Soy aquello que creo que soy y, ahora mismo, soy solo yo.

Entro en el presente del suspiro, sintiendo el mismo agujero en mi alma. No tengo ayer ni mañana, únicamente poseo este aliento inacabado. Mi ubicación ya no me inquieta pues en este lugar no habita el miedo.

Aquí no hay abismos ni jaulas. No quedan ayeres ni mañanas.

Un grifo que gotea horada mi mente de arena. Es el recuerdo olvidado, la duda inconclusa, el final omitido. Persigo a un fantasma bizco, que me sabe incapaz de recordarle. Pese a todo, la calma.

Cambio las cosas de sitio.

Una niebla densa como el algodón me protege de mí, pero me impide seguir por el camino que debo ir...

Me incorporo sin dificultad. Estoy en pie. Fuerte. Anclada en el agua poco profunda sobre la que me mantengo estable. Observo la nube encarnada que me sobrevuela. Se van los nómadas, no están perdidos, únicamente toman su propio camino. Un silencio, espeso como el de los cómplices, nos envuelve y acaricia.

Hablo con la nutria:

—¿Quién eres?

—Considérame una amiga —me responde.

El viento vuela el velo que oculta su semblante y logro contemplarlo. Esa mujer me entregó las palabras de mi hermana y una caja azul.

—Eres la bruja, lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Y acaso no que debes volver al origen?

—De alguna forma sí —le confieso—, pero no lo recordaba. ¿Este es el final?

—Como en todo, depende de los ojos que miran. Para el Vinalopó sí, para ti no estoy segura.

—El Vinalopó cruza Novelda —respondo sin pensar—. Viaja muy cerca de la Torre Triangular. Y por Elche también, discurre a pocos metros de La Alcudia.

—Es el río más caudaloso de la zona y pretende atravesar las salinas de Santa Pola (a las que acuden aves de colores) con intención de morir en el Mediterráneo.

—¿Volverán los mismos flamencos al año siguiente?

—¿Y tú? —me responde con otra pregunta—, ¿serás la misma si vuelves aquí el año que viene?

—Vengo buscando algo que no es de encaje.

—No trates de ver la urdimbre, encuentra los nudos.

—No evoco el nudo que debo hallar, solo retengo que no es blanco, como de sal —le explico.

—El uso de la sal se remonta a tiempos remotos. —La bruja gesticula—. Hoy se sigue utilizando como barrera sobrenatural. La energía del río está estancada. Al no poder atravesar las salinas se concentra en su cauce. Se enquistaba y nos afecta sin nosotros notarlo. ¿Tu hermana no era nívea?

—¿Mi hermana! —recuerdo de pronto—. Me diste un mensaje de ella. Lo vislumbro entre tinieblas.

—Piensa: ¿Qué es lo más importante?

—Volver a abrazar a mi hermana —contesto.

—Por eso estás aquí.

—¿Me has traído tú? —le pregunto.

—No. —Sonríe de forma enigmática—. Has venido por tus propios medios. Es mejor ser afortunada que lista y tú, por suerte, te pusiste los pendientes. Los vas a necesitar.

Me palpo los lóbulos de mis orejas y es cierto. Mi cuerpo lo cubre un vestido blanco. Yo no guardo vestidos de este color... ¿O sí? La nutria continúa hablándome:

—Estás sola, más que nunca. Sigue las acequias y remonta el río. —Lo señala—. No te pierdas. Y no olvides lo que has venido a buscar.

La nutria se gira, se transforma en ave negra y vuela. Tengo que... No estoy segura. No soy capaz de recordar.

Ando sobre las acequias negras y las flores amarillas. Noto el silencio profundo de cuando ha dejado de latir el propio corazón. Fluyo con el aire como el río por la ladera. Me deslizo por el agua como a través del tiempo. ¿Tiempo? ¿Cuánto llevo caminando?

Nada tiene sentido. ¿Esa poción que preparé me mató? ¿Esto será lo que se siente estando al otro lado de la línea? Puede que no, por eso mantengo un hilo de pensamiento. Este es mi camino hacia la otra vida. Y aunque no lo fuera, ya no volvería a la misma, no sería capaz, no podría. No debo separarme del río, me lo recomendó la bruja. He de seguir su curso y así volver al origen.

El arroyo canturrea mientras serpentea desde unos altos muros. Lo sigo. La piedra respeta al agua y gira para no tropezarse con ella. Estoy dentro. Es un laberinto. El canto se convierte en golpeteo. Ahora se ha transformado en torrente, sobre el que se alza un caballero. Debo escalar hasta él para no perder el cauce del río. Tiene una espada. Temo.

—¡Oye tú! —le llamo—. ¿Me vas a hacer daño si subo?

—¿Existe razón para heriros?

Comienzo a trepar por las piedras.

—¿Me ayudas? —Me tiende la mano enguantada y tira de mí—. Gracias.

»Sé quién eres. —Coloca la mano derecha sobre la empuñadura del arma—. No te asustes. Desconozco tu nombre. Sé que eres un caballero templario, por el manto capitular blanco y la cruz patada roja sobre tu hombro izquierdo.

Cambia la mano de la espada al yelmo. Levanta la celada y puedo verle el rostro. Es un hombre joven, con barba, rubio y sorprendido.

—¿Cómo sabéis vos...? —Piensa un rato y continúa—: Hace demasiado tiempo que no trato con nadie. He olvidado mi cometido.

—No te preocupes, es común en este camino. Yo intento ayudarte a ti y tú a mí, ¿te parece aceptable el trato? —Él asiente—. Vale. Responde sin pensar: ¿dónde estamos?

—Los caballeros del Temple aprendimos de los gnósticos que la geometría sagrada puede neutralizar los flujos magnéticos negativos. Este es el motivo por el cual las plantas de nuestros templos no tienen forma de cruz, sino de determinadas figuras geométricas. Este laberinto está formado por dichas figuras entrelazadas.

—¿Flujos magnéticos? —le pregunto.

—Heredamos los conocimientos de los zahorís de antiguas culturas. Son quienes nos indicaron la existencia de los mismos y que la cruz orlada posee la fuerza magnética positiva capaz de revertir la polaridad negativa de un lugar.

—¿Puede ser ese tu cometido aquí?

—Puede ser el mío, el de Magdalena, el de Aspasia o el de Blanca.

—Yo no he venido en busca de lo que me cuentas. Mi misión es otra, debo continuar para encontrar a mi hermana. Ayúdame ahora tú a mí: ¿Cómo salgo del laberinto?

—Partid manteniendo la mano derecha apoyada en el muro. No tardaréis en hallar la salida.

Emerjo a un prado verde y voluptuoso. El curso del agua me espera, me guiña una burbuja y yo no le decepciono. ¿Y mis zapatos? ¿Comencé el camino descalza?

Se eleva la pendiente y aumenta el caudal. Me cuesta avanzar. Tengo que agacharme y agarrarme a los matojos para continuar subiendo. El suelo ha temblado. Paro. Bajo mis pies, el río y la tierra respiran, con movimientos lentos y rítmicos, como un gato acostado.

Continúo ascendiendo. Movimiento brusco del suelo. Caigo. Me agarro a las escamas. No era un gato, es un dragón. Alza el vuelo de forma majestuosa. Es libre como los que no temen, o los que no necesitan. Surcamos el cielo malva con las tres lunas naranjas. Giramos y reímos al compás de la música que emiten las estrellas. Era un regalo que ha terminado. Me deposita en el suelo y se torna mujer, ¿o lo ha sido siempre?

—Creo que te conozco. ¿Te llamas Blanca y fuiste reina en estas tierras? —le pregunto.

—Sí, Mercedes, soy quien crees y tú también.

—Ayúdame —le ruego.

—Lo importante lo hallarás en el origen, vuelve a él. —Me aconseja lo que ya sé, pero olvido una y otra vez.

—¿Por qué llevas un péndulo semiescondido en la mano? —dudo de si pretendía o no que yo lo viera.

—A los zahorís les sirve para amplificar su capacidad de localizar vetas minerales, corrientes de agua y flujos magnéticos.

—Aquí el río fluye por la superficie —observo—, no es necesario una herramienta para encontrarlo bajo la tierra.

—Hay más de lo que ves y toda agua que corre lleva energía.

—El templario también me habló de los flujos magnéticos. ¿Por qué están ahí?

—Al igual que el resto de los elementos naturales —me explica—, han existido desde siempre, de una u otra forma: se crean entrelazándose. Aunque únicamente estos esconden puertas.

—¿Puertas a dónde?

—En el origen lo averiguarás.

—¿Por qué ocultas el péndulo?

—En mi época, a los que descubrían manantiales se les acusaba de brujos. Así que escondimos nuestras prácticas para evitar problemas.

—¿Tú buscabas pozos? —pregunto incrédula.

Me sonrío y niega con la cabeza.

—Estos antiguos conocimientos se han usado en Europa para construir lugares de culto y caminos sagrados, desde antes de la existencia de la escritura. Unos hombres colocaron dólmenes donde otros más tarde construyeron iglesias.

Es de noche, no me había dado cuenta. A nuestra espalda la corriente nos susurra una balada. Las lunas forman anillos de rubíes y esmeraldas. Y los besos, abrazados a olores de albahaca, se van desvaneciendo con el tiempo. Debo seguir. Se me hace tarde. Me despido apresurada.

El ojo negro que me envuelve, siento que también me observa. La oscuridad es un ente y un todo. Ando y corro por el río dorado rastreando

mi camino. El dolor de mis pies descalzos hace latir mi corazón y sujeta mi recuerdo y mi objetivo a mi sangre.

El pájaro ya canta, la luz vuelve, la Torre Triangular diviso sobre el cerro. Como aquella yerma que una vez habité y que ahora cruje de soledad, cuyas ventanas desvencijadas exponen el interior tratando de hallar un nuevo morador.

Flanquean la entrada dos gárgolas con cabezas femeninas. La puerta está cerrada.

—¿Puedo entrar? —les pido permiso.

—¿Quieres entrar? —me responde la de mi derecha.

—Me llamo Mer y creo que tengo que pasar.

—¿Solo lo crees? —me pregunta la situada a mi izquierda.

—¿Quiénes sois? —pregunto.

—Yo soy Aspasia —contesta una.

—Yo Magdalena —dice la otra.

Son alucinaciones. Ecos de mi consciencia que estalla. Mi cerebro se está fundiendo y acabará siendo parte de las lunas naranjas. Siento que la vida se me escapa como un pájaro con la puerta de la jaula abierta.

—Busco a mi hermana. Creo que está ahí dentro —explico con calma—, pero no sé dónde. ¿Podéis ayudarme?

—Deseamos ayudarte —responden al unísono como un coro griego.

—Aunque antes —añade una de ellas— deberás acertar unas adivinanzas. La primera: ¿qué se es después de obispo?

—¿Cardenal? —respondo extrañada. Ha sido demasiado fácil.

—Correcto —contesta la otra—. ¿Y qué se es antes de cardenal?

—La respuesta es demasiado obvia, no puede ser obispo.

—Correcto —explica Aspasia—. Antes del cardenal es la rojez.

—Primero deberás bajar y hallar —me indica Magdalena—, para luego subir y encumbrar.

Abren las puertas. Chirrían sordamente. Entro. Una escalera de piedra parte desde el centro de la estancia. Un tramo hacia el cielo y otro hacia la profundidad de mi alma.

—¡Bajo a por ti, hermana!

No hay muro ni barandilla, desciendo sin tocar nada. La luz se va quedando pegada a los escalones y, cuando llego al final de la escalinata, la oscuridad es total. Espero a que mis ojos se acostumbren. No es posible, no

puedo ver nada. No me atrevo a separarme de la escalera, no sabré volver, me perderé. ¿Estará aquí mi hermana? Pondré un pie delante del otro, no me torceré y pronto encontraré una pared.

—¿Me oye alguien?

Silencio.

Doscientos veinte. Escucho pasos rápidos detrás de mí. Me detengo. Ahora susurran y oigo risas infantiles. Se acercan. Murmullan. Se alejan.

—¿Hola?

Nadie me responde.

Continúo.

Mil. He contado mil pasos y no he llegado a ningún sitio. Sigo sumida en el núcleo de la nada. En el más absoluto de los olvidos. En la desesperación. Mi camino termina aquí. Me arrodillo. Fundido en negro y fin.

—¿Hay alguien ahí? —dice una niña a bastantes metros hacia mi izquierda. La voz suena con eco.

—Sí —contesto—, estoy yo.

—Estoy asustada, ven hacia mí —me reclama.

Sigo la voz y en el camino tropiezo con una pesada mesa de madera. Al chocar con ella, platos, cubiertos y algo más han rodado y, algunos, caído al suelo.

—No te preocupes —me tranquiliza la pequeña—. No pasa nada. Puedes comer. Yo he sobrevivido porque no me he separado de ella. Cada vez que tengo hambre o sed tanteo la superficie y como y bebo lo que encuentro. No tengas miedo, toma un canope y bebe agua fresca, calmará tu sed.

La niña ríe nerviosa.

—¿Un qué? —pregunto.

—Un vaso —se apresura en aclarar o corregir—. Toma un vaso y bebe.

Estoy tentada de alargar mi mano y calmar mi sedienta garganta, pero algo me escama. Un chirrido suena en mi mente como si unas uñas recorrieran una pizarra. Sigo mi instinto. Huyo en dirección opuesta a la voz. Corro con los brazos por delante para no tropezar más. Estoy lejos. Ya no la oigo.

Una tonada llega desde otra dirección:

— «... *And sit and nurse my broken heart. So lonely, so lonely, so lonely, so lonely, I feel so lonely...*».

Esa voz me es tan familiar como la mía, pero al mismo tiempo tan extraña como todas.

—¿Quién hay ahí? —pregunto.

—¿Eres tú, Mari Mer? —me responde la voz de mi hermana.

—No es posible, mi hermana falleció, ¿qué eres tú? —cuestiono con miedo.

—Yo era ella —me responde con una melancolía que rasga las paredes de sus vocablos.

—... Hermana... Si es así —dudo—, déjame que te toque. La piel miente menos que las palabras.

—No. Por favor —suplica—. Estoy cubierta de gusanos —gimotea.

—No me importa. He pasado un calvario para poder abrazarte una vez más. Ven, hermana, a mis brazos.

Extiendo las manos con las palmas hacia arriba y ella posa una suya en una mía. Con ternura la traigo frente a mí y la estrujo entre mis trémulos brazos.

El camino ha tenido sentido, mi muerte ha valido la pena porque puedo volver a llorar en su hombro, a besar su mejilla, a acariciar su cabello.

—¿Y mamá? —pregunto entre lloros—. ¿Está aquí contigo?

—No —me responde con la lástima de un bebé abandonado—. Aquí no está.

—No te veo. No distingo nada.

—Lo sé y, créeme, es mejor así. Prefiero que no me mires.

—Qué más da todo, hermana, si puedo volver a abrazarte. Vente conmigo. Busquemos la escalera y subamos juntas. Resolveremos todos los problemas a su debido tiempo. Tú acompáñame. Podemos conseguir volver juntas.

—No es posible, hermana —me explica—. Ya he comido en Yomi, así que no puedo abandonar este lugar. ¿Has comido o bebido algo desde que descendiste la escalinata? —me pregunta con preocupación.

—No. —Recuerdo a la niña—. Me tentaron, pero no caí en la

trampa porque seguí mi intuición.

—El mayor talento que posee el Mal es una capacidad sobrenatural para pasar desapercibido. A plena luz del día y frente a tus abiertos ojos, eres incapaz de verlo. Lo que más necesitas en este lugar es seguir tu instinto. Esa voz que oyes en tu mente es lo único real que hay. Tú todavía tienes una oportunidad para encontrar a mi asesino. Debes averiguarlo. Ordena tu mente y lo advertirás. Te acompañaré hasta el primer peldaño para que puedas regresar.

Me coge de la mano para guiarme. Está fría, húmeda y viscosa. Atravesamos lo que parece un pantano. Un lodo maloliente alcanza hasta nuestras cinturas. Salimos. Hemos llegado.

El dolor es tan intenso que aflora a mi piel y explota en lágrimas.

—No soy capaz de abandonarte —le digo.

—Lo sé —me contesta—. Pero debes hacerlo. Recuerda los signos en mi piel, son la llave que abre la puerta de la respuesta.

—Perderte me duele tanto como la otra vez.

—Me vas a ayudar —me consuela.

—Lo haré, hermana. Te doy mi palabra de honor.

No me despido, soy incapaz. Ya lo hice una vez.

Asciendo mientras el río de mis lágrimas se desliza por los peldaños. Se intuye claridad, ya veo mis manos. La luz ha mutado de color, ahora es parda.

Cegada por tanta claridad, vislumbro una figura masculina.

—¡Rupe! —grito.

Corro hacia él y me levanta en volandas. Giramos y me abraza. ¿En qué momento fui a encontrar al amor de mi vida? ¿Es más importante la persona que una situación propicia? Pude haber sido mejor. No saber cuidar de nuestro amor ha sido mi peor error, algo que ya no enmendaré. Como un bebé muerto entre mis brazos, así fue nuestra relación. Yo le quiero, pero no supe hacerlo bien... No fui capaz, no tuve la oportunidad favorable de remendar nuestro torpe amor.

Me besa la cara, el cuello, los hombros...

Me posa en el suelo y sobrevuela con sus alas mi cuerpo. Con un aullido contenido le espero para que vuelva a mi huerto y a mi cabello. En su piel está mi tacto, en mis labios sus besos. Tuve un tiempo verdadero. Y ahora con migajas me contento. Ya no existo. Estoy muriendo.

—¡Vuelve a mi lado, Mer! — **implora.**

—**No puedo —le respondo.**

—Despierta, por favor. — **Llora.**

—**Debo subir a la torre para desvelar el enigma. En el origen, la encumbro y lo encuentro.**

—Este es el momento antes del momento. Si no regresas ahora, ya no podrás hacerlo— **me advierte entre suspiros entrecortados.**

—**Tengo que hacerlo, lo siento.**

—¡Nunca te lo perdonaré si me dejas!

—**Intenta comprenderme —le suplico.**

—Vas a morir y nunca más podremos estar juntos. ¡Despierta, Mer! ¡Por favor! Por favor...

En el suelo del salón del precioso piso en General Marva, con la puerta de la vivienda abierta, como es habitual cuando ocurre una desgracia, el maletín y el abrigo tirados de cualquier manera, soltados a la carrera al encontrarla inconsciente; Rupe le practicaba a Mer reanimación cardiopulmonar. Le hablaba con la intención de hacerla reaccionar, pero no apreciaba en ella ningún signo de vida. Sintió dos sonoros chasquidos de las costillas al presionarle con fuerza la caja torácica. No respiraba.

—¡**No eres tú!** —le grito—. **Te he desenmascarado.**

Corro escaleras arriba y sonrío pletórica por mi decisión. Voy a ser capaz de alcanzar el cénit. Lo lograr. Una gran victoria conseguir.

Paro y grito. Una sombra tétrica acecha en un agujero. Es mi miedo. Quien cop mis pesadillas y me model con su fuego. El que me hizo y destruyó, al creerme su juguete. Pudo drmelo todo y, al no hacerlo, me rompió.

Mi padre salta del hoyo blandiendo un cinturón. Me hago un ovillo en el suelo. Tantas veces nos golpeó que hasta broma hubo de la marca que en nuestra piel dejaba. Un rectángulo morado cubramos bajo la ropa. Mi hermana y yo convinimos en que nos unía un símbolo de amor. Como otros un corazón, nosotras un...

— ... **Rectángulo...** Lo había olvidado —murmuró Mer mientras soltaba espumarajos por la boca.

—No hables —le respondió Rupe—. Ya viene la ambulancia. ¡**Aguanta!**

Al cubrirme la cabeza para protegerme de los golpes, rozo un

pendiente. Son mi protección contra ti, maldito hombre despiadado. Ya no marcas el ritmo de mi corazón, ya no eres desaliento, no influirás más en mí, eres sombra de humo y yo el viento.

Me alzo y me acerco desafiante. Nada temo, nada es. Le veo. Es un hombre sin pilares, sin corazón ni discernimiento.

—Dame eso —le ordeno.

Le arrebató el cinto y se esfuma, como todo con el tiempo. Respiro con dificultad.

Me apago como una llama en el vacío.

Un dos tres, tres... No puedo continuar.

Con brazos y piernas me arrastro hacia arriba. Escalón tras escalón, uno después de otro hasta el firmamento.

Se estrechan las escaleras, parece que van encogiéndose. No voy a poder pasar. Ya no cabe mi cuerpo.

Nada me queda ya. Rezaré y pediré ayuda al cielo. Mi misión he de cumplir.

—¡Ayúdame! — grito.

—Lo estamos haciendo, Mercedes, quédate quieta y tranquila —le respondió una voz desconocida.

No necesito ayuda porque esto no es real. Es fruto de mi mente intoxicada. Puedo tomar el control si así lo deseo. Lo único que debo seguir es a mi propia voz, a mi intuición, que mi hermana me ha dicho que es lo único real.

—Tú eres el creador —alguien me susurra, pero no le veo—. Este es el gran secreto.

Levanto los brazos y separo el techo. Empujo las paredes hasta donde quiero. Asciendo por la escalera hasta llegar a la parte más alta.

—¡Mer! ¿Me oyes?— grita Rupe desde el cielo.

— Te oigo —musitó Mer. Para conseguir hablar, invirtió todas las migajas de energía que encontró desperdigadas por su cuerpo.

—Es el momento de volver, Mer, por favor, vuelve a mi lado — me ruega mi amor.

¿Puedo volver a la vida si salto desde lo alto de la torre? En la caída despertaré, ¿o no? ¿Es necesario correr el riesgo de perder también este nuevo mundo? Este sitio no me desagrada. Un sol y tres lunas naranjas nos acompañan. Las normas son diferentes, aunque más

placenteras. ¿Qué puedo ganar? ¿Volver a mi puesto de cajera en un supermercado?

—¡Te amo, Mer!— oigo a Rupe que chilla desde las lejanas estrellas.

—Rupe, mi amor, hacía mucho que no me lo decías. ¿Qué nos pasó? Gran parte de la culpa fue mía, pero ahora sé en qué fallé y puedo enmendarlo.

Le oigo llorar, no soporto ser la causa de su dolor.

—¡Mer! ¡Mer! ¡Mer! — me suplica.

Me encaramo al murete, extendiendo los brazos y... salto con los ojos abiertos.

Me acerco rápidamente a las piedras. ¡Dios mío! Me voy a estrellar. Unas alas talaes brotan en mi cuerpo. Planeo. Asciendo. Gracias, Señor. Alzo el vuelo.

Deshago el mismo camino, así no me pierdo. El dragón está durmiendo. El laberinto es pequeño. El río serpentea hasta la laguna donde desperté. Veo a la nutria que señala al sol. Me indica que ascienda. Obedezco.

Un fogonazo me ciega.

CAPÍTULO XXII

Alicante, domingo 22 de enero de 2017.

Caigo y reboto contra el suelo.

Después de realizarle una hemodiálisis por la intoxicación de metales accidental que había sufrido, tal y como indicó su novio que era necesario cuando la ambulancia les dejó en urgencias; el cuerpo de Mer reposaba en una camilla. Sin causa aparente, convulsionó con fuerza y se elevó veinte centímetros sobre el lugar que antes ocupaba, estando tumbada bocarriba, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¡Mer, Dios Santo! ¿Me oyes? —gritó Rupe al sentir el movimiento brusco en la mano, que mantenía la de su novia cogida, mientras con la otra se cubría los ojos tratando de ocultar la desesperación de su rostro.

Se puso en pie para pulsar repetidamente el botón de llamada que se encontraba sobre la camilla, pese a que al volumen al que había elevado la voz resultaría difícil que alguien en la planta del hospital no le hubiese oído.

Ella trató de hablar, sin embargo, no era capaz de articular palabra. Sentía la boca llena de yeso y la mandíbula tan adormecida que casi no tenía control sobre su movimiento. Los párpados le pesaban y se mareaba al tratar de fijar la mirada. Finalmente, consiguió mascullar:

—Hola, amor.

A él le rodaron dos lagrimones por las mejillas mientras le sujetaba la cara a ella. Una mirada tan desesperada como el hambre se marcaba en sus ojos. Denotaba la incredulidad de su vuelta a la vida o, por lo menos, la gran duda que había albergado en su mente de que ese suceso llegase a ocurrir.

—¿Estás bien, mi vida? —le demandó a la vez que le clavaba la mirada.

Buscaba una respuesta más profunda a la pregunta que un simple bien. Una frase que revelase su verdadero estado interior.

—¿Bien? —respondió ella aún aturdida—. Estoy a mil jodidas millas de estar bien.

La sonrisa de Rupe fue enmarcada por los surcos de lágrimas que le

rayaban la cara. Fue la mejor contestación que cabía esperar de ella. Demostraba la vuelta, no solo de una mente, sino de la lucidez y personalidad de esa mujer a la que tanto amaba.

Una médica entro corriendo en el box, seguida por dos enfermeras. A la vez que ellas comprobaban las constantes que señalaban las máquinas a las que estaba conectada Mer, la doctora se dirigió a ella. Después de cegarla al iluminarle los ojos con una pequeña linterna, le dijo:

—Hola, Mercedes, soy la doctora Sánchez. Estás en el Hospital General de Alicante. Sufriste una intoxicación por metales. ¿Sabes qué día es hoy?

La incorporó un poco y la ayudó a beber agua.

—No estoy segura —respondió serena Mer—. Yo me fui de viaje el sábado, pero no sé cuánto tiempo he estado fuera.

—Ajá. ¿Te fuiste de viaje? —contestó la sanitaria sin asomo de sorpresa o emoción en las palabras, a la vez que observaba las pantallas.

Rupe se mantenía al pie de la cama. Se sujetaba a la barandilla blanca de metal. Daba la impresión de que, si llegaba a soltarse de ese trozo de aluminio lacado que le separaba de su novia, se fuese a desplomar como un monigote. Tenía la boca entreabierta y unas arrugas en la frente indicaban su estado de confusión. En un momento volvió a él la incertidumbre sobre posibles daños cerebrales.

—Quiero decir que... —hablaba con dificultad. Perdía el hilo del pensamiento con cada palabra—, ingerí la poción el sábado, pero que no sé cuánto tiempo he estado volando a lomos de un dragón y... —de repente fue consciente de los sinsentidos que estaba diciendo—. No sé. No estoy segura —balbuceó.

—Vale, Mercedes, no te preocupes. Es normal tener visiones e ideas extrañas después de sufrir un traumatismo craneoencefálico —le explicó la médica mientras la incitaba a que reposara al ponerle la mano sobre su hombro.

Hizo un gesto a una de las enfermeras, que ya tenía la jeringuilla preparada con cinco miligramos de Haloperidol, para que se acercara. Antes de que Mer pudiera expresar su rechazo, dos mujeres la sujetaban mientras otra le inyectaba un líquido que escocía.

—Tranquila —la conminaba la doctora. Le habló a un palmo de la boca—. Te ayudará a descansar. No te preocupes, que estás en buenas manos.

Aquí te vamos a cuidar y te pondrás buena. Lo único que tienes que hacer es tratar de descansar y...

Unas voces sonaban de fondo durante su salida de las brumas opiáceas. Se encontraban envueltas en un eco metálico que las distorsionaba y hacía que resultaran ininteligibles. Antes de abrir los ojos, ya supo que Montse y Rupe se encontraban en la habitación del hospital junto a ella.

—Hola, chicos —masculló como pudo, con la boca seca como el desierto.

—¡Mer! —chillaron al unísono.

—Bis, bis —musitó Mer.

La risa se le tornó en un gesto de dolor al tensar los músculos faciales. Suspiró sonoramente e inspiró profundamente un par de veces hasta que la molestia pasó a ser soportable.

—¿Te duele, amor? —le susurró Rupe al oído y la tomó de la mano con el fin de consolarla.

—Solo cuando me río.

Su amiga se apresuró en servirle un vaso de agua. Derramó la mitad en la mesa y, tras rodear la cama, se situó frente a Rupe. La ayudó a beber mientras la saludaba:

—Hola, Mari Mer.

Mer sentía tan hinchado el ojo derecho, que solo conseguía abrirlo una delgada rendija por la que la visión se filtraba de una forma borrosa. Rozó con la lengua la parte interior del carrillo para constatar las heridas sangrantes que allí tenía. Con la punta de los dedos se rozó los labios y notó la hinchazón de la parte derecha del rostro.

—¡Menuda hostia me he metido! —bromeó Mer—. Debo parecer un monstruo. ¿Tenéis un espejo? Aunque no estoy segura de querer verme la cara en este momento.

Su amiga se separó un paso de la cama para alcanzar el bolso que se encontraba sobre una silla y sacar de él un pañuelo de papel con el que enjugarse las lágrimas. Obvió la solicitud que le había realizado Mer.

—No llores, tonta —le solicitó Mer, con la cara deformada, saeteada por agujas con cables, desde la cama de un hospital.

—Espero que no te enfades —se empezó a excusar Montse—, pero

tuve que contarle lo que pasó la noche del jueves a Rupe. No quise socavar tu confianza. Entre ambos teníamos que averiguar el motivo que tenías para querer matarte. —Estalló en un llanto estridente y quejumbroso.

—¿Matarme? —repitió Mer que no daba crédito a lo que estaba escuchando—. Yo no trataba de suicidarme.

Rupe la abrazó con tanta fuerza que le hizo daño, sin embargo, después de notar el espasmo doloroso de su novia, no la apretó con menos intensidad. Necesitaba volver a sentirla. Le era indiferente si se movía por dolor. El simple hecho de sentirla respirar, le llenaba de alegría y de paz.

Preocupado porque su novia no contestaba el teléfono y, después de recibir una llamada de Montse explicándole algo que ella misma no entendía sobre la hermana gemela fallecida de Mer, una vidente y el estado depresivo en el que la había dejado en el apartamento; Rupe decidió adelantar la vuelta a casa al sábado por la tarde.

En el portal sintió un soplo de aire gélido en la nuca, que se transformó en un escalofrío que le recorrió la columna. Subió en el ascensor a la vez que suplicaba, a no sabía quién, que su novia se encontrara bien. «Por favor, por favor, por favor...», repetía como un mantra. Abrió la puerta con sigilo, trataba de no despertar un mal augurio con un fuerte sonido.

—¿Mer? —llamó al observar la vivienda en penumbra.

Dejó las llaves puestas en la cerradura y la puerta abierta. No encendió la luz, no le hizo falta con la claridad que se colaba desde el descansillo y por las ventanas del salón. Caminó dos pasos cortos antes de arrojar lo que llevaba en los brazos y correr hacia ella, que permanecía tumbada en el suelo.

Sacó el móvil de los pantalones, marcó 112 en el teclado, conectó el altavoz y dejó el aparato en el suelo junto a su novia mientras comenzaba a practicarle las técnicas de reanimación. Hizo lo que tenía que hacer, sin atender a ninguna otra distracción, hasta que la subieron en la camilla. Respiración y pulso eran lo único que importaba en ese momento. Cuando la iban a trasladar al hospital, Rupe emergió de la conmoción en la que se encontraba sumido y observó la estancia para tratar de averiguar lo que había podido ocurrir allí. Enseguida detectó el maletín de cuero negro abierto sobre la encimera de la cocina. Una única hoja reposaba sobre la mesilla del salón y

unas cuantas más se encontraban arrugadas junto a donde se desplomó Mer. Las cogió, enrolló y guardó en el bolsillo del pantalón, antes de seguir a los sanitarios para acompañarla en la ambulancia.

Durante las horas de espera que tuvo que soportar en el hospital, antes de decidirse a llamar a alguien, leyó ese informe de autopsia y sus notas para realizar el *elixir de amor y sapiencia*.

Lloró amargamente al empatizar con el dolor que tuvo que sentir su amada al descifrar ese horrible documento médico. Pensó, aunque ahora le parecía absurdo, que ella, desconsolada, buscó un tóxico con el que acabar con su vida.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó él con un nudo en la garganta. Ansiaba que ella contestara algo racional.

—Necesitaba la claridad mental suficiente como para descubrir al asesino de mi hermana —respondió ella. Sus palabras serenas chocaban con su grave estado.

Él tomó con ambas manos la derecha de ella y agachó la cabeza hasta que los dedos tocaron su frente. Se sintió aliviado. Libre por fin del peso de la culpabilidad por no haber sabido entrever el intento de suicidio de su novia.

—Explícate —suplicó él—, por favor. Lo he pasado muy mal al creer que te perdía. Necesito razones, Mer.

—Montse —le contestó a él, en tanto le sonreía a ella— ya te habré contado lo que nos ocurrió en la sesión de videncia.

—Se lo he explicado —admitió—. Hazte cargo de la situación. ¡Pensábamos que te morías! —aulló para volver a sumirse en un llanto chillón.

Mer se sentía descansada y calmada. La torre de soledad, que constituyó el refugio de su psique, había sido derruida hasta los cimientos. Su mente se encontraba lúcida, pese a los potentes analgésicos que le habían suministrado.

—Vale —concedió Mer—. No pasa nada. Vamos a tranquilizarnos y hablamos como las personas.

—... Y que sepas que te han despedido —escupió Montse entre hipidos.

—No me importa —expresó con total tranquilidad—. Es más, me agrada. Odiaba ese trabajo.

Mientras le sujetaban cada uno una mano, ella les fue explicando sus fundamentos y su *viaje*. Narró con gran elocuencia la montaña rusa de sentimientos que la llevaron a volver a encontrar el verdadero amor en él. Rupe se emocionó al oír por fin el mensaje que tanto anhelaba. Sintió que ella le posicionaba en el lugar importante que le correspondía al compartir sus vidas.

Mer desnudó por primera vez el alma ante alguien ajeno a su familia. Admitió que fue víctima de malos tratos por parte de su padre cuando era niña. Ilustró su infancia con un par de anécdotas, no las más duras que recordaba, para que se hicieran una idea del infierno que se vivió en esa familia durante lo que a ella le pareció una eternidad. Realizar descalza ese camino por el pasado la llenó de magulladuras, pero también alivió su pesada carga. Supuso una catarsis para ella.

Relató, tan gráficamente como supo, sus visiones durante el tiempo en que permaneció intoxicada y conmocionada. Ellos entendieron con sus explicaciones la importancia de la rojez rectangular en la palma de la mano del cadáver de su hermana. Cómo ella pudo querer evitar un ataque de su padre y, al asir con fuerza el cinturón y, probablemente, tirar de él para conseguir desarmarle; quedó la marca en su mano. Que su muerte no había sido accidental, aunque pudiera no ser intencionada. Sin embargo, no fue capaz de expresar con la claridad suficiente como para que ellos lo comprendieran en ese momento, el sentido de que el gran secreto que había descubierto residía en que cada uno somos los creadores de nuestros universos. Dueños absolutos de nuestra percepción. Además, cuando trataba de escoger nuevas palabras que mostraran con mayor claridad esa idea, fueron interrumpidos por una enfermera categórica, muy insistente en que debían abandonar la habitación para dejar descansar a la paciente.

Mer permaneció tres días ingresada en planta, después de cuatro en UCI. Las únicas visitas que recibió fueron las de su amiga y su novio. Cuando todavía la vida de Mer pendía de un hilo, a Rupe se le pasó por la mente avisar a su padre, pero Montse se negó en rotundo. No le había dado detalles que argumentaran el rencor que sentía hacia él, pero sí tenía claro que era una persona a la que Mer había echado de su vida de manera intencionada. Una vez que despertó, Mer le agradeció a Rupe que no hubiese llamado a su

progenitor y le sugirió que sería mejor esperar a que ya no estuviera hospitalizada para explicarles, sin demasiados detalles, a los padres de Rupe y a Marcus lo ocurrido. No deseaba preocupar a sus suegros y sabía que su buena educación les impediría no insistir en permanecer con ella el máximo tiempo posible. Tampoco deseaba ver a Marcus, aunque por razones diametralmente opuestas: Estaba segura de que si algún día llegaba a conocer a Montse se enamorarían y pensaba que su amiga merecía a alguien mejor. Así que Rupe, a regañadientes, aceptó ocultarles durante unos días esa información a sus padres y a su amigo.

Montse y Rupe se turnaron para no dejarla sola en ningún momento. Aunque ella insistió en que no era necesario que nadie pasara la noche en la habitación, que si requería algo llamaría a una enfermera, ellos pernoctaron alternativamente en un incómodo butacón junto a la cama.

Fingió paciencia, de la cual carecía por completo, hasta que los médicos consintieron en darle el alta. Era consciente de que obstinarse en salir antes de tiempo solo le acarrearía más problemas.

Las tres últimas noches que hubo de permanecer en el hospital, su compañera de habitación fue una anciana moribunda a la que nadie visitó. No mostraba signos de consciencia, pero por las noches musitaba palabras inconexas: «Muñeca... tafetán... laúd...», fueron algunas de las que masculló. Del lugar fangoso del que emergen las ideas irracionales, le brotó a Mer el pensamiento de que esos vocablos tenían algún sentido. Al igual que el *viaje* que ella misma había experimentado hacía tan poco tiempo, en el que también había hablado sin sentido, supuso que la mujer recorría su propio camino; sin embargo, fue incapaz de vislumbrarlo con las pocas pistas que obtuvo.

El sábado volvió a su añorado hogar, que Rupe se había encargado de limpiar en profundidad. Al cruzar el umbral del piso que compartía con el amor de su vida, lloró. Unas lágrimas incontrolables emergían de sus ojos. Querían aliviar el peso que todavía anidaba en su alma. Necesitó un día entero de amor para recomponerse y conseguir alejar la sensación tan cercana de la muerte. Cuando su corazón volvió a notarse igual de oprimido por el sentimiento contrario, consiguió soltarse de las ásperas ligaduras de la parca.

Todo estaba igual, pero Mer lo percibía diferente. Como si hubiese estado una larga temporada sin pisar esa vivienda. Excepto el olor. Ese

inconfundible aroma no había cambiado en su ausencia. Inspiró con fuerza para que ese perfume volviera a formar parte de su ser.

La caja marrón que rescató del trastero permanecía en la misma esquina donde ella la había dejado. Inerte, paciente, inevitable. El sábado comprobó que Rupe había depositado el informe de la autopsia en su interior y la cerró hasta encontrar las fuerzas necesarias para afrontar su contenido.

El domingo, después de comer, le comunicó a Rupe su decisión:

—Necesito enfrentarme a mi padre —anunció después de encender un cigarrillo.

Él sabía que, tarde o temprano, ella no tendría más remedio que gestionar sus sospechas, pero esperaba que lo hiciera de una forma racional y meditada. Conocía su inteligencia por encima de la media, aunque su carácter visceral, en ocasiones, le nublaba el juicio. El varapalo emocional que suponría una batalla perdida contra su padre, solo podría ser comparable a la victoria épica en caso de que él aceptase su culpa. Por su experiencia, él conocía que lo segundo no solía ocurrir, que los violadores jamás admitían sus actos, que los asesinos ocultaban las pruebas que les incriminaban y que los maltratadores no observaban a sus víctimas como tales, sino como a personas a las que hay que corregir la conducta con firmeza. El padre, a lo sumo, admitiría que fue un accidente. Estaba seguro de que eso la destrozaría aún más.

—¿Consideras que vas a obtener lo que quieres tras ese combate que pretendes librar? —respondió él, cauto, pero aceptando lo ineludible.

Mer no había trazado un plan. No deseaba concretar las pautas a seguir, ni los modos que debía observar. En este tipo de situaciones en las que la intuición le parecía más importante que el raciocinio, prefería que la forma definiera el contenido según se iban desarrollando los acontecimientos. Lo único que necesitaba era ir allí, a su antigua casa, y vomitarle lo que la pudría por dentro. El resto casi le daba igual. Su reacción le era indiferente y sus expectativas no demasiado altas. Suponía que él lo negaría todo, hasta puede que se pusiera violento con ella, pero no le importaba. Era consciente de querer sublimar un deseo egoísta, aunque, por otra parte, propio de la naturaleza humana.

—Voy a ir a verle —informó ella.

—¿No esperarás que te deje ir sola? Es un hombre agresivo e iracundo. No sabes por dónde te puede salir.

—Ven, si quieres —respondió ella, ocupada en encontrar el móvil. Cuando lo descubrió sobre la encimera de la cocina, volvió al sofá con Rupe—. Le voy a mandar un SMS para advertirle de que vamos.

—Me parece acertado —aprobó él—. No olvides escribirle que voy contigo.

—Soy Mer —leyó ella en voz alta el texto que había tecleado—. He descubierto en el informe de la autopsia de mi hermana la marca rojiza en la mano derecha que le dejó tu cinturón. Voy con mi novio a verte.

Como si la visita que iban a realizar se tratara de un desfile militar o de moda, ambos se arreglaron tal como lo haría alguien que sabe que va a ser observado. Se calzaron y abrigaron con movimientos lentos y meditabundos. Abrocharon cada botón, subieron las cremalleras y ataron los cordones de forma concienzuda. Ella eligió unas botas de montaña, él sus zapatos más elegantes.

—¿Y si vamos a la policía? —sugirió él en el último minuto, en tanto que ella buscaba en el cajón desastre de la cocina un juego de llaves que hacía tiempo que no veía.

—Iremos —vaticinó ella triunfal al mostrar dos llaves en la mano derecha—. Pero primero tengo que hacer esto. ¿Lo entiendes?

—Claro que te entiendo —admitió él—. Tus sentimientos son más típicos de lo que piensas.

—Pues en marcha —zanjó ella—. Pilla las llaves del coche, conduces tú.

Durante el breve trayecto hasta la casa familiar de Mer, por los altavoces del coche cantaba y silbaba John Lennon “Jealous Guy”. Ella hubiera preferido apagar la música, pero ya conocía bastante bien las costumbres de Rupe y sabía que la música le ayudaba a relajarse.

Rupe aparcó a la entrada de la estrecha y oscura calle, a pocos metros del portal al que se dirigían. Se demoró en apagar el contacto y en desabrocharse el cinturón de seguridad. Trataba de alargar el momento de apearse. Esperaba un milagro que consiguiera hacer cambiar de decisión a Mer, que no llegó.

Dejó que ella anduviese delante por la angosta acera, hasta alcanzar la puerta de cristal translúcido y aluminio sin lacar, que iniciaba, o finalizaba esa

historia.

—Este es el momento antes del momento —murmuró ella.

Pulsó tres veces el botón del timbre. Ambos esperaron en silencio. Contenían la respiración.

Pasaron los minutos sin que nada ocurriera.

—No hay nadie —observó él, con el oculto deseo de que ella se rindiera, aunque fuera momentáneamente.

Mer sacó el móvil del bolso para comprobar que había recibido un SMS de acuse de recibo del que envió a su padre. Conocía sus costumbres y dudaba que las hubiera podido cambiar con el paso de los años. Se trataba de una de esas personas que, por considerarlos objetos innecesarios, rara vez salía con el móvil de casa. Además, los domingos por la tarde solía pasarlos en el salón, alternando fútbol con cervezas, hasta que caía la noche y comenzaba con los güisquis.

—Ha recibido el SMS. Tiene que estar en casa porque no tiene el móvil apagado —dedujo Mer, que deseaba expulsar cuanto antes lo que llevaba dentro para así evitar que se le enquistase y acabara padeciendo una enfermedad similar a la que se había llevado a su madre a la tumba.

Cuando Rupe se dio cuenta, ella estaba introduciendo la llave en la cerradura. Le sujetó la mano para detenerla. Ella se giró hacia él con una mirada inexpresiva en los ojos, como la de un robot o cualquier otro ser exánime.

—Debo hacerlo —le explicó.

Fueron sus únicas palabras. Él soltó su muñeca y aceptó una situación que, desde ese momento, supo que no acabaría bien.

Ella tragó saliva y abrió la puerta como si se tratara de la entrada al inframundo.

Rupe la observó moverse como si contemplase una película: frustrado por no ser capaz de intervenir y, a sabiendas de que los protagonistas no le oirían, con ganas de gritarles desde su aislada posición que no tomaran ese camino. La siguió escaleras arriba hasta el primer piso, donde ni siquiera se molestó en llamar al timbre. Introdujo y giró la llave que les abría una puerta que ninguno de los dos estaba seguro de querer franquear.

Mer se encontraba todavía bajo el dintel cuando se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Suspiró profundamente y pronunció esa palabra a la que tanto miedo tuvo:

—¡Padre!

Un silencio sepulcral rezumaba de la vivienda. Era un piso oscuro, viejo y sucio; con ese tipo de mugre que se pega a las paredes y confiere un denso olor acre.

Ella pulsó el interruptor de la electricidad en el recibidor, pero la lámpara no se encendió. Anduvieron uno detrás de otro unos pocos pasos por el sombrío y estrecho pasillo, hasta el acceso a la cocina que se abría a la derecha. Una única ventana, semicubierta por una roída cortina, proporcionaba la escasa luz en esa habitación. Botellas vacías y platos sucios ocupaban la escasa encimera, y la pequeña mesa de formica.

—¿Padre? —voceó Mer, con un tono de voz más inseguro.

El pasillo continuaba unos pocos metros para luego girar a la izquierda y dar paso a los dormitorios. Al fondo del pasillo que se veía desde su posición, unas puertas de sapeli acristaladas, con unos sucios vidrios amarillentos, anunciaban el salón de la casa. La luz azulada de una pantalla de televisión se reflejaba con timidez a través de ellas. Mer continuó un par de pasos más. Extendió hacia atrás la mano izquierda para que Rupe se la cogiese: tenía miedo. Esa sensación tan común para ella entre esas cuatro paredes y a la vez tan diferente ahora por haber adquirido el conocimiento de que podía transformar la realidad, que podía decidir la perspectiva a adoptar, que ya no era un títere, sino la marionetista.

Con decisión tomó con fuerza la manivela de la puerta para girarla y abrirla. La empujó y esta se entreabrió hasta formar un ángulo de noventa grados. Se introdujo en la sala. La única luz era la que emitía la televisión. Las persianas se encontraban cerradas. Tenues hilos de claridad se colaban a través de algunos agujeros y se degradaban en las cortinas.

Escudriñó entre las sombras los objetos o personas que se hallaran en la habitación. Los mismos muebles se situaban en el mismo lugar desde que se mudaron a ese piso. A la izquierda, un tresillo, un sillón y el hueco donde una vez estuvo la mesita de cristal que acabó estampada contra la cabeza de su hermana; frente al televisor encendido y sin volumen.

Otro cualquiera hubiera pensado que allí no había nadie, pero ella le olió por encima de la pestilencia que inundaba esa estancia. Ese olor agrio y rancio la transportó a sus peores recuerdos. Tuvo que retroceder un paso, presa del miedo. Pisó los pies de Rupe, que permanecía justo detrás de ella. Él la sujetó por los hombros y la hizo a un lado para conseguir entrar y

encender las luces.

Cuando miraron a la derecha le vieron, sobre la mesa del comedor que yacía tumbada a sus pies, ahorcado con un cinturón que había sujetado a la lámpara. En tres zancadas, Rupe se situó junto a él, cogió una silla y subió a ella para auparle el cuerpo.

—¡Llama a emergencias, rápido! —la dirigió.

—Suéltale, Rupe —le indicó ella con calma y en voz baja—. Está muerto.

—Puede que no, Mer, por favor, hazme caso.

—No. Ya no hay nada que hacer y es mejor así.

Ella contemplaba la escena como observaba las vitrinas en los museos: con interés, aunque sin emociones. Estudió la forma en que la hebilla rectangular presionaba el cuello de su padre. Pensó que, cuando le descolgaran, iba a quedar marcado con ese símbolo como una res con un hierro al rojo vivo. Le resultó poético. El justo final que merecía. Detuvo su mirada en su cara, hinchada como un odre, casi irreconocible por la asfixia y los años de mala vida. No sintió lástima, solo repugnancia.

Finalmente, Rupe claudicó y, poco a poco, aflojó sus brazos del cuerpo de ese hombre por el que nada se podía hacer ya. Nunca sabrían si alguna vez se pudo. El cuerpo se balanceaba levemente de derecha a izquierda, como si siguiese el ritmo de un vals.

Rupe bajó de la silla y se aproximó con cautela hasta Mer, que mantenía la mirada fija en el pendular de su padre. La abrazó e intentó girarla para que dejase de contemplar esa imagen. Ella opuso resistencia al movimiento, pero no al abrazo.

—Este acto lo voy a considerar una confesión deshonrosa por su parte —anunció ella sin que ninguna pasión salpicara sus palabras.

—Haces bien. Por favor, deja de mirarle. Tenemos que llamar a la policía. ¿Se lo vamos a contar todo o prefieres que obviemos la parte de tu hermana?

Desde que descubrió a su padre colgado, por primera vez apartó la mirada de él para mirar a los ojos de su novio y decirle con gravedad:

—Por supuesto que lo voy a explicar todo, de cabo a rabo. Es lo que mi hermana hubiera querido.

CAPÍTULO XXIII

Alicante, viernes 24 de febrero de 2017.

El día despertó con el cielo blanco como la nieve. No daba la impresión de estar nublado, más bien parecía que ese fuese su color natural. Una luz intensa y lechosa, como la que mora sobre los picos más altos de las montañas, se desparramaba por la ciudad a raudales. Los habitantes se veían obligados a usar gafas de sol para no acabar cegados, aun cuando estaban habituados a la fogosa luz que empapaba a diario a Alicante.

Mer canturreaba por el piso que compartía con Rupe.

—*Dream on, dream on, dream on...*

Ordenaba prendas y cambiaba objetos de sitio con el fin de hacer tiempo. Podría haber salido a cualquier hora, pero por una vez había trazado un plan y tenía la intención de cumplirlo. Decidió realizar la tantas veces pospuesta visita justo ese día porque Rupe no estaría. Ya no le excluía de ninguna parcela relevante de su vida. Había aprendido la forma en que debía actuar si deseaba que él sintiese lo importante que era para ella; sin embargo, eso era algo que deseaba hacer sola. También continuó a escondidas la investigación que hacía tiempo habían comenzado junto con Marcus. Tampoco se sentía culpable de guardarle ese secreto a su novio porque ya había reunido suficientes datos como para explicarle sus hallazgos y convencerle de continuar con las pesquisas.

A las doce en punto salió del portal del edificio y giró a la izquierda para tomar la avenida Benito Pérez Galdós. Se detuvo un instante para contemplar a tres niños que parecían hermanos y jugaban en una zona habilitada para ello, justo frente a su portal. Hasta hacía poco, le solía molestar la algarabía de los chavales que se divertían en el pequeño parque de juegos. Ese día, en cambio, sonrió al verlos perseguirse y saltar en el suelo elástico. Avanzó hasta la parada de la línea de autobús número 4. Tuvo que esperar pocos minutos, tal como había planeado, para subir al vehículo.

Se apeó en la última parada: la plaza del cementerio. En una floristería situada junto al acceso principal, compró una rosa blanca al recordar los

versos de José Martí. No se dirigió directamente hacia el nicho donde pretendía depositar esa flor. Decidió alargar el momento antes del momento. Paseó sin rumbo entre tumbas y mausoleos. Admiró el arte mortuorio y la paz que se respiraba en ese lugar. Se detuvo, como era su costumbre cuando visitaba ese lugar, frente a la tumba de Miguel Hernández, su mujer y su hijo.

Media hora después, observaba el nicho que ocupaba el cuerpo de su hermana. Tuvo que empujar una escalera con ruedas desde el extremo del pasillo para poder alcanzar el sepulcro en el que depositó la rosa. Allí, de pie sobre la escalera, a metro y medio del suelo, se dispuso a hablar con ella. Antes de pronunciar la primera palabra ya lloraba. Lo hizo de una manera mansa, sin taparse la cara ni enjugarse las incontables lágrimas. En un volumen casi inaudible y con un tono cariñoso, comenzó a hablar:

—Hola hermana. —Rozó la fría losa con la punta de los dedos, como si se fuera a quebrar, o como si el material estuviese compuesto de piel viva —. Creo que no necesitas que te explique lo que ha ocurrido. Intuyo que ya lo sabes, es más, creo que tú me guiaste. Descubrí a tu asesino y él, cobarde como siempre, se suicidó. —Realizó una pausa con el objetivo de inspirar un par de veces y así recuperar el aliento.

»Vengo a dejarte ir. A decirte que ya podrás por fin descansar en paz. No te voy a seguir reteniendo. Aunque yo te llevaré siempre conmigo, desde ahora lo haré de una forma diferente. A partir de hoy vendré con mi nueva familia a visitar tu tumba. Esta será la última vez que venga yo sola. Me hubiera encantado que hubieras llegado a conocer a Rupe. En un universo paralelo, donde nadie nos privó de nuestra infancia y tú sigues viva; él y tú sois de esos cuñados que se llevan bien y se escapan a fumar y a cuchichear en las reuniones familiares.

Tenía muchas más cosas que decirle, pero había planeado que sería una despedida breve. Y por una vez tenía un plan que cumplir. Extrajo del bolso la cajita azul de los pendientes rojos en forma de higas.

—Esto te pertenece —dijo.

Depositó la caja en el pequeño alfeizar bajo los pétalos etéreos de la rosa blanca. Bajó de la escalera y, cabizbaja, tomó el camino más corto para salir de ese sagrado lugar.

CAPÍTULO XXIV

Santa Pola, sábado 24 de marzo de 2018.

La Semana Santa llegó cargada de turistas y buen tiempo, como era habitual. Esa mañana, Lorenzo resplandecía en la playa de Santa Pola, que se encontraba abarrotada de gente que tomaba el sol, paseaba, practicaba diferentes deportes y se refrescaba en las numerosas terrazas. Rupe y Mer descansaban en dos tumbonas paralelas, bajo una enorme sombrilla, en primera línea frente al mar.

Él lucía bañador nuevo y unas piernas blanquecinas que denotaban que la temporada de playa acababa de comenzar. Aunque ningún año llegaba a conseguir un bonito bronceado, en esos primeros días en que su cuerpo volvía a mostrarse al sol, como las señoras antiguamente al finalizar un luto, que no pasaban a vestir colores chillones, sino que les precedía el *alivio de luto*; Rupe se calzaba unos pantalones al abandonar la arena, aun cuando hiciera calor, por la vergüenza irracional que sentía al descubrir sus pálidos muslos ante un montón de desconocidos.

Se había dejado la camisa blanca de lino puesta. Miraba hacia el mar sin pensar en nada concreto. Sonreía y atesoraba ese momento plácido y sosegado. Unos minutos antes, sin venir a cuento, un estallido de felicidad había surcado sus venas y le había hecho explotar el corazón henchido de amor. Pero en lugar de hacérselo saber a su adorada esposa, prefirió guardárselo para sí, masticarlo y digerirlo con placer. Demasiadas veces en la vida pasó por alto momentos dichosos, así que había aprendido a realizar fotos imaginarias con el fin de mantenerlos en su mente de la forma más vívida posible. «Clic», pensó.

El punto de inflexión que le supuso recuperar el amor de Mer y sentirse la persona más importante de su vida, le transformó en la mejor versión de sí mismo. Pasó a ser de ese tipo de personas que enarbola la felicidad como una bandera, no solo a aconsejarles a los demás que lo hicieran, y a defenderla de cualquiera que pretendiese arrebatársela.

La miró a ella, que leía con gran atención el libro de poemas de un

rapero valenciano, que él le había regalado la semana anterior.

—Te quiero —le comunicó a bocajarro, desde la sinceridad absoluta que se hallaba en el fondo de su alma.

—Lo sé —respondió ella con indiferencia y sin levantar los ojos del papel.

—¡Eh! —elevó el tono de voz para llamar su atención, lo cual consiguió. Ella giró la cabeza y le miró con sorpresa—. Que te he dicho que te quiero.

—Y yo que lo sé, pesado —respondió Mer en tono burlón.

Él se incorporó para besarla, pero no pudo llegar a hacerlo porque el llanto de una de sus hijas gemelas de cuatro meses, que descansaban en sendas cunas de playa entre ambos, les interrumpió. Esa llorera aguda, que hasta que nacieron sus hijas consideraba insoportable en los demás bebés, ahora le resultaba gozosa; como una sirena de fábrica que le llamaba a volcar su cariño en unos diminutos y adorables seres que le necesitaban.

—Tú la has despertado, te toca a ti —estableció Mer.

Dio por finalizada la conversación y volvió a las páginas que tan ensimismada la tenían. Él se agachó y tomó en brazos a la niña que lloraba desaforadamente. Comenzó a dar pequeños pasos por la cálida arena y a acunarla para que dejara de berrear. Mer solía cantarles nanas, sin embargo, su padre tenía por costumbre hablarles para dormirlos. Ella bromeaba diciendo que se hacían las dormidas por no oírle más los rollos macabeos que les soltaba.

—¿Sabes ya por qué te llamas así? —comenzó a explicarle a su hija cuando esta sosegó un poco el llanto—. Es por tu tía, la hermana de tu preciosa madre, que también era preciosa porque eran gemelas. Ahora vamos a encargarnos un hermanito, que se llamará Matías como mi padre...

Mer paró la lectura. Comprobó que una de sus hijas dormía plácida junto a la tumbona y después levantó la mirada para posarla en su marido, que sostenía a la otra niña. Rupe daba saltitos por la arena mientras hablaba y reía con la pequeña pelirroja en brazos. La brisa empujó el intenso olor del Mediterráneo hasta Mer. Por un momento sintió que su corazón iba a explotar de dicha; sin embargo, no fue así, siguió latiendo por muchos años.

Las valoraciones de los/as lectores/as nos permiten hacernos un poco más visibles a los/as autores/as autopublicados/as.

Si así lo consideras, ayúdame a promocionarme dejando tu opinión de *Besadas por el fuego* en Amazon.

Gracias.

Agradecimientos:

Siento una deuda de gratitud con mis lectores cero, que me han enriquecido con sus opiniones y correcciones hasta el punto de resultarme imposible imaginar ser capaz de terminar esta obra sin su inestimable ayuda.

Gracias, mamá, por empujarme de múltiples formas hacia la literatura.

Gracias a mi hermana y a mi cuñado. Mónica y Basi: sois quienes más habéis aguantado mis rollos macabeos. Mención especial para mi *herpana*: eres la persona que más me ha aportado en la vida y, por ende, también en esta novela.

Gracias, amigo Arturo: Me regalaste tu opinión obscenamente sincera cuando más la necesité e incluso me desvelaste los misterios del Universo.

Gracias, amigo David: Me aportaste un análisis cariñoso, junto con la inspiración necesaria para crear a Rupe.

Gracias, tito Pepe, por poner a mi disposición tu mente literaria y dejar el móvil colgado de un algarrobo para ayudarme con esta historia.

Gracias, Mer, por todo.

Y, por último, pero no por ello menos importante, a mi marido, mi lector doble cero y mi mayor inspiración. Tito: tu incondicional fe en mí me confiere poderes sobrenaturales.

Sin vosotros esta locura no habría sido posible.

Montse Godrid